

**Las  
últimas  
horas  
de  
Jesús**

**LPH GORMAN, C.P.**

Para el lector corriente el problema no está en que hay demasiados libros sobre la Pasión de Nuestro Señor, sino en que hay muy pocos buenos, al menos para él. Afortunadamente aumentan en número y en importancia los estudios hechos por escrituristas para escrituristas. Escritos periodísticos sobre la Pasión aumentan también, en número, y libros que tratan esta materia con el fin de fomentar una piedad meramente privada, y por cierto infundada, continúan haciendo gemir las prensas con regularidad desalentadora.

El valor de las **ULTIMAS HORAS DE JESUS** se basa precisamente en el hecho de que está escrito para el gran público, para aquellos lectores innominados que no cuentan ni con el tiempo ni con la formación necesaria para seguir los estudios de los sabios, y a quienes causan repulsión los esfuerzos por hacer del más insignificante suceso de la historia una noticia periodística, o una invitación a una piedad falta de fundamento y consideración.

El Padre Gorman, como editor por largo tiempo de la revista «The Sign», conoce las necesidades de este lector general y las ha llenado admirablemente; conoce la ciencia escriturística sobre la Pasión, pero ahorra al lector la molestia de tener que meterse en esos estudios, porque presenta con claridad y autoridad los detalles reales del tiempo, lugar y personas, necesarios para una comprensión completa de lo que en realidad sucedió en «las últimas horas de Jesús».

Por otra parte, el Padre Gorman comprende que el cristiano ha encontrado siempre en la Pasión abundante y en verdad necesaria fuente de devoción; pero comprende que esa fuente puede muy bien degenerar en triquiñuelas si solamente se mira a satisfacer propósitos de estudiosos. El Padre Gorman trata siempre los detalles históricos o arqueológicos de manera tal que el lector reflexivo se siente estimulado a meditar, pero nunca se mete a hacerle víctima de un sermón.

El resultado es una valiosa contribución a nuestra literatura sobre la Pasión. El Padre Gorman escribe con una suave autoridad que ofrece desde el comienzo, luz a la mente y calor al corazón del lector según va reviviendo a través de las páginas de este libro «las últimas horas de Jesús».



743  
6675

RALPH GORMAN, C. P.

# LAS ULTIMAS HORAS DE JESUS

TRADUCIDO DEL INGLES  
POR UN PADRE DE LA COMPAÑIA DE JESUS



Editorial «SAL TERRAE»  
SANTANDER (España)  
1961

Titulo del original inglés:  
*THE LAST HOURS OF JESUS*  
*Sheed and Ward, Inc. New York, 1959*

2 051

**Imprimi potest:**  
IOSEPHUS COBREROS, S. J.  
Praep. Prov. Leg.

**Nihil obstat:**  
DR. FRANCISCUS PAJARES  
Censor

**Imprimatur:**  
✠ IOSEPHUS,  
EPISCOPUS SANTANDERIENSIS  
*Santanderii, 18 Ianuarii 1961*

Depósito legal: BU - 25 - 1961

N.º Rgto. BU - 36 - 61



# CONTENIDO

	<u>Págs.</u>
PREFACIO DEL AUTOR .....	5

## PRÓLOGO

CAPÍTULO 1. — Fondo histórico .....	11
> 2. — El conflicto .....	20
> 3. — Judas Iscariote .....	29
> 4. — La Última Cena .....	44

## LA PASION

CAPÍTULO 5. — Getsemaní .....	61
> 6. — El significado de Getsemaní .....	85
> 7. — La traición .....	98
> 8. — El arresto .....	112
> 9. — Anás .....	125
> 10. — Calfás: el Sanedrín .....	143
> 11. — Las negaciones de Pedro .....	169
> 12. — La muerte de Judas .....	182
> 13. — Cristo llevado ante Pilato .....	191
> 14. — Herodes Antipas .....	217
> 15. — Cristo devuelto a Pilato .....	231

	Págs.
CAPÍTULO 16. — Cristo, condenado .....	264
> 17. — El camino de la Cruz .....	276
> 18. — El Calvario .....	293
> 19. — Las Últimas Siete Palabras .....	319

DESPUES DE LA MUERTE DE CRISTO

CAPÍTULO 20. — Los prodigios .....	359
> 21. — Sepultura de Jesús .....	366



## PREFACIO DEL AUTOR

No he escrito este libro para escrituristas, pues tienen el mismo acceso que yo a las fuentes de información sobre la Pasión de Jesucristo. Lo he dirigido a no especialistas, quienes desearían un tratado de la Pasión más completo que el que se encuentra en las grandes Vidas de Cristo, tales como las de Lagrange, Prat, Lebreton, Fillion y Riccioti. He usado estas obras, por supuesto, así como también los mejores comentarios sobre los Evangelios y varios tratados de la Pasión en inglés, latín, francés, alemán e italiano. Mi empeño ha sido narrar la historia de las últimas horas de Jesús con exactitud y de una manera interesante e inteligible al lector corriente. La descripción de algunas escenas puede parecer fruto de la invención, pero está basada en los conocimientos que se tienen tocantes a la época, lugares y personas que toman parte en ellas.

Los cuatro Evangelios son la fuente principal para la historia de la Pasión. Las citas del Nuevo Testamento son de la edición de la Confraternidad y se toman con permiso de la Confraternidad de la Doc-

*trina Cristiana. La información de fondo nos es dada por el Mishna y por historiadores de los primeros siglos. Para los datos arqueológicos he usado con libertad las conferencias y escritos del Padre Vincent, el más grande de todos los arqueólogos palestinenses y mi antiguo profesor en la Escuela Bíblica de Jerusalén, donde tuve el privilegio de hacer estudios de postgraduado durante tres años.*

*Quiero expresar mi gratitud a mis amigos y hermanos de Religión, los PP. Richard Kugelman, C. P.; Hilary Sweeney, C. P., y Barnabas Aherne, C. P., por sus valiosas y constructivas críticas. Especiales gracias son debidas a la señorita Claire Foy, editor asistente de The Sign, por mecanografiar el manuscrito y por muchas sugerencias útiles.*

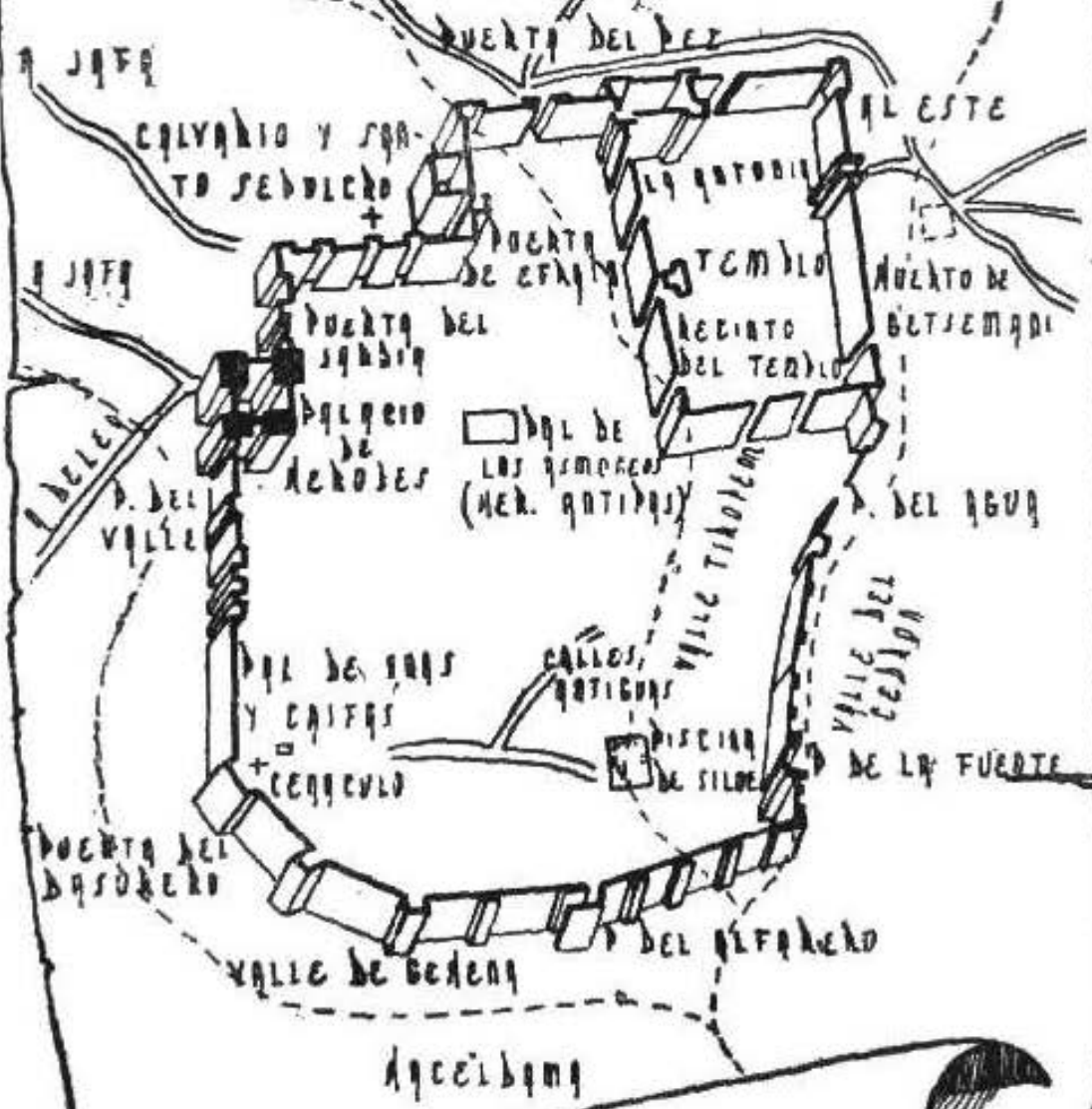


# PROLOGO

# YERUSALEN

EN EL TIEMPO DE  
JESUS

CAMINOS AN-  
CIOS DEL AÑO



## FONDO HISTORICO

La historia de las últimas horas de Jesús comienza propiamente en el huerto de Getsemaní. Aquí da comienzo la Pasión con aquella agonía aterradora en la que el Dios-Hombre parecía haber sido rechazado por su Padre casi tanto como había sido abandonado por sus durmientes discípulos.

Y aquí también, fortalecido al fin de su agonía, Jesús se enfrenta a sus enemigos, los antagonistas en este trágico pero sublime drama de su Pasión y Muerte; los jefes religiosos de su pueblo escogido y Judas Iscariote, uno de los doce elegidos, quien por un precio le había traicionado.

¿Cómo pudo suceder tal cosa? ¿Cómo se pudo causar daño a un hombre que en sus andanzas apostólicas recorrió aquella tierra con unos pobres discípulos, enseñando el reino de Dios, obrando maravillas al curar a los enfermos, proclamando una doctrina de amor a Dios y al prójimo? ¿Cómo pudo tal hombre

ser traicionado por uno de sus seguidores más próximos, arrestado como un ladrón en la noche, condenado por el más alto tribunal de los judíos, de nuevo condenado y sentenciado a muerte de cruz por la más alta autoridad romana?

Este misterio necesita alguna explicación. Para entender cómo pudo suceder esto, es necesario conocer algo de las ideas e instituciones de los judíos en el tiempo de Cristo, y especialmente entender dos sectas judías, los Saduceos y los Fariseos. Es también necesario estudiar sobre este fondo la psicología de Judas, aquel enigma de perfidia.

La amenaza militar de los pueblos vecinos no fue la única amenaza que tuvieron que soportar los judíos durante varias centurias antes del nacimiento de Cristo. La cultura griega y su filosofía pagana, intentaron ahogar la religión monoteísta del pueblo escogido. Tendencias helenizantes presionaban por introducirse desde todos lados. Los Saduceos y los Fariseos deben en gran parte sus orígenes a las variadas reacciones que se hicieron contra estos intentos.

Los Fariseos reaccionaron fuertemente contra las influencias paganas y se aferraron con tenacidad a la Ley de Moisés. Como lo indica el mismo nombre en arameo, la lengua de Palestina en aquel tiempo, los Fariseos eran separatistas. Este nombre puede haber sido un mote puesto por otros. Ellos se llamaban a sí mismos «Haberim», camaradas, o «los piadosos». Eran

llamados separatistas porque se guardaban de todo aquello que les pudiera volver legalmente impuros, apartándose hasta de la gente del pueblo, pues éste permanecía impuro ya que le era imposible observar todas las purificaciones legales practicadas por los Fariseos.

Los Fariseos eran probablemente los descendientes de los Asideos, de quienes se hace mención en tiempo de los Macabeos. Eran un partido religioso más bien que político, y su religión era fuertemente nacionalista. Tenemos pocas noticias en cuanto a su organización, pero es probable que los candidatos pasaban por un período de prueba antes de llegar a ser miembros plenamente formados.

En el mismo corazón del partido estaban los Escribas, aunque es un error identificar a los Escribas con los Fariseos. Había Escribas que eran Saduceos; en su mayor parte, sin embargo, los Escribas eran Fariseos peritos en el conocimiento de la Ley y su aplicación. De hecho la característica más importante de los Fariseos era su pretensión de conocer la Ley mejor que ningún otro, su rigor en practicarla, y su obstinación en imponérsela a los demás. Ponían de relieve tres puntos de la Ley en particular: la observancia del Sábado, las purificaciones legales y el pago de los diezmos a los levitas y sacerdotes.

Para el tiempo de Cristo, los Escribas Fariseos habían desarrollado una ley oral extremadamente com-



pleja y detallista, la cual en teoría ampliaba y aplicaba la Torah. Este conjunto de tradiciones orales fue declarado obligatorio como la misma Torah. En fin, se llegó al punto de considerarse más digno de castigo el enseñar algo contrario a los preceptos de los Escribas que lo contrario a la ley de Moisés. La observancia de los dictámenes de los Escribas llegó a ser fin en sí misma; y ante ella todas las otras consideraciones morales y religiosas eran secundarias. Hacia el fin del siglo segundo después de Cristo, los rabinos comenzaron a consignar por escrito las enseñanzas de los Escribas en obras que más tarde formaron el Talmud de Jerusalén y el de Babilonia. Una lectura somera de ambos revela la casuística minimista así como la complicada malla de las tradiciones hechas por mano de hombres y las observancias en las cuales enmarañaban a sus seguidores. No obstante, fueron el conocimiento y observancia de estas minucias legales, los que constituían la perfección a la cual aspiraban los Fariseos.

Hay que conceder en favor de los Fariseos, que, a pesar de sus excesos legalísticos, ellos representaban el judaísmo ortodoxo e hicieron mucho por preservar a los judíos de las influencias paganas griegas. Profesaban la fe en la divina providencia y la libertad humana, en la resurrección y la recompensa final, en la existencia de los ángeles y de los espíritus.

Como los Fariseos, los Saduceos aparecen por pri-

mera vez en el siglo segundo antes de Cristo. Probablemente tomaron el nombre de Saddoc, gran sacerdote en el tiempo de David y de Salomón. Al principio eran jefes religiosos devotos y ortodoxos, reclutados principalmente de entre las familias sacerdotales. Pasados los años, se hicieron cada vez más condescendientes con las tendencias helenizantes y proporcionalmente menos devotos de su religión. En tiempo de Cristo la dirección religiosa ya había pasado a los Fariseos, y especialmente a los Escribas, que eran doctores de la ley. Esto era tan verdadero que los Saduceos hallaron prudente, al menos en público, mostrar deferencia para con las enseñanzas de los Escribas, y conformarse con sus prescripciones legales. La mayor parte de los sacerdotes eran Saduceos, aunque ocasionalmente se hace mención de sacerdotes que eran Fariseos. Los sacerdotes Saduceos llevaban a cabo las funciones rituales y sacrificiales reservadas exclusivamente al sacerdocio, a pesar de ello la vida religiosa del pueblo recibía su forma y dirección de los Fariseos.

Una destacada característica de los Saduceos era su completa oposición a las tradiciones orales de los Fariseos. Inficionados del escepticismo griego, muchos de ellos negaban la providencia de Dios, la existencia de los espíritus, la inmortalidad del alma, la resurrección y la recompensa futura. Este mundo y esta vida eran bastante para ellos, y sus esfuerzos se dirigían

a proveerse de tal cantidad de honores y riquezas que remediaran toda posible adversidad. Su influencia se derivaba de su rango sacerdotal, sus riquezas, y el poder político que mantenían bajo los romanos.

El pueblo al cual Cristo se dirigió en su ministerio público miraba a los Saduceos como a los sacerdotes de rango más alto que representaban al pueblo delante de Dios en el Templo, y como a jefes políticos que administraban la ley civil y criminal bajo la dirección general de los romanos. En los Escribas y Fariseos buscaba las enseñanzas y el ejemplo que les indicaban lo que debían creer y el camino que debían seguir. Por lo que sabemos de los Saduceos, por una parte, y de los Escribas y Fariseos, por otra, llegaríamos necesariamente a sacar esta conclusión: que, a pesar de sus diferencias, habían de cerrar juntos filas contra Cristo, en un concertado esfuerzo por mantener el control del pueblo.

Otro importante grupo religioso de aquella época eran los Esenios, pero su estudio no nos concierne ahora, puesto que no consta que estuvieran directamente envueltos en la Vida y Pasión de Cristo. Se les menciona en escritos contemporáneos, pero no en las páginas del Viejo o Nuevo Testamento. Constituían una organización semimonástica que vivía cerca del mar Muerto. Se cree con razón que ésta era la hermandad cuya existencia se revela en los escritos conocidos como «*Rollos del mar Muerto*». Es muy pro-

bable que hubieran tenido contacto con esta hermandad algunos de los seguidores primeros de Jesús. San Juan Bautista vivió en las mismas cercanías del mar Muerto, y algunos de sus seguidores, como Andrés, Juan y Pedro, llegaron a ser los primeros discípulos de Jesús. El lenguaje del Evangelio de San Juan muestra cierta semejanza con los Rollos del mar Muerto.

La repulsa dada por los judíos a Cristo es difícil de entender sin algún conocimiento de las concepciones populares del Mesías que corrían en aquel tiempo. El pueblo tomaba sus ideas en esta materia de las enseñanzas de los Escribas y Fariseos más bien que de las de los Saduceos, cuya concepción agnóstica de la vida y de la religión no dejaba lugar a las esperanzas mesiánicas. Afortunadamente nos han llegado muchos escritos de esta época de la historia de los judíos, y los sabios pueden describir con considerable precisión su actitud hacia el esperado Mesías.

En el año 63 antes de Cristo, Pompeyo, el general romano, había tomado Jerusalén, los judíos habían llegado a ser vasallos de Roma, y Palestina una avanzada en el límite oriental del vasto Imperio. Este estado de cosas naturalmente revivió la preocupación judía por las promesas mesiánicas, y renovó las esperanzas de un gran libertador que había de venir. Cuando Cristo apareció en las riberas del Jordán para



ser bautizado por Juan, y después se fue al norte adentrándose en Galilea para comenzar su ministerio público, un fermento de agitación mesiánica se extendió por el pueblo, un sentimiento de que Israel estaba en el umbral de una nueva era que pronto había de aparecer.

Es extraño que en la imaginación popular, tal como en ella se pintaban los tiempos mesiánicos, el Mesías mismo había asumido un lugar secundario, mientras que la restauración de la nación llegó a ser el acontecimiento en que se centraban todas las esperanzas. Las notas distintivas del período esperado eran la liberación de Israel de sus conquistadores, la vuelta de los judíos del destierro y el dominio de Dios sobre el mundo, dominio que había de ser ejercido a través de Israel. Corrían diversas opiniones cuanto al modo cómo la redención de Israel había de ser efectuada. Algunos pensaban que sería llevada a cabo por medios naturales, por medio del curso ordinario de la historia; otros pensaban que Israel sería trasportada milagrosamente a otra tierra, maravillosamente fértil y transfigurada; otros aún, pensaban que la restauración sería acompañada de la resurrección de los muertos y el comienzo de los premios y castigos eternos.

La revelación divina del Antiguo Testamento contenía indicaciones de la divinidad del Mesías. La enseñanza de los Escribas no solamente ignoraba estas profecías, sino que progresivamente rebajaba su mi-



sión y su persona. En su enseñanza, el Mesías era un mero hombre, cualesquiera que fueran sus dones y oficio; su misión no tenía nada que ver con bienes sobrenaturales, o la salvación de las almas; su solo cometido, cuanto a ellos les concernía, era la liberación de Israel y la conquista de los gentiles, quienes entonces serían forzados a someterse a la Ley, mirada por los Escribas como propiedad privada suya e instrumento para subyugar a los pueblos. El Mesías había llegado a ser en la imaginación popular una fuente de glorificación nacional, una persona por medio de la cual la concepción farisaica de la perfección legalística se impondría a todos los hombres. No se prestaba atención a las repetidas profecías que anunciaban un Mesías paciente.

## EL CONFLICTO

Aun antes de aparecer Cristo en las riberas del Jordán para ser bautizado por Juan el Bautista y dar comienzo a su ministerio público, existían ya presagios del conflicto que había de convertirse más tarde en abierta hostilidad. Viendo venir a los Escribas y Fariseos a recibir su bautismo, el Precursor de Cristo rugió contra ellos en pública reprensión: «Engendros de víboras», gritaba, «¿Quién os mostró el modo de huir de la ira inminente?».

Esta pública denuncia tuvo que herir profundamente el orgullo de unos hombres acostumbrados a toda clase de muestras de respeto en público. Desde este momento Juan y Aquel a quien él señalaba como más poderoso que él, no pudieron menos de ser objeto de sospechas y vigilancia de parte de los jefes políticos del pueblo judío.

A lo largo del ministerio público de Cristo, se formó contra El una oculta corriente de oposición, un

ominoso recargo de sospecha y odio que explotaba ocasionalmente como el relámpago que precede a la tormenta. Los Escribas y Fariseos estaban siempre presentes, mezclados con el pueblo o rondando en sus filas, escuchando con odio frío y reprimida furia las enseñanzas de este hombre que les había de arrancar las multitudes y apartarlas de su manera de vida. Mucho antes de la última Pascua, habían tomado su decisión con respecto a Cristo, y en muchas ocasiones ellos habían tratado de aprehenderlo y matarlo (Mat. 12: 14; Juan 7: 1, 20: 30; 10: 31; Luc. 13: 31).

La oposición de los Escribas y Fariseos se derivaba de muchas fuentes. Una era indudablemente sus celos profesionales. Los Escribas, que eran en su mayor parte Fariseos sabios, formaban un círculo cerrado, con sus propias escuelas, sus propios discípulos, sus propias doctrinas y métodos didácticos. Habían desarrollado una egolatría que casi sobrepasa toda creencia. Los Escribas exigían a sus discípulos completa reverencia y obediencia. El discípulo estaba obligado a mostrar mayor respeto por su maestro que por su mismo padre. Si el padre de uno y su maestro estaban ambos trasportando cargas, el discípulo tenía que ayudar primero a su maestro. Si el propio padre y el maestro estaban en cautividad, el discípulo debía liberar al maestro primero. Todo tenía que ser enseñado y aprendido por la práctica. El discípulo tenía que conformarse no sólo al contenido de la doctrina del maes-

tro, sino también aun a sus mismas palabras y expresiones.

Para los Escribas Cristo era un extraño a su clase, un medrado. No había estudiado en sus escuelas. No usaba sus métodos, no enseñaba sus doctrinas. Lejos de apoyar su enseñanza en las citas de los rabinos del pasado, apelaba solamente a su propia autoridad y a la de su Padre celestial en cuyo nombre El hablaba. Cuánto se apartaba de lo acostumbrado esta situación lo prueba la sorpresa del pueblo: «Se pasmaban las turbas de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus Escribas» (Mat. 7: 29).

Las enseñanzas de Cristo diferían grandemente de las enseñanzas de los Escribas y Fariseos. A lo largo de su público ministerio hubo una fricción constante sobre variedad de materias. Una de las causas de disputa más frecuente, la que más rápidamente y con más certeza levantaba la ira de los doctores, peritos en la ley, era la cuestión de la observancia del Sábado. La ley de Moisés, sin entrar en muchos detalles, prohibía sencillamente trabajar en Sábado. Esto no era bastante para los Escribas, cuyo oficio era aplicar la ley. Para el tiempo de Cristo, ellos habían aguzado esta simple prohibición hasta tal punto, que su enseñanza sobre esta sola materia había llegado a ser uno de los más vastos campos de su conocimiento.

En estas condiciones, Cristo no pudo menos de ofen-



der abiertamente a los Fariseos al justificar a sus discípulos cuando en un Sábado habían arrancado espigas y las desgranaron para comer sus granos (Mat. 12: 1-8). En esta ocasión Cristo pasó más adelante y declaró llanamente lo que debió sonar como blasfemia a los sobresaltados Fariseos: «Porque el Hijo del Hombre es Señor aun del Sábado». Nos parece extraño a nosotros que con particular violencia se objetara a la curación misericordiosa hecha por Cristo en Sábado. Después que Jesús había curado en día de descanso al hombre que tenía la mano seca, «en saliendo los Fariseos, habido consejo contra él, tomaron la resolución de hacerle perecer» (Mat. 12: 14). Cristo encontró oposición y condenación por la misma causa cuando curó al ciego de nacimiento (Juan 9: 1 y sig.) y a la mujer encorvada (Luc. 13: 10 y sig.).

Los israelitas en general evitaban todo contacto con los gentiles. Los Fariseos iban más allá y evitaban todo contacto con los no Fariseos, porque los consideraban impuros y casi tan indignos como los paganos. Por eso se llenaban de ira y escándalo cuando Cristo comía con los publicanos y pecadores (Mat. 9: 9-13) y cuando comió sin los lavatorios rituales prescritos por la tradición rabínica (Marc. 7: 1-23). Su orgullo nacional era herido profundamente por las referencias claras de Cristo al hecho de que los gentiles serían admitidos al Reino y algunos judíos serían excluidos (Luc. 13: 23-30). Pero sobre todo los Escribas y los



Fariseos llegaban al colmo de la ira contra Cristo cuando Jesús manifiestamente reclamaba para sí las divinas prerrogativas, como cuando perdonaba pecados (Luc. 5: 17-26), y particularmente cuando en la fiesta de la Dedicación que precedió a la última Pascua, en el Pórtico de Salomón dentro del área del Templo declaró abiertamente: «El Padre y yo somos una misma cosa» (Juan 10: 30). Tan airados se pusieron los adversarios de Cristo que tomando piedras levantaron sus brazos para apedrearle con intención de matarle.

La historia de la oposición a Cristo por parte de los Saduceos es completamente diferente de la de los Escribas y Fariseos. Cristo debió parecer a los Saduceos como una especie de caminante excéntrico, que enseñaba una doctrina diferente de la aceptada por los Escribas y Fariseos, pero sin interés o importancia para el clero rico, agnóstico e influyente. Como resultado de esto los Saduceos aparecen raras veces en la narración evangélica hasta los últimos días decisivos de la vida de Cristo. La única vez que Jesús tuvo un encuentro con ellos, fue cuando echó los mercaderes y cambistas del Templo, pues el producto de esta profanación del recinto sagrado iba a parar en gran parte a los Saduceos.

El suceso que precipitó la acción final contra Jesucristo fue uno de los más grandes milagros obrados por su misericordia, la resurrección de Lázaro de entre los muertos. Después de una ausencia de varios meses.

Jesús se presentó de improviso en Betania, distante solamente dos millas de Jerusalén, y a vista de una gran muchedumbre reunida para llorar a Lázaro llamó a Lázaro y lo mandó salir vivo de la tumba.

La noticia del milagro tuvo que causar pública conmoción que se extendió por los alrededores. Los enemigos de Jesús decidieron dejar a un lado sus diferencias y ponerse en acción. Convocaron a un consejo de los jefes en el cual Caifás, el gran sacerdote, presidía. Uno de los presentes expuso brevemente el caso: «Si le dejamos así, todos creerán en El, y vendrán los romanos y arruinarán nuestro Templo y nuestra nación» (Juan 11: 48). Cansado de los fútiles argumentos que se sucedían, Caifás se puso de pie y declaró: «Vosotros no sabéis nada, ni reflexionáis que os interesa que muera un solo hombre por el pueblo y que no perezca toda la nación» (Juan 11: 50). Esto zanjó el asunto. La asamblea aceptó la solución de Caifás. San Juan concluye: «A partir, pues, de aquel día, resolvieron hacerle morir» (Juan 11: 53). Jesús conocía los planes de sus enemigos y se retiró de las cercanías de Jerusalén hasta el sábado anterior a la última Pascua.

El domingo Jesús entró en Jerusalén en una procesión solemne, mientras las multitudes de peregrinos le vitoreaban como a Mesías. Cuando sus enemigos protestaron, Jesús dijo: «Os digo que si éstos callasen, las piedras clamarán» (Luc. 19: 39-40).

En la mañana del lunes temprano Jesús volvió a

Jerusalén y entró en el recinto del Templo. Inmediatamente procedió a echar fuera a aquellos que estaban comprando y vendiendo. Volcó las mesas de los cambistas y los asientos de los que vendían palomas. Detuvo a aquellos que hacían del lugar sagrado una avenida de comercio, como atajo de una parte de la ciudad a la otra; y luego reprendió severamente a los que eran responsables de aquella profanación del lugar Santo, diciendo: «Escrito está: mi casa será llamada casa de oración, mas vosotros la hacéis cueva de ladrones» (Mat. 21: 13).

En los pasajes del Evangelio que siguen, se llega a un clímax en el conflicto entre Jesús y los jefes del pueblo judío. Jesús denuncia sin miedo a sus enemigos, mientras ellos emplean todas las trampas posibles para cogerle en sus palabras de modo que puedan denunciarle ante el pueblo. Jesús narra la parábola de los dos hijos, y les aplica la lección frenándoles en su orgullo con aquellas palabras: «Los publicanos y las rameras se adelantan en el reino de los cielos» (Mat. 21: 31). Y concluye la larga parábola de los pérfidos viñadores con aquella profecía humillante: «Por eso os digo que os será quitado el reino de Dios y se dará a gente que produzca sus frutos» (Mat. 21: 43).

La paciencia de Cristo quedaba exhausta, y su indignación le brotó fuera sobre aquellos jefes del pueblo de corazón endurecido. Su voz clama en el silencio del Templo y las paredes y pórticos de los alrededores



repiten con el eco sus palabras: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres... ¡Ay de vosotros escribas y fariseos farsantes!, porque rodeáis el mar y la tierra en razón de hacer un prosélito, y cuando ya lo es, lo hacéis hijo de la gehena, doble más que vosotros... ¡Ay de vosotros guías ciegos!... vosotros ¡ne-cios y ciegos!... ¡ciegos!» (Mat. 23: 13, 19). Una y otra vez vuelve a frenarles, al avanzar el discurso y ganar calor sus palabras: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque limpiáis lo exterior de la copa y el plato, y de dentro estáis rebosando de rapiña e incontinencia... Os semejáis a sepulcros encalados... Vosotros de dentro, estáis repletos de hipocresía e iniquidad... ¡Serpientes, engendros de víboras! ¿Cómo esperáis escapar de la condenación de la gehena?» (Mat. 23: 25: 33).

Los Evangelistas no nos informan sobre la reacción de los Escribas y Fariseos a esta reprimenda pública recibida en el mismo lugar donde ellos creían su poder e influencia más seguros. Debieron de horrorizarse. No bastaban palabras para contestar a esta tremenda explosión de vituperios. Ellos habían quedado heridos demasiado profundamente en su soberbia, para intentar ulteriores disputas. Probablemente se marcharon en silencio resueltos en lo más hondo de su corazón a hacer pagar a Cristo, pronto y con creces, por esta afrenta abiertamente dirigida a sus personas y a su

oficio. Si algo hablaron entre sí, fue probablemente para asegurarse unos a otros de que habrían de llamar a una reunión inmediata para tomar las medidas adecuadas sobre cómo tratar debidamente a este intolerable medrado.

El miércoles, los enemigos de Cristo convocaron otra reunión. Los príncipes de los sacerdotes, Escribas y ancianos, representantes de los tres grupos que constituían el Sanedrín, Supremo consejo de los judíos, se reunieron en el palacio de Caifás. Después de mucha discusión, de nuevo concluyeron que Cristo debía ser muerto; pero que nada podría hacerse en la fiesta que se acercaba, no fuera que hubiera una revuelta entre el pueblo. Decidieron, pues, poner sus manos en Jesús secretamente.



## JUDAS ISCARIOTE

Probablemente nunca pasó por la mente de los enemigos de Cristo el que pudieran encontrar un aliado entre los doce Apóstoles, uno de aquel pequeño grupo más íntimamente asociado a Jesús. Y sin embargo es «uno de los doce» el que dio el paso fatal y trágico de ir adonde los enemigos de Cristo para cerrar un contrato de traición a Jesucristo.

¿Quién era este hombre, que pudo traicionar a su amigo y maestro por una suma?

Nada sabemos de Judas fuera de lo que se consigna en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles. Las leyendas que se refieren a él en algunas de las obras apócrifas están enteramente desprovistas de fundamento histórico, como lo están las interpretaciones puramente ficticias de algunos modernos que quisieran hacer un héroe y un patriota de este «hijo de perdición».

«Judas» era un nombre común y honorable entre

los judíos. De hecho otro Apóstol se llamaba también Judas. Cuando los Evangelistas se refieren a este último, tienen particular cuidado no sea que el lector lo confunda con Judas Iscariote, y se refieren a él como a «Judas, no el Iscariote» (Juan 14: 22) o como a «Judas (el hermano) de Santiago» (Luc. 6: 16). El traidor es llamado «Judas Iscariote», o «Judas el que le traicionó», o a veces «Judas, uno de los doce». Esta última expresión parece indicar el sentimiento de horror de los Evangelistas de que uno tan próximo a Cristo pudiera traicionarle.

Hay varias opiniones con respecto al nombre de «Iscariote». La más sencilla y más probable es que este nombre se deriva del hebreo y significa «hombre de Carioth». Esto indicaría que Judas, o al menos su familia, procedían de Carioth Hesrom en Judea. Si esto era así, entonces Judas era el único Apóstol que no era galileo. Este hecho tendría más interés que el puramente académico, puesto que podría explicar una fuente posible de fricción entre Judas y los otros Apóstoles. El pueblo de Judea miraba con desprecio a los galileos. Galilea estaba lejos de Jerusalén, centro religioso de la nación, y separada de ella por la provincia de Samaría, herética y racialmente impura. Se consideraba a Galilea inficionada de las ideas paganas de los pueblos limítrofes que la rodeaban, hasta tal punto que se la llamaba la Galilea de las Naciones (Isaías 8: 23). Había otra diferencia también, la del

dialecto, entre Galilea y Judea, y por ello la manera de hablar de San Pedro en el patio del gran sacerdote, traicionó inmediatamente su origen galileo (Mat. 26: 73).

Si Judas era de Judea y participaba de la antipatía de los judíos hacia los galileos, tuvo que ser difícil para él llegar a intimar con los otros Apóstoles. Es evidente, por sus disputas sobre precedencias, que no estaban libres de ambición personal. En el caso de Judas, el sentimiento de frustración, al no obtener la preferencia, se habría aumentado por el sentimiento de su superioridad sobre sus compañeros. Aún pudo llegar a sentir que el Reino predicado por Cristo era esencialmente un movimiento galileo, y como tal una rebelión de clase contra la suprema autoridad espiritual de Jerusalén.

Judas Iscariote aparece por primera vez en las páginas de la historia, en la narración que hacen los Evangelistas de la elección de los doce Apóstoles. La historia evangélica indica que en la mente de Cristo este suceso era de importancia muy especial. Dejando detrás de sí las multitudes junto a las orillas del Mar de Galilea, Cristo subió a una colina cercana y pasó la noche en oración. Cuando a la mañana siguiente rompió la aurora, una multitud de discípulos se le unió. De entre estos discípulos, Jesús escogió doce «apóstoles», como El los llamó, «para que anduviesen con El

y para enviarles a predicar, y que tuviesen potestad de lanzar demonios» (Marc. 3: 14-15).

Sería imposible describir adecuadamente el honor y privilegio conferido a Judas por el llamamiento al apostolado. El fue escogido para ser aquí en la tierra uno de los más íntimamente asociados a Jesucristo, el Hijo de Dios, en su obra redentora, y para ser piedra angular en la Iglesia que El había de establecer para continuar la redención de los hombres hasta el fin de los tiempos. Judas, con los otros Apóstoles, quedaba especialmente comisionado para predicar el Reino de Dios y obrar milagros. Cristo mismo dijo a sus doce escogidos: «En verdad os digo que os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar las doce tribus de Israel» (Mat. 19: 28).

Tan elevada era esta dignidad del apostolado, tan sagrado el oficio, que uno no puede menos de llegar a dudar si Judas era ya malo al tiempo de su vocación, o si perdió la gracia más tarde. No puede haber duda de que Jesús conocía los sentimientos de Judas en aquel momento y previó el éxito fatal. Los Evangelios no dan luz sobre esta materia, sin embargo, y nos dejan en situación de tener que sacar nuestras propias conclusiones de las circunstancias.

Cualquier duda que nos quedara sobre la sinceridad de Judas al seguir a Cristo, podría ser atribuída a sus ideas sobre el Mesías. Es muy probable que Judas, como los otros Apóstoles, originalmente siguió a Cristo



porque creía que El era el Mesías (Juan 1: 41-46). Indudablemente Judas y los otros Apóstoles participaban de las falsas ideas que corrían en aquel tiempo sobre la persona del Mesías y el reino que habría de inaugurar. Los Apóstoles, por ejemplo, hasta después de la muerte y resurrección de Cristo, encontraron difícil, si no imposible, aceptar la idea de un Mesías paciente. Judas, pues, pudo asociarse a Cristo en la creencia de que El era el Mesías y que sólo era cuestión de tiempo el que se mostrara en su misión de rey y conquistador. En este caso, Judas debió de desilusionarse más y más según el tiempo pasaba, pues Cristo no solamente no llenaba el cometido de El esperado, sino que huía de honores y aun hablaba de su próxima Pasión y Muerte.

Pasa un año antes de que Judas vuelva a ser mencionado por un Evangelista. Al parecer, se ha conformado en su exterior a la vida de un inmediato seguidor de Cristo, de lo contrario hubiera dado ocasión a algún comentario. Para sus compañeros los Apóstoles, él es simplemente uno de los doce. Pero Jesús de repente y al parecer sin precedente, hace una advertencia que, como un relámpago en la noche, ilumina momentáneamente la depravación en la que Judas se había hundido.

Estaba cercano el fin del primer año del ministerio

público de Cristo. Estaba Jesús enseñando en Cafarnaúm, situada en la orilla noroeste del Mar de Galilea. Cristo había pasado tanto tiempo en esta ciudad que se la llamaba «su ciudad». En este día preciso Nuestro Señor explicaba la doctrina sobre la Sagrada Eucaristía. La enseñanza de Cristo fue recibida al principio con arqueo de cejas y murmullos de incredulidad: «Murmuraban, pues, los judíos de El porque había dicho: Yo soy el pan bajado del cielo» (Juan 6: 41). Conforme Jesús avanzaba en su discurso poniendo de relieve su enseñanza, los que estaban presentes comenzaron a disputar unos con otros, preguntando: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?» (53). Jesús no sólo no retiró su enseñanza, a causa del escándalo de sus oyentes, sino que la reiteró e insistió en ella: «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tenéis vida en vosotros» (54). Como Jesús continuase en la misma vena, aun sus mismos discípulos comenzaron a murmurar entre sí, diciendo: «Duro es este lenguaje. ¿Quién sufre el oírlo?» (63). Jesús conocía bien que algunos de sus oyentes no pasarían esta prueba de su fe. Como San Juan escribe: «Sabía Jesús desde un principio quiénes eran los que no creían y quién era el que le había de entregar» (65), quiénes eran los fieles y quién era el traidor. Puesto que los evangelistas distinguen entre no creyentes y el traidor, no sería lógico concluir de este

pasaje que Judas había ya perdido o estaba perdiendo su fe. Nada se dice sobre su fe en el texto.

Es evidente, por la narración de San Juan, que Jesús había llegado a un momento de crisis en su ministerio público. Desde el comienzo de su predicación, El había empleado la mayor parte de su tiempo en Cafarnaúm o en sus cercanías, y probablemente la mayor parte de sus discípulos eran de esta región. Para este tiempo, ellos debían de haber tenido ya suficiente fe en Jesús para creerle por su sola palabra, aun cuando no pudieran entender su enseñanza o aceptarla sin dificultad. Más aún, cuando Jesús anunció la doctrina sobre la Eucaristía, muchos de sus discípulos murmuraron y arguyeron entre sí, y finalmente llegaron a la conclusión de que aquella doctrina era demasiado dura para ellos. San Juan dice: «Desde este momento muchos de los discípulos volvieron atrás y no andaban ya en su compañía» (Juan 6: 67). La primera parte del ministerio de Cristo había acabado, al parecer, en un fracaso casi completo.

San Juan refiere luego la pregunta de Cristo a los Doce. Si esta pregunta siguió inmediatamente a la partida de los discípulos, habría que concluir que todos ellos abandonaron a Cristo y solamente permanecieron los Apóstoles. Pudo suceder, sin embargo, que mediase un pequeño intervalo entre los dos sucesos y que Cristo esperase a hacer la pregunta a los Doce cuando ya estaba El solo con ellos.



Hay algo trágico en este incidente. Jesús tuvo que pasar por la tristeza de ver a sus discípulos volverle la espalda y tomar su camino, discutiendo probablemente aún en pequeños y animados grupos la imposibilidad y aun lo absurdo de su enseñanza. Una atmósfera de fracaso y desaliento debió de rodear a los que quedaron. Nos podemos imaginar a Cristo pensativo durante unos momentos de observación antes de volverse al grupo silencioso de los Apóstoles, que estaban aún con El, para preguntarles: «¿Acaso también vosotros queréis marcharos?».

Hubo un momento de silencio, momento en el cual cada uno de los Apóstoles escudriñaba en su corazón buscando su respuesta. El primero en encontrarla y formularla fue San Pedro, y habló en palabras que han venido resonando a través de los siglos: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios» (Juan 6: 70).

En su sencillez y prontitud, Pedro pensó que hablaba por sí y por los otros. Jesús llama la atención a este error con palabras que tuvieron que ser una sacudida para el pequeño grupo: «¿Por ventura no os he elegido yo a los doce? Sin embargo, de vosotros uno es diablo» (71). No habían llegado al apostolado por su propia elección, no habían merecido esta singular gracia y honor, sino que Cristo mismo los había elegido como miembros de un grupo especial, «Los Doce».



A pesar de todo, uno de ellos es diablo. El énfasis con que Cristo señala el hecho de que El mismo los ha escogido, pone de mayor relieve la ingratitud y malicia de aquel que es diablo. El término «diablo» como Cristo lo usa aquí, no indica una posesión diabólica. Significa simplemente que aquel a quien se refiere estaba haciendo el trabajo de diablo, era como un diablo, o tan malo como un diablo. Jesús no está prediciendo la traición, ni tampoco descubre a aquel a quien se refiere. Sus palabras eran una amonestación, una gracia ofrecida secretamente a uno que ya estaba lejos en el camino de la perdición. San Juan, a la luz de los últimos acontecimientos, nos dice que Cristo se refería a Judas Iscariote, «quien le había de entregar».

No tenemos constancia de la reacción de Judas o de los otros Apóstoles a las palabras de Jesús, pero el curso de los siguientes acontecimientos revela que Judas no cuidó de la amonestación de Cristo. No sabemos si él o los otros hicieron una protesta semejante a la de Pedro. Es probable que la respuesta de San Pedro fue aceptada como respuesta de todos. Judas, con su silencio, se asoció hipócritamente a la declaración de fe de San Pedro; toda su existencia hasta su trágica muerte, había ahora llegado a ser una mentira viviente.

\* \* \*

Por casi un año un velo de silencio desciende sobre Judas en la narración evangélica. No reaparece hasta la cena de Betania, en la tarde del sábado anterior a la muerte de Cristo. Durante este tiempo, aunque él era diablo, como Cristo lo había llamado, debió continuar viviendo la vida de un Apóstol en todo lo exterior; hasta su mismo fin, sus compañeros no tuvieron sospecha del mal encerrado en su corazón.

En Betania, es de nuevo San Juan quien lanza luz clara sobre Judas y revela una fea faceta de su carácter. En una cena en casa de Simón el leproso, María derramó un unguento, precioso en extremo, sobre la cabeza y pies de Jesús, y enjugó sus pies con su cabello. Como tan frecuentemente sucede en esta vida, el vicio rápidamente se pone cara a cara frente a la virtud, y la tacañería a la generosidad. Los allí presentes comenzaron a comprender, y después a discutir, el gran valor del unguento que María había usado. Estimaban que valdría más de trescientos denarios, la paga de un trabajador por un año, más que suficiente, según la estimación de San Felipe, para dar alimento a cinco mil hombres (Juan 6: 7). Tan extraordinaria prodigalidad la encontraron chocante, y no vacilaron en expresarse su indignación unos a otros. Algunos de los seguidores de Cristo, probablemente los Apóstoles, se unieron a estas manifestaciones. Judas parece haber protestado en voz más alta, pues San Juan, que estaba presente, lo menciona por su nom-

bre: «Dice, pues, Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que le iba a entregar: ¿Por qué no se vendió este perfume en trescientos denarios y se dio a los pobres? Dijo esto no porque le importase de los pobres, sino porque era ladrón, y como guardaba la bolsa, hurtaba lo que en ella se echaba» (Juan 12: 4-6). Los otros discípulos eran indudablemente sinceros; pero San Juan, en su conocimiento inspirado, vio dentro del corazón de Judas y reveló la hipocresía de su pretendido interés por los pobres.

De esta manera nos dice claramente San Juan que Judas era ladrón que hurtaba el dinero que había sido confiado a su cuidado. Tenemos certeza, por las palabras de San Juan, de que Judas había estado abusando de la confianza que Cristo y los Apóstoles habían depositado en él, hurtando de la bolsa común.

He aquí, grabado por la pluma de un evangelista inspirado, el retrato de un ladrón, un hipócrita y un avaricioso; el retrato de un hombre que está al borde de hundirse en las profundidades del mal.

Los sucesos de los primeros días de la Semana Santa no podían dejar duda en la mente de Judas de que se estaba aproximando a grandes pasos el día de la ruptura entre Jesús y sus enemigos, cuando él y los otros Apóstoles tendrían que pararse para ser contados, tendrían que declararse por Jesús o contra El, por los jefes de los judíos o contra ellos.

Judas tomó su decisión, y su decisión fue de monstruosa perfidia. Se pasaría al enemigo, y al hacerlo entregaría a su Maestro en manos de ellos por cualquier precio que pudiera sacarles. Con un solo acto se libraría de la sospecha y peligro que rodeaban ahora a un Apóstol de Jesucristo, se ganaría el favor de los príncipes de los sacerdotes y Fariseos cumpliendo la orden dada por ellos de denunciar las andanzas de Jesús (Juan 11: 56), y forraría su propia bolsa.

Judas dejó probablemente a Jesús y a los Apóstoles en Betania y se encabezó para Jerusalén. Remontó la colina occidental de la ciudad hacia el punto en que la tradición sitúa el palacio del sumo sacerdote. Una vez que hubo dado aviso secreto del propósito de su visita, no tuvo dificultad en obtener la admisión. Es verosímil que fue entrevistado por algunos de los príncipes de los sacerdotes, de aquellos a quienes se había confiado tomar las decisiones y actuar en este asunto. Estuvieron también presentes oficiales de la policía del Templo: había de ser su cometido tomar las medidas necesarias para arrestar a Jesús bajo la guía de Judas. De hecho los encontramos presentes más tarde en el arresto de Jesús en el Huerto de Getsemaní (Luc. 22: 52).

Judas fue derecho al asunto, con franqueza y brutalidad. No hubo evasivas de que estaba perdiendo la fe en el Maestro, ni protestas de cumplir con su deber



como verdadero israelita: «¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?» (Mat. 26: 15).

Cuánto se regateó sobre el pago no lo sabemos. Los evangelistas nos dicen solamente que Judas y los príncipes de los sacerdotes llegaron a un acuerdo sobre la suma que se debía de pagar. Solamente San Mateo especifica que fue por «treinta piezas de plata». Esa moneda equivalía a ciento veinte denarios, y puesto que el denario era la paga diaria de un soldado o un labrador, la suma de dinero prometida a Judas era el equivalente a la paga de un labrador por ciento veinte días de trabajo. San Mateo menciona probablemente la cantidad con exactitud, puesto que recuerda que la ley prescribía treinta piezas de plata como compensación por un esclavo matado o un buey (Exod. 21: 32. Véase también Zac. 11: 12). Judas estuvo de acuerdo con la oferta, y desde este momento se determinó a poner en ejecución la parte del negocio que le tocaba.

Con los datos insuficientes dados por los Evangelios, es difícil analizar el carácter y los motivos de Judas Iscariote. Es un misterio de maldad que permanecerá incomprendible hasta el fin de los tiempos. Es aterrador comparar la grandeza excelsa a la cual había sido llamado, con el abismo de perversidad en el cual se sumergió. ¿Qué pudo conducirle a tales profundidades de maldad?

Como hemos visto, Judas era ladrón, tanto como un oportunista, que se había unido a Cristo porque

creía que Jesús era el Mesías y que él, como uno de sus primeros seguidores, se aseguraría para sí mismo un puesto importante en el reino. Por una parte, Judas debió de impresionarse profundamente por los milagros de Cristo; pero por otra parte, le repelía que Jesús rechazara los honores, su enseñanza de humildad, caridad, propia abnegación, su pobreza y su indiferencia completa a los bienes y comodidades del mundo, su revelación de un mundo mesiánico completamente distinto de todo lo que Judas imaginaba que sería; y sobre todo le repelía que Jesús aceptara la misión de un Mesías paciente y muerto.

En todo caso, llegó por fin el día en que Judas no creyó más en Cristo ni le amó. El período siguiente de la vida de Judas es un aterrador ejemplo del poder de la voluntad humana para resistir a la gracia. Judas veía a Cristo día tras día; hablaba con El y comía con El; dormía al lado de El, bajo la luz de las estrellas; le escuchaba cuando predicaba su doctrina del reino; le contemplaba cuando hacía milagros de misericordia; le oía denunciar la hipocresía de los Escribas y Fariseos; seguía a su lado, afanoso y cansado, cuando El subía las escarpadas colinas de Judea hacia la ciudad santa para las grandes fiestas del año religioso; participaba de todas las intimidades de amigo y confidente de Jesucristo, el Hijo de Dios.

Y aun así, después de más de dos años de todo esto,

---

rehusa abrir las puertas de su alma a los rayos de la gracia divina de Cristo. El pecado que cometió Judas fue mil veces más grave por el hecho de que fue concebido y nació en la mismísima presencia de Jesucristo.

## LA ULTIMA CENA

La Ultima Cena es uno de los sucesos más importantes y de mayor significación en la Vida de Cristo. Un tratado detallado de esta Cena, de la institución de la Eucaristía y del hermoso discurso que la siguió, pertenecen propiamente a la Vida de Cristo más bien que a un libro que trata especialmente de su Pasión. Nosotros, pues, ceñiremos nuestro estudio a cuanto pertenece directamente a los sucesos que iban a seguir en esta noche y en el día siguiente.

La Pascua era la fiesta más grande de las fiestas judías. Era la conmemoración anual de la liberación de los israelitas de la cautividad de Egipto. Se celebraba en el día 15 del mes de Nisán (digamos nuestro abril); pero, como el día judío empezaba con la puesta del sol, la fiesta realmente comenzaba a la puesta del sol del día 14 de Nisán. La Comida Pascual constituía la parte principal de la celebración, y era comida en el anochecer del 14 de Nisán. Para Cristo y sus Apósto-



les, y sin duda para muchos otros también, la Comida Pascual se debía comer aquel año al anochecer del jueves (1).

(1) Hay contradicción aparente entre los tres primeros Evangelios por un lado y San Juan por otro, en cuanto al tiempo de la celebración de la Pascua. No es cuestión de derecho, sino de hecho. Según la ley, el cordero pascual era inmolado en el día catorce de Nisán; y era comido aquella tarde, después de la puesta del sol.

En los tres primeros Evangelios, la Cena Pascual tuvo lugar el jueves al anochecer, que sería por tanto el catorce de Nisán (Mat. 26: 17; Marc. 14: 12; Luc. 22: 7). Es más, aun en estos Evangelios hay indicaciones de que el próximo día no era la Pascua, al menos no para todos: José compró una sábana de lino (Marc. 16: 46), las santas mujeres prepararon especias y ungüentos (Luc. 23: 56), tanto los judíos como los discípulos llevaban armas (Marc. 14: 47), y Simón de Cirene volvía del campo, evidentemente de su trabajo. Ninguna de estas actividades estaba permitida en la gran fiesta.

Según San Juan, los judíos comieron la Comida Pascual en viernes, y la Pascua misma era sábado. El viernes por la mañana los jefes de los judíos rehusaron entrar al patio del pretorio de Pilato, no fueran a mancharse y quedasen de esa forma imposibilitados para comer la Comida Pascual (Juan 18: 28). Pero Nuestro Señor y sus Apóstoles la habían ya comido la noche anterior.

También hay otras indicaciones semejantes en el Evangelio de San Juan.

No conocemos la solución para esta dificultad, porque no conocemos los hechos. Son posibles muchas explicaciones. Las mejores se basan en el hecho de que no todos estaban de acuerdo en cuál era el día quince de Nisán.

Los Rollos del mar Muerto prueban que la secta Qumran seguía un calendario diferente del de los judíos. Era probablemente un antiguo calendario religioso. No sabemos si esta secta tenía muchos seguidores entre otros judíos, pero eso no es tan importante como el hecho de que había desacuerdo en el tiempo de Cristo sobre el día en el cual caía el 15 de Nisán. Algunos sabios católicos son ahora de opinión de que Cristo y sus Apóstoles comieron la Última Cena el martes más bien que el jueves al anochecer.

Los Apóstoles conocían que Jesús quería comer la Comida Pascual en Jerusalén; pero así y todo, sabían también que ni El ni ellos tenían un domicilio en la ciudad. No sería fácil encontrar un lugar acomodado por razón de las muchedumbres, y estaban al tanto de que Jesús no había dado ningún paso para hacer los arreglos necesarios. Su inquietud llegó a tal extremo que al fin se acercaron a Jesús con la pregunta: «¿Dónde quieres que te preparemos lo necesario para comer la Pascua?» Cristo escogió a Pedro y a Juan y les dio direcciones para que fueran a hacer los necesarios preparativos. Jesús les dijo cómo iban a encontrarse con un hombre, que era evidentemente amigo o discípulo, el cual proveería el salón o cámara de hospedaje necesario. El anónimo bienhechor mostró a Pedro y a Juan «una ancha sala o estancia superior», provista de muebles, que puso a disposición de Jesús y sus Apóstoles.

La sala de huéspedes ocupaba de ordinario todo o una parte del piso alto de la casa. Cuando sólo era una

---

Los Fariseos posponían los tiempos sagrados por varias razones. Algunas veces alargaban el mes precedente, por ejemplo, para evitar que el día de la Expiación cayera el día antes o el día después del sábado.

Los judíos no tenían un calendario fijado por medios astronómicos. El nuevo mes comenzaba cuando la nueva luna era visible a simple vista. Tal método podía llevar a dudas y desacuerdos. Algo similar sucedió el año 1955 cuando los egipcios comenzaron Ramadá un día después que los otros países musulmanes, porque las autoridades religiosas de Egipto se vieron impedidas por la niebla de ver la nueva luna en la primera noche de su aparición.

parte, el resto se usaba como balcón o terraza, abierta sobre un patio interior y defendida de la vista del público. El acceso lo tenía por una caja de escalera desde el patio interior. Allí se recibían los huéspedes, evitando de esta manera que estuvieran en el piso bajo donde estaban establecidos los establos, cocina, habitaciones para los sirvientes, y los cuartos para la vida ordinaria de familia. El salón de huéspedes estaba provisto de divanes bajos, cojines y alfombras (2).

Antes de la hora señalada, Pedro y Juan habían completado los preparativos para la Comida Pascual, y Jesús y los diez Apóstoles llegaron al salón alto. Eran como las seis en punto. Todo el mundo esperaba con expectación el toque de las trompetas de plata, toca-

---

(2) El lugar donde Nuestro Señor comió la Última Cena e instituyó la Sagrada Eucaristía es conocido como el "Cenáculo", de la palabra latina *Coenaculum*, usada por San Jerónimo al traducir la palabra griega "Salón alto". Los Evangelistas no dan su situación más allá de decir que estaba en la ciudad. La tradición cristiana lo sitúa en la colina occidental de Jerusalén cerca de la actual muralla del sur. Una tradición aún más antigua identifica el Cenáculo como el lugar en que Nuestro Señor se apareció a los discípulos el Domingo de su Resurrección y también una semana más tarde, y donde el Espíritu Santo descendió sobre nuestra Bienaventurada Madre y los Apóstoles. El Cenáculo, de esta manera, fue el primer centro cristiano en Jerusalén y fue llamado más tarde Madre de todas las Iglesias. Esta barriada se vio libre de la destrucción que cayó sobre el resto de la ciudad por medio de Tito en el año 70 después de Cristo. Fue muy natural que, con la paz, los cristianos volvieran a un lugar santificado por tantos recuerdos sagrados. A lo largo del correr de los siglos hasta nuestros días, este lugar ha sido venerado como uno de los más sagrados de toda la Cristiandad, aunque debemos admitir que la tradición no está suficientemente fundada como para imponer completa certeza.



das por los sacerdotes en el Templo, anunciando el momento exacto de la puesta del sol y comienzo de la Comida.

La ley mandaba que la Primera Pascua fuera comida precipitadamente, con los lomos ceñidos, las sandalias calzadas y un báculo en la mano. Para el tiempo de Cristo todo esto había sido cambiado, y los israelitas, como una señal de que eran libres, comían la Pascua reclinados. En el medio del salón había una mesa baja. Al rededor de esta mesa había esteras y cojines en los cuales se reclinaban los comensales sobre el codo izquierdo, dejando su mano derecha libre para alcanzar el alimento de la mesa. Algunas veces las mesas eran redondas y quedaban completamente rodeadas de comensales. Otras veces los lugares para éstos formaban tres lados de un cuadrado, dejando un lado libre para la conveniencia de los sirvientes.

La Cena Pascual comenzaba con una primera copa de vino y una oración invocando que descendiera la bendición sobre el vino y sobre la fiesta. Luego se presentaban lechugas amargas, pan sin levadura, y salsa en la cual mojar las lechugas colocadas sobre la mesa con el cordero pascual. Se escanciaba una segunda copa de vino y el jefe del grupo explicaba el significado de la fiesta. El cordero se comía, acompañándolo de las lechugas. Los judíos estaban familiarizados con el uso de tenedores, pero para esta comida



usaban las manos, introduciendo las lechugas en la salsa y usando pedacitos de torta de pan insípido entre los dedos para tomar la comida del plato. Una tercera y cuarta copa de vino eran servidas, acompañadas de la bendición de la colación, y la recitación de un grupo de salmos conocidos como El Jallel.

Según los Apóstoles empezaron a tomar sus puestos para comenzar la comida, se levantó una disputa entre ellos sobre la precedencia. Jesús, suavemente, los reprendió y les dio una lección de verdadera humildad. Dejando a un lado los vestidos exteriores, se ciñó con una toalla, vertió agua en el barreño, y comenzó a lavar y secar los pies de sus discípulos. Después de superar la resistencia de Pedro, Jesús habló con palabras más bien misteriosas: «Vosotros limpios estáis, aunque no todos» (Juan 13: 10). San Juan nos dice que Jesús se refería a Judas. Es probable que nuestro Señor pronunció estas palabras al pasar de Pedro a lavar los pies de Judas, dando de esta manera al traidor amplio aviso de que estaba al tanto de su mal intento.

Cuando se hubieron reclinado de nuevo alrededor de la mesa, Jesús insistió más en la lección que les acababa de enseñar. «Si esto sabéis, dijo, bienaventurados sois si lo hicieréis». Refiriéndose de nuevo a Judas, Jesús prosiguió diciendo: «No de todos vosotros lo digo». Y para que los Apóstoles no pensaran que

Jesús había cometido un error al pensar que el traidor era un Apóstol, continuó: «Yo sé a quiénes me escogí», y a continuación explicó que la elección había sido hecha para que se cumpliera una profecía concerniente a El: «Se había de cumplir la Escritura: El que come mi pan levantó contra mí su calcañar». Esta cita está tomada de un salmo atribuido al Rey David (Ps. 40: 10). Mientras que estas palabras directamente se refieren al Rey David, se refieren también indirectamente a Cristo, ya que David fue una prefigura del Mesías. Cristo se lo dice de antemano para que ellos puedan verificar después que esta profecía se refiere a El.

San Juan, presuroso en notar los sentimientos de Jesús, nos dice que «se conturbó en espíritu». Es obvio que Jesús fuese turbado por la presencia de Judas. El que había llorado sobre la ceguera del pueblo de Jerusalén, se entristecía ahora por la presencia de un escogido que resistía todos sus avisos, persistiendo en su mal camino. De nuevo Jesús habló de la traición, y esta vez con palabras que suenan como la solemne declaración de un testigo contra un acusado: «En verdad os digo que uno de vosotros, el que come conmigo, me entregará» (Marc. 14: 18). Jesús revela en estas palabras la razón de la conmoción de su alma. El será traicionado, y traicionado por uno de aquellos que estaban ahora comiendo con El a la mesa, por

uno admitido a su amistad e intimidad, uno de los Doce.

El significado de las palabras de Jesús penetró por fin las mentes incrédulas de los Apóstoles. Cayeron en la cuenta, por su manera turbada de hablar, de que no estaba usando figuras de lenguaje. Los Apóstoles también se pusieron tristes y turbados. Mirábanse unos a otros en torno con desconfianza, pero sus miradas eran de vergüenza, más que de sospecha. Cada uno tenía conciencia de sus propias buenas intenciones, y aun así temía no fuera él aquel «uno» a quien Jesús se refería. Comenzaron «a discutir unos con otros sobre quién era de ellos el que iba a hacer esto» (Luc. 22: 23). Sus investigaciones no llevaban a ninguna parte, por eso se volvieron todos a Nuestro Señor en busca de una respuesta a aquella pregunta intranquilizadora, y cada uno preguntó: «¿Por ventura soy yo?»

Evidentemente la respuesta de Jesús interrumpió las preguntas, pues Judas hizo su pregunta más tarde. Jesús evitaba aún designar al traidor y respondió en términos generales: «Uno de los Doce, el que moja su bocado conmigo en el plato» (Marc. 14: 20). Es probable que esta expresión es solamente una manera algo diferente de decir: «Uno que está comiendo conmigo». Jesús continuó luego: «El Hijo del hombre se va, según está escrito de él...» (Marc. 14: 21). Jesús no fue engañado por las trampas que se le pusieron

ni fue obligado: tomó el camino de la cruz por su libre voluntad, de la manera predicha por los Profetas en el Antiguo Testamento: traicionado por un amigo. Aun así, el hecho de que la traición fue el cumplimiento de una profecía no ofrece excusa al traidor, pues Cristo siguió diciendo: «Mas, ¡ay de aquel hombre por cuyas manos el Hijo del hombre es entregado! Mejor le fuera a aquel hombre si no hubiera nacido».

Estas son las más terribles palabras que Jesús habló durante su vida en la tierra. Su amenaza es ineludible: es una amenaza expresa de condenación eterna para Judas. Ciertamente hubiera sido mejor para Judas haber nacido, si fuera posible llegara algún día en que pudiera gozar de la visión beatífica en el cielo; pero esta posibilidad parece claramente estar eliminada por la afirmación de Cristo.

Es probable que las palabras de Nuestro Señor interrumpieron las preguntas de los Apóstoles: «¿Por ventura soy yo, Señor?» Judas sabía muy bien que Jesús se refería a él, pero pensó que para evitar la sospecha él también tendría que hacer su pregunta, y así dijo: «¿Qué? ¿Soy yo, Rabí?» La respuesta de Cristo vino instantánea e inequívoca: «Tú lo has dicho» (Mat. 26: 25). Evidentemente los otros no oyeron la respuesta de Cristo, o se hubiera formado un alboroto. Probablemente estaban ocupados en preguntarse unos a otros. Además se prueba también por el incidente que se siguió inmediatamente, que Judas estaba



reclinado muy cerca de Jesús. Solamente Judas oyó y entendió. No podía tener duda de que Jesús veía a través de su hipocresía y conocía sus malas intenciones.

El próximo incidente es otro de aquellos en que San Juan se manifiesta clarísimamente como testigo de vista de los sucesos que cuenta (Juan 13: 23-30). Para entender la escena, es necesario recordar que los comensales se colocaban a la mesa reclinados sobre el codo izquierdo y alcanzaban el alimento con su mano derecha. Cuando los antiguos usaban la expresión «reclinarse en su pecho», se referían al lugar que uno ocupaba en la mesa con relación a otro, y no a la postura de uno. Cuando San Juan dice que el discípulo amado «estaba reclinado sobre el pecho de Jesús», significaba sencillamente que estaba a la derecha de Jesús. De lo que sigue, es claro que Judas estaba reclinado cerca de Jesús, posiblemente a su izquierda, y que Pedro estaba a pequeña distancia, lo más cerca sería el puesto a la derecha de Juan, el discípulo amado.

Pedro hizo una señal para atraer la atención de Juan y luego le dijo en voz baja: «¿Quién es aquel de quien habla?» Por eso Juan se inclinó hacia atrás, hasta que su cabeza quedó directamente sobre, o aun tocando el pecho de Jesús, y le susurró: «Señor, ¿quién es?» Nuestro Señor respondió: «Aquel es a quien daré el bocado que voy a mojar». Jesús entonces tomó un pedazo de pan, y con él en sus dedos, recogió un bo-

cado exquisito de carne del plato de cordero y lo ofreció a Judas. Esto fue una muestra delicada de atención por parte del huésped. Al observar Juan que Judas aceptaba el bocado, debió de experimentar gran sacudida y un sentimiento de disgusto. El Evangelio no nos da pruebas de si él reveló a Pedro la identidad del traidor. No es probable que lo hiciera: de otro modo el impulsivo Pedro se hubiera echado a la garganta de Judas.

En este punto San Juan menciona de nuevo la influencia de Satanás: «Y tras el bocado, en el mismo instante entró en él Satanás». Parecería que al designarlo como traidor, Jesús excluía a Judas del Colegio Apostólico. Según Judas iba cada vez más y más siendo abandonado de Dios, Satanás iba quedando más libre para ejercer su poder sobre él. Cada gracia rechazada, cada propuesta de Jesús rechazada, debilitaba su alma, y reducía su poder de resistencia a la sugestión satánica.

La última esperanza para Judas se había marchitado. Desde este momento Jesús ya no podía esperar de él nada. Sus esfuerzos por vencerle y tornarlo a sí habían fallado. Jesús se volvió a él y dijo suavemente: «Lo que vas a hacer, date prisa en hacerlo». Jesús quería verse libre de la presencia del traidor para poder emplear el poco tiempo que le quedaba con sus fieles once. Los otros oyeron las palabras de Jesús sin mayor atención y pensaron que Jesús se

dirigía a Judas para que hiciera alguna adquisición para la fiesta o alguna limosna a los pobres.

Nos podemos imaginar a San Juan observando aturdido y en silencio, cómo Judas se levantó de su sitio después de recibir el bocado de manos de Jesús y comenzó a salir. Según cruzaba por la puerta, Juan captó con su mirada las tinieblas que parecían envolver a Judas como un manto. La oscuridad de fuera contrastaba severamente con la luz del salón de la Cena. Juan quedó evidentemente impresionado por el contraste, pues añade: «Era de noche».

Esta breve frase de Juan causa profunda impresión. Parecería que San Juan vio en las tinieblas más que un mero fenómeno físico: las tinieblas dentro de las cuales entraba Judas son un símbolo. Esta es la hora de las tinieblas que los hombres prefieren a la luz (Juan 3: 19); es la hora del poder de las tinieblas (Luc. 22: 53) que ha tomado posesión del alma de Judas; dentro de estas tinieblas es donde la luz brilla, y las tinieblas no le comprendieron (Juan 1: 5).

Después de la Cena Jesús habló ardientemente a los once Apóstoles, avisándolos de lo que estaba para suceder. Durante su discurso, hizo sorprendentes anuncios: «Todos vosotros padeceréis escándalo en mí esta noche» (Mat. 26: 31). Jesús no hace excepciones. La naturaleza del escándalo está indicada en la alusión que hace al texto de Zacarías (13: 7) que decía de sí mismo: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas



del rebaño» (3). Los sucesos de aquella noche y del día siguiente habían en verdad de llevar a pleno cumplimiento las palabras de Nuestro Señor. Para los Apóstoles primero, como para los judíos más tarde (I Cor. 1: 23), la Pasión de Cristo fue piedra de escándalo. A pesar de todas las predicciones y avisos de Jesús, a pesar de sus esfuerzos para prepararlos de antemano, los Apóstoles rehusaron admitir los hechos; y la terrible realidad de los sufrimientos de Cristo y su muerte barrieron sobre ellos con la precipitación y amplitud de una ola de mar.

De nuevo Pedro, no prestando atención a lo que Nuestro Señor estaba diciendo, hizo una interrupción para volver sobre el asunto que estaba en su mente. Contradijo de plano a Cristo. Nuestro Señor había dicho: «Todos vosotros padeceréis escándalo»; Pedro declaraba ahora en voz alta: «Aun cuando todos se escandalizaren, pero no yo» (Mat. 14: 29). Pedro estaba lleno de confianza en sí mismo. Estaba perfectamente decidido a sostener que todos los otros se escandalizarían, pero él nunca.

Las protestas de Pedro no hicieron efecto en Cristo. La respuesta de Nuestro Señor es incisiva y definitiva. Cada palabra añade claridad y fuerza a la predicción: «En verdad te digo que tú hoy, en esta

---

(3) En el original hebreo, este texto lee: "Espada... golpea al pastor y las ovejas serán esparcidas". Cristo cita el texto según su sentido más bien que palabra por palabra. Si Dios ordena a la espada que dé el golpe, luego es Dios el que golpea.



noche, antes de cantar el gallo dos veces, tres veces me negarás» (Marc. 14: 30). Los sucesos de la noche confirmarán la verdad de la profecía de Cristo con respecto a Pedro y también a los otros Apóstoles.

Pero Pedro no iba a callarse. Echó a un lado la afirmación clara, formal y precisa de Cristo, y siguió hablando con mayor vehemencia y porfía. En vez de reflexionar sobre el conocimiento superior de Cristo, echó una mirada al interior de su corazón y vio solamente sus propios sentimientos de lealtad y devoción. Pasando completamente por alto su humana fragilidad, declaró jactancioso: «Aunque me viere en trance de morir contigo, no seré yo quien te niegue». Y no queriendo dejarse sobrepujar por Pedro, los otros Apóstoles se unieron entonces a él con semejantes declaraciones de fidelidad.

¿Dio Cristo alguna respuesta? Si la dio, los Evangelistas no la consignaron. Probablemente no la dio, ya que conocía que una serie de sucesos estaban ya para tomar forma en las sombras tenebrosas de la ciudad, los cuales responderían por él.

Antes de dejar el salón de la Cena, Jesús y los Apóstoles cantaron el grupo de salmos conocidos como El Jallel. Esto era parte del ritual prescrito para la Pascua, como hemos dicho. Luego bajaron a la calle saliendo hacia el este en dirección al Huerto de Get-

semaní. Debían de ser entre las diez y las once a aquella hora, aunque sólo lo podemos conjeturar. La luna llena pascual iba ya alta sobre las montañas de Moab hacia el este y derramaba un pálido brillo sobre la silenciosa ciudad. Si la tradición está en lo cierto, el grupo debió de pasar muy cerca del palacio de Caifás, donde ya estaban en pie las preparaciones para capturar a Cristo aquella misma noche.

Jesús y los Apóstoles descendieron al valle, y dejaron la ciudad por la Puerta de la Fuente. Una vez fuera de las murallas de la ciudad, se encaminaron hacia el norte por el sendero que seguía al torrente Cedrón, que en aquella época del año estaba seco. Por este sitio el Cedrón es una garganta oscura y profunda que separa la ciudad, situada al oeste, del Monte de los Olivos, que está al este. Según iban caminando a lo largo del sendero por el fondo de la barranca, iban en la oscuridad, pero sobre ellos la luna iluminaba las murallas de la ciudad con sus torres hacia su izquierda, y por la derecha derramaba suaves rayos de luz sobre los olivos que cubrían el declive del Monte. En un punto preciso, frente a frente del Templo, no lejos del puente actual, torcieron hacia el este y comenzaron a subir hacia el Huerto de Getsemaní, situado en la parte inferior del declive del monte. El camino desde el salón de la Cena era sobre terreno difícil y probablemente requería alrededor de media hora.

LA PASION

## GETSEMANI

En Getsemani comenzamos la historia de la Pasión de Jesucristo. Todo lo que ha ido por delante es un prólogo al más grande de todos los dramas. Los narradores son los cuatro evangelistas. Todos ellos creían que Jesucristo era una persona divina, el verdadero Hijo de Dios, y ofrecieron sus vidas en testimonio de su fe. Pues aun así, no hay cambio en su estilo cuando narran los terribles sucesos de la noche del Jueves Santo y el día siguiente. No hay intento de quitar lo que era piedra de tropiezo y escándalo a los judíos y a los gentiles. Por medio de sus ojos vemos a Jesús abrumado de miedo y tristeza; entregado en manos de sus enemigos llevado a prisa de tribunal en tribunal; burlado, escupido, azotado, coronado de espinas; condenado a muerte de cruz y dejado morir clavado a un patíbulo, fuera de las puertas de la ciudad, junto a un camino real donde los que pasaban podían contemplar lo que ellos pensaban era un castigo bien merecido del falso profeta de Nazaret.



Y los Evangelistas cuentan esta historia con sencillez, con objetividad y sin esfuerzo alguno por dar o quitar color a los hechos. En verdad podemos decir que narran la historia friamente. Son historiadores, que registran lo que sucedió sin expresar simpatía por Cristo paciente o antipatía por sus enemigos. Su sola simplicidad y candor, y la falta de especial defensa, dan una conmovedora y tremenda elocuencia a estas páginas, las más grandes de la Sagrada Escritura.

Los Evangelistas son parcos en detalles al describir los lugares en que ocurrieron los sucesos de la vida de Nuestro Señor. Los Evangelios fueron escritos para los primeros cristianos. Información de tal clase no hubiera sido entendida por los que vivían fuera de la Tierra Santa y hubiera sido innecesaria para los fieles de Palestina, quienes debieron de preservar con cariño el recuerdo de los lugares santificados por la presencia de Cristo. Entre los datos de los Evangelios y la tradición, sin embargo, podemos localizar, con un grado satisfactorio de exactitud, el huerto donde tuvo lugar la agonía de Nuestro Señor.

San Mateo y San Marcos hablan de él simplemente como de una «granja llamada Getsemaní» (Mat. 26: 36; Marc. 14: 32). San Lucas se refiere a él como a un «lugar» en el Monte de los Olivos (22: 39-40). San Juan dice «a la otra parte del torrente Cedrón, donde había un huerto» (18: 1), y afirma luego que «también Judas

sabía aquel lugar, puesto que muchas veces se había reunido allí Jesús con sus discípulos» (18: 2).

La expresión usada por San Mateo y San Marcos indica un dominio rural, una heredad campestre o suburbana. La palabra usada por San Juan y traducida «huerto» puede también significar un olivar, y este es probablemente el sentido en el cual se usa aquí, puesto que el nombre por el cual era conocido el lugar era Getsemaní, que significa «molino de aceite».

Por los datos que tenemos a mano y por lo que conocemos de establecimientos semejantes de la época, no es muy difícil reconstruir el aspecto general de Getsemaní. Era un bosque de olivos, cercado por una pared baja de piedra o por un seto. Que había alguna clase de cerca está indicado en el hecho de que San Juan dice que Nuestro Señor y sus discípulos «entraron», y más tarde «salieron» al encuentro de Judas. No es sorprendente que hubiera habido un molino de aceite, pues un molino de vino o de aceite era equipo acostumbrado de ordinario en tales heredades del campo. Jerusalén estaba rodeada por una faja de vegetación verde y esta parte en particular debió de ser notable por sus olivos, ya que la colina que se elevaba sobre ella era conocida por Monte de los Olivos. El molino de aceite era de piedra, semejante a los que aún se encuentran en muchas partes en Tierra Santa. No se nos dice si había alguna clase de habita-

ción, pero probablemente había un refugio para el guardián, y una casa donde el propietario pudiera retirarse para gozar de la sombra en el verano.

San Lucas nos dice que Jesús fue al Huerto de los Olivos «según costumbre», y San Juan dice que Jesús y sus discípulos frecuentemente iban al huerto. Los Evangelistas ya nos habían informado que durante la Semana Santa Nuestro Señor dejaba la ciudad y pasaba la noche en el Huerto de los Olivos. Es muy probable que cuando no quería alejarse tanto como hasta Betania, que estaba más lejos y más alto que el escarpado declive del monte, Jesús se quedaba aquí, en el Huerto de los Getsemani cerca del pie de la colina. Los Evangelistas no satisfacen nuestra curiosidad en cuanto al propietario de Getsemani. Tiene que haber sido amigo y discípulo de Jesús, pues aquí, como en el Salón Alto, Nuestro Señor se halló cómodo como en casa propia.

La tradición cristiana ha conservado con particular veneración el lugar identificado como el Huerto de Getsemani y señalado hoy, como en siglos pasados, por una hermosa Basílica y también por un pequeño bosque de árboles de olivos, que son retoños de los árboles que fueron testigos de la agonía de Nuestro Señor. Está al este del Cedrón, a corta distancia, en la ladera que sube al Monte de los Olivos, como a ciento ochenta metros del recinto cerrado del Templo. Esta localización es lógica, pues es el único lugar en esta



parte donde el valle del Cedrón se ensancha suficientemente para dejar espacio a la heredad rural mencionada en los Evangelios. Sabemos que desde la primera parte del siglo cuarto al menos, los peregrinos reverenciaron este punto como el lugar donde Nuestro Señor pasó su agonía. Una iglesia que conmemora este suceso fue construída aquí entre los años 380 y 390 después de Cristo.

Alrededor de cien metros hacia el norte del lugar identificado como el de la agonía de Nuestro Señor, hay una gruta excavada en la roca. Es de forma muy irregular, pero mide alrededor de diez por quince yardas. La tradición primitiva no relaciona esta gruta con la oración y la agonía de Cristo; pero hay una tradición posterior que la hace escena de la entrega. No tenemos suficientes pruebas para determinar con algún grado de certeza si algunos de los sucesos de la noche del Jueves Santo tuvieron lugar dentro o a la entrada de la gruta. Si no había habitación en el Huerto mismo, es posible que Nuestro Señor y los Apóstoles buscaran refugio ocasionalmente dentro de la gruta cuando el tiempo era frío o inclemente. No tenemos prueba de si alguno de los Apóstoles lo hizo así en esta noche particular. Sin embargo, al parecer Judas esperaba que Jesús y los Apóstoles estarían dormidos dentro de la gruta, ya que él y sus asociados se acercaron con linternas y antorchas y sin grande esfuerzo por ocultarse. Seguramente habría sido más



cuidadoso si hubiera pensado que su presa estaría en el huerto en sitio abierto.

En todo caso las narraciones evangélicas indican que Cristo y los tres escogidos no estuvieron en la gruta. La temperatura es variable en esta época del año, y esta noche debió de ser al menos fría, ya que San Pedro se sentó más tarde al fuego con los sirvientes del Sumo Sacerdote para calentarse (Marc. 14: 54; Luc. 22: 55). Acostumbrados como estaban, sin embargo, a una vida dura a la intemperie, no hubiera sido nada extraordinario para los Apóstoles dormir bajo las estrellas en esta época del año, bien envueltos sus cuerpos en sus mantos.

A la luz de estos datos, podemos reconstruir en rasgos generales lo que tuvo lugar en Getsemaní. Jesús y los once Apóstoles cruzaron el puente, y comenzaron a subir por la ladera del Monte de los Olivos. A corta distancia, más allá del puente, cerca del punto en que el camino real se divide en varios caminos secundarios, uno de los cuales pasa directamente por lo alto del Monte y otro da vuelta por la ladera hacia Betania y Jericó, el pequeño grupo se detuvo a la puerta del huerto. El propietario probablemente les había provisto de la llave, de modo que pudieron entrar libremente. Una vez dentro del huerto, Nuestro Señor se volvió a ocho de los Apóstoles y les dijo: «Sentaos aquí mientras voy allá para hacer oración» (Mat. 26: 36). Tomando a Pedro, Santiago y

Juan con El, fue un poco más lejos, dentro del interior del huerto. Comenzando ya a sentir los primeros embates de miedo y tristeza, dijo a sus favorecidos: «Quedad aquí y velad conmigo» (Mat. 26: 38).

En las narraciones evangélicas hay muchas cosas de la vida y doctrina de Cristo que podemos entender sin dificultad. Creemos que Cristo es Dios, pero creemos también que es hombre: por eso no nos extraña leer que El se cansó, tuvo hambre, tuvo sed; que dormía, que sintió el frío y el calor; que se encolerizó y barrió con un látigo a sus enemigos. El nacimiento de Cristo en Belén en un pobre establo, difícilmente nos hace vacilar. Aún más, mucho de los sucesos de su Sagrada Pasión, aun cuando son chocantes, caen dentro de foco en nuestras mentes a la luz del Dogma de la Redención.

Pero en Getsemaní nos encontramos de cara con lo que es, quizás, el más grande misterio de la vida de Jesús. Siempre hasta entonces había habido en El una serenidad de alma que se transparentaba, una seguridad en sí mismo, un lazo de unión estrecho con el Padre, una completa ausencia de miedo, seguridad absoluta en cada palabra y en cada acción. Pero en Getsemaní hay un cambio: tristeza en Cristo, y turbación de mente; timidez y vacilación; su oración repetida una y otra vez mientras yacía postrado en tierra; la aparente contradicción entre su voluntad y la de su Padre; su aparente cobardía ante la muerte;

su debilidad y agonía, y el sudor de sangre: todas estas cosas nos presentan problemas que nuestras mentes finitas pueden resolver solamente en parte, porque no podemos penetrar plenamente el misterio de la unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en una persona. En verdad los sucesos que tuvieron lugar en el Huerto de Getsemaní son tan difíciles de comprender que algunos de los más grandes Padres de la Iglesia, temiendo quitar algo a la divinidad de Cristo, hicieron violencia a los textos del Evangelio al interpretar estos pasajes. Nosotros debemos aceptar las palabras de los Evangelios en su sentido obvio, pero debemos con toda humildad reconocer que en Getsemaní estamos en presencia de uno de los más profundos misterios de nuestra fe.

Hubo varias razones por las cuales Jesús escogió a Pedro, Santiago y Juan para acompañarle. Ellos habían sido los testigos especialmente escogidos para la resurrección a la vida de la hija de Jairo (Marc. 5: 37), así como también de la Transfiguración de Jesús (Marc. 9: 2). Por esto, estarían mejor preparados para no escandalizarse del dolor de Cristo y de su agonía. Además ellos eran probablemente los Apóstoles a quienes más quería Jesús y de cuya presencia esperaba recibir mayor consuelo durante el tiempo de la prueba suprema. Es evidente que las circunstancias del momento son extraordinarias, pues Jesús se apartaba de su usual costumbre de orar enteramente solo,



y aun de buscar completa soledad para la oración en un lugar desierto o región montañosa (Marc. 1: 35; 6: 46). Nuestro Señor había instruído a los Apóstoles para que oraran al Padre en secreto (Mat. 6: 6). Ahora quería tener a sus amigos cerca de él, no solamente por el consuelo de su presencia, sino también para que fueran testigos de las agonías, tanto de su mente como de su cuerpo, las cuales él sufrió en los trabajos de nuestra redención.

Mientras estaba aún con los tres Apóstoles, antes de dejarlos para ir más adentro del huerto y comenzar su oración, las puertas de su alma se abrieron y una ola de tristeza pareció abrumarlo: «Comenzó a ponerse triste y a sentir abatimiento» (Mat. 26: 37; Marc. 14: 33). Ambos evangelistas usan la expresión «Comenzó». En verdad que esto era el comienzo, pero la angustia interior se presentó con la fuerza repentina de una avenida de agua, que barre todo lo que se le pone delante. Jesús sintió como si ya la mano de la muerte estuviera sobre él, pues dijo a los tres: «Triste en gran manera está mi alma hasta la muerte» (Mat. 26: 38; Marc. 14: 34). No era ésta la primera vez que Jesús manifestaba esta angustia interior. En el recinto del Templo solamente unos días antes, había dicho: «Ahora mi alma se ha turbado». Y había añadido la oración que Él había de repetir una y otra vez esta misma noche: «Padre, sálvame de esta hora» (Juan 12: 27). Pero ahora la angustia que le asaltaba



era tan aguda que era capaz de causarle la muerte, porque era, como El mismo dijo, una tristeza «hasta la muerte». Hay un toque tierno y humano en el hecho de que Nuestro Señor introduce a los tres dentro de sus confidencias, les revela el estado de su alma, y busca su compañía: «Quedad aquí», dijo, «y velad conmigo» (Mat. 26; 38). En este crítico momento quiere asociar a los tres en su oración y vigilia. No dijo simplemente «Quedad aquí y velad», sino añadió las conmovedoras palabras «conmigo». Y eso que de ninguna manera era para sí mismo para quien pedía las oraciones, porque añadió: «Orad para que no entréis en tentación» (Luc. 22: 40). Los terribles sucesos que les pondrían a prueba iban ya en ese momento tomando forma en las tinieblas de la ciudad cercana, y Jesús les amonestaba que orasen para que pudieran tener fuerzas con que pasar seguros la prueba.

Las palabras usadas por los Evangelistas lanzan alguna luz sobre las emociones que de repente abrumaron el alma de Nuestro Señor. Jesús tuvo miedo. Toda su vida había mirado hacia la Pasión sin miedo, y aun con deseo de verse en ella. Pero ahora que la espantosa realidad caía sobre El, encontraba en ella un elemento de terror. También encontraba un sentimiento de pesar, una emoción causada por un mal apreciado por la mente como actualmente presente. También él estuvo «turbado en extremo». La palabra usada por el evangelista en el original griego se re-

fiere comúnmente a un estado de mente confuso, inquieto, distraído, en el cual uno se siente completamente perdido al tener que afrontar algo muy difícil que no se puede menos de hacer.

Después que Jesús confió el pesar de su alma a los tres apóstoles escogidos y les hubo amonestado para que oraran y velaran, les dejó y se fue un poco más adentro del huerto, como «un tiro de piedra», dice San Lucas, distancia como de alrededor de treinta pasos (1). La expresión usada por San Lucas, al referir este apartarse Nuestro Señor de los Apóstoles, implica que hubo un elemento de compulsión. Jesús evidentemente sintió dentro de sí una fuerza interior que le arrastraba con apremio a la oración retirada. A la luz de la luna llena de Pascua, los tres Apóstoles podían verle claramente, y también oírle, pues sin duda que siguió la costumbre oriental de orar en voz alta. Nada hay que indique que los tres cayeron dormidos inmediatamente, y así tuvieron tiempo de oír y observar lo que tenía lugar.

Lo que vieron y oyeron debió de conmoverles. Jesús cae sobre sus rodillas y luego se postra rostro en tierra. Claramente, a través del aire tranquilo de la noche, llega el sonido de su voz que llama a su Padre

---

(1) San Lucas no hace mención de los tres escogidos, de manera que algunos piensan que San Lucas quiere decir que Nuestro Señor se separó de los ocho Apóstoles como "un tiro de piedra". Nos parece más en armonía con los otros evangelistas, el aplicar esta expresión de San Lucas a los tres Apóstoles.

celestial: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no como yo quiero, sino como quieres tú» (Mat. 26: 39). Los otros dos evangelistas que describen esta escena usan expresiones ligeramente diferentes, pero esencialmente las mismas. San Marcos, quien tomó su información de San Pedro, usa la palabra aramaica «Abba» por Padre, la misma palabra que Nuestro Señor usó y que sin duda había quedado grabada en la mente de Pedro. En su tiempo de prueba es al Padre a quien Jesús se vuelve.

En el monte de la transfiguración, la divinidad de Jesús se manifestó tan claramente que difícilmente se veía en El al hombre. Aquí, en Getsemaní, fue tan humano que no parecía de ningún modo ser Dios. Siempre otras veces había hablado al Padre con tranquila calma, y como de amante igual a igual. Ahora lanzó hacia el Padre un grito desde lo hondo de su alma desbordada de angustia y atormentada de miedo. Aún más, la oración de Nuestro Señor es difícilmente una oración, al menos de petición. Es más bien un descubrir su alma al Padre, una expresión de su aborrecimiento natural hacia el terrible destino que pesaba sobre El. «Si es posible», decía Nuestro Señor, y si era posible en conformidad con el plan divino, Jesús pedía al Padre apartara de El «la copa», «la hora». Estas dos expresiones se refieren a su inminente Pasión (2).

(2) La expresión "el cáliz" indica una prueba difícil (cf. Marc. 10: 38; Juan 18: 11). "La hora" se refiere al tiempo de la Pasión en la predestinación divina.



Jesús había orado anteriormente con frecuencia al Padre. Como Dios no tenía necesidad de orar. Cualquier cosa que quisiera se cumplía. Pero El era también hombre, poseedor de una voluntad humana e inclinaciones naturales, y así como hombre oraba aquí en Getsemaní, se dirigía al Padre y le hacía una súplica. Pero no pedía absolutamente. Pedía condicionalmente. Modificaba y completaba su súplica con una reserva: «No como yo quiero, sino como quieres tú». En el mismo momento, en que hacía conocer al Padre la extrema repugnancia que sentía para aceptar la copa de la Pasión, Nuestro Señor revelaba su completo abandono en la voluntad de su Padre. Jesús mostró en su resignación cómo practicar lo que El había enseñado a sus discípulos en la oración Dominical: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo».

A primera vista parece que hay algo extraño y nuevo en las palabras de la oración de Nuestro Señor en Getsemaní. Nunca anteriormente había El hecho distinción entre su voluntad y la voluntad de su Padre. Su vida había estado siempre tan dependiente de la voluntad de su Padre que podía decir en verdad: «Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió» (Juan 4: 34). Una y otra vez había hablado de la voluntad de su Padre. Ella era la luz que guiaba cada uno de sus pasos, el fin al cual dirigía todas sus acciones, la inspiración de cada una de sus palabras. Pero aquí



a la sombra de los olivos, ya de rodillas, ya postrado en tierra, Jesús usaba palabras extrañas y nuevas: «Yo quiero, Tú quieres; no mi voluntad, sino la tuya». Nunca anteriormente, en sus referencias a la voluntad de su Padre, había Jesús hablado jamás de la suya propia.

Estamos, pues, aquí frente a un misterio que tiene sus orígenes en la unión sustancial de las naturalezas divina y humana en Cristo. Nuestra fe arroja luz dentro de las profundidades del misterio, y podemos seguir con seguridad a los teólogos de la Iglesia como guías, especialmente al gran Santo Tomás de Aquino, al intentar entender algo de lo que estaba teniendo lugar en el alma de Cristo. A la luz de su doctrina veremos que la contradicción entre la voluntad de Cristo y la de su Padre no es real, sino aparente.

Cuando Jesucristo se hizo hombre, tomó para sí una naturaleza humana completa y perfecta. Era natural, por tanto, que Cristo detestara el sufrimiento: se encogía instintivamente ante los azotes, la corona de espinas, los clavos que traspasarían sus manos y pies. Como el resto de nosotros, Jesús sentía una inclinación natural hacia lo placentero y una natural aversión a lo doloroso. Todo esto es evidente por la lectura, aun somera, de los Evangelios. Puesto que tomó para sí una naturaleza humana completa, Jesús tenía una voluntad humana, así como también una voluntad divina. Pues a un acto de esta voluntad hu-

mana, como a una inclinación natural sensitiva, se refería Cristo en su oración del huerto cuando decía: «Yo quiero», y de nuevo «Mi voluntad». Aunque la voluntad humana de Cristo es una, esta voluntad tiene dos clases de actos u operaciones. Esos dos actos se llaman la voluntad natural y la voluntad racional. Santo Tomás explica estos dos términos con toda sencillez. El acto de la voluntad natural se dirige a algo que se quiere por sí mismo, como, por ejemplo, la salud. El acto de la voluntad racional se dirige a algo que es medio para un fin, tal como tomar una medicina. Cristo se refería a la voluntad natural que detestaba y aborrecía los sufrimientos de la Pasión, cuando decía: «Yo quiero», y también: «Mi voluntad». Pero el acto de la voluntad racional en Cristo le colocaba en perfecta conformidad con la voluntad del Padre. Cuando Jesús decía «Hágase tu voluntad», aceptaba sin equívocos ni condiciones el cáliz de la Sagrada Pasión. Sus sufrimientos fueron los medios, divinamente ordenados, de alcanzar nuestra redención; y por eso El los quiso en orden a asegurar el fin. Por tanto no había contradicción alguna entre la voluntad humana y la divina en Cristo.

La oración de Cristo es un perfecto ejemplo de lo que debería ser nuestra oración. El se expresa con filial confianza, usando el término Padre: «Mi Padre». Explica la aversión natural, la extrema repugnancia que experimenta, los tremendos sufrimientos que le

esperan; pide ser liberado de ellos, «si es posible»; y termina con una nota de absoluta y completa resignación a la voluntad de su Padre.

Una persona poseída por la angustia interior está agitada, inquieta. De las narraciones evangélicas de lo que sucedió en Getsemaní, es evidente que así sucedió con Jesús. Unas veces se arrodillaba, otras veces se echaba en tierra, con la cara hacia abajo. Probablemente oraba también de la manera ordinaria en aquel tiempo, de pie con los brazos estirados. Después de un tiempo interrumpió su oración y volvió a sus Apóstoles. No hay duda que sintió necesidad de algún consuelo proveniente de la conversación con sus tres escogidos. Jesús quedó desengañado naturalmente al encontrarlos profundamente dormidos. Es difícil para nosotros entender cómo pudieron caer dormidos después de ver y oír lo que ellos habían visto y oído.

Habían vigilado y escuchado durante la primera parte de la oración de Cristo; pero, según Jesús continuaba expresando los mismos pensamientos en más o menos las mismas palabras, gradualmente fueron sintiendo fastidio y cayeron en el sueño. Debemos recordar que nunca tomaron de corazón las amonestaciones de Nuestro Señor suficientemente: tan grande era su confianza en sus poderes milagrosos. San Lucas ofrece una excusa por ellos cuando dice que estaban «durmiendo por efecto de la tristeza» (22: 45). La tristeza causada por lo que habían visto y oído, contri-

buyó sin duda a su fatiga. Con todo, es un poco chocante que los tres Apóstoles escogidos durmieran tendidos en el suelo, mientras Jesús estaba postrado en oración y mientras sus enemigos estaban reuniendo sus fuerzas en las tinieblas de los alrededores, preparándose para el arresto.

Jesús despertó a los dormidos Apóstoles con palabras de moderado reproche dirigidas directamente a Pedro: «Simón, ¿duermes? ¿No pudiste velar una hora?» (Marc. 14: 37). Hay un dejo de ironía en las palabras de Nuestro Señor. Se dirigió a él llamándole Simón, el nombre por el que era conocido antes de su llamamiento, para indicar que realmente no había cambiado, que no había llegado a ser Pedro, la piedra. Jesús le preguntó: «¿Duermes?», como si tal cosa fuese increíble; y después, como para hacer presión aún más en su favor, añadió: «¿No pudiste velar una hora?» Sólo un poco tiempo antes, Pedro había aventajado a todos los demás en su jactancia de que él seguiría a Jesús «a la cárcel y a la muerte» (Luc. 22: 33). Ahora no podía vigilar una hora con Jesús. Las palabras de Jesús eran una benigna reprensión, un recordar a Pedro su reciente jactancia.

«Velad y orad», les dijo ahora Nuestro Señor. Este no era tiempo para dormir; era tiempo para vigilar no fueran cogidos en descuido por los peligros que les amenazaban. Y no sólo tenían que vigilar, sino también orar para que no cayeran, antes pudieran



pasar con seguridad por los tiempos peligrosos que se avecinaban. Tenían que vigilar y orar para que no entraran en la tentación. Pruebas y tentaciones tiene que haber en la vida, pero la vigilancia y la oración nos dan seguridad de la victoria. Cristo se refería a la tormenta que estaba para romper sobre sus cabezas, pero sus palabras de admonición tienen un valor permanente que el pasar de los tiempos no ha disminuído.

Jesús siguió diciendo: «El espíritu, sí, está pronto, más la carne es flaca» (Marc. 14: 38). Jesús estaba aún pensando en las jactanciosas protestas de pocas horas antes, pero al mismo tiempo ofrecía una excusa por la debilidad de sus Apóstoles. Las palabras de Cristo dan una razón para la necesidad de velar y orar. Un hombre puede estar lleno de buena voluntad y buenas intenciones, pero éstas pueden ser reducidas a la nada en un momento de prueba, por la debilidad humana. ¡Cuán completamente se iba a verificar la verdad de sus palabras en la conducta de los Apóstoles durante las horas que siguieron!

Después de amonestar a los Apóstoles, Jesús volvió a su oración. La materia de su oración seguía la misma, pero es notable una ligera diferencia en las palabras, tal como las refiere el primer evangelista. En esta oración Nuestro Señor dijo: «Padre mío, si no es posible que pase este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad» (Mat. 26: 42). Ya no hay más mención

de su propia voluntad. Ahora es cuestión solamente de la voluntad del Padre. Si el Padre no quería que este cáliz fuera apartado de sus labios, la voluntad humana de Jesús hacía un acto de completa resignación y conformidad.

Jesús estaba aún inquieto: de nuevo buscó solaz en la compañía de los tres, y de nuevo los encontró durmiendo. Cuánto duró la segunda oración de Jesús no lo sabemos, pero debió de ser algún tiempo, más o menos largo, pues es probable que después de la reprensión de Nuestro Señor, los tres habían hecho algún esfuerzo por permanecer despiertos. Con todo, se pusieron por fin a dormitar, pues Mateo y Marcos, ambos, dicen: «sus ojos estaban cargados». Nuestro Señor debió de despertarlos, porque como nos dice Marcos: «No sabían qué responderle» (14: 40). Estaban demasiado embarazados para hablar. Es fácil pintar la escena. Habían estado tendidos en tierra en profundo sueño. Cuando Jesús los despertó, se incorporaron y sentaron, restregándose los ojos y mirando hacia El con cara de vergüenza. Estos eran los mismos tres Apóstoles que habían estado con Jesús en el Monte Tabor al tiempo de su transfiguración. Entonces se habían sentido exaltados. Allí Pedro había encontrado palabras con toda facilidad, y había sabido qué decir. Ahora aun Pedro estaba también avergonzado y sin hablar.

Jesús los dejó de nuevo y se retiró por tercera vez

a orar. Los Evangelistas no nos dicen si les amonestó de nuevo para que velaran y oraran. Es verosímil que lo hizo. Esta tercera oración de Jesús es una repetición de la primera y segunda. Es evidente que la lucha continuaba en el alma de Jesús. Sus actos repetidos de resignación a la voluntad del Padre no habían destruido la oposición que la naturaleza humana sentía a la humillación, al sufrimiento, y a la muerte. Es claro que la lucha en el alma de Jesús estaba en verdad llegando a un clímax de intensidad, pues durante esta última oración fue cuando un ángel del cielo vino para fortalecerle y cuando Jesús padeció la agonía y sudor de sangre (3).

San Lucas nos dice: «Y se le apareció un ángel venido del cielo, que le confortaba» (22: 43). Era un ángel en forma humana, pues la expresión usada por San Lucas indica una aparición visible a los ojos corporales. Un ángel anunció la venida de Cristo al mundo; un coro de ángeles proclamó su nacimiento; y, después de la tentación en el desierto, vinieron para servirle. Los ángeles que sirvieron a Jesús vinieron para asistirle después de la prueba de los cuarenta días de ayuno y de la tentación. En Getsemaní un

---

(3) San Lucas, que es el único que menciona el ángel, la agonía, el sudor de sangre, menciona solamente una oración. No es claro, por tanto, en cuál de las oraciones tuvieron lugar estos incidentes. Algunos comentadores los unen a la primera oración de Nuestro Señor. Preferimos seguir a los que opinan que tuvieron lugar en la tercera oración.

ángel se le apareció para confortarle y prepararle así al terrible clímax de angustia espiritual de la agonía y sudor de sangre. Los sufrimientos de Jesús estaban concentrados en su alma; pero del alma refluían al cuerpo, acongojándolo y debilitándolo. Por tanto es verosímil que el ángel trajera a Jesús fuerza para ambos, alma y cuerpo.

Cómo hizo esto, es un misterio que Dios no nos ha revelado. Las explicaciones dadas son, por tanto, conjeturas. Algunos piensan que el ángel habló a Nuestro Señor, recordándole el gran bien que se llevaría a cabo con su Pasión y Muerte. Aunque el ángel no podía obrar directamente sobre el alma de Jesús, podía actuar en sus facultades sensitivas por sugerencias que harían eco en su alma, y asistirle en el triunfo en la terrible lucha que estaba entonces alcanzando el clímax. Aceptando ayuda de un ángel, Jesús nos manifestó su humildad, pues como miembro de la raza humana había tomado para sí una naturaleza de rango inferior a la de los ángeles. Como la Sagrada Escritura expresa: «Le rebajaste un poquito respecto de los ángeles» (Heb. 2: 7; Ps. 8: 6).

Después de hablar del ángel, San Lucas sigue diciendo: «Y venido en agonía, oraba más intensamente» (22: 43). La palabra griega por agonía no significa las convulsiones finales que frecuentemente preceden a la muerte. Los antiguos usaban esta palabra para referirse a una lucha tal como las contiendas en la



arena durante los deportes de los juegos. Algunas veces se usaba para expresar el trastorno emocional que frecuentemente sufrían los atletas antes de una contienda, o de cualquier otra perturbación emocional. San Lucas usa aquí el término para expresar la angustia suprema que se desbordó sobre el alma de Jesús en la lucha por someter sus inclinaciones naturales a la voluntad del Padre y aceptar la terrible vergüenza y sufrimientos de la Pasión. Aun antes de comenzar su oración, Jesús había dicho: «Triste en gran manera está mi alma hasta la muerte» (Mat. 26: 38; Marc. 14: 34). Después de haber expresado a su Padre su sumisión y aceptación del cáliz de su Pasión, su angustia interior no se apaciguó sino que siguió creciendo hasta llegar al clímax en los supremos momentos de lucha que San Lucas llama agonía. Todo indicaba que éste era el punto culminante de los sufrimientos espirituales de Cristo. Inmediatamente antes de este momento, un ángel había venido del cielo para confortarle. Ahora su oración crecía en intensidad («oraba más intensamente») y por fin, como resultado de esta angustia interior que le atormentaba, Jesús sufrió un sudor de sangre.

Nos inclinaríamos a creer que San Lucas no tenía interés en todo este asunto: tan lacónica es la frase con la que describe los síntomas de la tremenda lucha interior de Cristo: «Y se hizo su sudor como grumos

de sangre, que caían hasta el suelo» (22: 44). La violencia del conflicto que tenía lugar en el alma de Cristo se manifestaba al exterior en un sudor de sangre. La sangre fue forzada desde los vasos sanguíneos a través de los poros hacia la superficie de la piel, donde se mezcló con el sudor formando así gruesas y pesadas gotas, y corrió hasta la tierra. No es necesario buscar una explicación sobrenatural de este suceso desacomunado. Tanto los antiguos como los modernos han reconocido casos de sudor de sangre (hematidrosis) causados por un ataque grande y repentino de miedo y dolor. Algunos han pensado que San Lucas pretendía solamente hacer una comparación («Y se hizo su sudor como grumos de sangre»), y que no hubo tal sudor de sangre. Sin embargo, no habría fundamento para comparar el sudor a la sangre, de no haberse mezclado ambos en la superficie del cuerpo de Cristo en gotas de sudor teñidas de sangre.

No sabemos cuánto duró la tercera oración de Jesús. Tan intensa fue, y tan violenta la angustia interior que agitó el alma de Nuestro Señor, que es verosímil que fuera la más larga de las tres oraciones de Getsemaní. A su terminación, la paz reinó de nuevo en el corazón de Jesús. Él vio la senda que se extendía inmediatamente delante de Él: era el duro camino de la cruz. Pero ahora Jesús estaba dispuesto, y lo quería con toda su voluntad. La debilidad de su humana naturaleza había ofrecido resistencia, pero no

había prevalecido. Cuando Jesús se levantó de la oración para volver a los Apóstoles, sus vestiduras estaban salpicadas del sudor de sangre de su agonía; pero ya caminaba con confianza en sí mismo y serenidad, preparado a seguir el camino señalado para Él por su Padre celestial.

## 6

### EL SIGNIFICADO DE GETSEMANI

En el Huerto de los Olivos Jesús tuvo miedo. Miedo de los tremendos sufrimientos que previó habían de venir sobre El en las siguientes horas. Oró a su Padre celestial con oración repetida y ardiente para apartar de sí el cáliz del sufrimiento, si ello era posible. Durante su oración se arrodillaba, se postraba en tierra, luchó tan duramente por reconciliar sus inclinaciones naturales con la divina voluntad que padeció la agonía y sudor de sangre.

Desde los primeros tiempos cristianos hasta el presente, este suceso de la vida de Jesús ha causado escándalo a los no creyentes. Ya en el siglo segundo el pagano Celso escribía: «Si las cosas sucedieron como él quería, si él fue herido por obediencia a su Padre, es claro que nada podía serle duro o penoso, porque era Dios quien quería aquello. ¿Por qué entonces se lamenta? ¿por qué gime? ¿por qué busca apartar de sí la muerte que le espanta, diciendo: Oh Padre, si es



posible, deja que pase de mí este cáliz?» (Apud Origen. *Contra Cel.*, ii, 9). Aun algunos de los más grandes Padres de la Iglesia, aunque admiten la autenticidad de estos pasajes de los Evangelios, han violentado su sentido natural aun más allá de lo sostenible, para evitar tener que admitir que Jesús tuvo miedo. Las referencias al ángel, la agonía y el sudor de sangre en particular, eran evidentemente difíciles de aceptar para algunos de los primeros cristianos, pues encontramos que los pasajes que refieren estos incidentes faltan en muchos de los primitivos manuscritos del Evangelio de San Lucas. Por esto podemos estar doblemente seguros de su autenticidad, ya que es fácil entender por qué fueron omitidos. En cambio nos veríamos completamente perdidos si tuviéramos que explicar su introducción en los Evangelios.

Miedo ante la muerte era un escándalo mayor para los antiguos que para los modernos. El mundo antiguo había aceptado la filosofía de los estoicos, quienes cultivaban la indiferencia, ya al dolor, ya al placer. Admiraba la fortaleza, el poder, la fuerza. El hombre ideal tenía pocas de las amables virtudes enseñadas por Cristo. Aun San Agustín, alma grande como pocas, sintió la necesidad de excusarse porque había llorado en la muerte de su madre, Santa Mónica.

Una dificultad más es el contraste aparente entre el miedo de Jesús y el valor de los mártires enfrentados a la muerte. San Policarpo daba la bienvenida a

los soldados llegados para arrestarlo, les dio de comer, y les pidió solamente que le permitieran un pequeño corto tiempo para orar: habiendo orado por todos, salió jubiloso hacia la muerte. San Ignacio de Antioquía temía no fuera a ser que sus bien intencionados amigos le impidieran morir por Cristo. En su Epístola a los Romanos, decía: «De buena gana moriré por Dios a no ser que vosotros me lo impidáis... Yo soy el trigo de Dios, y dejadme que sea molido por los dientes de las fieras salvajes para que sea hallado como puro trigo de Cristo».

Esta ha sido la historia de los mártires hasta nuestros mismos tiempos. Santo Tomás Moro podía chancarse aun hasta la última hora. En su débil condición, tenía dificultad para subir al cadalso, y así se volvió a uno de los oficiales y le dijo: «Ayúdame a subir seguro; y en cuanto a mi bajada, déjame ingeniármelas por mi mismo». Después de animar al verdugo, quien parecía más acongojado que él, le suplicó que no lo golpeará con el hacha, hasta tanto no se hubiera acomodado la barba fuera de su alcance, pues, dijo, «ella nunca ha ofendido a Su Alteza».

Debemos hacer una distinción clara entre miedo y cobardía. Cobarde es no el que tiene miedo, sino el que deja que el miedo le domine. En Getsemaní Cristo tuvo miedo; pero en una terrible lucha interior, conquistó completamente al miedo. Pidió que el cáliz de su Pasión se apartara de El, si era posible; pero pro-

clamó sin equívocos su aceptación de la voluntad de su Padre. El tuvo varias horas al menos para escapar si quería; pero no solamente permaneció en Getsemani donde sabía que había de ser apresado, sino que salió con calma al encuentro de sus captores. Con un conocimiento previo, completo y al detalle, de cuanto le esperaba, recorrió con toda deliberación el camino del Calvario.

Cristo era Dios tanto como hombre. Ningún sufrimiento, ni interior ni exterior, podía tocarle a no ser que El lo permitiera. Cuando El sufrió en Getsemani, lo sufrió porque El mismo por un acto deliberado de su voluntad, lo permitió. Abrió las puertas del dique de su alma y dio entrada al torrente de miedo, disgusto y pesar, que se volcó sobre El.

Nada pudo hacer a Jesús más semejante a nosotros, más amable, más hermano nuestro que la agonía en el Huerto. Los sufrimientos infligidos a Jesús por otros tenían al menos la apariencia de ser involuntarios. Los sufrimientos de Getsemani que penetraron su alma, pudieron tocarle solamente porque El mismo lo quiso, y El lo quiso para mostrarnos a nosotros cuán realmente humano es, para darnos ánimo en nuestros temores, para darnos un ejemplo, para merecernos la gracia necesaria en nuestros conflictos interiores. Si los mártires sufrieron animosamente y aun con júbilo, fue porque los elevaba e inspiraba el pensamiento de Jesús paciente y agonizante. Los mártires fueron for-

talecidos por las gracias merecidas para ellos por la agonía y sudor de sangre de Jesús.

La lucha de Jesús por dominar su miedo natural es nuestro modelo e inspiración para el tiempo de pruebas interiores. Su agonía nos enseña, mejor que cualesquiera palabras, que Dios no desprecia o condena la debilidad de nuestra naturaleza humana, que la virtud cristiana no consiste en el endurecimiento o indiferencia estoica, sino en el dominio y control de nuestras emociones humanas. Miedo, pesar y cansancio, tiene que haber en nuestra vida. La virtud no consiste en un esfuerzo por pasarles de lado o ignorarlos, sino en conquistarlos, aun cuando la lucha pueda significar también para nosotros un Getsemaní.

No fue el miedo la única emoción que afligió el alma de Jesús durante su oración en el huerto de Getsemaní. Los Evangelios mencionan también los sentimientos de pesar, tedio y disgusto. Jesús había aceptado el papel de Redentor de la raza humana. Había tomado sobre sí el pagar la culpa del pecado. El se había hecho hombre para redimir a los hombres; miembro sin pecado de la familia humana pecadora, para salvar a los pecadores. Se había vestido de carne para conquistar la carne en su propio dominio; había tomado sobre sí nuestras debilidades y nuestras miserias para ser el pontífice ideal que nos abriera las



puertas del cielo. Siglos antes el profeta Isaías había predicho la misión redentora de Cristo en un pasaje conmovedor, en el cual tiene delante de sus ojos la Pasión de Cristo: «Mas nuestros sufrimientos él los ha llevado, nuestros dolores él los cargó sobre sí, mientras nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Fue traspasado por causa de nuestros pecados, molido por causa de nuestras iniquidades, el castigo de nuestra paz cayó sobre él y por sus verdugones se nos curó. Todos nosotros como ovejas errábamos, cada uno a su camino nos volvíamos, mientras Yhaveh hizo que le alcanzara la culpa de todos nosotros» (53: 4-6).

En el Huerto de Getsemaní Jesús conoció con perfecta precisión aquello por lo que Él iba a pagar la pena. Iba a pagar la pena por el pecado, por todos los pecados de la Humanidad, desde el primero hasta el último. Isaías, el profeta, había clamado: «¡Ay de mí, que estoy perdido, pues hombre de labios impuros soy, pues al Rey Yhaveh-Sebaot han visto mis ojos!» (6: 5). Infinitamente más que Isaías, conocía Jesús la extrema pureza de la Divina Majestad, su propia y completa inocencia, y la tremenda malicia del pecado. Jesús amaba a su Padre con amor infinito, y amaba al pecador. Jesús se afligía por la ofensa que el pecado hacía a su Padre y el daño que obraba en las almas de los hombres. Él se afligía particularmente como cabeza de la familia humana, porque en un sentido muy

real era su propia familia la que ofendía a la Divina Majestad.

En las otras escenas de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor, muchos están presentes. En la oración del Huerto, Jesús aparece solo con su Padre, a excepción de la breve presencia del ángel confortador. Aunque los Evangelistas no lo mencionan, hay razón para pensar que también estaba presente Satanás. Al comienzo de la vida pública de Nuestro Señor, después del ayuno de cuarenta días, el demonio le tentó, y la tentación fue dirigida contra Jesús en su papel de Mesías. Después de esta prueba de fortaleza, el demonio dejó a Nuestro Señor; pero, como dice San Lucas con toda significación, su partida fue temporal: «Se retiró de él hasta otro tiempo oportuno» (4: 13). Ahora, al tiempo de la Pasión, el demonio vuelve con toda su astucia y poder. San Juan consigna que Satanás entró dentro de Judas después que Cristo le dio un bocado en la Última Cena (13: 27). Pocos momentos después Jesús mismo declaraba: «Viene el Príncipe del mundo; mas contra mí no puede nada» (Juan 14: 30). En la misma ocasión Jesús avisó a sus Apóstoles que Satanás había de hacer muy pronto un asalto sobre ellos, los cribaría como el agostero criba el grano en la criba (Luc. 22: 31). Cuando Jesús se arrodilla y ora en el Huerto de Getsemaní, Satanás

conoce que el final del drama está a mano en la lucha entre Jesús y sus enemigos, y entonces se pone al frente, como general de todas sus fuerzas, para hacer lanzar un grande asalto final.

La narración evangélica de la tentación de Cristo al comienzo de la vida pública, nos revela que Jesús podía ser tentado, y precisamente por sugestión externa (1). Como dice San Pablo en la Epístola a los Hebreos: «Por cuanto El mismo fue probado con lo que padeció, puede socorrer a los que son probados» (2: 18). En el Huerto de Getsemaní Satanás de nuevo tienta a Cristo como Mesías. De nuevo le pinta lo fácil y glorioso del papel de un Mesías conforme a las ideas populares del tiempo. ¡Cuán fácil podría ser! ¡Cuán frecuentemente las muchedumbres que seguían a Jesús intentaron tomarle por la fuerza para hacerle Rey! El domingo anterior, le habían hecho un glorioso recibimiento en la ciudad de Jerusalén, extendiendo sus vestidos en el camino y proclamándole el Hijo de David, el Mesías. El camino que había seguido en aquel día triunfal, corría precisamente por fuera junto a la puerta del jardín donde Jesús oraba, y los hosannas del pueblo parecían aún producir eco en el valle y en las paredes del Templo en la ladera opuesta. Una palabra de Jesús, y podía marchar de triunfo en triunfo.

---

(1) Sobre la tentación de Cristo, véase SANTO TOMÁS, *Summa*, Pars III, Qu. XII, Art. 1.

El podía sustituir la corona por la cruz, podía salvarse a sí mismo y a su pueblo.

¿Y la alternativa? Jesús la conocía bien. Era la suerte del Siervo paciente de Yahveh pintado en las sombrías profecías de Isaías (53). La traición, la condenación por su propio pueblo y por el tribunal romano; los azotes, la coronación de espinas, el llevar la cruz, las tres largas horas de sufrimientos en afrentoso patíbulo, para terminar en la muerte.

La respuesta de Jesús a la tentación diabólica está contenida en el acto de resignación tantas veces repetido y dirigido a su Padre: «No se haga mi voluntad, sino la tuya». Las palabras eran simples, sencillas y pocas; pero eran difíciles de pronunciar. Eran palabras costosas. Costaron a Jesús horas de oración y agonia. Le costaron su vida.

Es imposible señalar límites exactos a las pretensiones de Satanás al tentar a Jesús en el Huerto de Getsemaní. Jesús debió pasar una severa prueba también, por su propia previsión de las consecuencias de su Pasión y la extrema ingratitud de aquellos que serían beneficiados por ella. Para el gran Apóstol Pablo, era increíble que uno fuera tan malo como para ser causa de que Cristo muriera en vano. «¡Oh insensatos Gálatas!», escribía. «¿Quién os fascinó a vosotros, ante cuyos ojos fue presentada la figura de Jesucristo clavado en cruz?» (Gál. 3: 1). Aún más, cuando Jesús era todavía niño, el Santo Simeón había dicho



a su Madre, María: «He aquí que éste está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel, y como señal a que se contradice» (Luc. 2: 34). Esto fue parte de la tremenda tragedia de la Pasión de Cristo. A pesar de su costo, en sangre y lágrimas, muchos no se aprovecharían de ella. Para muchos, Jesús moriría en vano. Peor aún, su condenación sería más severa, su culpabilidad más grande, por la precisa razón de que El había venido para ofrecerles su redención tan costosa. Este pensamiento estaba seguramente en la mente de Jesús. Pocas horas antes, no más lejos que aquella misma tarde, había dicho: «Si yo no viniera y les hablara, no tuvieran pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado» (Juan 15: 22).

La parte más amarga de este sufrimiento fue sin duda el hecho de que su propio pueblo había de ser el primero en rechazarlo a El y a su misión salvadora. No podemos dudar de que Jesús amaba a su pueblo con un grande y especial amor. El apóstol Pablo escribía más tarde en su Epístola a los Romanos: «Verdad digo en Cristo, no miento, como que testifica conmigo mi propia conciencia en el Espíritu Santo, que es grande mi tristeza e incesante el dolor de mi corazón. Pues desearía yo mismo ser anatema por parte de Cristo en bien de mis hermanos según la carne; quienes son israelitas, de quienes es la adopción filial, y la gloria, y las alianzas, y la legislación, el culto, y las promesas; cuyos son los patriarcas, y de quienes

desciende el Mesías según la carne, quien sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén» (9: 1-5). Pablo no solamente moriría de buena gana por su pueblo; pero si eso fuera posible, aun aceptaría un sufrimiento inconmensurablemente más grande: se haría anatema de Cristo para reconciliarlos con Cristo. El amor de Jesús por su pueblo era infinitamente más grande que el de Pablo. Sólo unos días antes Jesús había echado una mirada sobre Jerusalén desde un punto un poco más arriba del Huerto de Getsemaní, y había llorado al pensamiento del castigo que había de alcanzar a toda aquella ciudad por su tremendo pecado de deicidio. «Si conocieras también tú en este día», había exclamado, «lo que te lleva a la paz. Mas ahora se ocultó a tus ojos» (Luc. 19: 42). Y de nuevo exclamó: «Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le han sido enviados, cuántas veces quise recoger a tus hijos de la manera que la gallina recoge sus pollitos debajo de las alas, y no quisiste» (Mat. 23: 37).

Aquel pueblo a quien El amaba tanto y anhelaba tan ardientemente salvar, le rechazaría. Ya podía oír el grito que dentro de pocas horas subiría de las gargantas de la muchedumbre reunida contra él delante del tribunal del procurador romano: «Quita, ¡crucifícale» (Juan 19: 15). Y podía oír también aquella tremenda imprecación que se echarían sobre sí mismos en lugar de las bendiciones que El les ofrecía. «Sea su

sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mat. 27: 25). Era difícil para Jesús aceptar su condenación, pero se hacía aún más difícil por el pensamiento de que su condenación era también la condenación de aquellos a quienes amaba tan tiernamente.

Y aun entre los más próximos a El, sus Doce Apóstoles, había uno que le entregaría, uno por el cual Jesús moriría en vano, uno para quien su muerte sería causa de más grave castigo. Jesús amó a Judas y se esforzó por atraerlo (a sus sentidos cabales) antes de que fuera demasiado tarde. Sus esfuerzos fueron sin provecho. En aquel mismo momento Judas se estaba acercando para consumir la hazaña que le conduciría a la muerte y a la condenación.

Los otros Apóstoles se aprovecharían de su muerte, pero ellos también fueron una fuente de pesar para Jesús. Había intentado sin éxito prepararles para la tremenda tormenta que en aquel mismo momento estaba para descargar sobre sus cabezas. En vez de orar, ellos se durmieron. Pronto le abandonarían, y aun Pedro negaría que le conocía. Sabía con completa seguridad que volverían a El, pero también previó las terribles pruebas que les esperaban por ser sus discípulos. Con cuánta verdad les había dicho: «Os expulsarán de las sinagogas; más aún, llega la hora en que todo aquel que os matare piense rendir culto a Dios... Vosotros lloraréis y lamentaréis y el mundo se regocijará» (Juan 16: 2, 20). Y finalmente ellos serían llama-

dos a ofrecer sus vidas como mártires de su fe en El.

Jesús previó también el destino que esperaba a su Iglesia, la persecución y efusión de sangre a que había de ser sometida a través de los siglos. La historia de su Iglesia sería en un sentido la prolongación de aquel camino de la cruz que El iba pronto a comenzar. El era la cabeza de la Iglesia. El sufría en sus miembros. Por eso podría decir a su perseguidor, Saulo: «Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hechos 9: 4). Jesús previó también aquellas vastas multitudes hasta el fin de los siglos, que habían de rechazarlo a El y a su gracia salvadora, aquellos por los cuales El moriría en vano.

Un sentimiento de futilidad tuvo que ser una de las causas mayores del sufrimiento interior de Nuestro Señor en el Huerto de Getsemani. Por una parte estaba el terrible precio que había de pagar por nuestra redención; en la otra la indiferencia, ingratitud, negligencia y la repulsa. Que Cristo aceptara los sufrimientos de la Pasión para redimir aun a los santos, fue un acto de divina prodigalidad; que aceptara su misión por todos nosotros, fue un acto de generosidad que sobrepasa toda comprensión.



## LA TRAICION

Cuando Jesús después de su tercera oración volvió a los Apóstoles, estaba completamente recuperado. La duda, la vacilación, el miedo, todo conflicto había desaparecido. Pálido y sin duda algo débil por efecto de la terrible prueba que había atravesado, manifestaba, sin embargo, una vez más aquella completa serenidad de alma y dominio de sí mismo y de las circunstancias que habían caracterizado toda su vida.

Los tres Apóstoles, aún tendidos por el suelo, evidentemente no estaban dormidos, ya que Jesús inmediatamente se dirigió a ellos: «Ya por mí, dormid y descansad... Ya está: llegó la hora: he aquí que es entregado el Hijo del hombre en las manos de los pecadores. Levantaos, vamos; mirad el que me entrega está aquí cerca» (Marc. 14: 41-42; cfr. Mat. 26: 45-46). Este pasaje no es del todo claro. Es difícil determinar con exactitud lo que sucedió. San Agustín, y muchos que le siguen, opinan que Jesús permitió a los tres que

se entregaran al sueño por un tiempo, y que cuando vio aproximarse al traidor, los despertó con las palabras «Ya está», etc. Parece más conforme con el texto de los Evangelistas, sin embargo, no introducir un intervalo de tiempo durante el cual durmieran los Apóstoles, sino considerar que Nuestro Señor habló todas estas palabras de una vez. Jesús se dirigió a sus Apóstoles en un tono de suave ironía. Como si dijera: Seguid y dormid, si podéis; no seré yo quien os levante. El tiempo para orar y velar se ha pasado. Ahora es tiempo de acción.

Si los tres estaban todavía adormilados, hubieran sido sacados de su sopor por las palabras de Jesús: «Llegó la hora». Ellos habían oído a Jesús referirse anteriormente a «la hora» (cfr. Marc. 14: 35; Luc. 13: 32; 22: 53; Juan 7: 30; 8: 20; 12: 27; 13: 1). Es la hora de su Pasión, la hora que no se puede adelantar o retrasar, la hora de sus enemigos y del poder de las tinieblas. Ahora está aquí. «El Hijo del hombre es entregado en manos de los pecadores». Nuestro Señor habla en presente. Probablemente está oyendo ya los pasos de sus enemigos y ve los reflejos de las antorchas sobre las hojas de los olivos que se alinean a lo largo del camino desde lo más bajo del valle. Como en tantas otras ocasiones solemnes Jesús se alude a sí mismo con las palabras de la profecía, «Hijo del hombre». Los pecadores a los que alude Jesús son los hombres malos en cuyas manos es entregado.

Aunque del todo despiertos para entonces, los tres estaban aún moviéndose en el suelo. «Levantaos», les dice ahora Jesús, «vamos: mirad que el que me entrega está aquí cerca». No hay idea de fuga, o miedo o vacilación; Jesús ni siquiera espera al peligro. El va a su encuentro. Los tres se pusieron de pie rápidamente y Jesús los condujo a la puerta del huerto donde había dejado a los otros ocho Apóstoles. Rápidamente los despertó y luego, delante de ellos, atravesó la puerta del huerto saliendo afuera al camino abierto. Allí con el pequeño grupo moviéndose alrededor de El, esperó.

La última vez que Jesús y los Apóstoles habían visto a Judas, fue cuando Judas deslizándose suavemente salía del salón iluminado de la Última Cena adentrándose en las tinieblas de la noche. El había resistido las últimas llamadas de Nuestro Señor y había sido despedido por Jesús de su presencia y del Apostolado. «Lo que vas a hacer, date prisa en hacerlo», le había dicho Nuestro Señor.

Los Evangelios no nos consignan las acciones de Judas después de su salida; pero fundándonos en lo que siguió, no es difícil trazar sus pasos. Ya en las tinieblas, fuera del salón, Judas debió de detenerse en pie un rato enajenado en sus pensamientos. Tenía que tomar una decisión en cuanto al curso de sus acciones y tenía que tomarla inmediatamente. El día había

sido un día crucial. Los sucesos del día había llevado su asunto a primer término. El debía de haber sospechado ya cuando Jesús había señalado a Pedro y Juan para hacer los preparativos de la Cena Pascual. Sus sospechas se habían convertido durante la comida en certeza de que Jesús sabía lo que se trataba. Nuestro Señor había dado a conocer a Judas que sabía lo que estaba teniendo lugar, y después le había pedido que descargara al pequeño grupo de su presencia.

¿Qué haría Jesús? ¿Revelaría la traición de Judas a los otros Apóstoles? Si lo hacía, ¿cuál sería la reacción de ellos, especialmente la del obstinado e incondicional Pedro? De todas formas la situación había cambiado por completo. No podría permanecer por más tiempo con Jesús a modo de amigo y discípulo. No podía en adelante por más tiempo ocupar su lugar en las filas de los doce escogidos.

Judas comprendió que tenía que actuar ahora o abandonar para siempre la esperanza de éxito en sus planes. Después de la Pascua, Jesús volvería a Galilea sin él; y como un discípulo desacreditado, ya no sería de valor a los enemigos de Jesús. El negocio que había hecho con ellos sería nulo e inútil.

Judas se enfrentaba con la elección entre la acción inmediata o el abandono de su propósito. Escogió la acción inmediata.

Una vez hecha la elección, era solamente asunto de segundos determinar exactamente lo que había de



hacerse. El curso de su actuación era tan obvio que un plan brotó en su mente al momento mismo de decidirse a actuar. Sabía que todo lo que tenía que hacer era presentar su proyecto a los enemigos de Jesús, y ellos se lanzarían como al asalto sobre la oportunidad de ponerlo en práctica.

Judas caminó rápidamente a lo largo de las estrechas calles que conducían a las proximidades del palacio del Sumo Sacerdote. A pesar de lo tardío de la hora, fácilmente obtuvo la admisión, y en seguida se encontró de nuevo en presencia de los príncipes de los sacerdotes con quienes había concertado el negocio sólo un día antes de la entrega de Jesús.

Judas les explicó el súbito cambio de la situación. Jesús conocía lo que se preparaba. Y aun para entonces podía habérselo dicho a los Apóstoles. Tenía que ser esta noche o nunca. Jesús estaría todavía cerca de la ciudad, ya que la ley que regulaba la Pascua requería que la noche se pasara en Jerusalén o en sus inmediatos alrededores. Además, la ley del descanso del Sábado, que prevalecía sobre la fiesta, prohibía toda jornada de cualquier longitud. Judas había estado con Jesús las noches precedentes en Betania y en el Monte de los Olivos. Betania distaba más de la jornada de un día, por eso seguramente que Jesús pasaría la noche en el Monte de los Olivos, y Judas conocía el punto preciso porque frecuentemente había estado

allí con El. Todo estaba perfecto para la captura de Jesús y había que tomar medidas sin demora.

No sabemos si hubo vacilación por parte de los enemigos de Jesús. Si la hubo, nació sin duda del miedo a la reacción de los peregrinos de Galilea que llenaban la ciudad y se hallaban establecidos aquí y allá por los alrededores de la ciudad en sus tiendas transportables. Eran gente brava; es más, violenta; en su mayor parte, aceptaban a Jesús como a un profeta. Podrían causar tumultos.

Por otra parte era de noche, y la captura de Jesús se podía llevar a cabo al amparo de las tinieblas. Para cuando las noticias de lo sucedido se extendieran el próximo día, Jesús sería ya no sólo un prisionero, sino más aún un criminal sentenciado. Después de todo los Galileos no eran más que paisanos, pescadores, gente en su mayor parte de las clases más bajas de la sociedad. Tenían toda la consideración propia de un campesino por la gran ciudad y por el imponente Templo. Tenían el respeto propio del rústico por los grandes hombres que formaban la aristocracia de la capital religiosa, los príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos. No sería demasiado difícil persuadirles de que Jesús era un impostor, mas no lo suficientemente capaz para imponerse a aquellos hombres grandes y sabios en cuyas manos estaba el destino del pueblo escogido de Dios.

La decisión fue tomada de aceptar la oferta de

Judas y preparar inmediatamente la captura de Jesús en aquella noche misma.

Pronto se propagó por el palacio un sordo susurro de actividad. Mensajeros que iban y venían de prisa por la gran puerta que conducía desde el patio hacia la calle de la ciudad. No sabemos con precisión cómo organizaron los enemigos de Cristo la banda que fue enviada para arrestar a Jesús, pero los relatos evangélicos de la traición sí nos dicen cuál era la composición del grupo que apresó a Cristo en Getsemaní.

Una parte del grupo se componía de la policía del Templo. Tenía esta fuerza bajo su responsabilidad la preservación del orden del área del Templo. Sus oficiales eran sacerdotes, y el oficial comandante tenía alto rango en la clase sacerdotal. Oficiales de esta fuerza habían estado presentes cuando Judas negoció con los príncipes de los sacerdotes sobre la entrega de Cristo; por eso nada más natural que el que fuera reclamada su presencia ahora para ejecutar el acuerdo al que se había llegado.

Mientras que todos los Evangelios afirman que el arresto de Cristo fue ordenado por el Sanedrín, compuesto de príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos, solamente uno de los Evangelios atestigua que algunos de los príncipes de los sacerdotes, capitanes de la policía del Templo, y ancianos estuvieron presentes al arresto (Luc. 22: 52). Algunos pocos príncipes de los sacerdotes y ancianos vinieron, movidos de curiosidad



o de celo, para vigilar que las órdenes oficiales se llevarasen a cabo pronta y propiamente. Todos menos Juan mencionan que hubo una multitud. Esta expresión se refiere a toda la banda, que incluía cierto número de servidores y auxiliares, obligados a este servicio en el último momento.

Sólo San Juan menciona la presencia de soldados romanos en el arresto de Jesús. Se refiere a una cohorte y su oficial comandante, un tribuno (18: 3, 12). La guarnición ordinaria de la Antonia, fortaleza que guardaba el área del Templo, era una cohorte o seiscientos soldados. La expresión usada aquí por San Juan se usaba frecuentemente refiriéndose a un manipulo, o doscientos hombres. Es probable que el Evangelista usara el término en sentido amplio para indicar un destacamento pequeño de soldados de la cohorte. Los enemigos de Jesús temían que sus seguidores pudieran recurrir a una resistencia violenta que la policía del Templo pudiera encontrar difícil de dominar. De todos modos una revuelta armada, especialmente durante la celebración de la fiesta, podía acarrear sobre sus cabezas la ira del procurador, gobernador romano de la Provincia de Judea, quien estaba en Jerusalén durante la celebración de la Pascua no para otro propósito que para preservar el orden. Los príncipes de los sacerdotes enviaron probablemente un mensaje al tribuno, y aun posiblemente a Poncio Pilato, el procurador, explicándole la situación y requiriendo su ayuda.



Parece por el relato evangélico que la tropa romana actuó como refuerzo y no tuvo parte activa en el arresto real. Su presencia fue una exhibición de fuerza con el fin primario de intimidar al que iba a ser arrestado. Su papel era similar al del ejército de un estado llamado para respaldar a la policía local en caso de que la situación se pusiera fuera de control (1).

Los tres primeros Evangelistas dicen que la turba estaba armada de espadas y palos. Indudablemente la policía así como los soldados romanos llevaban espadas. Los palos probablemente eran portados por los servidores y auxiliares. Algunos del grupo tenían lin-

(1) Algunos críticos niegan la autenticidad del relato de San Juan. He aquí algunas de sus razones y una respuesta a ellas: 1) Los primeros tres Evangelistas no mencionan la cohorte. Respuesta: San Juan deliberadamente completa su relato. Es más, el silencio de los otros Evangelistas se debe al papel inactivo de los soldados romanos. 2) No habría necesidad de una cohorte, que era la guarnición entera de la Antonia. Respuesta: La palabra usada por San Juan no significa necesariamente una cohorte entera, aunque ese sea su sentido técnico. Frecuentemente se usa por parte de una cohorte. 3) Poncio Pilato muestra en el juicio de Jesús no conocer todavía nada del caso. Respuesta: Aun cuando hubiera oído del caso, no hubiera dado indicación ninguna, sino que habría comenzado los procedimientos con la página en blanco. Probablemente sabía algo acerca de ello, aun cuando el tribuno, oficial romano de más alto rango que permanecía de ordinario en Jerusalén, tenía amplios poderes a discreción (véase: Hechos 21: 31). 4) Si un tribuno y soldados romanos estuvieron presentes, Jesús hubiera sido llevado a las autoridades romanas más bien que a las judías. Respuesta: Eso sería verdad si los romanos hubieran iniciado el arresto y hubieran tenido a su cargo la ejecución. Ninguna de las dos cosas fue verdad. Ellos estaban presentes sencillamente como un refuerzo para caso de necesidad.

ternas y antorchas, equipo nocturno de reglamento para la policía o fuerza militar. Aunque la noche era de luna llena, estaría muy oscuro en el profundo fondo del valle del Cedrón, así como en las arboledas de olivos de Getsemaní.

Aunque los Evangelistas no nos dan información sobre la materia, podemos estar seguros de que el punto de reunión para el grupo todo fue la fortaleza Antonia, que dominaba el área del Templo desde el noroeste y estaba unida con el Templo por escaleras de escape. Una vez que estuvo formado el grupo y se dieron las órdenes, avanzaron hacia el norte hasta salir de la ciudad, luego torcieron hacia el este corriendo a lo largo de la muralla norte. Más allá de la esquina nordeste de la muralla bajaron por el escarpado declive del valle del Cedrón y luego subieron de nuevo por el este hasta acercarse al Huerto de Getsemaní.

En este punto Judas pasó adelante para tomar el puesto de guía. Inmediatamente tuvo una consulta para asegurar la suave ejecución de su plan. Estaban preparados para una posible resistencia. Así, pues, solamente un caso de identificación equivocada podría robarles la presa. Los soldados romanos ciertamente no conocerían a Jesús. Muchos de los otros indudablemente le habrían visto en alguna ocasión enseñando en el Templo, pero la mayor parte de la vida pública se había desarrollado en Galilea. A la luz fluctuante e

insegura de las linternas y antorchas, podrían fallar en reconocerle. Judas tenía preparada la solución para esta dificultad: «A quien yo besare», les había dicho, «El es; sujetadle y llevadle bien asegurado» (Marc. 14: 44). Nada había de extraordinario en la señal misma escogida por Judas. Un beso era una señal convencional y manifiesta el respeto del discípulo para su maestro. Los otros Apóstoles no sospecharían nada desacostumbrado o siniestro en el saludo de Judas. Jesús había revelado la perfidia de Judas solamente a uno de los Apóstoles. Tomados los otros por sorpresa no tendrían probablemente la rapidez suficiente para asociarle con aquellos que estaban con él y aun podrían pensar que Judas volvía precisamente del recado a que Jesús le había enviado cuando le dijo: «Lo que vas a hacer, date prisa en hacerlo».

Convencional o no, el beso era una señal de respeto y afecto. Que Judas escogiera el beso como medio de traición nos permite una mirada más profunda dentro de su alma endurecida. Luego, pasó más adelante a revelar mayores profundidades de maldad en su interior. En vez de vacilar en este crítico momento, en vez de sentirse fatigado por otros pensamientos mejores, se dirigió a los otros para que cumplieran bien su cometido: «Sujetadle y llevadle bien asegurado». Judas había recibido una promesa, pero no el pago. No quería que su recompensa se le fuera de las manos por descuido de otros. Urgió a sus cómplices



para que agarraran a Jesús con firmeza y tomaran precauciones no fuera a escapárseles.

A este tiempo Jesús y los once Apóstoles estaban fuera de la puerta del huerto, no lejos de la gruta, un poco hacia el norte. Sus enemigos se acercaban ya, guiados por Judas, «uno de los doce», como lo consignan los Evangelistas con dejos de incredulidad. A la luz vacilante de las antorchas y linternas, dos figuras se destacaban, Jesús y Judas, cada una ligeramente adelantada a su grupo. Sea porque quería consumir su hazaña, sea porque temía que Jesús pudiera aún escaparse, Judas avanzó con paso largo y rápido hacia Cristo, y le besó: «Así que llegó», dice San Marcos, «luego acercándose dijo: "Rabí". Y le dio un fuerte beso» (14: 45). Judas era un hombre cuidadoso. No estaba corriendo riesgos. No fuera que el beso resultara insuficiente, se dirigió a Jesús en voz alta llamándole maestro para hacer su identificación doblemente cierta a sus enemigos. Y la palabra usada por San Mateo y San Marcos indica un beso tierno y prolongado. Judas conservó sus brazos alrededor del cuello de Nuestro Señor por un momento más, o dos, para asegurar que reconocieran a Jesús sus enemigos.

No hay palabras que puedan describir la tremenda malicia de la hazaña de Judas, o medir en lo justo las profundidades de su depravación moral. La dignidad de la persona de Jesús, la íntima relación entre El y su discípulo, a quien había llamado a la incompara-



ble dignidad del apostolado y admitido a su amistad, la sordidez del negocio de Judas al vender a Cristo por dinero, el beso por el cual se efectuó la entrega, todo unido hacen de este hecho una hazaña única en la historia de la malicia humana. Tan despreciable fue la acción del traidor que San Juan, quien reveló que Judas era ladrón, pasa en silencio el beso de la traición. Parece incapaz de llegarse a hacer aun mención de él. San Lucas, quien describe la escena, parece no querer consignar que Judas de hecho besó a Jesús. Dice sencillamente que «Judas se llegó a Jesús para besarle», sin establecer si cumplió su propósito.

Cuando Judas soltó el abrazo y dio un paso atrás, Jesús le habló. Eran las últimas palabras que le dirigiría para siempre, al menos en esta tierra. Jesús debió de mirar a Judas con un poco de desilusión, y quizás vaciló unos momentos antes de hablarle. «Judas», dijo, «¿con un beso entregas al Hijo del hombre?» (Luc. 22: 48). Hay un fino y vigoroso contraste entre esas pocas y simples palabras: Judas y el Hijo del hombre, una traición y un beso. Son ellas un reproche dirigido a Judas. Y aun así más parecen ser una expresión de incredulidad por parte de Nuestro Señor, como si no pudiera llegar a hacerse a la realidad de lo que estaba sucediendo. Que Judas entregara a su amigo y maestro, era un gran pecado; que usara un beso, señal de amistad y respeto, para mandar a Jesús a la muerte, sobrepasa casi toda creencia. Judas soltó

el abrazo que diera al divino Jesús, endurecido irremediabilmente, quedando para siempre como tipo de todo cuanto hay de hipocresía y falsedad en la humana naturaleza (2).

---

(2) San Mateo (26: 50) recoge también las palabras de Jesús dirigidas a Judas. El pasaje es más bien difícil y ha sido traducido de varias maneras. Limitaremos nuestras observaciones a dos de las interpretaciones más probables. Según algunos Nuestro Señor dijo a Judas: «Amigo, ¿por qué has venido?» El sentido sería: «Amigo, ¿para qué cosa has venido? ¿No has venido para entregarme? Entonces, ¿para qué este beso?» La dificultad es que la oración relativa no se usaba en aquel tiempo como interrogativa.

Otra traducción del texto dice: «¿Amigo, con lo que tú has venido a hacer?» Lo que está teniendo lugar en el momento, el beso traidor, se sobreentiende, pero no se expresa en el texto. El sentido sería: «Amigo, un beso ¿con eso me vienes?» En este caso el significado de las palabras de Cristo en San Mateo y en San Lucas es el mismo.

La palabra griega usada por San Mateo por «amigo» no significa afecto. Significa más bien asociado o camarada y se usaba frecuentemente para dirigirse a uno completamente extraño.

## 8

### EL ARRESTO

Después del beso traidor, Judas se hizo atrás para esconderse dentro del grupo que había venido para apresar a Jesús. Su obra estaba hecha. Ahora todo lo que tenía que hacer era vigilar con ansiedad en la esperanza de que los captores de Jesús cumplieran su parte en el negocio y no permitieran que se les escapara como tantas veces había sucedido en el pasado. Jesús no tenía tal intención. En vez de esperar a que sus enemigos actuaran, El les habló: «¿A quién buscáis?» Fueron probablemente los oficiales de la guarda del Templo los que replicaron: «A Jesús de Nazaret». Nuestro Señor se identificó a sí mismo: «Yo soy». A pesar de la señal que Judas les había dado, los enemigos de Cristo parecían confusos. Sospechaban que aquel hombre que se había valientemente adelantado a su encuentro, no podía ser el mismo a quien ellos venían a arrestar.

En este punto hay una detención en el relato de

San Juan. Aquí, como en otras muchas ocasiones, este Evangelista se muestra ser testigo de vista de los sucesos que narra. Escribiendo su Evangelio muchos años más tarde, San Juan puede aún ver la escena con la viveza de un paisaje iluminado como por el haz de luz de un relámpago. Dice sencillamente: «Estaba también con ellos Judas el que le entregaba» (18: 5). En su memoria Juan ve aún los dos grupos cara a cara, en frente uno de otro, Jesús y su grupo pequeño de Apóstoles, y los enemigos de Jesús: los soldados romanos, los guardias del Templo, los sanedritas y los guardas auxiliares del Sumo Sacerdote. Grabado a fuego en su memoria está la imagen de Judas, no con los Apóstoles que rodeaban a Jesús, sino con el grupo de sus enemigos. Esta es la última vez que San Juan menciona a Judas en su Evangelio.

San Juan nos dice que cuando Jesús dijo las palabras: «Yo soy», sus enemigos «retrocedieron y cayeron en tierra». Aunque es posible una explicación natural de esta caída, no hay duda que San Juan lo consideraba como una manifestación milagrosa del poder de Nuestro Señor. No es verosímil que cayera todo el grupo; probablemente cayeron sólo los que estaban en la primera fila, los oficiales de la guardia del Templo que se habían dirigido a Jesús. Nuestro Señor permitió que brillara manifiestamente en sus palabras y miradas algo de su divino poder y majestad, y sus enemigos se hicieron atrás con rapidez cayendo sobre los que



estaban inmediatamente después de ellos. No fue ésta la primera vez que Jesús había puesto a raya a sus enemigos por la majestad de su presencia (Juan 7: 44; 10: 39). Ahora les dejará seguir su camino porque esta es la voluntad de su Padre, pero no sin antes mostrarles que El está actuando libremente. Cumplirá la profecía de Isaías (53: 7): Será «como cordero llevado al matadero, y cual oveja ante sus esquiladores enmudecida». Pero El hará esto no por debilidad, sino por su elección.

Los que habían caído, pronto se recuperaron y se pusieron de pie. Jesús de nuevo les hizo la misma pregunta: «¿A quién buscáis?»; y de nuevo ellos replicaron: «A Jesús de Nazaret». Ellos replicaron esta vez con un poco menos de valor. Para entonces Jesús estaba rodeado de sus Apóstoles, quienes gradualmente se iban haciendo cargo de la importancia de lo que estaba teniendo lugar. Si se buscaba a Jesús, también a ellos; si Jesús era un criminal, difícilmente podrían ser ellos tenidos por inocentes. Pero en realidad ellos no tenían nada que temer por el momento. A pesar del aparente poder superior de sus enemigos, Jesús controlaba la situación y aún dirigía lo que había que hacer. «Os dije que yo soy», dijo. «Si pues me buscáis a mí, dejad marchar a éstos» (Juan 18: 8). En este momento de grave peligro, Jesús se identificó a sí mismo, se entregó a sus enemigos, y dejó a sus Apóstoles que se alejaran libres. Conociendo su peligro, El no

les comprometió identificándoles como discípulos suyos. Simplemente se refirió a ellos diciendo «estos». San Juan ve en esto el cumplimiento de lo que Cristo había dicho en su oración al Padre: «De cuantos me diste no he perdido a nadie» (Juan 18: 9; cfr. 17: 12) (1).

Los enemigos de Cristo rápidamente sopesaron la situación. Cristo se entregaba sin resistencia y despidiendo a sus discípulos. Puesto que no iba a haber conflicto, no habría peligro: por eso algunos de la banda, deseosos ahora de mostrar su celo y valor, dieron un paso rápido hacia adelante y echaron mano a Cristo. Judas conservaba aún bastante amor y respeto por el Maestro que le impedían poner sus manos en Él: dejó que otros lo hicieran. Los Apóstoles se aturdieron con el cambio que daban los sucesos. Nunca anteriormente habían visto a Jesús sujeto a tal indignidad. En otras ocasiones cuando sus enemigos lo habían buscado para prenderlo, había pasado entre ellos con toda calma para marcharse. Ahora lo veían agarrado firmemente en poder de sus enemigos.

Aún más, en esta emergencia, los Apóstoles se vol-

(1) Aquí San Juan nos da el sentido de las palabras de Cristo como se encuentran en 17: 12. Algunos críticos objetan que en este versículo Cristo se refería a la preservación de una caída moral, no de un peligro físico. La explicación es que San Juan sencillamente aplica las palabras de Cristo a una situación análoga. También es posible que si Cristo no hubiera preservado a los Apóstoles de un peligro físico en este momento, ellos pudieran haber sufrido una caída moral.

vieron a Nuestro Señor en busca de direcciones: «Señor, ¿qué? ¿herimos con la espada?» Dos de ellos estaban armados con espadas. Por la noche temprano malentendiendo la recomendación de Nuestro Señor: «Quien no tenga espada, venda su manto y cómprese una», ellos habían replicado a Jesús: «Señor, mira: hay dos espadas» (Luc. 22: 36, 38). Pudieron pensar que la presente era la ocasión a la cual Nuestro Señor se refería. Su valor era mayor que su prudencia. Armados con dos espadas, ellos pocos estaban dispuestos, a una palabra de Cristo, a echarse sobre un grupo armado mucho mayor y respaldado por un destacamento de soldados romanos.

En este momento la acción fue rápida, ya que Jesús no tuvo tiempo de contestar a su pregunta. El impetuoso Pedro estaba junto a El viendo a su amado Maestro en manos de sus enemigos. No esperó por la respuesta de Cristo. Dio rápidamente un paso hacia adelante y blandiendo su espada vigorosamente asestó a la cabeza de Malco, sirviente del Sumo Sacerdote, el cual evidentemente era uno de los que agarraban a Nuestro Señor. La puntería de Pedro fue pobre o Malco se ladeó rápidamente, ya que el golpe le rozó nada más la cabeza y le cortó solamente la oreja derecha (2).

---

(2) Los tres primeros Evangelistas no identifican al siervo del Sumo Sacerdote o al apóstol que lo hirió. Este silencio era sin duda sugerido por la prudencia. La resistencia de Pedro a la auto-

Aun antes de asestar Pedro el golpe, ya Nuestro Señor hablaba, quizás en respuesta a la pregunta de los Apóstoles de si podían herir con la espada. «Dejadles: no haya más», dijo. El significado de estas palabras es dudoso. Quizás Jesús quiso decir solamente: «Dejad, no más violencia», o también: «Dejad que las cosas sigan su curso, permitid que me arresten». En la reyerta, Malco debió de soltar a Cristo, quien aprovechó su libertad para tocar la oreja herida de Malco y curarla. Pedro se hubiera encontrado en precario más tarde, aquella noche, en el patio del Sumo Sacerdote si no hubiera sido por la curación milagrosa de Cristo.

Jesús conservaba aún el dominio de la situación. Volviéndose ahora a Pedro, le dijo: «Vuelve la espada a su lugar; porque todos los que empuñan espada, por espada perecerán» (Mat. 26: 52). Jesús no tendría parte en una defensa violenta. La razón que El dio en este versículo está en forma de proverbio: probablemente era una expresión corriente entre sus contemporáneos. Violencia engendra violencia, el derramamiento de sangre termina en mayor derramamiento de sangre. El recurso a la espada acarreará la sanción del poder civil o atraerá sobre uno el castigo de la espada. Además, Jesús no tenía necesidad de su ayu-

---

ridad armada no hubiera sido considerada ligeramente por los romanos. San Juan, quien escribía después de la muerte de San Pedro, no tenía ya necesidad de guardar silencio en este punto.



da: «¿Piensas que no puedo rogar a mi Padre, y pondrá ahora mismo a mi disposición más de doce legiones de ángeles?» (Mat. 26: 53). Una legión constaba de seiscientos hombres. En vez de doce débiles Apóstoles para defenderle, podía acudir al Padre por doce veces seiscientos ángeles para ayudarle. En este momento, según San Juan, quien no hace mención de la agonía en el huerto, Nuestro Señor se refiere a ella: «El cáliz que me ha dado mi Padre ¿no lo he de beber?» (18: 11). Jesús acababa de sufrir un sudor de sangre en su esfuerzo por conformarse con la voluntad del Padre. Nada le disuadirá ahora del camino señalado para El, porque como El añade: «¿Cómo, pues, se cumplirán las Escrituras, que dicen ha de suceder así?» (Mat. 26: 54).

Después de dirigirse a Pedro, Jesús se volvió al abigarrado grupo que había venido para detenerlo. Aunque habló a todos, dirigió sus observaciones particularmente a los jefes, que llevaban la responsabilidad de lo que estaba sucediendo: príncipes de los sacerdotes, capitanes del Templo y los ancianos. «¡Como contra un salteador salisteis con espadas y bastones!», les dijo Jesús; «Estando yo cada día entre vosotros en el Templo, no extendisteis las manos contra mí» (Luc. 22: 52-53).

Jesús no hizo objeción al arresto sino a la manera, al tiempo y al lugar. Habían procedido contra El como si El fuera un bandido, el jefe de una banda de la-

drones, un proscrito que tuviera que ser apresado con una combinación de sorpresa y fuerza armada. Si había alguna cuestión de diferencias doctrinales, ellos sabían muy bien que le encontrarían enseñando en el recinto del Templo. Podían haberle arrestado a plena luz del día y llevarle al Sanedrín. Jesús sabía por qué ellos no lo habían hecho, y ellos también. Entendieron el tono acusatorio de las palabras de Jesús. Es que temían al pueblo por causa de la malicia encerrada en los motivos que les impulsaban, y la patente injusticia de todo su proceder.

Pero hay un significado más profundo en lo que estaba teniendo lugar. Estos hombres eran malos y ejecutores de un designio malo. Sin embargo, sus acciones eran el cumplimiento de una profecía, pues Cristo siguió diciendo: «Tenían que cumplirse las Escrituras» (Marc. 14: 49). Lo que ellos estaban haciendo Dios lo utilizaba y adaptaba al gran plan de la redención.

Por el momento, sin embargo, los enemigos de Cristo parecían encontrarlo todo a su favor. «Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Juan 22: 53), dijo Jesús. Ellos habían intentado muchas veces poner sus manos en Él y no pudieron porque su hora no había aún llegado. Ahora estaban libres para actuar. Satanás, el príncipe de las tinieblas, había entrado en Judas, el instigador del complot que ya estaba llegando a feliz término. La hora de los enemigos de Cristo y la hora del poder de las tinie-

blas eran la misma, porque estos hombres estaban actuando como aliados e instrumentos de Satanás.

Después de dirigirse a sus enemigos, Jesús cayó en silencio. Los Evangelistas no nos dicen si hubo alguna discusión entre los Apóstoles en cuanto a lo que habían de hacer; de todos modos, tampoco había mucho tiempo para hablar. Los Evangelios simplemente nos dicen lo que hicieron los Apóstoles: «Entonces los discípulos todos, abandonándole, huyeron» (Mat. 26: 56).

Su huida fue un acto vergonzoso. Desertaron de Jesús al primer acercamiento del peligro real y le dejaron en manos de sus enemigos. No nos sería difícil, sin embargo, templar la severidad de nuestra condenación. De hecho Jesús los había despedido cuando dijo: «Sí, pues, me buscáis a mí, dejad marchar a éstos» (Juan 18: 8). Jesús había rechazado todo recurso a sus espadas, y por otra parte El no mostraba señal de huida. Ellos tenían que decidir rápidamente qué hacer, mientras la atención de la banda estaba aún centrada en Jesús, y decidieron tomar el camino de su seguridad personal. Cuando vieron a Jesús agarrado firmemente por sus captores y no haciendo esfuerzo para sobreponerse a ellos o para escapar, se hicieron atrás para esconderse en las sombras, y huyeron entre las tinieblas de los olivos. Aquí se cumplió la profecía que Cristo había recordado al principio de la noche: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas

del rebaño» (Mat. 26: 31). San Juan en su huída debió mirar hacia atrás por sobre el hombro, pues él solo añade el patético detalle: ellos «prendieron a Jesús y le ataron» (18: 12).

Una vez que Jesús estuvo asegurado con ataduras y rendido a los guardias armados, el grupo formó en orden de marcha para retornar a la ciudad. San Juan nos dice que «le llevaron primeramente a Anás, pues era suegro de Caifás, que era pontífice aquel año». La antigua tradición sitúa el palacio de Anás, probablemente el mismo que el de Caifás, en la colina oeste de la ciudad, como a doscientos pies solamente del salón donde Jesús había comido la Pascua unas pocas horas antes.

Es del todo probable que el grupo volvió por la misma ruta que Jesús y los Apóstoles habían tomado para ir a Getsemaní. Torcieron hacia el oeste y bajaron el declive del Monte de los Olivos hasta que alcanzaron el sendero que corría a lo largo del lecho del torrente Cedrón. Entonces tornaron hacia el sur por este camino estrecho. A su derecha se levantaban las laderas escarpadas de la colina este de la ciudad, la Jerusalén más antigua, la de los Jebusitas, de David y de Salomón. En la cumbre de esta colina las murallas del Templo y las de la misma ciudad se erguían muy por arriba de ellos. Ordinariamente era



muy oscura esta barranca honda, pero habría ya pasado la medianoche y la luna llena lucía casi directamente sobre sus cabezas. Dondequiera que el camino se ensanchaba un poco, pasaba junto a las tiendas y pésimos refugios de los peregrinos que estaban acampados al aire libre cerca de la ciudad santa. Después de unos quince o veinte minutos, el grupo torció bruscamente a la derecha hacia la muralla de la ciudad y entró a través de la Puerta de la Fuente. Su paso era lento ahora, pues la subida era pindia. Yendo hacia el norte a lo largo del valle que dividía la ciudad en dos de norte a sur, pasaron la Piscina de Siloé y luego, volviendo violentamente hacia el oeste, subieron las estrechas calles, tan escarpadas que en parte estaban excavadas en forma de escaleras en la sólida roca.

Estaba para morir la noche, y la ciudad y sus alrededores estaban sumidos en el silencio del sueño. Las únicas señales de vida eran los centinelas de las murallas y de la Puerta de la Fuente. Hubo una excepción, sin embargo, y sólo San Marcos de entre los Evangelistas la registra. Después de decir que los Apóstoles abandonaron a Jesús y huyeron, San Marcos añade: «Un cierto joven le seguía, envuelto en una sábana sobre el cuerpo desnudo, y le detienen; mas él soltando la sábana, desnudo, se escapó» (14: 51-52).

Un estudio del texto original de San Marcos añade poco a lo que conocemos sobre este incidente. El que seguía a Jesús era muy joven, de hecho aún adoles-

cente. El no le seguía a distancia, sino que se mezcló con el grupo. Esto indicaría que no iba movido por curiosidad, sino por real interés en el caso y, por tanto, que era discípulo de Cristo. El que durmiera envuelto en un vestido especial de lino prueba que era pudiente, ya que los paisanos ordinarios o trabajadores no tenían especiales vestidos de dormir.

No pudo él seguir con el grupo mucho tiempo, antes de que alguno notara que era un intruso y atrajera su atención sobre él. Rápidamente lo detuvieron, pero él se escabuyó de su vestido de lino, dejándolo en sus manos, y huyó desnudo.

¿Quién era este joven? Desde los primeros tiempos, se han hecho esfuerzos para identificarlo, pero todos ellos reunidos llegan a poco más que una conjetura. Muchos piensan que era San Marcos mismo, ya que él solo creyó que el incidente era digno de contarse.

La narración evangélica no nos dice en qué punto de la marcha desde Getsemani al palacio de Anás ocurrió este suceso. De ordinario se coloca después de la partida. Es posible que el joven fuera hijo del dueño de la casa de campo de Getsemani y que lo despertara de su sueño el ruido del arresto. No se puede desechar la posibilidad de que viviera en una casa a lo largo de la ruta tomada por el cortejo, y fuera despertado a su paso. Existe una tradición primitiva de que la madre de San Marcos era la propietaria de la

casa en la cual tuvo lugar la Última Cena. Si la tradición es correcta al localizar el Cenáculo y el palacio de Anás, el grupo con su prisionero pasó cerca del Cenáculo. La casa de la madre de Marcos fue uno de los primeros lugares de reunión de los primeros cristianos. Allá fue San Pedro después de la milagrosa liberación de la prisión (Hechos 12: 12).

La prueba no es concluyente, pero la poca fuerza que tenga indica que el joven era San Marcos. Si fue San Marcos, podemos bien comprender que el suceso le quedara vivamente impresionado en su memoria por el resto de la vida. Si los otros Evangelistas lo conocieron, lo pasaron por alto por creer no tenía particular significación. Para San Marcos era como el sello con el cual él sellaría su Evangelio, de modo semejante a como San Juan se hace presente en su Evangelio bajo el nombre de «discípulo a quien amaba Jesús».

## A N A S

Una vez que Jesús, atado, había sido entregado en manos de las autoridades judías, se dieron inmediatamente los pasos para llevarlo a juicio ante el tribunal más alto de la nación.

Para entender el juicio de Cristo, es esencial conocer algo de la situación política de Palestina en aquel tiempo.

Durante el segundo siglo antes de Cristo, el pueblo judío pareció prometer por un tiempo que renovaría los antiguos esplendores de su edad de oro. Bajo la dirección de la familia de los Macabeos, los judíos levantaron una revuelta contra los opresores de Siria, los vencieron, y renovaron su vida nacional y religiosa; pero el glorioso período de los Macabeos fue de corta duración. Bajo la constante presión de fuera, la nación judía se dividió también internamente por conflictos religiosos y ambiciosas rivalidades de los descendientes de los Macabeos.



El comienzo del fin llegó con la muerte de la reina Alejandra, quien dejó dos hijos, Hircano II y Aristóbulo II, ambos pretendientes del Trono. Para añadir confusión y dificultades, los Saduceos, y Fariseos tomaron partido: los Saduceos favorecían a Aristóbulo y los Fariseos a Hircano.

En este momento crítico entró en escena la figura ominosa del hombre que había de ser el fundador de la dinastía de los Herodes: era Antípater, Gobernador de Idumea, región situada al sur de Judea, la cual había sido convertida al Judaísmo a la fuerza. Antípater se puso del lado de Hircano y puso en juego todas sus energías para sentarlo en el trono, con la intención de usarlo como títere y gobernar detrás de él.

Durante esta lucha civil, se tuvo noticias de que el general romano Pompeyo, había llegado a Siria después de derrotar a Mitridates. Ambos partidos cometieron el error fatal de apelar a Pompeyo, el cual marchó sobre Judea, puso sitio a Jerusalén y la tomó el año 63 antes de Cristo. Este suceso señaló el fin de la independencia judía. La lucha entre los dos hermanos continuó durante algún tiempo, sin que ninguno prevaleciera; mientras tanto Antípater con su diligencia se ganó el favor de los Romanos, y César le nombró Gobernador de Judea en el año 47 antes de Cristo. Después de su muerte, su hijo Herodes, conocido por el sobrenombre de «El Grande» consiguió ser nombra-

do rey por Roma en el año 40 antes de Cristo, y llegó a ser rey en realidad por medio de la conquista del territorio, en el año 37 antes de Cristo (1).

Antes de su muerte, en el año 4 antes de Cristo, Herodes hizo testamento dividiendo su territorio entre tres de sus hijos. Al mayor, Arquelao, le dejó Judea y también la región que estaba inmediatamente al norte, Samaria, país de mixta religión y población mezclada. A Filipo le dejó los distritos del norte. A Antipas, quien aparece como Herodes durante la vida pública y juicio de Cristo, le dejó Galilea, situada al norte de Samaria, y también Perea, situado al otro lado del Jordán. Los Romanos aprobaron el testamento de Herodes, pero eliminaron el título de Rey y concedieron a Antipas el título de Tetrarca (2). En el año 6 antes de Cristo, Arquelao fue depuesto y desterrado por los Romanos, quienes colocaron los territorios de Judea y Samaria bajo el gobierno director de un gobernador romano con el título de Procurador. Esta era la situación política al tiempo del juicio de

---

(1) Herodes el Grande vivía aún en tiempo del nacimiento de Cristo, pues fue él el monstruo que ordenó el degüello de los Santos Inocentes. Puesto que Herodes murió el año 4 antes de Jesucristo, es evidente que Jesucristo nació antes de esta fecha y que, por tanto, se cometió un error al hacer el cómputo del comienzo de la era cristiana. Herodes Antipas, el que tomó parte en el juicio de Cristo, era hijo de Herodes el Grande.

(2) En el lenguaje popular se llamaba reyes a Arquelao y a Antipas, quizás también a Filipo (Mat. 2: 22; 14: 9; Marc. 6: 14; *Josefo, Antigüedades*, 18, 4, 3).

Cristo, y debe tenerse en cuenta al menos en sus rasgos generales, para poder entender aquel suceso transcendental.

El procurador romano estableció su residencia en el palacio de Herodes en la ciudad de Cesarea, situada en la costa del mediterráneo como a cincuenta millas al noroeste de Jerusalén. Esta ciudad llegó a ser el centro de la administración para Judea y Samaria. En ocasión de las grandes fiestas del año religioso judío, el procurador subía a Jerusalén, acompañado de refuerzos, y establecía su residencia temporalmente en la ciudad para aplastar cualquier intento de levantamiento.

El procurador era comandante militar y a la vez gobernador civil. En el ejército romano de aquel tiempo había dos clases de tropas, la legión y los auxiliares. La legión, integrada por Romanos, contaba de cinco a seis mil hombres y era el armazón del ejército. Las tropas auxiliares no eran del mismo calibre y constitución que la legión. Eran hombres de las provincias del Imperio y se formaban en cohortes cuya fuerza variaba de quinientos a seiscientos hombres aunque generalmente la constituían seiscientos.

El gobernador de la próxima Siria tenía cuatro legiones bajo su mando; pero el procurador de Judea tenía solamente tropas auxiliares. Estos soldados eran todos gentiles, ya que los judíos habían sido eximidos del servicio militar. Eran reclutados de entre los resi-

dentes no judíos de la región, de las ciudades costeras, o de ciudades situadas en los límites de Palestina que eran en gran parte de gentiles, y especialmente de Samaria. Los soldados que tomaron parte en la tragedia de la Sagrada Pasión de Cristo, no eran romanos, por tanto, en el sentido de que fueran venidos de Roma, pero ni aún de Italia. Guarniciones de tropas auxiliares estaban estacionadas en las grandes ciudades. Una cohorte tenía sus cuarteles en la fortaleza Antonia.

El procurador tenía la suprema autoridad judicial en su territorio. En Judea esta autoridad la ejercía solamente en casos extraordinarios, pues la administración ordinaria de justicia, en asuntos tanto de orden civil como criminal, se había dejado en manos de los tribunales locales. Sólo el procurador, sin embargo, podía sentenciar las causas de vida o muerte, con la excepción de que todo ciudadano romano tenía derecho a apelar al Emperador.

La religión judía era no solamente tolerada, sino también protegida por los romanos. No era desacostumbrado que los romanos presentaran dones en el Templo de Jerusalén para que con ellos se ofrecieran sacrificios. Las autoridades romanas no obligaban a los judíos a dar culto al Emperador, pero exigían que una o dos veces al día se ofreciera en el Templo un sacrificio por el César y el pueblo romano. En general los romanos evitaban ofender los sentimientos religio-



sos del pueblo, especialmente en el asunto de exhibir en público imágenes grabadas.

Jesús y sus apresadores se detuvieron por unos momentos ante la gran puerta que conducía dentro de una mansión impresionante en lo alto del declive de la colina oriental de la ciudad. Lentamente la pesada puerta giró para abrirse y Jesús, aún atado, fue conducido al gran patio interior de la residencia de Anás y Caifás.

Por las narraciones evangélicas, especialmente comparando los relatos de las negaciones de San Pedro en los Sinópticos y en San Juan, aparece que Anás y Caifás residían en diferentes partes del mismo edificio.

Esto no era acostumbrado en el antiguo Oriente. En este modo de construcción los apartamientos de varias familias se abrían hacia un patio común en el centro, el cual a su vez se comunicaba por un corredor y una puerta a la calle pública. Las habitaciones de la familia estaban a nivel del suelo, mientras que las habitaciones de los huéspedes y salones de recepciones estaban en el segundo piso. Había escaleras que comunicaban directamente desde el patio al segundo piso.

El pequeño destacamento con Jesús en el medio, se detuvo descansadamente en el patio mientras el oficial que lo mandaba envió un mensaje a Anás anun-

ciándole la llegada. En pocos minutos volvió el mensajero con órdenes de conducir al prisionero a la presencia de Anás. Subieron por las escaleras al segundo piso y entraron en el gran salón recibidor.

Por lo que sabemos de Anás y de otros Sumos Sacerdotes de la época podemos reconstruir la escena sin forzar la imaginación. El salón recibidor estaba amueblado regiamente. Según Jesús iba entrando podía probablemente sentir hundirse sus pies en las ricas alfombras que cubrían el suelo. Espléndidos tapices colgaban de las paredes, visibles ahora un poco confusamente por la luz vacilante de las lámparas de aceite, que pendían de brazos fijados a los pilares. Allá en el fondo del salón, medio reclinado en un diván según costumbre del tiempo, estaba Anás rodeado de servidores, oficiales y unos pocos de los más prominentes príncipes de los sacerdotes. Anás, en aquel tiempo, era un hombre como de sesenta años. El hecho de que Jesús fuese conducido ante su presencia primero, más bien que a la de Caifás, el Sumo Sacerdote reinante, es una indicación de que el suegro, Anás, era el director detrás de la escena, que manejaba el proceso contra nuestro Señor.

No es verosímil que hubiera visto anteriormente a Jesús; y ahora que Jesús se acercaba para colocarse en pie delante de él le miró fijamente, tratando de determinar, por su apariencia externa, qué clase de hombre podría ser éste, que había sido causa de

tanta inquietud y aún había llegado a ser una amenaza para la seguridad de la nación. Había oído de El tantas cosas: sus espías le habían procurado detallados informes.

Es muy probable que Jesús había visto a Anás anteriormente ejerciendo sus funciones sagradas en el Templo durante algunas de las grandes fiestas. Anás era considerado como la figura más grande entre los judíos de su tiempo. Era bien conocido, no sólo a lo largo de toda la tierra santa, sino también dondequiera hubiera una pequeña colonia judía con fuerte espíritu de raza en cualquier país del mundo civilizado. Anás es conocido en la historia también, pues sus hechos nos han llegado a nosotros registrados en el Nuevo Testamento, en los escritos del historiador judío Josefo y en el Talmud.

Anás era considerado como uno de los hombres más afortunados. Había desempeñado el oficio de Sumo Sacerdote desde el año 6 al 15 antes de Cristo. Pero no era esto todo. Tuvo la gran dicha de ver a cinco de sus hijos elevados a la misma dignidad. El Sumo Sacerdote que reinaba en este mismo tiempo era su yerno, Caifás. Los romanos cambiaban a voluntad al Sumo Sacerdote, pero los judíos consideraban que la posesión de este cargo era de por vida. No puede haber duda, por tanto, que muchas gentes piadosas de aquel tiempo, miraban a Anás como al verdadero Sumo

Sacerdote a los ojos de Dios, y que su influencia era grandísima en los asuntos judíos (3).

¿Qué clase de hombre era Anás?

Como la mayor parte de los sacerdotes de alto rango de aquel tiempo, Anás era saduceo. Como sacerdote era sin duda puntilloso en el desempeño externo de sus funciones. Como saduceo era un escéptico cuya visión estaba limitada a los bienes de este mundo, un agnóstico para quien los ritos del Templo, en los que jugaba parte tan importante, eran meras formalidades. Su sacerdocio lo empleaba para beneficio propio, de su familia y de su clase, más bien que para el servicio de Dios. Su carácter está reflejado sin duda en el de su hijo del mismo nombre, que fue Sumo Sacerdote en el año 62 después de Cristo. Escribiendo de él dice el historiador Josefo: «Era un hombre audaz por temperamento y muy insolente, también pertenecía a la secta de los Saduceos quienes son muy rígidos en juzgar las ofensas, sobre todo el resto de los judíos (Ant. 20, 9, 1). Y de uno de los sucesores de Anás, típico Sumo Sacerdote de la época, dice el mismo autor, su contemporáneo: «Era un gran atesorador de dinero, por eso cultivaba la amistad de Albino (procurador romano en su tiempo) y del Sumo Sacerdote haciéndoles presentes. Tenía también servidores que eran hombres

---

(3) Nótese que en los Hechos 4: 6, Anás es llamado Sumo Sacerdote, aunque en realidad era Caifás el que tenía tal cargo en aquel tiempo.



perversos, los cuales... iban a las eras y se llevaban los diezmos de los sacerdotes por la fuerza, y no reparaban en golpear a cualquiera que no les entregara a ellos los diezmos» (Ibid. 20, 9, 2).

Escritos judíos posteriores incluyen a la familia de Anás en las imprecaciones dirigidas contra los malos sacerdotes, en las cuales se personifica al Templo mismo ordenándoles salir de su sagrado recinto. En especial se acusa a la casa de Anás de cuchichear y silbar como serpientes, haciéndose en esto alusión a la parte que tomó en la corrupción de los Jueces.

No hay duda de que Anás y su familia fueron ricos. De hecho, eran la familia más rica del país. Los romanos tenían el poder de nombrar el Sumo Sacerdote, y vendían el cargo al mejor postor y deponían a los Sumos Sacerdotes frecuentemente para dar lugar a nuevas ofertas tan pronto como era posible. Seguramente que espléndidas sumas de dinero cambiaron de unas manos a otras, para asegurar el oficio de Sumo Sacerdote a Anás, sus cinco hijos y su yerno.

Tenemos noticias sobre la fuente de esta vasta riqueza sacerdotal. En tiempo de Cristo, el área sagrada alrededor del Templo se había convertido en un centro bancario y lugar de mercado. Todo judío adulto tenía obligación de contribuir con medio sequel anualmente para el sostenimiento del Templo. No cabe duda de que los ricos contribuirían con sumas mucho mayores. En la misma Tierra Santa corría gran variedad de

moneda, y además muchos peregrinos piadosos venían de lejanas regiones a visitar el Templo. Les era necesario cambiar su moneda en la moneda corriente local señalada para las ofrendas al Santuario. Para facilitarlos, los cambistas habían levantado sus barracas y mesas a la sombra misma del propio Templo. Cargaban una prima por sus servicios y se aprovechaban del desconocimiento de los extranjeros sobre la moneda local, para engañarlos.

Además de los cambistas, estaban los mercaderes que vendían para los sacrificios varias clases de aves y otros animales, bueyes, corderos y palomas; y en la correspondiente parte del año los corderos que cada familia necesitaba para la cena Pascual. Además había también aceite, sal y vino como lo requerían los diversos ritos.

Era un gran negocio, y de gran provecho. Pero también era sacrílego. No sólo era inmoral en sí, sino que además profanaba el lugar santo. El Templo y su área eran santos y estaban dedicados enteramente al culto de Dios. Hombres avarientos habían cambiado la tierra sagrada en un bazar oriental, en el que los cambistas y mercaderes voceaban sus mercaderías, tirando con fuerza de las mangas de los clientes para atraerlos a sus puestos, regateaban y armaban pleitos sobre el negocio presente, engañaban cuando podían, y gritaban ultrajes propios, cuando los clientes los dejaban para ir a hacer negocio en otra parte. La

mayor parte de aquel negocio era lo que llamaríamos hoy «racket». Los grandes racketeros, los que verdaderamente se llevaban de calle el negocio y cargaban con la mayor parte de las ganancias, eran los más altos miembros del orden sacerdotal y especialmente la familia del Sumo Sacerdote. Que Anás y su familia eran los reyes del negocio lo evidencia no solamente su riqueza, sino también el hecho de que los rabís que escribieron el Talmud más de doscientos años después, llaman al mercado del Templo «los bazares de los hijos de Anás».

Solamente unos días antes, probablemente el lunes precedente, Jesús había lanzado públicamente un ataque de frente contra la profanación de la casa de su Padre hecha por los sacerdotes. La inminente proximidad de la Pascua, había aumentado en gran escala el negocio de los cambistas y de los mercaderes. El ruido de su tráfico, los sonidos de las aves y otros animales, los gritos y saludos de la gente que usaban el área sagrada como atajo de una parte a otra de la ciudad, todo ello unido se levantaba como un clamor indigno que distraía la atención del lugar dedicado a la oración y el culto. Al entrar Jesús a través de una de las puertas orientales que daban en dirección al Monte de los Olivos y mirar en derredor suyo, se llenó de disgusto e ira por lo que oyó y vio. Tejiendo provisionalmente un azote de correas de cuero se lanzó a largos pasos hacia los cambistas, y, al pasar, tras-



tornó sus mesas derramando las monedas sobre las grandes piedras del pavimento. Se dirigió luego hacia los mercaderes, dando libertad a las aves sacándolas de las jaulas según caminaba, y atando los animales en hatos, los echó con el látigo hacia las puertas del Templo. Los cambistas y mercaderes se echaron hacia atrás, horrorizados ante este asalto declarado contra sus negocios de tanto tiempo atrás establecidos. Tan pronto como pudieron hablar, podemos afirmar con seguridad, apelaron en busca de ayuda a la policía del Templo que patrullaba en aquel espacio; pero la policía no se arriesgó a intervenir por miedo al pueblo que, sólo un día antes, había dado la bienvenida a Jesús recibéndole en la ciudad como al Mesías tanto tiempo esperado. Jesús miró sereno a sus defraudados enemigos y les dijo: «Escrito está: Y será mi casa, casa de oración, mas vosotros la hicisteis cueva de ladrones» (Lucas 19: 46).

Este acto era una amenaza directa a la autoridad y a la bolsa de los príncipes de los sacerdotes. Jesús tenía probablemente junto a sí un auditorio lleno de sus mismos sentimientos, formado no sólo de sus discípulos, sino también de muchos judíos devotos que habían por largo tiempo sentido el escándalo de tan palmaria violación del carácter sagrado de esta parte del Templo. Esto hizo a los príncipes de los sacerdotes convencerse, aún más, de lo urgente que era actuar contra Jesús; y esto mismo ayudó a unir más estre-



chamente a los Saduceos y Fariseos en la conspiración contra su vida. No dudamos lo más mínimo que Anás no sólo fue el cabecilla por parte de los Saduceos, sino también el hombre que ahora dirigía, paso a paso, el procedimiento contra Cristo. Por eso fue Jesús llevado directamente a él para un interrogatorio no oficial; así podía Anás hacer los preparativos necesarios para el juicio formal ante el Supremo Consejo de los Judíos, presidido por su yerno, Caifás.

Todo se sumió en silencio por unos momentos, al quedar Jesús de pie ante Anás. Anás le examinó con su mirada de arriba abajo y con detención. En sus negros ojos había algo más que curiosidad: había odio y decisión. Odio a Jesús por haberse convertido en el ídolo de una gran parte del pueblo, haber sido vitoreado como Mesías y haber sido una amenaza al orden establecido que había producido tanto provecho a él y a su familia; decisión de sacar ventaja a la situación presente para llevar a cabo la condena y muerte de Jesús.

Después de unos pocos minutos de silencio, habló Anás. Comenzó preguntando a Jesús por sus discípulos y su enseñanza. El arresto de Jesús en secreto, en las últimas horas de la noche, su acusación ya prisionero ante el que había sido Sumo Sacerdote, y ahora las preguntas que se le hicieron, todo daba a entender que era un conspirador, el jefe de una banda fuera de ley, un hombre que huía de la luz del día y la vigilan-

cia de las propias autoridades. En Getsemaní Jesús había protestado de los métodos usados por sus aprehensores; ahora, mirando cara a cara a Anás, con firmeza y claridad, rechazó todo el procedimiento: «Yo he hablado públicamente al mundo», declaró; «yo siempre enseñé en la Sinagoga y en el Templo, adonde concurren todos los judíos, y a escondidas no hablé nada. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que han oído lo que les hablé; mira, éstos saben lo que dije yo» (Juan 18: 20-21).

En su respuesta Jesús no hizo mención de sus discípulos. Los había protegido en el momento de su arresto y había exigido que se les permitiera «ir su camino». Él estaba solo en pie ante sus acusadores y rehusó complicar a los que le habían seguido. De todos modos su respuesta sobre sus enseñanzas mostraba la inocencia de sus discípulos. En efecto, Jesús declaró a Anás que cualquiera interesado en su doctrina podía con toda facilidad haberle escuchado en los sitios públicos en los cuales se había dirigido al pueblo. En verdad había hablado a sus discípulos en la intimidad, pero sobre las mismas materias que él había enseñado en público delante de todo el mundo. De hecho, si Jesús había reunido sus discípulos, lo había hecho con el propósito de que ellos divulgaran su doctrina. Él les había dicho: «Lo que os digo en la oscuridad, decílo a la luz del día, y lo que escucháis al oído, pregonadlo desde las azoteas» (Mat. 10: 27).

La segunda parte de la respuesta de Jesús fue una mordaz, pero bien merecida reprimenda a Anás. Si Jesús había obrado mal, el procedimiento debido exigía la citación de testigos. Anás andaba buscando abreviar el proceso. Intentaba obligar a Jesús a presentar testigos contra sí mismo. Jesús lo rechazó, y en términos bien claros. Vete a buscar testigos, vino a decirle en realidad, y escucha lo que tengan que decir.

Un silencio embarazoso siguió a las palabras de Jesús. Anás había esperado una actitud de sumisión, desaliento, humildad, sevilismo y miedo. Sabemos por Josefo que éstas eran las actitudes que se esperaban de todo acusado ante el gran consejo (Ant., 14, 9, 4).

He aquí un acusado que era diferente. Proporcionaba al gran Anás una reprimenda pública y bien merecida, y lo hacía sin miedo y sin vacilación.

Anás estaba sobresaltado. Había quedado humillado ante el grupo que lo rodeaba. El había abrigado la esperanza de mostrarles con qué expedición habría puesto a sus pies a este medrado implorando misericordia. En vez de esto se le había dado una lección sobre los procedimientos legales correctos, y en pocas palabras pero bien escogidas.

Anás no sabía cómo responder. Aquel silencio embarazoso se hizo aún más tirante. En realidad no había respuesta posible a las palabras de Jesús. Como suele suceder frecuentemente cuando un ignorante se en-



frenta con un dilema, uno de los asistentes (4) de Anás, probablemente el guarda que estaba al lado de Jesús, recurrió ahora a la violencia. Sus superiores no podían encontrar una respuesta, pero él daría una y se ganaría con ello la buena voluntad de su señor. Volviéndose hacia Jesús, le dio un golpe con la mano diciendo: «¿Así respondes al Pontífice?»

Este final del interrogatorio ante Anás es desconcertante, doblemente desconcertante para los cristianos, que creemos que la persona golpeada es el Encarnado Hijo de Dios. Manos violentas habían tocado a Jesús por primera vez, poco antes, cuando fue atado en el Huerto de Getsemani; pero ahora, por primera vez Jesús había sido golpeado violentamente por mano de hombre. Puesto que fueron las palabras de nuestro Señor la causa de la ofensa, es verosímil que el servidor le golpeó con el puño o con la mano abierta cruzándole la boca.

Por un momento Jesús miró fijamente a Anás, para ofrecerle la oportunidad de reprobar aquella acción indigna. Era bajo y cobarde golpear a un hombre atado, era injusto tratar a un acusado como si fuera un criminal convicto. Pero Jesús esperó en vano. Anás se sintió aliviado, pues la atención se había desviado

---

(4) La palabra griega indica un "asistente", "guarda" u "oficial". Algunas veces se ha querido identificar a este personaje con aquel Malco a quien Pedro cortó la oreja (Juan 18: 10). Esto es incorrecto. Malco es llamado en el texto griego "siervo" o "esclavo".



de su embarazo. Jesús entonces se volvió hacia el hombre que le había golpeado, y dijo con sosegada dignidad: «Si hablé mal da testimonio de lo malo; mas si bien, ¿por qué me hieres?» (Juan 18: 23).

La reacción de Jesús al interrogatorio a que había sido sometido es modelo de mansedumbre y paciencia (5). La calma y lógica de sus palabras es una reprimenda no sólo para el servidor que le golpeó, sino también para Anás que se lo permitió y le dejó sin desaprobación. De nuevo Anás se sintió azorado por las palabras de este hombre que bien claro mostraba no tenerle miedo. Comprendiendo que su interrogatorio no lograba nada, tomó una rápida decisión y detuvo el proceso. Dio órdenes para que Jesús, atado, fuera sacado y conducido ante su yerno Caifás, el Sumo Pontífice reinante (6).

---

(5) San Pablo Apóstol fue gran Santo, pero en circunstancias parecidas se volvió a su verdugo con palabras airadas: "¡A ti te va a herir Dios, muro blanqueado! ¿Y tú estás sentado juzgándome según la ley, y traspasando la ley me mandas herir?" (Hechos 23: 3).

(6) Algunos sabios creen que el texto Juan 18: 24, pertenece al lugar inmediatamente siguiente a Juan 18: 13. Esto significaría que el incidente acabado de contar como sucedido en presencia de Anás, en realidad tuvo lugar ante el Sumo Sacerdote reinante, Caifás. Los antiguos manuscritos del Nuevo Testamento apoyan con su autoridad el orden que hemos seguido.

## CAIFAS: EL SANEDRIN

Al contemplar Anás a Cristo dándose la vuelta para retirarse, y reflexionar sobre el interrogatorio, tuvo que lamentar que éste había sido un fracaso. El había esperado obtener del prisionero suficiente información para delinear el caso en su contra y determinar el modo de proceder en orden a acelerar el juicio. Todo lo que había aprendido, lo había aprendido para su pesar: que aquel hombre no era un prisionero ordinario que cometiera la bajeza de adular al grande en su presencia. Sería difícil de manejar. Nada se podía tener por ya probado.

Al menos, se consolaba Anás a sí mismo, nada se había perdido. Mientras interrogaba a Jesús, los mensajeros habían estado entregando citaciones a los miembros del Sanedrín, requiriéndoles para que inmediatamente comparecieran en el palacio del Sumo Sacerdote. No les cogería de nuevo, pues sin duda habían sido informados de los pasos que se habían

tomado para arrestar a Jesús y llevarle ante el tribunal aquella misma noche. No les tomaría mucho tiempo el reunirse, pues vivirían cerca del Sumo Sacerdote en la elegante sección de la ciudad situada sobre la colina oeste.

Jesús fue conducido del salón de Anás a la galería que daba vista sobre el patio interior del palacio. Se había encendido fuego sobre las lanchas de piedra en medio del patio. Imaginémosnos la escena: los auxiliares, metidos unos sobre otros alrededor del fuego para calentarse, lanzaban sombras espectrales contra las paredes; unos pocos sanedritas retrasados se apresuraban a través de los patios y rápidamente entraban en los departamentos del Sumo Sacerdote, Caifás, situados al lado contrario de los de Anás. Los preparativos se habían ya completado para llevar a Jesucristo a ser juzgado de vida o muerte ante la más alta corte de la nación.

En tiempo de Cristo, el Sanedrín constituía el cuerpo supremo legislativo, judicial y ejecutivo de los judíos en asuntos tanto civiles como criminales. Tenemos solamente inciertas indicaciones de su origen e historia. Fue probablemente hacia el año doscientos antes de Cristo, cuando se desarrolló en la forma en la cual lo encontramos en tiempo de Cristo. Constaba de setenta miembros, presididos por el Sumo Sacerdote, elevándose el total a setenta y uno.

El Sanedrín era un cuerpo aristocrático estricta-

mente, más bien que democrático. No tenemos información segura sobre cómo eran reclutados sus miembros, pero sabemos que no recibían su oficio por elección popular. Representaban la riqueza, la sabiduría, el poder político y las influencias religiosas que dominaban la nación.

Tres grupos principales formaban el Sanedrín: los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos. Los príncipes de los sacerdotes eran los miembros más prominentes de la casta sacerdotal; el Sumo Sacerdote de oficio, y los anteriores sumos sacerdotes, como también los miembros de las familias privilegiadas de entre las cuales se escogían los sumos sacerdotes. Los príncipes de los sacerdotes sobrepasaban a todos los otros en dignidad, pero como muchos de ellos eran saduceos, les faltaba amplio soporte popular y se veían obligados a deferir con los fariseos, que eran casi universalmente reconocidos como los exponentes verdaderos de la religión judía.

Los escribas eran fariseos adiestrados como legisladores en la Ley Mosaica y en las tradiciones que se suponían basadas en ella. Ellos tenían gran influencia con el pueblo, mayor que otros grupos en la nación. No hay suficientes datos para determinar con exactitud la personalidad de los ancianos (o antepasados, como eran también llamados) que formaban parte del Sanedrín. Es probable que fueran varones, que sin ser príncipes de los sacerdotes ni escribas, pero



merecían el alto oficio de sanedritas por su riqueza o nobleza, o por su influencia política o religiosa.

Mientras la autoridad del procurador romano se extendía tanto a Judea como a Samaría, la autoridad civil del Sanedrín se limitaba a la primera. Ni el procurador, Poncio Pilato, ni el Sanedrín podían ejercer su jurisdicción sobre Jesucristo mientras El permaneciera en Galilea o Perea, tierra al otro lado del Jordán, pues estos territorios estaban sujetos a Herodes Antipas. No hay duda, sin embargo, de que los judíos en todo el mundo miraban a los romanos como usurpadores, a quienes se debía obediencia solamente porque no había otro camino abierto. En asuntos religiosos, particularmente, los judíos consideraban al Sanedrín como la suprema autoridad debajo de Dios. Fue en su calidad de presidente del Sanedrín, cómo el Sumo Sacerdote autorizó a Pablo a ir a Damasco, lejos de Judea, para arrestar y traer de vuelta en cadenas a los judíos convertidos al cristianismo (cfr. Hechos 9: 2; 22: 5; 26: 12).

Dentro de los confines de Judea, el Sanedrín tenía autoridad para manejar los asuntos que los romanos no se habían específicamente reservado. No había nada extraordinario en este arreglo, pues era práctica común de los romanos permitir a los pueblos sometidos continuar administrando los asuntos ordinarios a su manera propia. Las páginas del Nuevo Testamento abundan en pruebas evidentes de que el Sanedrín ejer-

cía no solamente jurisdicción civil, sino también criminal. Tenía también fuerza propia de policía y hacía arrestos bajo su propia autoridad.

El poder del Sanedrín estaba limitado en varios respectos por las autoridades romanas. No tenía jurisdicción sobre un ciudadano romano, excepto en un caso: se había dado a los judíos especial permiso para juzgar y ejecutar a ciudadanos romanos no judíos que se atrevieran a pasar la barrera del recinto del Templo, más allá de la cual solamente a los judíos les era permitido pasar (1). En el tiempo de Cristo, el Sanedrín había sido privado del derecho sobre la vida y la muerte. Esto está claro por los Evangelios, particularmente por el Evangelio de San Juan que consigna que los jefes de los judíos recordaron a Pilato que «a nosotros no nos es permitido dar muerte a nadie» (Juan 18: 31). Otras fuentes confirman esta afirmación de San Juan (2). En tiempo de Cristo el Sanedrín tenía el derecho de juzgar casos de pena capital, pero no tenía el derecho de ejecutar la sentencia de muerte. Si se daba una sentencia de muerte, el procurador romano tenía el poder de permitir la ejecu-

---

(1) JOSEFO, *Guerras*, 6, 2, 4. Se ha descubierto una inscripción en griego anunciando este aviso a los extranjeros en el Templo.

(2) Cfr. JOSEFO, *El Talmud*. El apedreamiento de San Esteban, consignado en los Hechos de los Apóstoles (7: 54 y sig.), no fue resultado de una acción judicial tomada por el Sanedrín, sino una violencia de la turba. Lo mismo se ha de decir también de otros incidentes parecidos del Nuevo Testamento.

ción de la sentencia o de volver a juzgar el caso ante su propio tribunal. Había también otra limitación general al poder del Sanedrín en el hecho de que los romanos podían interferir a voluntad en cualquier caso o de cualquier manera que les agradare (3).

Según Jesús cruzaba el patio hacia los departamentos de Caifás, pudo echar una mirada hacia Pedro, que andaba rondando en las sombras a pequeña distancia de la luz reveladora del fuego. Pedro, hombre

---

(3) Al tratar del juicio de Cristo tenemos que tener en cuenta que, fuera de los Evangelios, poseemos muy pocos detalles sobre la situación legal de Palestina en esta época, o sobre el modo de llevar los juicios. No poseemos el decreto original del Senado constituyendo la Provincia y definiendo la situación legal de romanos y judíos.

La información contenida en el Mishnah debe usarse con gran reserva. Los datos del Mishnah en lo tocante a juicios, no se codificaron hasta 200 años después de Cristo, cuando la situación de los judíos era completamente diferente, y por tanto tienen poco valor para la época anterior al año 70 después de Cristo. El Sanedrín del Mishnah no es más en realidad que el Beth Din de Jamnia, el cual no era más que un grupo de sabios encabezado por un rabí y dedicado a discusiones teológicas y legales.

Aunque aceptadas por algunos autores como de valor real, debemos relegar al mundo de las teorías farisaicas tales prescripciones del Mishnah como las siguientes: prohibición del juicio por la noche; requerir que la sentencia de muerte se diera solamente después de un día de pasado el juicio; que una causa capital no se pudiera tratar en vigilia de sábado o fiesta; que un voto unánime de condenación dejaba en libertad al acusado, etc. Estas, y otras prescripciones como estas, nacieron en la imaginación de los rabinos que vivieron 130 años y más después de que el Sanedrín dejó de funcionar. Es probable por supuesto que el Mishnah contiene algunos datos auténticos. La dificultad está en distinguir lo verdadero de lo falso.

de impulsos repentinos, se había recobrado algo del miedo que cogió durante el arresto de Jesús, le había seguido a distancia segura, y por la influencia de un amigo, había sido admitido al patio del palacio. Pero de nuevo se había metido en dificultades. Sólo unos momentos antes, había negado que conocía a Cristo. Ahora podía ver a Jesús claramente mientras cruzaba el patio y subía las escaleras que conducían al gran salón situado en los altos (4).

No es difícil de reconstruir la escena con que se encontraron los ojos de Cristo al entrar en el salón de los altos del palacio de Caifás. Era sin duda muy ancho y ricamente amueblado, apto para grandes reuniones y en correspondencia con la dignidad y riqueza del Sumo Sacerdote, Caifás, y de la familia de la que había entrado a formar parte por su matrimonio. Los últimos de los sanedritas estaban ocupando sus lugares cuando Jesús entraba en el salón. Se sentaban en semicírculo de cara unos a otros. Delante de ellos a la derecha y a la izquierda estaban dos escribientes cuyo cometido era registrar los procedimientos y la decisión de la corte. En medio de las filas semicirculares de los jueces estaba sentado el Sumo Sacerdote, que era el presidente del Sanedrín. Jesús fue empujado hacia adelante hasta que quedó en pie frente al Sumo Sacerdote, de cara a los jueces.

---

(4) Para no interrumpir la narración, volveremos sobre San Pedro y sus negaciones más tarde.



¿Quiénes eran estos hombres que estaban sentados mirando atentamente a Jesucristo colocado de pie, frente a ellos, para ser juzgado como un criminal? Los Evangelios dicen expresamente que representantes de los tres grupos que componían el Sanedrín, estaban allí: príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos. No es con todo verosímil que el pleno de los miembros estuviera presente, ni era esto necesario. Veintitrés constituían quorum. Todo nos lleva a creer que solamente estaban presentes aquellos miembros que eran activamente hostiles a Jesucristo y que se habían ya decidido a hacer lo que pudieran para deshacerse de él. Su problema consistía en hacerlo conservando todas las formas externas de legalidad. Podían haber matado a Jesús secretamente, pero eso hubiera hecho de él un mártir. Era mucho mejor presentarlo como hombre que había sido juzgado justamente y con todas las formas externas de legalidad, al cual había encontrado culpable de un crimen digno de muerte el más alto tribunal del pueblo judío, presidido por el Sumo Sacerdote en persona (5).

---

(5) Algunos libros sobre la Pasión hacen gala de enumerar las ilegalidades del juicio de Jesús. Estas están basadas en datos del Mishnah, que como hemos dicho, no es una fuente auténtica para conocer cómo era un juicio en tiempo de Cristo. Somos de opinión de que el juicio de Cristo fue un juicio formal ante el Sanedrín, que las formas externas de legalidad fueron observadas, y que el veredicto fue una sentencia de muerte que no podía ejecutarse sin acudir al procurador romano. Aun cuando no podían ejecutar la sentencia de muerte, era de la mayor importancia para las auto-

Los Evangelios mencionan por su nombre a uno solo de los sanedritas, Caifás el Sumo Sacerdote (6). Ya nos hemos encontrado con él en la reunión convocada por los príncipes de los sacerdotes y fariseos después de haber Cristo resucitado a Lázaro de entre los muertos. En aquella reunión había habido duda y vacilación en cuanto a cómo debían hacer frente a la amenaza de este nuevo profeta que estaba ganando tanta influencia con el pueblo. Caifás había formulado la decisión con sus propias palabras, brutales por su parte, pero usadas por Dios como una profecía: «Vos-

---

ridades judías pronunciarla por sí mismos ya que solamente la sentencia del Sanedrín tenía influencia en el pueblo. Además, de este modo ellos conservaban en sus manos el mayor poder posible, y así procedieron adelante con el juicio aunque la sentencia tenía que ser ratificada.

El lugar de reunión ordinario del Sanedrín era una casa del Concilio, situada al oeste del Templo, cerca del Xystos, en un punto donde la muralla de la parte alta de la ciudad se encontraba con la muralla oeste del área del Templo (Josefo, *Guerras*. 5, 4, 2; 6, 6, 3; 2, 16, 3). El Lishkath Hagazith, al cual se hace alusión en el Mishnah como lugar de reunión del Sanedrín, es al parecer el mismo lugar, aunque esta fuente lo sitúa dentro del recinto del Templo. No hay prueba directa de por qué causa el juicio de Cristo se tuvo en el palacio de Caifás más bien que en el lugar de reunión oficial. Puede ser porque este último estaba cerrado por la noche, o que los sanedritas querían llevar el juicio lo más calladamente como era posible, para evitar problemas con los seguidores de Jesús. Es posible que estaban esforzándose por ocultar los procedimientos aun del conocimiento de algunos miembros del Sanedrín, como Gamaliel, a quien hubiera movido más la justicia que la prisa, así como también del de aquellos que eran discípulos de Jesús, como por ejemplo José de Arimatea y Nicodemo.

(6) Caifás era su apellido. En Josefo se le llama José (*Ant.*, 18, 2, 2; 18, 4, 3).

otros no sabéis nada, ni reflexionáis que os interesa que muera un solo hombre por el pueblo y que no pe rezca toda la nación» (Juan 11: 50). Estas palabras revelan también, cuán poca justicia había en el juicio que se estaba haciendo a Cristo ante el Sanedrín. Una junta de algunos de sus miembros principales había ya declarado por medio de su oficial presidente que Cristo debía de ser condenado a muerte.

Pocos datos son conocidos sobre Caifás, pero esos pocos son reveladores. Que se casara con una hija del gran Anás, es prueba de que era miembro de una de las familias sacerdotales de más alto rango. Para ser aceptable a su suegro, tuvo que dar pruebas de poseer habilidades de la clase que apreciaba el insidioso y poderoso Anás.

Caifás fue notable por el *record* de tiempo en que se mantuvo en su oficio de Sumo Sacerdote, desde el año 18 al 36 después de Cristo. Hubo veintiocho sumos sacerdotes durante los 107 años desde el comienzo del reinado de Herodes hasta la destrucción del Templo, de modo que el tiempo promedio de duración en el oficio fue un poco menos de cuatro años. Los dos que habían precedido a Caifás habían durado un año solo cada uno, a pesar del hecho de que uno de ellos, Eleazar, era hijo de Anás. Caifás por tanto fue Sumo Sacerdote durante toda la vida pública de Cristo y durante todo el tiempo que Poncio Pilato fue Procurador. Lo largo de su duración en el oficio es prueba de que Caifás era

astuto, cobarde, rico y venal. En un tiempo en que los demás no podían arreglárselas para permanecer en el oficio más de un año o dos, él se mantuvo en él diez y ocho años. Para hacer esto tuvo que haber agradado y sobornado a las autoridades romanas, y tuvo que hacer ambas cosas muy bien. Durante este período los romanos quebrantaron los derechos del pueblo en muchos respectos: el procurador introdujo imágenes del César en la ciudad santa, robó el tesoro del Templo, y aun hizo matanzas en el pueblo. Así y todo la historia no consigna ninguna protesta de parte de Caifás, el jefe y representante de su pueblo. Su único interés eran su poder y su posición.

Caifás fue depuesto de su oficio por el legado de Siria Vitelio en el año 36, el mismo año en que Poncio Pilato fue llamado de retirada. La historia no consigna ningún dato posterior concerniente a él. Al menos Anás retuvo su influencia, ya que dos de sus hijos sucedieron a Caifás en el sumo sacerdocio por términos muy breves.

No tenemos sino conjeturas para identificar a otros miembros del Sanedrín presentes aquella noche fatal en el juicio de Jesús. Ciertamente Anás tuvo que estar allí. Así también sus cinco hijos: Eleazar, Jonatás, Teófilo, Matías y Anás II. Es claro que se trataba de un tribunal de pandilla. Estos jueces habían mucho



antes determinado lo que se debía hacer. Su problema presente era simplemente dar a su sentencia una apariencia de justicia y legalidad.

Estando Jesús de pie ante sus jueces, fueron introducidos testigos. En los tribunales de aquel tiempo no había acusadores: los testigos llenaban este papel. Los testigos habían sido cuidadosamente seleccionados y preparados durante los días precedentes. Cada uno de ellos por turno se adelantó un paso y, después de cumplir con las debidas muestras de deferencia para el tribunal y de lanzar furtivas miradas a Jesús, recitaron su discurso de acusación preparado de antemano. Los Evangelios no dan detalles en este punto, y solamente nos dicen en líneas generales que «los sumos sacerdotes y el Sanedrín entero buscaban algún falso testimonio contra Jesús con el objeto de darle la muerte, y no le hallaron, con haberse presentado muchos falsos testigos» (Mat. 26: 59-60). Algo había fallado. Quizás los testigos cogieron miedo en presencia de la más alta asamblea de los grandes de su tierra. O quizás eran meramente gente iliterata que encontraron dificultad en retener de memoria tantas líneas. De todos modos su testimonio contra Jesús, fuera cual fuere, estaba en abierto desacuerdo. Esto fue fatal para el propósito verdadero de los sanedritas, que, como hemos dicho, era no el juzgar a Jesús con justicia, sino dar al juicio apariencia de legalidad. No había ley mejor conocida o que pidiera más en proce-

sos criminales que la Ley mosaica que exigía que los testigos estuvieran de acuerdo (Deut. 19: 15). Si los testigos no podían ser llevados a un acuerdo, había peligro de que el juicio fracasara en su único objetivo verdadero.

Los Evangelistas no nos dan información cuanto a la naturaleza de las acusaciones presentadas contra Jesús. ¿Cuál de sus palabras o hechos intentaron ellos torcer para que apareciera como una ofensa contra la Ley digna de pena de muerte? Podemos estar bien seguros, sin embargo, de cuál fue, pues conocemos lo que más había exasperado a los enemigos de Cristo en contra de El: el quebrantar el Sábado, la purificación del Templo, la entrada triunfal en Jerusalén el domingo precedente, y sobre todo, las pretensiones de Cristo de ser el Mesías y una Persona Divina. De hecho, había tantas acusaciones posibles, que su mismo número y variedad podían haber confundido a los testigos, haciéndoles presentar relatos contradictorios.

Sería necedad, sin embargo, menospreciar la inteligencia y determinación de los enemigos de Cristo. Tuvo que haber momentos de embarazo y tensión en el salón, seguidas de cuchicheos y consultas entre los jueces. Según los testigos cabizbajos abandonaban el salón, un oficial de la corte acompañaba a otros dos a la presencia de los sanedritas. Los Evangelistas Mateo y Marcos nos dan brevemente el tema de sus acusaciones contra Jesús. «Nosotros le oímos decir», dijeron

ellos, «Yo derribaré este santuario hecho por mano de hombre y en tres días edificaré otro no hecho por manos humanas» (Marc. 14: 58).

Este era asunto serio. Entre los antepasados, cualquiera profanación del Templo era una ofensa extremadamente grave. Cuando el profeta Jeremías predijo la destrucción del Templo y de la ciudad santa, el pueblo y sus jefes gritaron contra él pidiendo su muerte (Jer. 26: 1-19).

Los Evangelios no son registros completos, por eso no podemos estar seguros de las palabras exactas de Jesús a las cuales se hacía referencia. Probablemente era a la afirmación consignada por San Juan (2: 19): «Destruid este santuario, y en tres días le levantaré». Como nos dice el Evangelista, Jesús «hablaba del santuario de su cuerpo» (2: 21) y estaba profetizando su resurrección de entre los muertos. De todos modos, Jesús no hacía amenaza ninguna de que El destruiría el templo. Esta acusación hizo evidentemente impresión considerable en los jueces y los demás que se hallaban presentes, pues más tarde los enemigos de Cristo estando debajo de la cruz en el Calvario, se mofaban de El con el cargo de que pretendía tener poder para destruir el Templo y reedificarlo en tres días, y sin embargo ahora no podía ayudarse a sí mismo bajando de la cruz.

A pesar de la impresión que hizo esta acusación, existía aún la dificultad grave de que los testigos no



estaban de acuerdo. ¿Cuáles eran las discrepancias? Desgraciadamente los escritores sagrados no nos dan datos sobre esto. Podemos asegurar que debió de ser más bien una diferencia verbal manifiesta a la vez que una diferencia real, pues de lo contrario los jueces que buscaban la condena de muerte no hubieran rechazado el testimonio. Es muy posible que aquí, como en otras partes los Evangelistas ofrecen su material de la manera más breve y presentan el testimonio de los dos testigos en una sentencia. Si esta explicación es correcta, uno de los testigos declaró que Jesús había dicho: «Yo derribaré este santuario hecho por mano de hombre»; y el otro: «Yo construiré otro templo no hecho por manos humanas».

En todo caso, era evidente para entonces que el juicio de Jesús había entrado en un callejón sin salida. Lo importante entre todo era que las formas exteriores legales se observaran; pero los testigos, estúpidos ministriles de oficio, lo habían hecho imposible. Anás y Caifás tuvieron que experimentar un sentimiento de pesar por haber precipitado tanto el arresto y juicio de Jesús que los testigos no habían podido ser preparados adecuadamente. Es fácil imaginarlos a ellos cuchicheando sordamente en este momento crítico, echando furtivas miradas de vez en cuando a Cristo, causa de su mortificación.

Anás y Caifás decidieron entonces adoptar una táctica completamente diferente. No había ley que



justificara una condenación basada en la confesión hecha por el acusado, pero ellos estaban resueltos a hacer de la confesión de Cristo el crimen mismo de que sería convicto.

Había silencio en el salón. Jesús estaba sosegado. Su indiferencia visible hacia el testimonio contradictorio de sus acusadores sacaba de sí a sus jueces. Todos miraban a Caifás, de quien, como oficial presidente, debía de venir el próximo paso. Caifás se levantó de su lugar y se colocó de frente a Jesús.

Caifás comenzó a hablar con palabras que pretendían interés por Nuestro Señor: «¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti?» (Marc. 14: 60) (7).

Caifás era en verdad inteligente, pero se equivocó de lleno al apreciar al hombre que estaba de pie ante él, si pensaba que Jesús era lo bastante simple para fiar en él, o bastante mentecato para meterse a discutir un testimonio que se contradecía claramente. Jesús no hizo caso alguno de él ni de sus preguntas.

Caifás conoció entonces que no había más que hacer sino ir derecho al corazón del asunto, y provocar al acusado a hacer una declaración que pudiera sellar su ruina. Dirigiéndose a Jesús, dijo: «Si tú eres el Mesías, dínoslo» (Luc. 22: 66). Jesús quedó silencioso un momento, mientras Caifás miraba a derecha e

---

(7) La doble pregunta parece más auténtica, aunque la Vulgata y algunos de los manuscritos unen las dos preguntas en una.

izquierda hacia los otros jueces y entonces éstos también se pusieron a hacer preguntas, urgiendo a Jesús a decirles si El era realmente el Cristo, el Mesías.

Esta vez Jesús se dignó darles una respuesta: «Si os lo dijere, no me creeréis», les dijo pausadamente, «y si, por otra parte, os interrogare, no me responderéis, o dejaréis ir» (Luc. 22: 67). Jesús les dice en efecto que ellos no están en busca de información seriamente. Ellos no tienen mayor intención de creerle ahora que la tuvieron cuando enseñaba públicamente. Ni contestarían tampoco ahora a sus preguntas referentes a la verdadera misión y naturaleza del Mesías, pues unos días antes habían rehusado contestar a sus preguntas (Mat. 22: 43).

Caifás no se dio aun por vencido. Jugaría el todo por el todo en un esfuerzo final por arrancar a Jesús una confesión que fuera causa de condena. Sabía que Jesús había sido vitoreado como Mesías. Una confesión de que El era el Mesías, pondría el fundamento para un juicio y sentencia de muerte por traición ante los romanos. Sabía también que Jesús había reclamado para sí el ser Hijo de Dios en un sentido real y especial, tanto que sus enemigos le habían amenazado no hacía mucho con apedrearlo «porque tú», como ellos dijeron, «siendo hombre, te haces Dios» (Juan 10: 33). Una confesión de que era Hijo de Dios sería causa para su condenación por el Sanedrín como blasfemo.

Levantándose, pues, en plena posesión de su digni-

dad y fijando sus ojos en Jesús, Caifás preguntó en una voz que sonaba con arrogancia y solemnidad: «Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios» (Mat. 26: 63). Fue en verdad un momento solemne. Se pedía a Jesucristo que jurara en el nombre de Dios si El era verdaderamente el Mesías, el Hijo de Dios; y se lo pedía el Sumo Sacerdote, en función de presidente del Gran Concilio del pueblo escogido.

Era momento de tensión. Caifás había jugado la última carta. Después de esto no había nada que se pudiera hacer con certeza de éxito. Si Jesús contestaba «No», tendría que ser puesto en libertad como inocente, o habría que comenzar de nuevo todo el fastidioso proceso de escoger e instruir los testigos. Por otra parte, era muy necesario darse prisa para que el caso pudiera terminarse antes de la gran Fiesta y antes de que Pilato dejara Jerusalén para marchar a su residencia ordinaria de Cesarea.

Jesús no podía quedar ya en silencio frente a este desafío hecho a su persona y misión por los representantes oficiales de su pueblo. El les daría una respuesta clara e inequívoca, que no pudiera dejar duda sobre su doctrina en lo concerniente a su persona y a su misión. «Tú lo dijiste» (8), replicó a Caifás, «empero,

---

(8) No cabe duda que esta expresión es una afirmación sencilla. Es evidente por el contexto y por el pasaje paralelo en Marc. 14: 62.

os digo que a partir de ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo» (Mat. 26: 64).

Estas palabras de Jesús cuentan entre las más solemnes y significativas jamás pronunciadas. Jesucristo declara bajo juramento, ante el Sumo Sacerdote y ante la suprema corte de la tierra, que El es el Mesías, y que es, en sentido estricto y único, el Hijo de Dios.

En su respuesta Jesús se aplica a sí mismo y completa dos profecías que los judíos de su tiempo referían al Mesías. Una de ellas es una profecía mesiánica de Daniel (7: 13), quien describe una visión en la cual «he aquí que en las nubes del cielo venía como un hombre, y llegó hasta el anciano y fue llevado ante El». La otra referencia es a un salmo de David (109: 1) que todos consideraban como mesiánico: «El Señor dijo a mi señor: Siéntate a mi diestra hasta que haga a tus enemigos escabel de tus pies». Sólo unos días antes, había Jesús usado este versículo para probar a los Fariseos que aunque el Mesías era hijo de David, tenía que ser mucho más, puesto que el mismo David bajo inspiración divina lo llamó Señor.

El término «Hijo del hombre» era una expresión usada en profecía para designar al Mesías, y Cristo frecuentemente se lo había aplicado a sí mismo. Ahora Jesús combina las dos profecías para describirse a sí mismo como el Hijo del hombre, sentado a la diestra de Dios. El participa del divino poder; El posee la



naturaleza de Dios; El es igualmente Dios con el Padre. Sus jueces lo ven ahora como un pretendiente lleno de ignominia y humillación, un acusado ante el tribunal de justicia. Día llegará en que los papeles se cambien y Jesús aparecerá en toda su gloria, no sólo como Mesías, sino como Hijo de Dios.

Debieron los Sanedritas quedarse sin respiración ante estas palabras de Jesús. Que este medrado galileo pretendiera ser el Mesías era pecado bastante. Pero que pretendiera ser igual que Dios, era la blasfemia más imposible para aquellos formalistas que evitaban aun pronunciar el nombre de Dios. Debió de producirse un griterío de indignación y sorpresa, seguido de un murmullo de satisfacción cuando comprendieron que ya tenían lo que buscaban. Jesús había sido arteramente llevado hasta cometer un pecado digno de muerte en su misma presencia de ellos. Para expresar y dramatizar su veredicto, Caifás agarró su manto con ambas manos y lo rasgó en señal de horror por la blasfemia (9).

Mirando a ambos lados hacia sus compañeros los jueces, Caifás gritó: «Blasfemó: ¿qué necesidad tene-

(9) Rasgar los vestidos como señal de pesar era práctica común en los tiempos bíblicos: Gén. 37: 34; IV Reyes 18: 37 y 19: 1; Hechos 14: 13. Particularmente se usaba como señal de protesta contra las blasfemias. No se debe suponer que Caifás rasgó las vestiduras especiales de su oficio de Sumo Sacerdote, pues en este tiempo eran guardadas bajo custodia por los romanos en la fortaleza Antonia, y sacadas y entregadas al Sumo Sacerdote solamente para las fiestas mayores.

mos ya de testigos? Ahora mismo oísteis la blasfemia. ¿Qué os parece?» (Mat. 26: 65-66). Como un solo hombre todos lo declararon culpable. «Reo es de muerte» (Mat. 26: 66), fue su veredicto. En gracia de las apariencias legales, es probable que los jueces dieron su voto individualmente; pero esto no cambiaría la sentencia de muerte que habían aprobado ya contra Cristo por aclamación.

Las narraciones evangélicas no dejan duda de que Jesucristo fue condenado a muerte por el Sanedrín por blasfemia. ¿En qué consistía exactamente la blasfemia? No pudo ser la pretensión de Jesús de ser el Mesías. No hay prueba ninguna en los escritos judíos de que la falsa pretensión de ser el Mesías constituyera una blasfemia. Ningún pretendiente a esta misión fue jamás procesado por blasfemo.

Se presenta la objeción de que cuando Caifás preguntó a Jesús si era «el Mesías, el Hijo de Dios», los dos términos están en aposición, y por tanto todo lo que Caifás preguntaba a Jesús era si El era el Mesías. Un estudio concertado de los Evangelios indica, sin embargo, que aquí como en otras ocasiones, San Mateo y San Marcos por abreviar y simplificar el texto, han unido frases que estaban realmente separadas. El Evangelio de San Lucas muestra cierto progreso en el interrogatorio. Caifás pregunta a Nuestro Señor si El es el Cristo (Mesías). Jesús contesta con una alusión a su poder divino. Esto lleva a Caifás a preguntar a

Jesús si El es el Hijo de Dios, y Jesús contesta afirmativamente.

El orden seguido por el Evangelio de San Lucas ayuda también a contestar la objeción de que puesto que los judíos no esperaban un Mesías divino, Caifás difícilmente podría haber preguntado a Jesús si El era el Hijo de Dios en el sentido estricto del término. Caifás fue inducido a hacer esta pregunta por la respuesta de Jesús que indicaba su divinidad. Además, es absurdo establecer que Caifás no conocía para este tiempo las pretensiones de Jesús y los disturbios que éstas habían causado entre el pueblo. En verdad, que por estas pretensiones estaba El en este momento delante de sus jueces. Por ellas sus enemigos habían querido en muchas ocasiones darle muerte (Marc. 2: 7; Juan 5: 18; 8: 59; 10: 33). Los enemigos de Cristo tenían sus espías por doquiera. Sería increíble que éstos no hubieran vuelto con alguna información sobre las pretensiones de Cristo a la filiación divina, por las cuales aun algunas personas del pueblo habían amenazado con apedrearle.

La así llamada blasfemia, por la cual la sentencia de muerte contra Jesucristo fue aprobada, fue su público y solemne testimonio de que El era en sentido literal y único el Hijo de Dios y por tanto una Persona Divina.

Este veredicto de muerte fue un momento histórico para Israel y para el mundo. Jesús había venido a «los

suyos» y había presentado sus credenciales como Mesías e Hijo de Dios: esas credenciales fueron su doctrina, su vida y sus milagros. Pocos lo habían recibido y creído en El. Pero ahora su propio pueblo escogido, por medio de su Concilio más alto y más autorizado, no solamente le rechazaba, sino que le condenaba a muerte. Los caminos de Dios son en verdad misteriosos, pues esta muerte había de convertirse en fuente de vida para todos los que aceptaran y siguieran a Jesús.

Cuando la sentencia de muerte contra Jesucristo fue aprobada, los miembros del Sanedrín habían cumplido todo lo que se podía hacer hasta el momento. Su éxito evidentemente no les aliviaba el odio encerrado en sus corazones. Por largo tiempo habían esperado este día. Habían hecho planes, complots y proyectos en vano. Habían sobrellevado lo mejor que habían podido los latigazos de la lengua de Cristo denunciándolos a ellos en el Templo y en públicos lugares como hipócritas, sepulcros blanqueados y guías de ciegos. Ahora su odio sobrepasó todo límite de decencia y aun respeto a sí mismos. Se levantaron para retirarse, y según pasaban junto a Jesús, atado delante de ellos, le escupieron.

Escupir es más bien una señal universal de desprecio, especialmente entre los pueblos semíticos del Próximo Oriente. Escupirle a uno en la cara era para los judíos la señal de supremo desprecio (Num. 12: 14;



Deut. 25: 9). Quizás solamente algunos comenzaron esta repugnante acción, pero los Evangelios no dejan lugar a duda de que se les juntaron otros miembros de la augusta asamblea constituida por príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos. Sin duda pondría freno a su acción la duda roedora de que, después de todo, pudiera aún su presa serles arrebatada de las manos. Ellos habían condenado a muerte a Jesús, pero sabían que no podían hacer nada para ejecutar la sentencia. Sólo el procurador romano tenía el poder absoluto sobre la vida y muerte, y así era necesario que el caso pasara por sus manos.

No contentos con escupir sobre Jesús, algunos comenzaron a golpearle. El ejemplo de los mejores prontamente hizo efecto en los oficiales y auxiliares a cuyas manos Jesús había sido confiado como prisionero. De todas partes caían golpes sobre El. Le abofeteaban en el rostro, le golpeaban con el reverso de sus manos y con sus puños. Luego, alguno advirtió a los demás que tenía una idea apta para la ocasión. Jesús se había proclamado profeta y más que profeta. ¿No había El predicho la destrucción del Templo? Pues... darle una oportunidad de mostrar lo que podía hacer. Vendarle los ojos y golpearle y luego dejarle que les dijera quién lo había herido.

La idea fue aplaudida. Fue cosa de un momento conseguir un paño y amarrarlo fuertemente sobre los ojos de Jesús. Luego, el juego cruel comenzó de nuevo.

Los atormentadores de Jesús formaron turnos para acercarse a El y golpearle con su mano abierta y puños cerrados; y al hacerlo cada uno gritaba: «Profetizanos, Mesías, ¿quién es el que te dio?» (Mat. 26: 68). Al golpearle debieron alargarse en este tema vulgar: Si eres profeta, si eres el Mesías, si tú eres el Hijo de Dios, seguramente puedes hacer algo tan sencillo como decirnos el nombre del que te está dando. Debieron mofarse de Cristo con otras preguntas y acusaciones, pues San Lucas dice: «Y otras muchas cosas con que le insultaban decían contra El» (Luc. 22: 65).

No consta que Jesús diera respuesta de ninguna clase. Aceptó los insultos, las bofetadas y los golpes, en silencio, como más tarde aceptó las mofas de sus enemigos que le pedían que bajara de la cruz. El había sabido lo que le venía. En una de sus profecías sobre la Pasión había predicho que sus enemigos se burlarían de El y le escupirían (Marc. 10: 34). En verdad que hablando de Cristo en profecía, siglos antes, Isaías había dicho: «Mi espalda ofrecí a los que me golpeaban y mis mejillas a quienes mesaban la barba; mi rostro no hurté a la afrenta y al salibazo» (50: 6).

Cuánto duró este vergonzoso juego no lo sabemos. Probablemente sólo cuando los atormentadores de Jesús se hastiaron de su cruel juego, se marcharon uno tras otro en pequeños grupos, dejándole en manos de los oficiales de policía, que habían de ser sus guardas durante el resto de la noche. No sabemos dónde estuvo

Jesús preso, pero es probable que el palacio del Sumo Sacerdote estaba equipado con sótanos y calabozos que podían valer para este fin. Jesús por fin se encuentra prisionero, bajo guarda de la policía, esperando que llegara el amanecer de aquel día que había de ser trascendental en la historia del mundo.

## NEGACIONES DE PEDRO

Todos los cuatro Evangelistas dedican parte extensa de sus Evangelios a la Pasión de Nuestro Señor, y todos cuatro dan a la historia de las negaciones de Jesucristo por San Pedro un espacio que pudiera parecer desproporcionado en amplitud. La importancia de Pedro, como piedra sobre la cual Cristo construyó su Iglesia, es sin duda una razón para esto. Lo son también las lecciones morales de su caída y levantamiento. Sospechamos que en años posteriores, Pedro, lleno de remordimiento, pero arrepentido, contaba y volvía a contar la historia para aliviar en alguna manera el pesar que sentía por su vergonzosa cobardía. Pocos incidentes gozan de mejor autenticidad en la primera tradición cristiana, ya que el Evangelista San Marcos fue discípulo de San Pedro, y San Juan, su amigo íntimo y testigo de vista del suceso.

San Pedro era un obrero ordinario, un pescador, nacido y criado a orillas del Mar de Galilea. Su educación debió de ser limitada, pero sin duda sabía leer



y escribir y tenía un conocimiento bueno de su religión. Era un hombre piadoso, pues él y su hermano Andrés eran seguidores de Juan el Bautista. Ambos, Pedro y Andrés, se hicieron discípulos de Jesús y más tarde fueron escogidos para Apóstoles.

El carácter de Pedro se destaca a través de muchos incidentes en la narración evangélica. Audazmente pide a Cristo que le mande caminar sobre las aguas. Al mandato de Cristo lo hace, pero casi inmediatamente pierde ánimo, duda del poder que lo sostiene, y comienza a hundirse (Mat. 14: 28-32). En el triste momento en que los discípulos de Jesús lo abandonan y Jesús pregunta a los doce escogidos si ellos también lo van a abandonar, es Pedro el que se pone a tono con la ocasión y habla por todos con aquellas importantes palabras: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios» (Juan 6: 69-70).

Cuando Cristo pregunta a sus Apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?», es San Pedro de nuevo el portavoz: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Cristo sin tardanza constituye a Pedro piedra fundamental de su Iglesia y le entrega las llaves del reino de los cielos (Mat. 16: 16-20). Jesús escogió a doce Apóstoles, pero de los doce escogió a tres, Pedro, Santiago y Juan, para ser sus amigos más íntimos. Ellos solos contemplaron la resurrección de la hija de Jairo (Luc. 8: 51), la transfiguración en el Monte (Mat. 17: 1)

y la agonía en el Huerto (Mat. 26: 37). Cuando Jesús predijo su Pasión, Pedro tuvo el descaro de tomarle aparte y reprobarle por ello, diciéndole que todo aquello no sucedería jamás. Pedro fue puesto en su lugar y pronto. «Vete de ahí, quitateme de delante, Satanás: piedra de escándalo eres para mí» (Mat. 16: 23), le dijo Jesús.

Pero Nuestro Señor no podía estar disgustado con Pedro por mucho tiempo. Poco después le singulariza de entre los demás con un favor especial pagando el tributo por sí y por Pedro (Mat. 17: 23-26). Jesús le envía a él y a su amigo Juan a preparar la comida pascual, en la cual Pedro rehusa permitir a Jesús que le lave los pies. Cuando Jesús le reprende, Pedro se va al otro extremo, como de ordinario, diciendo a Nuestro Señor que le lave no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza (Juan 13: 9). Durante la misma Última Cena, Nuestro Señor le ofrece una seguridad que el va a necesitar, como reconocerá, para después: «Simón, Simón», dice Jesús, «mira: Satanás os reclamó para zarandearos como el trigo; pero yo rogué por ti para que no desfallezca tu fe» (Luc. 22: 31). Por el contrario Pedro no siente necesidad de ayuda. Está completamente confiado en sus propias fuerzas para ser leal: «Señor, dice, contigo pronto estoy a ir aun a la cárcel y a la muerte» (Luc. 22: 33). Y cuando Jesús predice que todos ellos se escandalizarán en El aquella misma noche, Pedro, jactancioso y confiado en sí mis-

mo, es el que declara: «Aun cuando todos se escandalizaren, pero no yo» (Marc. 14: 29).

Entonces es cuando Jesús le da un solemne aviso de lo que va a venir: «Digote, Pedro», dice Jesús, «no cantará hoy el gallo antes que tres veces hayas negado conocerme» (Luc. 22: 34). Pedro oye, pero no le da importancia y gana a todos los demás en jactarse en alta voz de que morirá con Jesús más bien que negarle. Sus jactancias continúan hasta que Jesús cambia de materia.

Los problemas de Pedro comenzaron en el Huerto de Getsemani. Cuando Jesús fue arrestado, él y los otros Apóstoles huyeron, como Nuestro Señor había predicho. Pero no pasó mucho tiempo antes que Pedro y otro Apóstol recobraran su ánimo y siguieran por detrás al destacamento que conducía prisionero a Jesús hacia el palacio del Sumo Sacerdote. San Juan nos dice que «seguían a Jesús, Simón Pedro y otro discípulo. El discípulo aquél era conocido del Sumo Sacerdote, y entró junto con Jesús en el atrio del Sumo Sacerdote» (Juan 18: 15).

¿Quién era este otro discípulo? Tenemos que confesar que no tenemos respuesta cierta a esta pregunta. Desde los primeros tiempos, sin embargo, se ha creído que era el mismo San Juan. Parece que Juan da alguna indicación de que conocía lo que sucedió porque estuvo presente. Como hemos dicho, frecuentemente se refiere a sí mismo con las palabras «el dis-



cípulo a quien amaba Jesús». Aquí deja aparte las palabras «a quien amaba Jesús», porque no tienen importancia para los sucesos. Además, la íntima amistad entre Pedro y Juan sugiere su asociación en este incidente (cfr. Juan 20: 3; Luc. 5: 10, 8: 51; Hechos 3: 1, 8: 14). Pudiera sorprender que San Juan, un humilde pescador de Galilea, pudiera ser conocido del Sumo Sacerdote. Es posible que fueran directa o indirectamente parientes. Las diferencias sociales no eran ciertamente llevadas tan al extremo en aquellos días como al presente. No creemos, sin embargo, necesario suponer una relación personal entre Juan y el Sumo Sacerdote. El Evangelista sencillamente quiere indicar que era conocido de la servidumbre del Sumo Sacerdote. Pudo ser también que tuviera un pariente entre los sirvientes de Anás o Caifás.

Al atravesar la comitiva, con Jesús en el medio, la puerta grande de hierro para entrar en el patio del palacio, San Juan se unió a los últimos rezagados y entró con ellos. Sin duda los oficiales de la guardia aflojaron la disciplina y la vigilancia, ahora que ya tenían a Jesús seguro en su posesión, y sin disturbios de parte de sus seguidores. Juan no tenía intención de abandonar a Pedro, pero juzgó prudente entrar para echar una mirada antes de llevarle adentro. Tenía que tener particular cuidado porque en Getsemaní Pedro había golpeado y herido a un sirviente del Sumo Sacerdote.



Asegurándose de que no había peligro inmediato, y probablemente temiendo que si no introducía a Pedro en el patio, éste cometería alguna temeridad, Juan volvió a la entrada y habló a la portera. Es verosímil que la gran puerta había sido cerrada con cerrojos y que la portera vigilaba la calle por una ventana cerca de una puerta pequeña que abría para admitir a aquellos que tenían derecho a entrar. La portera evidentemente conocía a Juan, porque no puso dificultad en admitir a Pedro, quien había estado esperando afuera en la calle.

La narración de lo que sucedió entonces es un poco confusa y ha causado a los sabios considerables dificultades. La lectura más ligera de los cuatro Evangelios revela muchas diferencias de detalle. La explicación más natural de estas diferencias es considerar las tres negaciones de Pedro como las circunstancias separadas en las cuales él negó a Cristo varias veces, más bien que como tres preguntas aisladas y sus tres respuestas. Es muy natural suponer que en cada una de las ocasiones en que Pedro trabó conversación, varios de los presentes metieron baza en ella importunándole con preguntas que él contestaba con repetidas negaciones. Las narraciones evangélicas se completan más bien que se contradicen unas a otras (1).

(1) Los Evangelistas parecen acusar diferencias también en cuanto al tiempo en que tuvieron lugar las negaciones. Mateo y Marcos, quienes omiten el juicio de Cristo ante Anás, hablan de las negaciones de Pedro como si hubieran tenido lugar después del

Pedro se deslizó suavemente a través de los arcos del vestíbulo hacia el patio abierto y miró en su derredor. En medio del patio un grupo de servidores y auxiliares se confundían alrededor del fuego. Los días en abril son comúnmente calurosos, pero las noches pueden ser muy frías, especialmente en la región montañosa que rodea Jerusalén. Pedro evidentemente pensó que su mejor postura sería asumir un aire de indiferencia y mezclarse con los servidores como si fuera uno de ellos. Se agachó hacia el fuego para calentarse. Marcos, cuya información procedía directamente de Pedro, menciona por dos veces que Pedro se calentaba,

---

juicio nocturno y de las burlas de Jesús. Lucas no menciona el juicio de noche y habla de las negaciones como sucedidas antes de las burlas de Jesús. Lucas, quien no menciona a los sanedritas como tomando parte en los ultrajes contra Cristo y se refiere solamente a los subalternos que tenían cogido a Jesús, probablemente refiere sólo las burlas que tuvieron lugar después de la partida de los sanedritas y mientras Cristo iba camino del lugar donde iba a ser tenido prisionero hasta la mañana, y mientras estuvo detenido allí. Su narración, de esta manera, concordaría perfectamente con la de San Mateo y San Marcos. San Juan coloca la primera negación durante el juicio ante Anás, mientras los sinópticos hablan de ella como sucedida durante el juicio ante Caifás. Esta discrepancia aparente es fácilmente inteligible. Los sinópticos, no queriendo hacer mención del juicio ante Anás, pues no era de gran importancia, agruparon juntas las negaciones de Pedro como si todas hubieran tenido lugar durante el juicio ante Caifás. Este agrupar los detalles es un procedimiento literario común y por demás conocido de los Evangelistas. Aunque Juan coloca la negación antes de la vista ante Anás, y los sinópticos ante Caifás, evidentemente están hablando del mismo lugar, ya que en ambas narraciones los presentes están sentados junto al fuego.

como para insinuar que en aquellos momentos estaba demasiado preocupado por su propio bienestar.

Pedro no había tenido tanto éxito en apartar de sí toda atención, como él había pensado y esperado. La portera no pudo verle muy claramente en las sombras de la entrada, pero lo poco que vio levantó sus sospechas. Dejó la puerta al cuidado de otra, se acercó al fuego y miró de cerca a Pedro, cuyos rasgos y vestiduras se veían ahora claramente iluminados por la luz del rescoldo ardiente. Lo que vio, confirmó sus sospechas; y dirigiéndose directamente al mismo Pedro, dijo: «¿Por ventura también tú eres de los discípulos de ese hombre?» Pedro contestó rápido y nervioso: «No lo soy» (Juan 18: 17). Pero la sirvienta no estaba por apaciguarse. Ella podía ver sin dificultad que aquel hombre era galileo y con toda probabilidad pescador, y por tanto, con toda probabilidad también, discípulo de Jesús. En lugar de preguntar a Pedro, esta vez le acusa directamente: «También tú andabas con el nazareno, ese Jesús». Pedro intentó dar una respuesta evasiva. Alegó ignorancia: «Ni sé ni entiendo qué es lo que tú dices» (Marc. 14: 67-68). Pedro sabía y comprendía, pero le faltó coraje para levantarse delante de la sirvienta y declarar abiertamente que él era un discípulo de Jesús. Fue culpable por falta de valor moral. Si los servidores del Sumo Sacerdote le hubieran atacado, probablemente hubiera dado buena cuenta de sí. Pero Pedro se vino abajo ante el ataque



verbal de una sirvienta. El que se había jactado de ir con Cristo a la prisión y a la muerte, de que le sería fiel aun cuando otros le abandonaran, él que había sacado una espada en su defensa en Getsemaní, ahora negaba que hubiera tenido aun el más mínimo conocimiento de El. Esta fue la primera negación de Pedro.

Hubo un lapso de tiempo entre la primera y la segunda negación: San Juan narra la historia de la aparición de Jesús ante Anás entre las dos. Pedro tuvo un poco de tiempo para reflexionar. Se sintió incómodo. Quizás había cometido un error por su alarde en unirse al grupo que estaba junto al fuego. Tan silenciosa y ocultamente como era posible, salió al abovedado vestíbulo que conducía a la puerta exterior. Sentía que aquí podría pasar desapercibido en las sombras y a pequeña distancia tanto de la puerta de entrada como del grupo que rodeaba el fuego. Tan pronto como se colocó en su nueva posición, el sonido de un primer canto del gallo pudo oírse claramente. Pero nada significaba para Pedro en aquel momento. Solamente después fue cuando se acordó de ello. Ahora estaba demasiado ocupado con su propia reputación, guardando cuidadosa vigilancia sobre alguna amenaza que pudiera sobrevenirle.

La amenaza no tardó en materializarse, y de nuevo tomó forma de una sirvienta. Fuera o no galileo, la portera no estaba satisfecha con las respuestas de Pedro y había participado a otras sirvientas sus sospe-



chas sobre aquel hombre admitido por ella. Viéndole en los alrededores, algunas se acercaron a Pedro, y una de las muchachas dijo a las otras: «Este es de ellos» (Marc. 14: 69).

Algunos de los hombres que se habían unido al grupo hicieron la misma acusación, pero Pedro repitió sus negaciones. Algo temeroso ahora, se retiró hacia el fuego en medio del patio, negando con creciente énfasis que fuera discípulo de Jesús, o aun que lo conocía. Por segunda vez, Pedro quedó derrotado ante un ataque verbal.

Por alguna razón, Pedro gozó de una hora de respiro después de su segunda negación. Parece que la atención se concentró en otra parte durante este periodo, probablemente en el juicio de Cristo ante Caifás y el Sanedrín. Pedro sin duda había estado luchando entre el deseo de escapar y el deseo de ver el destino que esperaba a su Maestro. Su ansiedad por Jesús superó a su miedo, y se quedó, como dice San Mateo, «para ver el desenlace» (Mat. 26: 58).

Con la conclusión del juicio, algunos de los sirvientes y auxiliares se reunieron de nuevo alrededor del fuego para calentarse. Para mortificación de Pedro uno de ellos era un pariente de Malco, el siervo del Sumo Sacerdote cuya oreja él había cortado en la reyerta del huerto. Algunos de los otros sirvientes preguntaron una vez más a Pedro si no era él un discípulo de Jesús, y él lo negó. El pariente de Malco

miró entonces de cerca a Pedro y dijo siniestramente: «Pues, ¿no te vi yo en el huerto con él?» (Juan 18: 26). Pedro quedó agitado, y tenía buenas razones para estarlo. Metido ya en problemas como posible discípulo de Jesús, era reconocido ahora como uno de los presentes en el arresto, posiblemente como el que había atacado al siervo del Sumo Sacerdote. Entonces Pedro multiplicó sus negaciones, y en su confusión y miedo probablemente habló con acento galileo más marcado de lo usual. Evidentemente los judíos de Jerusalén tenían a los seguidores de Cristo por Galileos, pues Pedro era ahora acusado de ser discípulo de Cristo por esta razón. Pedro se sintió acorralado por un grupo hostil que le presionaba con sus acusaciones. Una simple negación no parecía suficiente, por eso comenzó, como dice San Marcos, «a echar imprecaciones y a jurar que "no conozco a ese hombre que decís"» (14: 71). Esto señala el clímax tremendo de las negaciones de Pedro. El se echa sobre sí mismo una imprecación si no está diciendo la verdad; invoca a Dios como testigo de que dice la verdad. Y en este caso la verdad es que él, Pedro, Apóstol favorecido y amigo de Jesucristo, no es un discípulo de Jesús, y que, de hecho, ni aún siquiera conoce a «este hombre». Así, en las profundidades de su abatimiento y en la vehemencia de sus negaciones, Pedro parece incapaz de pronunciar el nombre de su Maestro. Solamente puede llamarle «este hombre».

La recuperación de Pedro fue tan repentina como su caída. En el momento en que las palabras de su última negación atravesaban sus labios, cantó un gallo. Esta vez su sonido penetró el alma de Pedro. Cayó en un momento de silencio y reflexionó. Recordó la profecía de Cristo: «No cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces» (Juan 13: 38; Luc. 22: 34). Casi al mismo tiempo sucedió uno de los más hermosos incidentes relatados en las narraciones evangélicas. Precisamente en este momento, Jesús era conducido a través del patio a la prisión. Como dice sencillamente San Lucas: «Volviéndose el Señor miró a Pedro: (22: 61). Esta mirada debió de ser mirada de reproche pero lleno de compasión. Pedro comprendió la malicia plena de lo que había hecho y quedó sobrecogido de vergüenza y pesar. No podía por más tiempo confiar en sí mismo y quedarse para «ver el desenlace». De todas formas, las lágrimas, que no podía contener, le hubieran hecho traición. Lo último que oímos de Pedro en las narraciones evangélicas de la Pasión de Nuestro Señor, es que Pedro «saliéndose fuera lloró amargamente» (Luc. 22-62).

San Pedro es uno de los caracteres más humanos y más amables retratados en las páginas de la historia sagrada. Era hombre de celo, impetuoso y entusiasta. Era cándido, leal, de corazón ardiente y generoso. Era extremoso, de hablar brusco, amistoso y vehemente hasta ser popular. Pero había veces en las que Pedro

era locuaz, tímido, vacilante, débil y presuntuoso. Cuando de nuevo aparece en los Evangelios, después de la Resurrección de Cristo, y en los Hechos de los Apóstoles, hay un cambio en mejor de su carácter. Con todo, mucho más tarde el viejo Pedro se dejó manifestar en una ocasión. En Antioquía San Pablo le resistió a su misma cara por su falta en no actuar conforme a sus principios. Dejándose llevar del respeto humano y del miedo de elementos judíos que había dentro de la Iglesia, Pedro había dejado de comer con los cristianos gentiles, para escándalo de muchos (Gál. 2: 11-14). Fueran cuales fueran las faltas de San Pedro, quedaban más que borradas por su intenso amor personal a Jesucristo y por su largo y fructuoso ministerio como Vicario de Cristo en la tierra. Y todo esto llegó al clímax en aquel día del año 67 después de Cristo, cuando en la colina del Vaticano en Roma, dio testimonio de su Divino Maestro siendo crucificado, cabeza abajo a petición suya, porque en su humildad se sentía indigno de morir exactamente como Cristo murió en el Calvario.



## LA MUERTE DE JUDAS

El Evangelio de San Mateo es el único que nos refiere la historia de los remordimientos y muerte de Judas (27: 3-10). Hay también una alusión en los Hechos de los Apóstoles (1: 15-20). La trágica historia de Judas era tan bien conocida para los primeros cristianos y tan profundamente estaba grabada en sus mentes, que los escritores sagrados juzgaron había poca o ninguna necesidad de consignarla.

Gustaría a nuestra curiosidad saber qué hizo Judas y qué dijo y pensó después de haber entregado a Cristo en manos de sus enemigos. Una vez que Jesús quedó amarrado con seguridad y fue sacado del huerto, podemos estar seguros que Judas pensó lo primero en recoger las treinta monedas de plata que se le habían prometido. Es posible que se quedara algo atrás y fuera pagado al instante entre las tinieblas del bosque de olivos de Getsemaní. Causa escalofrío pensar que estas monedas de plata, precio de la san-

gre de Jesús, se mezclaron probablemente con las pequeñas monedas que los admiradores de Nuestro Señor le habían dado como ayuda para El y sus Apóstoles.

No sabemos desde qué punto determinado y sin peligro para él, siguió Judas el proceso de aquella noche fatal. Pero seguir, lo siguió, movido a ello cada vez más por una creciente inquietud sobre lo que estaba sucediendo y sobre la parte que él había tomado en ello. Es probable que se buscara un lugar oculto en la calle, fuera de la entrada del palacio del Sumo Sacerdote. Para entonces, ya la luna llena había pasado por su cenit descendiendo hacia el oeste, y las sombras de los edificios oscurecían las calles. Judas podía observar a los que entraban y salían del palacio, y aún a veces echaría una mirada momentánea hacia el interior. En su ansiedad creciente sobre el curso de los acontecimientos, puede ser que lograra sacar ánimo bastante para hacer preguntas a algunos de los que abandonaban el palacio.

Judas pasó varias horas esperando impacientemente el desenlace de lo que tenía lugar al otro lado de las frías paredes de piedra. Su primer desasosiego habíase convertido en una escalofriante ansiedad, que a su vez se resolvía en desesperado deseo de que sus temores no se realizaran. Debíó quedarse casi petrificado cuando la gran puerta del palacio giró para abrirse y por ella salió un grupo de gente con Jesús

atado, marchando en filas calle adelante. No sabemos a qué distancia estuvieron en ese momento Jesús y Judas. No sabemos si Jesús miró a Judas con compasión, como había mirado a Pedro poco tiempo antes. Sí sabemos que un repentino y torturador conocimiento de lo que había hecho sobrecogió a Judas, pues San Mateo dice: «Entonces Judas el que le entregó, creído que Jesús había sido sentenciado a muerte, arrepentido...» (27: 3).

Judas no dudó de que Jesús era ya un sentenciado. Tan grande era el concepto que tenía de la autoridad del Sanedrín, que en su mente daba por hecho que el procurador romano confirmaría la sentencia (1).

Pudiera parecer extraño que Judas se turbara tanto a la vista de Jesús conducido como un criminal ya sentenciado. ¿No había él previsto y pretendido exactamente este final? No cabe duda que sí. El conocía exactamente los sentimientos e intenciones de los enemigos de Cristo. El había tratado con ellos íntimamente. Pero como muchos criminales, Judas no cayó plenamente en la cuenta de lo horroroso de su hazaña hasta después de su realización. Al mirar a Jesús y sentir el peso de las monedas de plata en su bolsa, comprendió la tremenda naturaleza de su crimen, y quedó sobrecogido de remordimiento. El había vendido a su

---

(1) En esto seguimos el orden de San Mateo. Es posible que la desesperación de Judas tuviera lugar después de la condenación de Cristo, y aun después de la muerte de Jesús.

amigo y Maestro por treinta miserables piezas de plata. Aún así y todo, el remordimiento de Judas no fue verdadero arrepentimiento. Faltábale esperanza, y no puede haber verdadero arrepentimiento sin esperanza. Distinto de Pedro, quien salió fuera y lloró amargas lágrimas de compunción pero nunca abandonó la esperanza, Judas se hundió en la desesperación. Probablemente ya había perdido la fe en Jesús, la fe que le hubiera inspirado el buscar y obtener el perdón pleno de su atroz crimen.

Judas tenía ahora un solo pensamiento: aliviar su conciencia deshaciéndose de las monedas. La comitiva se había movido hacia el este, después dobló hacia el norte subiendo el valle en dirección a la fortaleza Antonia. Al dar la comitiva vuelta hacia el norte, Judas miró hacia el este a la muralla imponente del recinto del Templo. Una idea le vino de golpe: devolvería el dinero a aquellos de quienes lo había recibido. Mas, aun en su perturbado estado mental, no pensó que el devolver el dinero a los enemigos de Cristo, movería a éstos a abandonar su camino de maldad. El buscaba sólo una cosa: deshacerse de aquellas monedas que lo acusaban sin cesar con solo su sonido, con su tacto y con su peso.

Judas entró al recinto del Templo por una de las puertas occidentales. Estaba en terreno conocido, y probablemente fue derecho al Salón de las Piedras Picadas, lugar ordinario de reunión del Sanedrín. Aquí



encontró reunidos varios sanedritas, quizás algunos de aquellos con quienes había cerrado su infame contrato de entregar a Cristo. Yéndose a ellos, sacó la bolsa de monedas de plata y gritó: «Pequé entregando sangre inocente» (Mat. 27: 4). Judas confesó su crimen y retractó la acusación implícita en él hecha contra Cristo al entregarlo en manos de sus enemigos. Pero ni aun así su confesión era completa, y mostró que había perdido la fe en Cristo. Confesó solamente que había entregado «Sangre inocente», no que había entregado al Mesías, al Hijo de Dios.

La confesión de Judas de que su acción era un crimen, constituía por sí misma una acusación contra los sanedritas, sus socios en la misma depravada transacción. Ellos reaccionaron con ira y desprecio. Echando a un lado las monedas ofrecidas, dijeron: «¿A nosotros qué? Tú lo verás» (Mat. 27: 4). Si Judas era suficientemente delicado para tener escrúpulos sobre lo que se había hecho, ellos no. Si Judas pensaba que era culpable, que su culpa quedara sobre su conciencia. Ellos no tendrían parte en su culpa ni admitirían la devolución del dinero que él había ganado con su baja traición. No tenían empleo ulterior para aquel dinero. Ya habían conseguido lo que querían, y se podían permitir dejar a un lado a Judas como a instrumento inútil.

Judas montó en cólera ante este desprecio y endurecimiento de alma. Y se determinó a que tendrían

que coger el dinero, les gustara o no. Salió bruscamen-  
te al aire libre, y avanzó hacia el Templo. Al acer-  
carse a él agarró la bolsa de monedas y con toda su  
fuerza la arrojó contra el Templo.

Judas se encontró solo con su ira, su remordimien-  
to y su desesperación. Parecía que no tenía adonde  
volverse. Era un desertor y había traicionado a Jesu-  
cristo. Había sido echado a un lado, como a escoba-  
zos y con desprecio, por los príncipes de los sacerdotes  
que pocas horas antes le habían recibido con sonrisas  
y bienvenidas. Forzó su camino entre los tropeles de  
gentes que ya comenzaban a reunirse en el Templo,  
y dejó el recinto por una de las puertas occidentales.  
Fuera, de nuevo en la calle, se puso a andar sin saber  
adónde iba; mientras andaba la desesperación se apo-  
deró por completo de él. En su embargado estado men-  
tal la muerte se le aparecía más apetecible que la  
vida.

Mientras caminaba, Judas iba dando vueltas a un  
plan en su mente, hasta determinar cuándo y cómo  
morir. En el extremo suroeste de la ciudad, al oeste  
de la Puerta de la Fuente, estaba la Puerta de la Al-  
farería. Tomaba su nombre del hecho de que, más allá  
de ella, había terrenos con depósitos de arcilla emplea-  
da por los alfareros para hacer vasijas de uso domés-  
tico. Cerca había también un cementerio. Entre la  
puerta y la roca escarpada de enfrente, había un valle  
profundo conocido como el valle de los hijos de Hin-

nón. Esta región tenía una reputación mala desde siglos atrás. Fue aquí donde los reyes malvados de Judá habían dado culto a Moloch. Se había erigido un hogar, donde los devotos quemaban niños como ofrendas al dios. Quizás por los malos recuerdos a él asociados, este lugar había llegado a ser el basurero de la ciudad, y el nombre por el que era conocido, Gehenna, habíase convertido en símbolo del infierno a causa del fuego constante que allí ardía y del humo de los malolientes desechos.

Este era el lugar que Judas escogió para su muerte. Por la proximidad de la Pascua, estaría desierto. Nadie habría que le impidiera destruir su propia vida. Saliendo por la Puerta de la Alfarería, Judas bajó a lo profundo del valle, que se extendía hacia el este hasta juntarse con el Cedrón a corta distancia de allí. Al otro lado del valle estaba la escarpada y áspera roca, desnuda si no fuera por unos pocos árboles raquícos. Este era el punto ideal para la obra que traía entre manos, y Judas no perdió tiempo en trepar hasta lo alto de la roca. Escogió un árbol cuyas ramas colgaban por encima del valle que se extendía debajo. Tomando el ceñidor de su cintura, lo amarró alrededor del cuello, lo aplicó a una rama del árbol y de un salto se lanzó con ímpetu al vacío. No sabemos si lo siguiente sucedió mientras estaba aún vivo, pero es evidente por los Hechos de los Apóstoles, que, fuera el ceñidor o la rama la que se rompió, Judas cayó al

valle hiriéndose contra las desiguales rocas esparcidas por el terreno. San Lucas nos dice que «Habiendo caído de cabeza, reventó por medio y se le salieron todas sus entrañas» (Hechos 1: 18. Texto griego). Fin tremendo, en verdad, para el hombre que vendió a su Maestro por treinta monedas de plata; terrible comienzo en el más allá para aquel de quien un Señor misericordioso había dicho: «Mejor le fuera a aquel hombre no haber nacido» (Mat. 26: 24).

Mientras tanto, Judas había provocado un debate de casuística entre los príncipes de los sacerdotes. Evidentemente les había faltado tiempo para recoger el dinero. Luego se enfrascaron en una discusión sobre delicadezas de la ley. Hablando de los siclos, decían: «No es lícito echarlo en el área de las ofrendas, pues es precio de sangre» (Mat. 27: 6). No prestaron atención al hecho de que ellos mismos eran la fuente de contaminación de las monedas. Después de muchos discursos dieron con una solución altruista inspirada en el bien público: usarían el dinero para comprar «el campo del alfarero para sepultura de los forasteros» (Mat. 27: 7). Había sido el campo del alfarero el lugar donde Judas había cometido el suicidio, y estaba pegado a un cementerio. ¿Qué cosa más apropiada, que añadir ese campo al cementerio y usarlo para la sepultura de forasteros, especialmente de judíos que murieran durante su peregrinación a la ciudad santa? Es posible que Judas fuera sepultado allí



---

aún antes de que se adquiriera el campo, pues para esto tendría que pasar algún tiempo. El recuerdo del lugar y el de los acontecimientos a él asociados no se borraron, y el campo vino a conocerse por Haceldama, o campo de sangre. Bien merecía este nombre, pues se compró con el dinero pagado por la entrega de Cristo, y fue escenario de la muerte del traidor.

## CRISTO LLEVADO ANTE PILATO

Cuando los que apresaron a Jesús se hubieron cansado de golpearle y escupir sobre El, fue llevado a un calabozo y cerrado como un criminal común, a esperar el próximo paso en la trama urdida para llevar a cabo su muerte. Los primeros rayos del amanecer comenzaban a esclarecer el cielo por encima del Templo, sobre el Monte de los Olivos, cuando un murmullo de actividad comenzó de nuevo en el palacio de Anás y de Caifás. En su sesión nocturna el Sanedrín había formalmente condenado a Jesucristo a muerte por blasfemo. El próximo paso tenía que ser llevar el caso ante el tribunal del procurador romano, Poncio Pilato. Cuando se deshizo la reunión del Sanedrín, sus miembros convinieron en un breve lapso de tiempo para descansar hasta el amanecer, después del cual habrían de reunirse de nuevo. Su propósito era claro: la muerte de Jesucristo. Eso había quedado decidido a su completa satisfacción. Lo único que quedaba por

decidir era meramente la cuestión práctica: qué tácticas se usarían para asegurar una sentencia de muerte por parte de Pilato. Esto sería tratado en la mañana.

La decisión tomada en la reunión de la mañana fue actuar inmediatamente. El procurador romano no admitiría una acusación de blasfemia, por eso los sanedritas decidieron apoyar su caso en la acusación de que Jesús pretendía ser el Mesías con una misión política que se podría hacer aparecer como dirigida contra la autoridad de los gobernadores romanos.

La acción siguió de inmediato. Una comisión de principes de los sacerdotes, escribas y ancianos, fue escogida para conducir a Jesús al pretorio de Pilato e impulsar el caso ante su tribunal. Se formó una guardia rápidamente con miembros de la policía y de los auxiliares del Sumo Sacerdote. Jesús fue sacado de su celda y atado de nuevo con cuidado. El grupo se reunió en el patio. Un oficial daba ásperamente órdenes, y la abigarrada muchedumbre formó filas con Jesús en el medio. Una vez en marcha salieron al vestíbulo, y luego a través de la gran puerta salieron afuera a la calle. Doblaron hacia el este por un tiempo y más tarde hacia el norte por las calles estrechas. Rompía ya el amanecer en la ciudad a esta hora, y los primeros rayos del sol se reflejaban en los pináculos del Templo. A lo largo del camino, algunas tiendas se estaban abriendo y los tenderos y viandantes miraban con cu-

riosidad a aquellas filas que marchaban con un prisionero atado en medio. Algunos probablemente se unieron al grupo, movidos por curiosidad o interés en lo que pasaba. El cortejo descendió por las adoquinadas calles que conducían a lo más bajo del valle que dividía a Jerusalén en dos; cruzaron rápidamente el valle y luego subieron por las calles que llevaban a la fortaleza, situada sobre la colina, al norte del Templo. Media hora después de la salida del palacio del Sumo Sacerdote, el grupo se encontraba de pie ante la entrada occidental de la fortaleza Antonia, que servía de pretorio y residencia al procurador romano, Poncio Pilato (1), cuando venía a Jerusalén para conservar la paz en las grandes fiestas religiosas de los judíos (2).

---

(1) Hay diferentes opiniones en este punto que discutiremos más abajo, en la nota 4.

(2) Al narrar los sucesos que tuvieron lugar en la noche del juicio, hemos seguido el orden que nos ha parecido más probable. Aun una lectura de corrida de los textos evangélicos, revela la dificultad de determinar el orden exacto de los acontecimientos. Mateo y Marcos, por ejemplo, hablan de una reunión del Sanedrín por la noche, en la cual Cristo fue condenado; y luego, de una reunión matinal. San Lucas habla solamente de una reunión por la mañana, y en esta reunión coloca el juicio y condenación de Jesús. Nos parece que San Lucas no tiene fuente de información especial para este suceso y que su arreglo está determinado por sus fines propios.

Tratando de coordinar los Evangelios, los comentaristas ordinariamente siguen uno de estos tres órdenes:

1) Un juicio a la noche como lo refieren Mateo y Marcos, y también otro juicio al amanecer como refiere San Lucas.



Cuando Jesús y sus acusadores se detuvieron ante la fortaleza Antonia, la vista que se les ofreció era impresionante. A su derecha, corriendo de norte a sur, estaba la parte occidental de la muralla, que rodeaba el área del Templo. Esta alta muralla había sido construida por Herodes el Grande al estilo romano, y algunas de sus enormes piedras son aún visibles en las murallas de las lamentaciones de los judíos. En un punto, un poco a la derecha del grupo, la muralla se unía al muro occidental de la fortaleza Antonia.

Este era un lugar lógico para una fortaleza, y en este mismo sitio había habido una, siglos antes, en tiempo de los reyes. El piso alto de ella dominaba el área del Templo de la misma manera que el Templo dominaba la parte baja de la ciudad. Siglos antes de Cristo, y aun durante los últimos días fatales del asedio romano, que terminó con la destrucción de Jerusalén el año 70 después de Cristo, la fortaleza que ocupaba este lugar era la llave de la ciudad. La historia consigna el nombre de varias fortalezas que habían sido construidas y destruidas en este lugar.

Herodes el Grande había asegurado su nombra-

---

2) Un solo juicio a la noche como refieren Mateo y Marcos. Según esta teoría lo que refiere San Lucas tuvo lugar en este juicio de noche. Algunos opinan que hubo una reunión informal en la mañana para determinar cómo proceder. Este es el orden que nosotros hemos seguido.

3) Un solo juicio a la mañana como refiere San Lucas. Lo que refieren Mateo y Marcos realmente sucedió en la mañana.

miento como rey en el año 40 antes de Cristo. Aún le quedaba la tarea de conquistar a sus rivales. Lo consiguió con la ayuda de las legiones romanas mediante la conquista de Jerusalén en julio del año 37 antes de Cristo, después de un sitio de cinco meses. Herodes estableció su residencia en el palacio de los Asmoneos en el declive oriental de la colina oeste de la ciudad. No encontró este palacio a su gusto, especialmente desde que su suegra vivió allí, y así construyó para sí un palacio-fortaleza de gran mole en la esquina noroeste del área del Templo, y lo nombró Antonia en honor de su amigo y patrocinador Marco Antonio. Esta primera estructura herodiana en Palestina fue levantada probablemente entre los años 37 y 35 antes de Cristo.

Al historiador judío Josefo le era familiar la fortaleza Antonia y nos da una descripción detallada de ella. «La Antonia —escribe— estaba en el ángulo donde se encontraban dos pórticos, el occidental y el septentrional, del primer patio del Templo; estaba construida sobre una roca cincuenta codos de alta [el codo equivale a diez y ocho pulgadas] escarpada por todos lados. Fue obra del rey Herodes y muestra y corona de la grandeza innata de su genio. Porque en primer lugar la roca estaba recubierta desde su base hasta arriba de planchas de piedra, ya para ornamentación, ya para que cualquiera que intentara subir o bajar, tuviera que resbalarse. Además, en frente del actual

edificio, había una pared de tres codos de alta [probablemente significa gruesa] y detrás de ésta la torre de la Antonia se levantaba majestuosamente hasta una altura de cuarenta codos. El interior se asemejaba a un palacio en su amplitud y decoración, estando dividida en apartamentos de diferentes estilos y para toda clase de usos, incluyendo claustros, baños y amplios patios para el acomodo de tropas; de modo que por todas estas conveniencias parecía una ciudad; por su magnificencia, un palacio. La apariencia general del conjunto era la de una torre, con otras torres en cada una de las cuatro esquinas; tres de estas torrecillas eran cincuenta codos de altas, mientras que la del ángulo sudeste se levantaba setenta codos y así dominaba la vista de todo el área del Templo. En el punto en que se unía a los pórticos del Templo, había escaleras que conducían abajo, a los dos pórticos, por las cuales bajaban las guardias; pues una cohorte romana, que constituía la guarnición permanente, tenía sus cuarteles en ella, y en las festividades tomaba posiciones en armas alrededor de los pórticos para vigilar al pueblo y reprimir cualquier movimiento de insurrección. Pues si el Templo se levantaba como una fortaleza sobre la ciudad, la Antonia dominaba el Templo, y los ocupantes de este puesto eran los guardianes de todos tres; la ciudad alta tenía su propia fortaleza, el palacio de Herodes. La colina Bezetha estaba, como he dicho, separada de la Antonia; la más alta de todas

las colinas, había sido invadida por la parte de la ciudad nueva y formaba en el norte el único obstáculo que impedía la vista del Templo» (3).

No era, pues, una fortaleza o torre, como se la llamaba en lenguaje popular en razón de su pasado y como aún hoy es llamada en algunos sitios. Era una vasta estructura que dominaba la mitad este de la ciudad, y tenía todas las características de las dos cosas, de una fortaleza y de un palacio. Por razón de su tamaño y de sus recursos, era casi una ciudad dentro de otra ciudad. Sus vastas cisternas para el aprovisionamiento de agua existen aún.

La Antonia se extendía de este a oeste cerca de 170 metros, y de norte a sur alrededor de 86. El interior estaba dividido en dos distintas zonas. La parte sur, construida en una esplanada elevada, de roca, era la residencia de lujo palacial. La parte más grande, hacia el norte y completamente separada, eran los cuarteles para las tropas. En el lado oeste, en el lugar en que Cristo y sus apresadores esperaban la orden para entrar, había una monumental puerta que introducía a un vasto patio de 2.500 metros cuadrados, pavimentado con inmensas piedras. Un camino, construido con grandes piedras labradas, llevaba desde la

---

(3) *Guerras*, 5, 5, 8. Para un análisis detallado de este texto, para descubrimientos arqueológicos, y para una tentativa de reconstrucción, véase PÉRE VINCENT: *Revue Biblique*, 1952, p. 513 sig.; 1954, p. 87 sig.; *Jerusalem de l'Ancien Testament*, I, p. 193 sig.



entrada directamente a una puerta situada entre las torres del este. Estas puertas y el camino entre ellas eran los anillos de conexión entre la Antonia y la ciudad (4).

Poncio Pilato nos es dado a conocer por cada uno de los cuatro Evangelios, y también por los escritos de otros historiadores contemporáneos. Era el quinto procurador que tuvo este oficio desde que Roma había depuesto a Arquelao, hijo de Herodes el Grande, en el año 6 antes de Cristo. Pilato desempeñó este oficio desde el año 26 al 36 después de Cristo. A pesar de que su jurisdicción se extendía también sobre Sama-

---

(4) Hay división de opiniones entre los expertos en cuanto a si el pretorio de Pilato estaba en la Antonia o en el palacio que Herodes más tarde construyó para sí en el ángulo noroeste de la muralla de la ciudad y que vino a conocerse como palacio de Herodes. De la solución de esta dificultad depende la localización del juicio de Cristo.

Frecuentemente se comete el error de intentar identificar el pretorio con algún edificio oficial de la ciudad, especialmente con la Antonia o el palacio de Herodes. De hecho un pretorio era un lugar cualquiera usado por el procurador para colocar una plataforma y en ella una silla curul para el ejercicio de sus funciones oficiales. La palabra pretorio se usaba para designar la residencia de un general, ya en la ciudad ya en el campo.

Somos de opinión que la tradición local está en lo cierto, y que el juicio de Cristo tuvo lugar en la Antonia. El propósito de mantener el orden en la fiesta de la Pascua se podía conseguir en la Antonia, ya que desde ella se vigilaba y se estaba conectado con el área del Templo donde era más probable un tumulto. Otro argumento poderoso es que descubrimientos arqueológicos en este área armonizan adecuadamente y en muchos detalles con los relatos evangélicos. Las grandes planchas de piedra del camino y del patio pueden aún verse.

ría, su título oficial era Procurador de la Provincia de Judea. Pilato fue designado para el cargo por el Emperador Tiberio, quien ordinariamente dejaba a los gobernadores provinciales en su oficio por largo tiempo. Pensaba que los gobernadores eran como moscas sobre un animal herido: una vez que se saciaban, se hacían menos voraces; mientras que los nuevos oficiales comenzaban el espolio de nuevo.

Nada sabemos de la vida anterior de Poncio Pilato: su formación, los oficios que desempeñó antes de llegar a procurador, sus éxitos o fracasos en otras partes. Su posición como procurador de una provincia imperial implicaba que era del orden ecuestre y por tanto persona de modesta importancia en la jerarquía de la administración del Imperio.

Pilato era poco mejor o peor que la mayor parte de los otros procuradores inmediatamente anteriores y posteriores a este tiempo. La ley romana, la justicia romana y los principios romanos de gobierno, severo pero justo y considerado sobre los pueblos sometidos, era un ideal frecuentemente perdido de vista en la práctica real. Pilato pensaba, evidentemente, que la mejor manera de gobernar a los judíos era desconsiderar sus sentimientos y usar la fuerza. Puede que le animara a esto el hecho de que al Emperador Tiberio, por influencia de su favorito Seyano, no le agradaban los judíos. El escritor judío Filón cita a Agripa I, un contemporáneo, al efecto de probar que Pilato era un

«carácter inflexible y duro, sin escrúpulos, sin mirar a las consecuencias», y le acusa de «corruptibilidad, violencia, latrocinios, maltrato del pueblo, agravios, ejecuciones continuas aun sin las formalidades de juicio, y crueldades intolerables y sin fin».

Pilato no entendía, ni aun intentaba entender, al pueblo que gobernaba. Lo que es peor, despreciaba a los judíos, a sus costumbres y a su religión. No hay duda que sería considerablemente provocado a ello. Los judíos eran un pueblo no fácil de gobernar. Ellos creían firmemente que, en vez de ser gobernados por otros, era su destino, como pueblo escogido de Dios, gobernar a todos los demás. Esta condición se revelaba frecuentemente por sucesos desagradables en sus relaciones con sus amos, los romanos.

Pilato, sin duda, era duro y arrogante. Con todo, había cierta debilidad e irresolución en su carácter, que los judíos descubrieron poco después de haber tomado posesión de su cargo y que ellos usaron para sus propios fines en el juicio de Cristo. Los predecesores de Pilato se habían acomodado a las convicciones religiosas de los judíos y habíanse abstenido de introducir imágenes idolátricas, aun los estandartes militares que llevaban la imagen del Emperador, dentro de la ciudad santa. Pilato pensó que evidentemente esto era una debilidad indigna de su cargo y dignidad. Envió tropas que entraran en Jerusalén durante la noche llevando las prohibidas insignias. Hubo grandes dis-



turbios cuando la luz de la mañana reveló la presencia de los símbolos paganos. A tanto llegó la excitación, que multitudes de gente se congregaron en los caminos de Cesarea, y por cinco días y cinco noches pidieron a Pilato que quitara los estandartes que ofendían sus convicciones religiosas. La paciencia de Pilato cedió al sexto día. Admitió a su presencia a los judíos en un lugar público y ordenó que sus soldados con armas ocultas los rodearan. Pilato los amenazó con la muerte si no cesaban de molestarle y se marchaban en paz. En vez de obedecerle desnudáronse el cuello y declararon que preferirían la muerte antes que ver quebrantadas sus leyes. Pilato capituló, como había de capitular más tarde a sus amenazas, y ordenó que los estandartes idolátricos fueran devueltos a Cesárea.

Pilato no era hombre que cediera fácilmente. En otra ocasión, introdujo dentro del Palacio de Herodes escudos votivos, sin imágenes pero llevando grabada una inscripción con el nombre del Emperador. De nuevo el pueblo se levantó en tumulto. Enviaron una delegación de nobles, incluyendo cuatro hijos de Herodes, a Pilato, demandando que se retiraran los escudos. Cuando él rehusó, los judíos apelaron al Emperador Tiberio, el cual reprendió a Pilato y ordenó que los escudos fueran llevados al templo de Augusto en Cesarea.

En una ocasión Pilato venció, contra la oposición de los judíos. Había tomado dinero del tesoro sagrado



del Templo para construir un acueducto que llevara agua a Jerusalén. Este uso del dinero sagrado era un sacrilegio para los judíos. Cuando Pilato apareció en Jerusalén, fue rodeado de una turba aullante que se quejaba a gritos del sacrilegio. Pilato había recibido información previa de lo que iba a suceder, y ordenó a sus soldados que se armaran de palos y se mezclaran entre el pueblo. A una señal convenida de antemano los soldados cayeron sobre la muchedumbre golpeándoles sin misericordia y matando a muchos de ellos. Pilato venció y ganó esta partida, pero a costa solamente de que se intensificara el odio y la oposición. San Lucas menciona un incidente, sobre el cual no tenemos más información, de ciertos galileos cuya sangre Pilato mezcló con la de sus sacrificios (13: 1).

En el año 35 después de Cristo, un samaritano pseudoprofeta prometió al pueblo que, si se reunían en el monte Garizim, él les mostraría los vasos sagrados que se suponía Moisés había enterrado antes de su muerte. La crédula muchedumbre le creyó, y se reunió en una aldea al pie del monte. Pilato tuvo conocimiento del asunto, y envió soldados, quienes atacaron a la muchedumbre hiriendo y matando a muchos. Los samaritanos enviaron una queja a Vitelio, legado de Siria. Vitelio dio orden a Pilato de ir a Roma a dar cuenta de su conducta. Mientras Pilato iba camino de Roma, el Emperador Tiberio murió. No sabemos qué sucedió a Pilato. Hay una tradición antigua,

recogida por el historiador Eusebio, del siglo iv, según la cual fue desterrado a Viena de las Galias y allí tomó su propia vida. Abundan leyendas sobre los últimos años de la vida y la muerte de Pilato, pero están absolutamente privadas de autoridad.

Detenidos ante las grandes puertas occidentales de la Antonia los acusadores de Cristo padecieron un escrúpulo. Según sus cálculos, el próximo día era la Pascua, y por tanto debían comer la comida pascual al ponerse el sol aquel mismo día. Entrar en la casa de un pagano era causa de impureza legal la cual les impediría esto. ¿Qué habrían de hacer? Una rápida consulta les dio la solución, una solución característica de aquellos indignos jefes religiosos. Decidieron que no contraerían impureza legal si no entraban en el gran patio abierto donde se celebraban los juicios. Con un poco de indulgencia por parte de Pilato, se podría evitar esto. Ellos podrían permanecer en los dos pórticos abovedados paralelos que servían de corredores entre la calle y el gran patio pavimentado del palacio-fortaleza. Había aquí un espacio amplio de alrededor de 250 metros cuadrados, sitio más que suficiente para un grupo que difícilmente alcanzaba un número mayor de doscientas personas a lo sumo. Pilato podía constituir su tribunal en el gran patio precisamente por la parte de dentro de la entrada, y entonces

ellos podían presentarle el caso sin entrar y por tanto sin incurrir en mancha legal (5).

Habiendo resuelto su caso de conciencia, los jefes del grupo inmediatamente se aplicaron al negocio que tenían entre manos. Se dirigieron al oficial a cuyo cargo estaba la guardia demandando que informara al procurador que ellos traían un prisionero para que fuera juzgado en su tribunal. Pidieron también que el juicio fuera celebrado en el portal para no verse obligados a entrar en el patio e incurrir en mancha legal. Empujaron a Jesucristo hacia adelante y lo entregaron atado a la custodia de los soldados romanos.

El oficial subió las escaleras de la derecha que conducían a las habitaciones del procurador. Unos minutos después, Poncio Pilato, procurador de Judea, rodeado por algunos pocos de sus consejeros legales y asistentes, bajó las escaleras y atravesó por las grandes planchas de piedra del patio hacia los judíos reunidos en el portal occidental. Evidentemente Pilato habíase determinado en este caso a seguir la costum-

---

(5) El Evangelio de San Juan (18: 28) dice que «llevan, pues, a Jesús desde Caifás al pretorio», pero véase la nota 4.

Podemos estar seguros que hasta este momento en el arresto y en el juicio de Cristo todos usaban arameo, la lengua de la región. ¿Qué lengua se usó en el juicio ante Pilato? En la parte este del Imperio, se usaba ordinariamente el griego en la administración de justicia, y es muy probable que Pilato hablaba griego. No es probable que hablara arameo, al menos no lo suficientemente bien para un juicio formal. Opinamos que es verosímil que se usó el griego y que algunos intérpretes traducían inmediatamente lo que se decía al arameo para aquellos que no entendían griego.



bre romana de respetar los sentimientos religiosos de un pueblo sometido.

Y entonces comenzó el más grande juicio de la historia. En una galería bajo los grandes arcos de la entrada al palacio-fortaleza estaban los príncipes de los sacerdotes, los escribas y ancianos, que habían sido enviados cual representantes del Sanedrín, como acusadores de Jesucristo. Su papel había cambiado. Sólo unas pocas horas antes, habían actuado como jueces. Ahora habían quedado reducidos al papel de acusadores. En el patio frente a ellos estaba Pilato, de pie, con unos pocos consejeros. En el Derecho Romano, sólo Pilato actuaba como juez y como jurado. Podía pedir consejo a sus asistentes, si quería; pero él sólo tenía el derecho de conducir el juicio y dar la sentencia final. Vida y muerte estaban en sus manos y sólo en sus manos. Su decisión iba a ser de trascendencia.

Poncio Pilato comenzó el juicio preguntando: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?» (Juan 18: 29). Uno se pregunta inmediatamente si no habría tenido Pilato información anterior concerniente a Jesús y sus dificultades con los jefes de los judíos. Lo creemos muy improbable, y todavía más si habían sido llamados soldados romanos para el arresto de Jesús. El conflicto entre Jesús y los jefes judíos había causado en ocasiones considerables disturbios y esto tuvo que ser informado al procurador, pues él era responsable de mantener el orden público y administrar



justicia en asuntos locales. De hecho no es improbable que Pilato hubiera sido informado, al menos sumariamente, de los sucesos de la noche anterior. Pertenecía a su cargo ser informado de los casos pendientes y aun de los casos que probablemente serían presentados a juicio.

Las palabras de Pilato tenían un significado particular. Eran las palabras con que se abría un juicio formal. Con ellas demandaba que los acusadores dieran un paso adelante y establecieran su acusación. Pilato podía haber aceptado la decisión de una corte local; podía haber examinado su sentencia y ordenado su ejecución; o simplemente podía haber aceptado la palabra de acusadores como estos que se encontraban entre lo más principal de la nación. Pilato no hizo nada de esto. Usó el derecho de juzgar el caso por sí mismo. Esto significaba que el juicio sería llevado de acuerdo con los procedimientos romanos: según el derecho romano, que no el judío (6).

---

(6) Varios juicios citados en los Hechos de los Apóstoles se basaron en el derecho romano: 18: 15; 23; 29; 25: 18-20.

Puesto que sólo los romanos tenían derecho sobre la vida y la muerte, ¿por qué razón los judíos siguieron por su cuenta todos los pasos de un juicio en su tribunal? Una de las principales razones es que a los ojos de los judíos devotos solamente un juicio ante el Sanedrín tenía validez en conciencia. También la sentencia del Sanedrín era un medio para ejercer cierta presión sobre el procurador (Juan 19: 7). Era un arma poderosa también para destruir la reputación de Jesús ante el pueblo. Probablemente apaciguó también la soberbia herida de los miembros del Sanedrín, pasar

Los judíos quedaron consternados con las palabras de Pilato, o al menos dieron la impresión de que lo estaban. Ellos contestaron: «Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado» (Juan 18: 30). Esta respuesta ha sido frecuentemente interpretada como si estuviera cargada de un poco de insolencia. No es probable, sin embargo, que aquellos astutos jefes de los judíos, que querían asegurar la muerte de Cristo por medio de Pilato, comenzaran por ofenderle. El sentido es más bien: Si nosotros que somos judíos, te pasamos a ti, procurador romano, uno de los nuestros, lo hacemos solamente porque él es culpable y merece la condenación. En otras palabras, Pilato puede realmente fiarse de ellos en este asunto.

Pero Pilato no se iba a dejar envolver tan fácilmente. «Tomadle vosotros —les dijo—, y juzgadle según vuestra ley» (Juan 18: 31). Hasta el presente, Pilato no había sido informado, al menos oficialmente, de que se trataba de un caso de pena capital, por eso pudo muy bien decir a los acusadores de Cristo que se encargaran de él conforme a sus propias leyes. Si había sido informado anteriormente, entonces su res-

---

por todas las formas exteriores de un juicio formal, aun cuando su decisión no pudiera llevarse a efecto.

Se ha propuesto la objeción de que Jesús no podía ser juzgado por dos tribunales, el judío y el romano, porque la ley romana prohibía que un hombre fuera juzgado dos veces por la misma causa. Pero Jesús fue juzgado ante el Sanedrín por blasfemo, y ante el procurador por cargo de traición.

puesta fue una bofetada deliberada a los jefes de un pueblo sometido que había perdido el derecho sobre la vida y la muerte. Los acusadores de Cristo, hicieron entonces una confesión que mostraba que lo que querían era la pena de muerte, y que la diera Pilato, pues ellos no tenían poder para infligirla. «A nosotros no nos es permitido —confesaron— dar muerte a nadie» (Juan 18: 31).

Después de este cambio de palabras, los jefes de los judíos comprendieron que Pilato estaba determinado a ser juez más bien que ejecutor. Sin duda que no estaban del todo impreparados para esta salida. Sabían que el cargo de blasfemia, por el cual ellos habían condenado a Jesús, no haría efecto en el pagano Pilato, por eso formularon nuevas acusaciones. «A éste hemos hallado —dijeron— amotinando nuestra gente, y prohibiendo dar tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey» (Luc. 23: 2). Las acusaciones eran claramente urdidas con el fin de impresionar al procurador romano y probar más allá de toda duda la competencia de su tribunal. Pertenece al procurador preservar el orden y la paz. Acusaban a Jesús de agitar al pueblo, dejando la impresión de que le agitaba políticamente. Era especial deber del procurador asegurar la adecuada exacción de los impuestos. Ellos acusaban a Jesús de impedir esto, aunque Jesús había mantenido los derechos del César a los tributos sólo unos pocos días antes. Era deber del

procurador defender la soberanía de Roma contra los usurpadores. Acusaban a Jesús de pretender ser el Mesías rey, aunque había huido de aquellos que le hubieran hecho rey. (A los ojos de sus acusadores, Mesías y Rey eran sinónimos, sin embargo, pues ellos esperaban un Mesías que había de gobernarlos y que había de liberarlos del yugo extranjero y del pago de tributos). La tercera acusación era la más seria, pues en realidad era un cargo de traición, uno de los crímenes más grandes en el derecho criminal romano.

Pilato se encontraba ante un dilema. Sabía que estos judíos le odiaban a él y a todo lo que él representaba. Sabía que el patriotismo que estaban manifestando, su repentina preocupación por la autoridad romana, era una impostura. Pero las acusaciones contra Jesús eran en extremo serias, y los acusadores se ofrecían a sí mismos como testigos con las palabras: «A éste hemos hallado...».

Pilato deliberó por unos pocos momentos sobre el mejor camino que podría seguir. Se determinó a interrogar al prisionero privadamente. Al volverse él con su comitiva para dirigirse a las escaleras que conducían a sus habitaciones particulares, distantes cerca de treinta metros del portal donde el juicio se había comenzado, ordenó a la guardia que llevaran a Jesús en pos de él. Pilato, pues, entró en sus habitaciones privadas, seguido por Jesús y sus guardias.

El procurador fue inmediatamente al corazón del



asunto. Comprendió que la tercera acusación incluía las otras dos implícitamente, y así preguntó a Jesús directa y sencillamente: «¿Tú eres el rey de los judíos?» (Luc. 23: 3). Esto era en realidad pedirle una prueba de su culpabilidad o su inocencia, una confesión o una negación.

La respuesta de Cristo ni fue sí, ni fue no. Para responder a la pregunta debía conocer el sentido en que era hecha. Por eso la respuesta de Cristo fue otra pregunta de su parte: «¿De ti mismo dices tú esto, o bien otros te lo dijeron de mí?» (Juan 18: 34). Si Pilato hacía la pregunta en el sentido en que él la entendía, entonces Cristo debía contestar no. El no era rey en sentido político. Si hacía la pregunta en el sentido en que entendían los judíos o deberían entender la misión del Mesías-Rey, entonces la respuesta debía ser sí.

Hombre práctico, Pilato tenía poca experiencia de distinciones filosóficas. Su respuesta muestra impaciencia. «¿Por ventura soy yo judío?», dijo. «¿Soy yo judío para que tenga que estar interesado en estos asuntos religiosos? ¿Soy yo judío para que tenga que preocuparme sobre el Mesías y su reino?» Pilato entonces prosigue a poner la imputación exactamente en el punto debido: «Tu nación y los pontífices te entregaron a mí». Y molestando por lo que él consideraba una digresión, Pilato intentó entonces llegar a los hechos de la causa: «¿Qué has hecho?», dijo directamente a

Jesús. En otras palabras: ¿Qué has hecho para que tu propio pueblo te haya entregado a mí? Pilato conocía bien que no era por las razones dadas en la acusación.

Habiendo insistido en las distinciones propias, Jesús vuelve ahora a la pregunta original y contestó a Pilato: «Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros lucharían para que yo no fuera entregado a los judíos. Mas ahora mi reino no es de aquí» (Juan 18: 36).

Declarando que Él tenía un reino, Cristo admitía que era rey. Declaró, sin embargo, que su reino no era de este mundo, sino de lo alto. Como prueba de esto Jesús ofrecía el hecho de que sus seguidores no habían luchado por impedir se le entregara en manos de los judíos. Si su reino fuera de este mundo, como el de César, sus auxiliares hubieran presentado batalla para protegerlo. El mero hecho de haber sido entregado en manos de los judíos, de los cuales se le acusaba ser rey, era prueba de que su reino no era de este mundo.

La mente práctica de Pilato tenía poco uso de estas distinciones que Cristo hacía. Dijo, pues, a Jesús: «¿Luego tú eres rey?» Pilato evidentemente pensaba que Jesús podría hacer todas las distinciones que gustara, pero que todavía se arriesgaba pretendiendo ser un rey en algún sentido de la palabra. En el original griego hay un toque de ironía, mezclado quizás

con piedad o desprecio. La palabra «tú» va con énfasis: «¿Tú... un rey?»

La respuesta de Cristo es una afirmación inequívoca de su realeza: «Tú dices que yo soy rey». Y Jesús prosigue luego explicando a Pilato, que no comprende, la naturaleza de su reino y realeza: «Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad oye mi voz» (Juan 18: 37). Lo que Jesús dijo, en efecto, es que Él nació y apareció ante el mundo en su público ministerio, para dar testimonio de la verdad. Cristo reveló y enseñó la más alta forma de verdad, la verdad religiosa. Su vida y sus hechos dan testimonio de la verdad de su doctrina. Aquellos que buscan, hallan y aceptan la verdad que Cristo reveló y enseñó, oyen su voz, es decir, se hacen discípulos suyos ciudadanos de su reino.

Las palabras de Jesús presentaban a Pilato una invitación sutil, pero el cauto procurador no prestó atención a ella. Frecuentemente había él oído de filósofos griegos y romanos que habían encontrado y enseñado «la verdad». No daba él consideración a sus especulaciones. Pilato era un administrador ocupado, un hombre práctico. Si él no tenía tiempo para los buscadores de la verdad romanos y griegos, mucho menos lo tendría para prestar oídos a un soñador ocioso que era despreciado y entregado aun por su

mismo pueblo. Pilato expresó desprecio en su breve y cínica pregunta: «¿Qué es verdad?» (Juan 18: 38).

El procurador no esperó por la respuesta. No la esperaba. En verdad consideraba que la pregunta no tenía respuesta. Ordenando a los guardias traer a Cristo, dejó sus cámaras, bajó las escaleras que conducían al gran patio, y se encaminó al portal donde le esperaban los judíos. Inmediatamente anunció su decisión. «Yo no hallo en él delito alguno». Bien podemos imaginar que este anuncio dejó a los acusadores atónitos y mudos. ¿Habría de escapárseles su víctima, ahora que tenían tan bien trazados sus planes y preparadas sus tortuosas maquinaciones?

Pronto se recuperaron. La decisión de Pilato no había ido acompañada de las formalidades de una sentencia final y determinada. Era una simple expresión de su opinión, después de un interrogatorio hecho a Jesús en privado. Los judíos se negaron en absoluto a admitir esa opinión. Volvieron a sus acusaciones, repitiéndolas con fuerza y aumentándolas, insistiendo lo más tenaz y fuertemente en que Jesús había levantado al pueblo. Sin duda pensaban que podían presentar pruebas aceptables del cargo. Cristo había en verdad agitado al pueblo, aunque no políticamente.

Según las voces que le acusaban se confundían y llegaban a un clamor estridente, Pilato miró hacia Jesús en espera de que se defendiese. Pilato había presidido juicios frecuentemente. Estaba acostumbrado a



oir cómo el acusado multiplicaba sus excusas y negaba, según aumentaban, las acusaciones. Lo que presenció ahora lo dejó pasmado y perplejo. Jesús permanecía quieto y tranquilo, como un espectador sin interés en el juicio de otra persona. Creyendo difícilmente lo que veía, Pilato dijo a Jesús: «¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti? Y no le respondió ni a una sola palabra, hasta el punto de maravillarse el gobernador en extremo» (Mat. 27: 13-14).

Puede parecer un poco extraño que Jesús no sólo rehusara responder a las acusaciones de los judíos, sino también rehusara contestar a las investigaciones de Pilato. De hecho Jesús le había dado suficiente información en lo concerniente a su realeza y a su reino para convencerle de que era inocente, y Pilato lo había ya declarado así. El deber claro de Pilato era soltar a Jesús. En lugar de ello volvía de nuevo sobre el mismo terreno, dando oídos a las mismas acusaciones y pidiendo a Jesús datos sobre lo mismo. Perplejo como estaba, Pilato no pudo resistir un movimiento de admiración por la serenidad y valor de Cristo.

El silencio de Cristo no produjo en sus acusadores sino un efecto contrario. Como a un estribillo, volvieron una y otra vez a la acusación de que Jesús había soliviantado al pueblo. Y para probar que los disturbios habían sido de amplia importancia, añadieron que Cristo había agitado al pueblo «por toda la Judea, y habiendo comenzado desde Galilea ha llegado

hasta acá» (Luc. 23-5). El propósito de los príncipes de los sacerdotes era poner de relieve ante Pilato que los crímenes de los cuales era acusado el prisionero eran grandes y habían tenido lugar en Judea bajo su jurisdicción.

Pilato se encontraba en gran incertidumbre. Por una parte estaba convencido de que Cristo era inocente y que los jefes de los judíos le habían entregado para ser juzgado por motivos ruines. Además, Pilato los odiaba y su soberbia estaba herida por el pensamiento de que los judíos estaban intentando forzarle a hacer la voluntad de ellos. Por otra parte, los cargos eran graves en extremo y los acusadores eran del más alto rango. Una denuncia al Emperador podría ser fatal para su carrera.

Mientras Pilato resolvía el asunto en su mente, su oído captó la palabra «Galilea» en los labios de los príncipes de los sacerdotes. Esto le dio una idea, y su rostro se esclareció de placer al pensar que los acusadores de Cristo, ellos mismos, le habían provisto de la estratagema para liberarse de un asunto enojoso. Si Jesús era de Galilea, era vasallo de Herodes Antipas, quien estaba en Jerusalén para la Pascua. Pilato tenía el derecho de juzgar a Jesús, pero podía ceder de su derecho y enviarlo a Herodes Antipas. Esto sería un gesto de deferencia hacia Antipas, y brindaría a Pilato una salida. Podemos imaginarnos una sonrisa de desdén en labios de Pilato al hacer una señal con la mano

para que se hicieran a un lado los judíos mientras ordenaba que Jesús fuera conducido de su tribunal a la corte de Herodes Antipas (7).

Pilato pudo lisonjearse de su habilidad, pero su decisión era cobarde e injusta. Desde el momento en que se convenció de que Cristo era inocente, él tenía el deber de haberle dejado libre. No lo hizo. Este fue el comienzo de su culpa.

---

(7) Nos parece claro por el Evangelio de San Lucas, que Pilato tenía dos motivos para enviar a Jesús a Herodes Antipas. Quería deshacerse de un juicio que encontraba enojoso, y quería tener un cumplimiento con Herodes, con quien había tenido algunas dificultades. En circunstancias ordinarias un gobernador no tenía jurisdicción fuera de su territorio, pero había excepciones, y Pilato podía invitar a Herodes a tratar un caso en que estaba envuelto uno de sus súbditos. En estas circunstancias Herodes podía celebrar juicio en Jerusalén o podría haberse llevado al prisionero a su propio territorio de Perea o de Galilea. Pilato estaba tan convencido de la inocencia de Jesús que esperaba de Herodes el descargo. Él sabía que si Cristo hubiera sido culpable de los crímenes de que era acusado, haría tiempo que Herodes hubiera procedido contra Él.

## HERODES ANTIPAS

En un capítulo anterior hemos dicho que el Herodes con quien nos encontramos en la Pasión de Cristo era hijo de Herodes el Grande, de aquel rey infame por sus muchas hazañas crueles y depravadas, pero especialmente por la matanza de los Inocentes en Belén. Herodes Antipas (1) era un hombre intrigante e inteligente. Por su obsequiosidad para con los romanos y por su externa deferencia para con los sentimientos religiosos de los judíos, se mantuvo en el poder desde el año 4 antes de Cristo hasta el año 39 de la Era Cristiana. Como su padre, Antipas era un constructor. Para defender Galilea reconstruyó a Séforis, ciudad fortificada a tres millas sólo de Nazaret donde Jesús pasó su vida oculta. Construyó fortificaciones a lo largo de sus fronteras orientales para proteger su

---

(1) Los Evangelios cuando se refieren a él le llaman Herodes; Josefo le llama Antipas. Frecuentemente se juntaban los dos nombres para distinguirlo de su padre.



territorio de ataques por parte de los árabes. Como medida de protección ulterior, se casó con la hija del rey árabe Aretas. Se construyó una capital en la orilla oeste del mar de Galilea, a la cual llamó Tiberias en honra del Emperador. Los judíos devotos rehusaban vivir en la ciudad, sin embargo, pues estaba construida sobre sepulcros, y el contacto con una tumba ocasionaba la impureza legal por siete días.

Algunas de las más grandes crisis y crímenes de la carrera de Herodes, eran resultado de un amor ilícito. Residió por un tiempo con su medio hermano, Herodes Filipo (2). Herodes Antipas se enamoró apasionadamente de Herodías, esposa de Herodes Filipo, y ella le correspondió en el amor. El prometió divorciarse de su esposa y casarse con ella. Mientras tanto, sin embargo, la esposa de Antipas tuvo noticias de lo que se tramaba, y huyó a casa de su padre. El rey Aretas jamás perdonó la injuria hecha a su hija, y algunos años más tarde infligió una abrumadora derrota a los ejércitos de Herodes Antipas. Este casó con Herodías, la cual era no sólo su cuñada, sino también su sobrina.

Por este tiempo San Juan, el Bautista, estaba predicando y bautizando en la región recorrida por el río Jordán. El río formaba la línea divisoria entre Judea y Perea. Cuando Juan se hallaba en la orilla este del

---

(2) En los escritos de Josefo se le llama Herodes; en el Evangelio, Filipo. Parece que Filipo era su sobrenombre.

Jordán, estaba en territorio de Antipas. El matrimonio adúltero e incestuoso de Herodes y Herodías fue asunto de escándalo público; y Juan, conforme al espíritu de los profetas, lo denunció en términos claros a las multitudes que salían a oírle. El escándalo era mayor aún porque Herodes se presentaba como campeón y defensor de la religión judía. Juan no se contentó con la denuncia a distancia donde no corriera peligro, y ante una audiencia de sus mismos sentimientos; sino que salió en busca de Herodes, entró en uno de sus palacios y le echó una reprimenda a la cara. Debió de ser una escena extraña. Por una parte, el tetrarca con sus ricas vestiduras, rodeado de su corte, y en su ambiente palaciego; por la otra, el barbudo predicador del desierto, cuya demacrada figura estaba vestida de áspera túnica de pelo de camello, sujeta alrededor de su cuerpo por un cinturón de cuero.

Juan fue arrojado a una prisión en castigo, quizás a instigación de la mujer de Herodes. Herodías estaba hecha una furia. Las reprimendas y denuncias públicas hirieron su orgullo y pusieron en peligro su posición. Su reacción fue directa y fiera; su solución sencilla: Se determinó a matar a Juan. La única dificultad era encontrar un medio de lograrlo.

Pero la dificultad resultó ser el mismo Herodes. San Marcos nos dice que «Herodes miraba con respeto a Juan, sabiendo que era hombre justo y santo, y le protegía, y con lo que le oía andaba muy perplejo y

le escuchaba con gusto» (6: 20). Estas palabras dan luz sobre el carácter de Herodes. No había llegado a una total depravación. Reconocía y respetaba la virtud. Sentía una sincera atracción, especialmente bajo la influencia de Juan, a hacer el bien siguiendo cuanto le dictaba su conciencia. Pero Herodes era un débil. Se había acostumbrado a buscar lo gustoso y a evitar lo difícil. Se dejaría llevar de la corriente antes que luchar contra ella. Le faltaba el ánimo y energía para dominarse. En vez de liberar a Juan para que siguiese su obra predicando y bautizando, lo retuvo en la prisión. No sabemos cuándo ni por qué, pero sabemos por Josefo (*Ant.* 18, 5, 2) que Herodes trasladó a Juan a una prisión en Maqueronte, palacio amplio y al mismo tiempo fortaleza, construido por Herodes el Grande en el límite sur de su reino, en las llanuras de Moab con vista a las riberas llenas de precipicios que daban al mar Muerto.

En Maqueronte tuvo lugar la escena final de la vida de Juan. Herodes celebraba su cumpleaños con un gran banquete, al que había invitado a muchos de la gente principal de sus dominios. Como parte de la fiesta, probablemente en su punto cumbre, Salomé, hija de Herodías de un matrimonio anterior, bailó en obsequio de Herodes y sus invitados. Estimulados por el vino e intrigados por la vista de una joven de tan alto rango bailando ante ellos, Herodes y sus huéspedes recibieron este número rompiendo en una salva de



aplausos. Herodes quería mostrar su aprecio por la honra recibida. Sabía que eso gustaría no sólo a la joven, sino también a su madre. Llamando a sí a Salomé le dijo que pidiera lo que quisiera, y añadió bajo juramento que le daría «hasta la mitad de su reino». Para entonces el vino había nublado los sentidos de Herodes y le había privado del freno de la prudencia. Se comprometió pública y vocingleramente a dar a la joven lo que pidiera.

Salomé era una joven como de quince años en aquel tiempo y estaba bajo la influencia de su intrigante y decidida madre. Buscó el consejo de ésta para ver qué pedía. Herodías estaba preparada. De hecho ella había planeado la fiesta en esta forma, porque había esperado este desenlace. Sin un momento de vacilación, dijo a su hija que pidiera la cabeza de Juan el Bautista. Salomé entró de nuevo al salón del banquete, se acercó apresuradamente a Herodes, y dijo: «Quiero que ahora mismo me des sobre una bandeja la cabeza de Juan el Bautista» (Marc. 6: 25). Herodes quedó cogido en la trampa que él mismo había ayudado a armar. No quiso desagradar a Salomé, y menos a su madre. No quiso volverse atrás en una promesa hecha en presencia de tantos huéspedes. Por debilidad dio su consentimiento, y ordenó que Juan fuese ejecutado. Su cabeza fue llevada a Salomé en una bandeja, y Salomé se la presentó a su madre.



Herodes se affigió, pero su aflicción no fue ni profunda, ni duradera.

No hay razón para pensar que Cristo y Herodes se hubieran encontrado alguna vez antes del juicio de Cristo. No es imposible que Jesús de niño hubiera visto a Herodes. Desde las colinas situadas sobre Nazaret, se podía lograr una vista clara de Séforis, tres millas al noroeste, con sus nuevas murallas y su gran ciudadela. Herodes la había reconstruido, y la había constituido su capital, como lo fue hasta el año 18 después de Cristo. Era la ciudad más rica y populosa de la provincia, y no es improbable que la Sagrada Familia fuera a allá alguna vez a comprar objetos de uso doméstico y material para el taller de José. En alguna de estas ocasiones pudo Jesús haber visto a Herodes.

Descontentos en el pueblo de gran consideración caracterizaron el gobierno de Herodes Antipas, y por eso guardaba constante vigilancia a través de todos sus territorios. No fue mucho después del comienzo del ministerio público de Cristo, cuando Herodes comenzó a recibir informes de su predicación, y especialmente de los milagros que hacía. Estos informes levantaron en Herodes un miedo supersticioso; y de ellos sacó la conclusión de que Juan el Bautista, a quien él había asesinado, había resucitado de entre los muertos. Herodes llegó hasta a expresar deseos de ver a Jesús (Luc. 9: 9). Jesús nada tuvo que ver con él, y aún amonestó a los que le seguían: «Guardaos de

la levadura de los Fariseos y de la levadura de Herodes» (Marc. 8: 15).

Al final del último año de su ministerio público, Cristo estuvo en Perea, al otro lado del Jordán. Algunos Fariseos se llegaron a él para avisarle: «Retírate y marcha de aquí, porque Herodes te quiere matar» (Luc. 13: 31). Estaban en territorio de Herodes Antipas y no lejos de Maqueronte, donde Juan el Bautista había sido matado. Jesús podía muy bien haber estado en situación peligrosa.

Pero Jesús reconoció la trama: sabía que el aviso no era sincero. Los Fariseos le odiaban y preferían obligarle a partir para Judea, donde tenían mejor ocasión de matarle. Ellos estaban en convivencia con Herodes contra Jesús, considerado como el enemigo común. Pero Herodes no quería más derramamiento de sangre, y sentía que si Cristo huía ante una mera amenaza, perdería la veneración de sus seguidores y su movimiento fracasaría.

La respuesta de Jesús mostró que veía a través de los designios de sus enemigos. «Id y decid a ese zorro: Mira, lanzo demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana y al tercer día se acaba conmigo. Es menester con todo que hoy y mañana y al día siguiente prosiga yo mi viaje, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén» (Luc. 13: 32-33). Jesús se iría, pero se iría a la hora señalada por El mismo y no por Herodes o los Fariseos.

San Lucas (23: 5-12) no nos dice dónde residía Herodes en Jerusalén, pero con toda probabilidad era en el palacio de los Asmoneos. Este palacio estaba como a trescientos cincuenta metros de la fortaleza Antonia y fue construido sobre la cresta nordeste de la colina occidental de la ciudad. Se levantaba altivo sobre el profundo valle que cortaba la ciudad en dos, y desde sus muros y ventanas se podía ver abajo el área del Templo que se extendía a lo largo del valle hacia el este.

No hay duda que Pilato envió un mensaje oficial a Herodes informándole de lo que sucedía. De nuevo se formó una comitiva que salió en orden de marcha a través del gran portón oriental de la fortaleza Antonia, y torció al sur bajando al valle. Jesús, atado, iba rodeado de soldados romanos. Siguiendo detrás una abigarrada muchedumbre de príncipes de los sacerdotes, Escribas y Fariseos, sus auxiliares, y un grupo de curiosos y advenedizos. Después de unos pocos metros, la comitiva dobló al oeste y subió trabajosamente la escarpada colina hasta el palacio. Sus portones se abrieron rápidamente, pues se les esperaba. Los soldados con Jesús y sus principales acusadores, fueron introducidos al gran salón, donde estaba presente Herodes Antipas.

Por primera vez Jesús y Herodes se encontraron cara a cara. Para esta época Herodes era hombre como de cincuenta años y había gobernado Galilea y

Perea desde que tenía diez y siete. Codiciaba grandemente el título de rey, jamás se le concedía excepto en conversación popular, pero se rodeaba de toda la pompa y lujo de la realeza. Podemos imaginarnos que para una ocasión como ésta, se sentó en una silla colocada sobre una tarima ligeramente elevada, con vestiduras ricas pero informales. Oficiales de la guardia, cortesanos, y aun probablemente algunas mujeres de la corte, posiblemente Herodías también, se colocaron alrededor, esperando el comienzo de un asunto que podía proporcionarles un rato de diversión.

Jesús fue llevado hacia adelante, y quedó en pie frente a Herodes. San Lucas nos dice que Herodes se regocijó al verle. Había oído grandes cosas sobre El, que le habían impresionado. Pero no eran las enseñanzas de Jesús lo que más le había impresionado. Eran solamente sus milagros. Herodes era probablemente un hombre ya sin fe y pensaba que Jesús era un mago, un encantador, un prestidigitador que había logrado su influencia y fama por medio de sus artificios. Pero debe ser inteligente, pensaba Herodes, para ganarse la reputación que tiene por toda la tierra. Sería divertido tener aquí en este instante, una sesión privada, de las artes de este mago.

Hacedle sitio, ordenó Herodes. Desatadlo para darle oportunidad de mostrar su poder. San Lucas, nos dice que Herodes hizo muchas preguntas a Jesús. En esta ocasión probablemente estas preguntas nada te-



nían que ver con las acusaciones presentadas contra Jesús. Herodes tenía interés solamente en los poderes ocultos de Cristo. ¿Qué había hecho en realidad? ¿Eran verdaderos los rumores que corrían sobre Él? ¿Cuál era el origen de su poder? ¿Dónde había aprendido este «negocio»? ¿Daría algunas muestras de él ahora? Había hecho maravillas para la gente ordinaria, he aquí la ocasión de hacer impresión en los que de verdad contaban.

Jesús mantuvo completo silencio. No hizo caso a Herodes; obró como si no existiera.

Podemos imaginar que un silencio sorprendente llenó el salón. Aquel carpintero de Nazaret, aquel obrero ordinario que no poseía riquezas, poder, posición, aquel acusado cuya vida estaba en manos de Herodes, se atrevía a mostrar desprecio por el tetrarca no haciéndole caso y rehusando aun contestarle cuando le hablaba. Herodes tuvo que sentirse humillado a sus propios ojos y a los ojos de los presentes. Había recibido a Jesús favorablemente. Había mostrado placer al verle. No había actuado como juez o investigador. De hecho le había hablado más bien de manera amistosa. Y ahora Jesús, ¡le trataba así!

Los silencios de Jesús son muchas veces tan instructivos como sus palabras. Una de las razones obvias por la que permaneció callado en esta ocasión, fue que Herodes lo trataba como a un mero encantador. Jesús podía haberle contestado y elevado la conversa-

ción a un plano más alto, pero no lo hizo. Conocía a Herodes. En el alma cargada de vicios de Herodes, había aún una débil aspiración a cosas más altas, que todavía no había sido del todo extinguida por una vida disoluta, mundana e impura, pero era incapaz de un esfuerzo sincero en busca de la verdad. Aun en este momento solemne, con la vida de Cristo puesta en juicio, buscó sólo un pasatiempo para sí y para su corte. No merecía ni una palabra de labios de Cristo.

La reacción de Herodes fue de fastidio y de ira. Los jefes de los sacerdotes y los escribas estaban complacidos con este cambio de la situación y hacían esfuerzos apretando más los cargos contra Cristo. Probablemente hicieron las mismas acusaciones que habían hecho ante Pilato, añadiendo quizás el cargo de blasfemia, puesto que Herodes era, al menos de nombre, judío de religión.

Herodes no prestó atención a los cargos. Su red de espías le habían informado sobre las actividades de Cristo mucho antes, si fuera culpable. Para Herodes era un visionario, un fanático cuyos puntos de vista religiosos estaban en conflicto con los de los jefes de los judíos. Herodes no pensaba en un juicio, ni para hacerlo aquí en Jerusalén, ni más tarde en su propio territorio. De todos modos, ¿por qué había de complicarse la vida con Jesús como lo había hecho con Juan Bautista, cuya muerte había producido resentimiento profundo entre los que le consideraban como

un profeta? Además no había pensado en tomar demasiado en serio el gesto amistoso de Pilato. Comprendía bien que Pilato tenía sus propias razones interesadas al enviarle a Jesús.

Aunque rehusó condenar a Jesús, Herodes buscó la revancha y su revancha reflejó el carácter de aquel hombre. Había querido diversión para sí y su corte, y él la daría. Entre las acusaciones proferidas contra Jesús, una cautivó la atención de Herodes. Jesús pretendía ser rey. De seguro que eso era el colmo de lo ridículo. Herodes había buscado el título de rey, y aún no lo había conseguido. Y este pobre hombre, tan engañado estaba, que lo pretendía como un derecho.

Esto era cosa de risa. De la cólera pasó Herodes rápidamente a la jovialidad. Todo era una chanza, que había que disfrutar y llevarla hasta el fin. Traed una vestidura brillante como las que usan los reyes, ordenó Herodes. Y vestid a Jesús con ella. Los oficiales de la guardia obedecieron prontamente, encontraron una vestidura apropiada, quizás alguna que el mismo Herodes hubiera desechado, y se la pusieron a Jesús. Entonces Herodes propuso a todos que se unieran para dar obediencia burlescamente al rey.

Cuánto duró esta escena de burlas no sabemos, pero probablemente fue breve. Herodes y sus amigos se hastiaban pronto de cualquier placer y prontamente se volvían a otra cosa. Cuando Herodes por fin dio la orden de alto, mandó que Jesús fuese devuelto a Pi-



lato. Y para consumar su revancha, ordenó que Jesús fuese conducido a Pilato a través de las calles de Jerusalén llevando aún el manto brillante de su realeza de burlas (3).

San Lucas añade un extraño epílogo a este incidente que acabamos de describir: «Hiciéronse amigos uno de otro Herodes y Pilato, aquel día, pues antes eran enemigos entre sí» (23: 12). El Evangelista no da razón de esta hostilidad. Pudo haber sido el incidente que Lucas refiere un poco antes, cuando hace referencia a los «Galileos cuya sangre había mezclado Pilato con las de sus víctimas» (13: 1). Como Galileos, eran súbditos de Herodes. El historiador judío Filón refiere también que cuando Pilato probó a llevar las insignias idolátricas a la ciudad santa, los hijos de Herodes el Grande se pusieron del lado de los judíos en contra de Pilato.

Cualquiera que fuera la razón de la enemistad, la muestra de cortesía y deferencia de Pilato enviando a Jesús a Herodes terminó con ella. Tenían los dos poca cosa en verdad de qué envanecerse. El plan de Pilato no había resultado como él esperaba, y se encontraba con Jesús en el patio, devuelto sin ser juzgado. Y Herodes comprendía que Pilato había querido complicarle en un caso peligroso. Es probable que

---

(3) La palabra griega que describe la vestidura con que Herodes vistió a Cristo, está mejor traducida por «brillante». Podía hacer referencia a cualquier vestidura blanca con brillo, o a cualquier otro color brillante.



ambos querían la reconciliación. Herodes sabía bien que Pilato era un representante del poder de Roma y tenía que tener alguna influencia en Roma para conseguir y conservar su puesto de procurador. Pilato sabía que Herodes era un favorito del Emperador Tiberio. Sabemos que más tarde Herodes envió informes secretos al Emperador sobre Vitelio, legado en Siria. Quizás sospechaba Pilato que se estaba haciendo lo mismo con él. Triste comentario sobre sus caracteres: que estos dos hombres, en presencia de Jesucristo cuya vida estaba en sus manos, limitaban su interés a una reconciliación en favor de sus ambiciones personales (4).

---

(4) Herodes Antipas tuvo un fin desgraciado. Cuando su hermano Filipo, también tetrarca, murió, el Emperador Calígula designó a Agripa, sobrino de Herodes, en su lugar con el título de Rey. Este era el título que Herodes tanto había deseado. Incitado por su mujer Herodías, salió para Roma con el fin de pedir al Emperador el mismo título para sí. Olfateando lo que se trataba, Agripa envió mensajeros al Emperador acusando a Herodes de tramitar una revuelta. El Emperador depuso a Herodes, confiscó sus territorios y posesiones, y le envió desterrado a una ciudad de las Galias llamada Lugdunum, probablemente el lugar llamado hoy Saint-Bertrand de Comínges, no lejos de la frontera española. A Herodías se le concedió la libertad, pero ella escogió el destierro junto al hombre sobre el cual había ejercido tan depravada influencia. La historia los abandona, desconocidos y olvidados, en el destierro.

## CRISTO DEVUELTO A PILATO

La satisfacción de Pilato por su reconciliación con Herodes, quedó desvirtuada por el hecho de que su astucia no había producido efecto y ahora se encontraba de nuevo en el patio de la fortaleza Antonia rodeado de guardias y consejeros, de cara a los principes de los sacerdotes, escribas y ancianos. A un lado estaba Jesús de pie, atado aún y guardado por los soldados romanos. Pilato halló difícil sacar la causa del punto muerto. Los sanedritas acusaban a Jesús, Pilato desestimaba sus cargos, y Jesús permanecía en silencio. No era fácil decidir el caso por ninguno de los dos caminos. Era contra la disposición de Pilato declarar culpable a Jesús, pues creía que era inocente y que le acusaban por odio. Tampoco era fácil declararle inocente en vista de la gravedad de los cargos, el rango de los acusadores y la publicidad que ya tenía el asunto.

Los recursos de Pilato no se habían agotado. Jugó

ahora la parte del juez débil y diplomático. Invitó a reunirse a los acusadores de Jesús para poderles hablar más íntimamente. Tomó un aire de razonable condescendencia: «Me presentasteis a ese hombre como amotinador del pueblo, y he aquí que yo, habiéndole interrogado delante de vosotros, no hallé en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis. Pero ni Herodes tampoco, pues lo remitió a nosotros; y he aquí que nada digno de muerte se le ha probado» (Luc. 23: 14-15).

Las palabras de Pilato eran un resumen del proceso hasta el momento presente. El había examinado a Cristo delante de ellos, y lo había encontrado inocente de los cargos presentados por ellos. Lo había enviado a Herodes, y el tetrarca no había encontrado causa de pena capital. La afirmación de Pilato era ciertamente un veredicto implícito de no culpabilidad.

Por esto sus próximas palabras son tan chocantes. Demasiado tímido para decidir el caso definitivamente en favor de Cristo, ahora echa un bocado a sus acusadores para apaciguarlos añadiendo: «Le castigaré, pues, y le soltaré» (Luc. 23-16). Ha declarado a Cristo inocente y aun así concluye que lo hará azotar, porque este es el significado de la palabra usada. No podemos penetrar en el mecanismo de la mente de Pilato, y es difícil de concebir cómo pudo él justificar su propuesta, aun a sí mismo. Quizá se dijo a sí mismo: donde hay humo hay fuego; que tenía que haber

alguna razón para tanto ruido; que en todo caso Jesús era un fanático que se había metido en esta situación por su culpa y necesitaba se le diera una lección. Nunca faltan excusas a una conciencia culpable.

En este momento hubo una interrupción en el juicio. Pilato y los demás con él podían oír las voces de una turba que subía de la ciudad abriéndose camino por los espacios que conducían al gran patio. Algunos de los recién llegados se mezclaron con los acusadores de Cristo ya reunidos allí, mientras otros menos escrupulosos sobre impurezas legales, se metieron a empujones en el patio pavimentado de grandes planchas de piedra, donde Pilato afrontaba a los acusadores de Cristo.

Se había corrido la voz por la ciudad de que Pilato estaba en la Antonia por pocos días, y aun que estaba celebrando juicios. Algunos del pueblo recordaron el privilegio que se les había concedido de demandar la libertad de un preso con ocasión de la Pascua. Esta concesión por parte de los romanos era particularmente apropiada para esta fiesta en la cual se celebraba la liberación de los israelitas de la esclavitud de Egipto. La costumbre de liberar algún prisionero en honor de alguna gran ocasión era conocida para los romanos y para otras naciones de la antigüedad. En derecho romano, la *abolitio* se concedía antes de la condenación y tenía el efecto de discontinuar el proceso, la *indulgentia* era un perdón después de la



condena. La *indulgentia* era mucho más rara, y, al menos más tarde, solamente se podía conceder por el Emperador (1). Parece que esta práctica era una concesión especial de los romanos a los judíos, ya que San Juan refiere que Pilato les dijo: «Es costumbre vuestra que yo os suelte un preso por la Pascua» (Juan 18: 39). Una costumbre semejante existía en Egipto breve tiempo después. Un papiro, que data del 86 al 88 después de Cristo, da el relato de un juicio ante Septimio Vegeto, Prefecto de Egipto. Cierta Fibión había intentado tomarse la justicia por su mano cayendo sobre su adversario y sus mujeres. El Prefecto declaró que debía ser azotado, y añadió: «Yo te perdono como un favor a la muchedumbre».

La presencia del nuevo grupo de gente que a empujones pretendía abrirse camino hasta adelante y se mezclaba con los acusadores de Jesús, produjo diferente efecto en los jefes de los judíos y en Pilato. A los enemigos de Cristo seguramente no les agradó esta interrupción. Los recién llegados eran gente del pueblo ordinario, y algunos de ellos pudieran mostrarse inclinados hacia Jesús. Pudiera ser también que estuvieran en el grupo algunos de sus seguidores galileos, venidos a Jerusalén como peregrinos para la fiesta. Pi-

---

(1) En el caso de Cristo y Barrabás tuvo lugar una abolitio. Cristo no había sido condenado, y parece que Barrabás aún no había sido llevado al tribunal. Se hace mención de él solamente como preso.

lato, sin embargo, recibió con agrado la interrupción. Pensó inmediatamente que podrían traerle el medio de salir con la suya. En todo caso, desde este momento el juicio de Jesucristo entró en una nueva fase. Había ahora un elemento nuevo, un grupo del pueblo de Jerusalén frente a Pilato, que desde este momento tomó parte activa e influyente en decidir el destino de Jesucristo.

Pilato tomó ventaja de este súbito cambio de los sucesos para proponer a la turba a Jesús como el prisionero que debía ser libertado. «¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?» (Marc. 15: 9). Pilato esperaba que el pueblo respondería que sí. Esperaba tal respuesta, pues debía conocer que Jesús era mirado favorablemente por el pueblo sencillo. El desprecio de Pilato por los judíos se mostró, aun ahora que andaba buscando influenciarlos a su favor, cuando señaló a Jesús como «rey de los judíos». Ciertamente que su audiencia no se dejaría ganar presentándole a su rey como un prisionero atado y humillado.

En este momento el nombre de Barrabás se dejó oír en labios de la turba. Es posible que fuera idea de Pilato el proponer escogieran entre Jesús y Barrabás, pero parecía más probable que algunos de la turba habían venido con el propósito expreso de pedir la libertad de Barrabás. Aún más, es posible que algunos de los partidarios suyos estuvieran entre ellos. Según los gritos a favor de Barrabás subían y se multiplica-

ban, Pilato preguntó un poco incrédulamente: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, llamado el Mesías?» (Mat. 27: 17) (2).

¿Quién era este hombre que apareció brevemente en el escenario de la historia, y desapareció tan de súbito como por completo? El nombre de Barrabás era muy común en aquel tiempo y significa sencillamente «hijo del padre». Los Evangelios nos dicen pocos datos sobre él. San Mateo habla de él como de «un preso notable» (27: 16). El adjetivo griego usado por el Evangelista, es usado más frecuentemente en el sentido de «famoso». San Marcos dice que Barrabás «estaba en prisiones junto con los amotinados, que en el motín habían perpetrado un homicidio» (15: 7). San Lucas (23: 19) lo menciona como un hombre «el cual con motivo de un motín acaecido en la ciudad y de un homicidio había sido echado en la cárcel». San Juan dice sencillamente «era este Barrabás un saltador» (18: 40). San Pedro hace alusión a él en una arenga a los judíos en el recinto del Templo después de la resurrección de Cristo. «Vosotros negasteis», dice, «al Santo y al Justo, y demandasteis que se os hiciese gracia de un hombre homicida» (Hechos 3: 14).

Los Evangelios no nos dan suficiente información para identificar a Barrabás con certeza, pero

(2) En algunos manuscritos primitivos este texto dice: «¿A quién queréis que os suelte, a Jesús Barrabás o a Jesús que es llamado Cristo?» El peso de la autoridad en los manuscritos está contra esta lectura.

parece probable en alto grado, que era miembro de la secta de los Zelotes. Los Zelotes, en su mayor parte, salían de entre los Fariseos. Eran, sin embargo, extremistas y consideraban a sus camaradas los Fariseos como débiles y pasivos. Los Zelotes creían en la acción. Que los fariseos fueran al templo a rezar; ellos solucionarían todo con la espada en la mano.

Los Zelotes creían que el pueblo judío no debía someterse a ningún amo de este mundo, sino a solo Dios. Persuadían al pueblo a rehusar el tributo a los romanos. Eran fuertemente nacionalistas y ardían en espíritu de independencia. Ellos identificaban completamente los intereses de Dios y los de su nación. Eran culpables de asesinatos políticos, sediciones, motines, robos y otros crímenes. Dondequiera se hacían con el poder, se volvían crueles y tiranos sin blanduras. Tuviron mucha parte en incitar a la rebelión al pueblo judío contra los romanos, rebelión que terminó con la tremenda catástrofe de la destrucción de la ciudad y el Templo en el año 70 después de Cristo.

En este punto hubo otra interrupción en el juicio, la cual dio la oportunidad a los jefes judíos de persuadir al pueblo que se manifestara a gritos, a favor de Barrabás. Pilato había estado de pie durante el juicio. Ahora, por dejar al pueblo unos minutos para determinar su decisión, se sentó en una silla curul que había sido colocada en una elevada plataforma llamada tribunal. Mientras estaba sentado allí, un men-



sajero se dirigió directamente a él para entregarle una nota de su esposa. Decía así: «No te metas con ese justo, porque he sufrido mucho hoy en sueños con motivo de él» (Mat. 27: 19).

Bajo la República, Roma había prohibido a los magistrados llevar sus esposas a las provincias, pero esa ley dejó de ser aplicada durante el Imperio. No era de ningún modo sorprendente que la esposa de Pilato le hubiera acompañado desde Cesarea a Jerusalén y fijara su morada en la parte construida a modo de palacio, en la porción sur de la fortaleza Antonia. Desde las ventanas y paredes podía disfrutar una clara vista de todo el recinto del Templo donde se concentraban la actividad y las ceremonias de este período de fiestas. Hay una tradición bastante antigua, de que su nombre era Prócula (o Procla), y que se había convertido a la religión judía.

¿Fue un sueño de origen natural o sobrenatural? Es posible que fuese natural. Viviendo en Cesarea no es improbable que hubiera oído hablar de Jesús, y aun se hubiera interesado en su doctrina. Muy bien pudo tener conocimiento del arresto de Jesús la noche precedente. Su tormento por la parte que su marido estaba tomando en estos sucesos, pudo haberle causado su sueño. Mucho más probable es, sin embargo, que su sueño tuvo origen sobrenatural. Tal fue evidentemente en el pensamiento de San Mateo, o no se hubiera molestado en consignarlo. Este sueño fue un aviso dado

a Pilato para cambiar el curso del juicio en que se había embarcado, antes de que fuera demasiado tarde. El Evangelista registra su reacción. Es probable que quedara afectado por ello y aun confirmado en alguna manera a hacer resistencia a la maliciosa presión ejercida por los enemigos de Cristo. Es digno de notarse que San Mateo, quien es el único en consignar el sueño de la esposa de Pilato, es también el único Evangelista que consigna el lavatorio de manos hecho por Pilato al fin del juicio. Pudo haber sido idea de San Mateo que el sueño aumentó en Pilato el sentido de responsabilidad y le movió a que intentara limpiarse de su culpa.

Mientras Pilato estaba sentado en su silla curul esperando la decisión del pueblo y leyendo la nota de su esposa, los enemigos de Cristo no habían perdido el tiempo. No tuvieron dificultad en permitir a los de su grupo a que escogieran a Barrabás. Los príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos se mezclaron con los recién llegados, aquellos que habían venido a asegurar la libertad de un prisionero, y les persuadieron a que pidieran a Barrabás más bien que a Jesús. Cuando Pilato creyó que el pueblo había tenido tiempo suficiente para hacer su elección, se levantó, pidió silencio, y les preguntó: «¿A quién de los dos queréis que os suelte?» (Mat. 27: 21).

La respuesta fue: «Barrabás», la cual salió pronta y con fuerza de miles de gargantas. San Lucas pone

en claro que no hubo duda ni vacilación o diferencia de opinión. «Levantaron el grito toda la muchedumbre a una diciendo: Quita de enmedio a éste y suéltanos a Barrabás» (Luc. 23: 18). Fue un clamor más que una respuesta, y en ese clamor solamente se oía cada vez un nombre, casi como un estribillo: «Barrabás, Barrabás». En su excitación la turba ya no gritaba precisamente en favor de la liberación de Barrabás; gritaba desafortadamente contra Cristo: «Quita de enmedio a éste». Ellos no podían hacer más para mostrar su completo acuerdo con los acusadores de Cristo.

Pilato se sobresaltó con este cambio de los sucesos. Había pensado que esta elección era imposible. Se había sentido confiado en que la turba de gente sencilla, no participaría de la malicia y odio de los sanedritas. Ahora se había metido más profundamente en dificultades. Tenía que luchar no sólo con los sanedritas y sus seguidores, sino también con el grupo de los que llegaron más tarde, en el cual había puesto su esperanza de librarse del dilema en que se hallaba. En vez de serle de ayuda, se le habían convertido en obstáculo.

Las próximas palabras de Pilato muestran hasta dónde había perdido la calma y compostura: «¿Qué haré, pues, de Jesús, el llamado Mesías?» (Mat. 27: 22). En su confuso estado de mente, Pilato abdicaba virtualmente de su prerrogativa de juez. Preguntaba a

una rugiente multitud qué debía de hacer con el acusado. Puso su destino en sus manos. Se les había concedido el derecho de pedir se diera libertad en su gracia a un prisionero; nunca se les había concedido el derecho de decidir qué se debía de hacer con otro.

Si Pilato no alcanzó a ver su error en el momento en que sus palabras salieron de sus labios, no tuvo mucho que esperar. La respuesta fue pronta y cruel: «Crucifícale» (Marc. 15: 13). Al principio habían gritado solamente: «Quita de enmedio a éste». Ahora, urgidos por los sanedritas, gritaron estas terribles palabras: «Crucifícale».

Enardecida hasta el furor por los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos, la turba no se saciaría ya ni con la muerte. Ellos querían para Jesús la cruel y tremenda muerte en cruz. Pilato estaba vacilante y confuso. De nuevo hizo la fútil pregunta: «¿Pues qué mal ha hecho?» Y luego repitió la vacuidad de que ya que le había encontrado inocente le castigaría y le dejaría libre (Luc. 23: 22). Pero la turba y sus jefes conocían a Pilato. Habían tenido que vérselas con él anteriormente. Conocieron que se estaba ablandando ante su insistencia. Se negaron a discutir con él y aun a proponer nuevos cargos contra Jesús. Ellos simplemente siguieron gritando una y otra vez: «Crucifícalo, crucifícalo; sea crucificado, sea crucificado». Su grito de sangre retumbó en las grandes arcadas de la entrada abovedada, donde la mayor



parte de la turba estaba reunida, y el eco respondió desde los altos muros de piedra de la Antonia. Nada que no fuera la sangre de su víctima podía satisfacer ya su rabia.

Pilato consintió en seguirles, pero no todo el camino. Insistiría en su propuesta de que Cristo fuera castigado y dejado en libertad. Volviéndose a los guardias que tenían a Jesús preso, les dio la orden de azotarlo. Al mismo tiempo dio el mandato de libertad para Barrabás.

Es extraño, en verdad, que hubiera tan gran diferencia entre la acogida que dio a Jesús el pueblo el Domingo de Ramos, y el Viernes Santo sólo cinco días después: los hosannas y los benditos del Domingo de Ramos, se convirtieron por completo en los «Quítale de enmedio, crucifícale», del Viernes Santo. ¿Qué causa pudo haber capaz de producir tal cambio? Las razones deben buscarse principalmente en la persona de Barrabás y en el acrecerse de la turba durante el juicio.

Se ha pintado frecuentemente a Barrabás como un despreciable salteador. Probablemente no fue nada de eso, como hemos visto. Mientras que algunos de los más prudentes podían ver en él una amenaza y lamentaban sus actividades, no es del todo improbable que Barrabás para muchos del pueblo era algo así como un héroe. En la elección entre el incendiario que cautivaba su imaginación por sus sangrientos ac-

tos de violencia contra los romanos, y Jesús, quien aconsejaba paz y amor, el pueblo fácilmente se dejó persuadir a votar por un hombre de violencia más bien que por el hombre de paz.

Los Evangelios nos dan pocos datos sobre la turba que llegó durante el juicio para pedir la libertad de un prisionero según la costumbre. Es poco probable que se tratara de algo así como un general concurso del pueblo. Probablemente estaba constituida por aquellos que tenían un interés especial en la costumbre, porque tenían en mente un prisionero especial. No podemos concluirlo con certeza, pero muy bien pudo ser que la turba estaba compuesta por amigos y partidarios de Barrabás, y habían venido a la Antonia con el expreso propósito de requerir su libertad. Si esto es verdad, y fue idea de Pilato obligarles a una elección entre Jesús y Barrabás en la esperanza de orientar la petición de clemencia a favor de Jesús, se entiende que sus esperanzas fueran leves. Además, fue una necedad de Pilato pensar que podría ejercer influjo en esta turba de judíos patriotas y antirromanos para que siguieran los deseos de Pilato más bien que los de sus jefes propios.

Las multitudes que vitorearon a Cristo el día de Ramos, eran probablemente galileos en su mayor parte, que estaban acampados fuera de la ciudad. Jesús era de Nazaret y había pasado toda su vida en Galilea. Era uno de los suyos: su profeta. La turba que

subió a la Antonia para demandar la libertad de un preso la constituía probablemente gente de Jerusalén. No eran tan favorables a Jesús. De hecho Cristo no había pasado mucho tiempo en Jerusalén entre ellos. Despreciaban a los galileos y miraban con sospecha y desdén a cualquiera cosa que partiera de Galilea. Además, sus ideas mesiánicas eran probablemente más parecidas a las de los Zelotes que a las enseñanzas de Jesús en cuanto al reino de Dios. Y de todos modos, ¿cómo podía este hombre ser el Mesías? Allí estaba El, indefenso, en manos de los soldados romanos. Además, había sido condenado como blasfemo por la más alta corte judía de la nación, formada por los hombres más venerados del pueblo, hombres que eran los guardianes y aun la encarnación de las más sagradas tradiciones de su raza y de su religión. Si alguno del pueblo se sintió inclinado a dudar o a favorecer a Jesús, pronto fue víctima de la psicología de las turbas y se unió a los demás en demanda de su suerte.

Tres evangelistas consignan que Cristo fue azotado. San Lucas solo no hace alusión directa a este suceso, aunque refiere que Pilato dijo dos veces que haría azotar a Jesús y le soltaría (23: 16, 22). Aun los tres evangelistas que mencionan los azotes, los consignan como un hecho consumado. Sin duda que sólo

bajo un sentimiento de conmoción pudieron consignar aun años más tarde, que Jesucristo, el Hijo de Dios, fue sometido a esta vergonzosa tortura. Además, los lectores primeros de los Evangelios no tenían necesidad de ser informados de los detalles de los azotes, pues era una forma de castigo común, vista frecuentemente en cada aldea y ciudad del Imperio.

Jesús fue azotado en el mismo patio en que tenía lugar el juicio, y delante de los asombrados ojos de sus enemigos. Los azotes entre los romanos eran una acción pública. Se administraba en el foro o ante el tribunal del juez que había dado la sentencia. Por lo que sucedió más tarde, es evidente que Pilato no se quedó a presenciar los azotes de Jesús. Probablemente retornó al palacio para atender a otros negocios, que esperaban su atención durante su breve estancia en Jerusalén.

Los romanos infligían los azotes por varias razones. Se usaban como una tortura para arrancar una confesión o para asegurar otra información (Hechos 22: 24). También eran una pena de muerte en sí mismos. Verres, Gobernador de Sicilia (73-71 antes de Cristo) dio sentencia contra cierto Servilio: «Moriere virgis» (Serás azotado hasta morir), y los broncos vergazos de seis lictores cuidaron de que así fuera. Los azotes eran usados también como un castigo preliminar para los condenados a muerte. Y en verdad que era el prelude ordinario de la crucifixión. En algunos



casos era impuesto por el juez como un castigo por sí mismo. Si tuviéramos solamente los Evangelios de San Mateo y San Marcos, sospecharíamos que los azotes fueron infligidos a Cristo después de haber sido condenado a ser crucificado. El Evangelio de San Juan prueba claramente que, en este punto del juicio, Pilato condenó a Jesús a ser azotado solamente, y que lo hizo en la esperanza de que los judíos se contentarían con este castigo menor que la muerte.

Puesto que Jesús fue condenado por un juez romano, fue azotado a la manera de los romanos, y esta manera era bárbara. La víctima era primeramente despojada de sus vestidos y luego amarrada fuertemente con seguridad a un poste bajo o pilar, de modo que tenía que doblarse, exponiendo sus espaldas y hombros más fácilmente a los latigazos. En las provincias y en los casos de esclavos y criminales, se usaban ya el *flagellum* ya el *flagrum*. El *flagellum* era un látigo de correhuelas de cuero. El *flagrum* era de dos clases: una consistía en correhuelas de cuero a las cuales se habían aplicado pequeñas piezas de hueso o metal; la otra estaba hecha de cadenas finas de hierro con piezas de metal en los extremos. No sabemos si se usó el *flagrum* o el *flagellum* al azotar a Cristo Jesús. De hecho, era poca la diferencia, pues ambas maneras infligían intenso dolor. El *flagellum* cortaba finos surcos en la piel y producía el efecto de desollar casi a la víctima viva. El *flagrum* machacaba y ahondaba bajo

la piel hasta tal extremo que pedacitos de carne eran a veces arrancados del cuerpo.

La ley judía limitaba el número de golpes a cuarenta; y, en la práctica, solamente eran infligidos treinta y nueve, para que no se quebrantara la ley por error de cuenta. La ley romana no hacía limitación alguna. El único límite era que la víctima quedara viva, si tenía que pasar por el castigo de la pena capital. No era raro, sin embargo, que el azotado muriera bajo el látigo. Los Evangelios no nos ofrecen información en cuanto al número de azotes dados a Jesucristo. Por una parte, Jesús quedó considerablemente debilitado, puesto que quedó incapaz de llevar su cruz hasta el Calvario: y por otra parte no fue azotado hasta casi quedar muerto, pues Pilato se sorprendió cuando supo que había muerto en la cruz después de sólo tres horas. El azotar a Jesús fue confiado a los soldados. Los soldados romanos de guarnición en Palestina eran auxiliares reclutados de entre los pueblos limítrofes, quienes odiaban a los judíos de modo que podemos estar seguros que no se sentirían muy inclinados a ser piadosos con su víctima.

Es fácil hacerse clara idea de lo que sucedió en los azotes de Jesús por algunos incidentes referidos en la historia. En su denuncia contra Verres, Cicerón nos dice que mientras Servilio estaba hablando al tribunal en su propia defensa, «fue rodeado por seis fornidos lictores, con gran experiencia en golpear y herir los

hombres. Ellos le golpearon lo más cruelmente con vergas; finalmente el primer lictor Sextio... volvió su verga en redondo y comenzó a dar latigazos en los ojos del pobre infeliz. Este cayó al suelo con su rostro y sus ojos hechos un río de sangre; pero a pesar de todo eso ellos continuaron golpeándole en los costados, aun después que cayó descaecido... Entonces reducido a este estado, fue sacado afuera de allí y de hecho murió poco después» (*Contra Verres*, 2, 5, 54).

Y este incidente descrito por Cicerón fue un golpear con vergas, no una flagelación, que ésta era aún peor.

Otros incidentes echan luz sobre la horrible crueldad de los azotes al estilo romano. Filón, escribiendo acerca de los judíos de Alejandría que fueron azotados por orden del prefecto Flacco, refiere que algunos murieron bajo los azotes y los restantes se restablecieron después de larga enfermedad (*In Flaccum*, 10, 75). Josefo refiere que Albino, el procurador romano de Judea, a un falso profeta, Jesús, hijo de Ananías, lo hizo ser «desollado hasta los huesos a fuerza de azotes» (*Guerras*, 6, 5, 3). En el Martirio de Policarpo leemos de los primeros cristianos que «fueron desgarrados con azotes hasta que se vio el mecanismo de su carne, aun hasta las mismas venas y arterias».

Los Evangelistas se abstienen de dar detalles sobre los azotes de Jesús. Fue un castigo al estilo romano, infligido por soldados romanos, por orden de un juez

romano, y así tenemos alguna idea de lo que debió de ser. A ello se juntó la vergüenza de la desnudez, el dolor físico horrible y la infamia de ser condenado a un castigo de esclavos y criminales.

Jesús debió ofrecer una visión lastimosa cuando, por fin, los soldados dejaron caer los látigos y se pusieron a enjugar el sudor de sus frentes. Estaba cubierto de sangre. Su sangre goteaba de sus heridas hasta el suelo. Su pecho, cuello, hombros, espaldas, caderas y piernas estaban rajados como con cuchillos y rayados con ribetes azules y magulladuras hinchadas. Su mismo rostro estaba cortado y desfigurado por los latigazos que habían llovido sobre El. Quedaba en tal estado, que escasamente podría ser reconocido aun por aquellos que le conocían mejor.

Después de los azotes de Jesús hubo una pausa en el juicio. Pilato se había ido a sus oficinas en la parte sur, acomodada como palacio, de la fortaleza Antonia, y no había regresado. Los soldados arrojaron a Jesús sus vestiduras y se acomodaron para esperar mientras El se vestía. Estaban cansados de su tarea nada estimulante. Repentinamente uno de ellos hizo una sugerión para pasarlo más divertido mientras se hacía tiempo, y la idea prendió en los soldados. Empujaron a Jesús hacia la esquina nordeste del patio, en el extremo opuesto al portal donde sus acusadores estaban



congregados. En esta parte los soldados estarían libres de poder ser observados por Pilato y los judíos, y estarían apartados de la senda directa de tránsito entre las puertas occidentales y la entrada a las habitaciones del procurador. Este lado de la Antonia era parte de los cuarteles de los soldados. San Mateo (27: 27) la llama «pretorio»; y San Marcos (15: 16), «patio del pretorio». Era probablemente una extensión del patio pavimentado hacia una de las secciones más interiores de la Antonia.

En este área se han hecho en años recientes algunos descubrimientos muy interesantes. Grabados en las grandes planchas de piedra hay contornos usados para jugar juegos romanos, semejantes a los encontrados en otras partes, especialmente en establecimientos militares. Particularmente significativo es el contorno de un juego que cubre tres de las planchas de piedra próximas a la escalera. En lo más alto hay una corona erizada, y todas las líneas convergen cerca del fondo hacia una espada. La letra B, probablemente indicando Basileus, la palabra griega por rey, aparece en varios lugares, lo cual indica que el juego que se jugaba en aquel lugar era juego de azar conocido como juego real, el juego del rey, Basiliscus. La corona y la espada recuerdan los Saceos de los persas y los Saturnales de los romanos, carnavales burlescos en que un hombre era vestido con insignias de oropel de un rey, para darle todos los privilegios y honores de

rey solamente para ser matado al fin por la espada.

Sería esforzar demasiado la imaginación el ver alguna conexión entre los sucesos que tuvieron lugar en la Antonia en el primer Viernes Santo, y los Saecos de los persas y Saturnales de los romanos. El juego que los soldados jugaban en los contornos trazados en las planchas de piedra, era simplemente un juego de azar de soldados, jugado con dados o tabas. Es posible que los soldados pensaran que sería mucho más divertido jugar el juego del rey con un rey real, vivo, con apariencias de tal, que con dados o huesos. No es necesario presuponer, sin embargo, esto. Toda la mañana habían estado oyendo repetir los cargos contra Cristo de que pretendía ser rey. Estos soldados romanos eran griegos o samaritanos, y odiaban a los judíos. En el estado lastimoso en que veían a Jesús en aquel momento, les parecería ciertamente como que tenía derecho a ser rey de los judíos. Uno de los soldados propuso el tratarle como a tal rey. La sugerión fue recibida con aclamaciones; se corrió una invitación a los otros soldados de la cohorte (3) para

(3) Los Evangelios hablan de una cohorte, décima parte de una legión. La cohorte contaba ordinariamente seiscientos hombres, pero a veces no completaba este número. La palabra griega usada en este caso, sin embargo, se usa frecuentemente en vez de un manípulo, o tercera parte de una cohorte. Había cinco cohortes de guarnición en Cesarea y una en la Antonia. Pilato llevó probablemente consigo una a Jerusalén como escolta, y puede ser que sea a esta cohorte a la que se hace alusión. Es probable que el encargo de azotar a Cristo fuese confiado a un pequeño retén de soldados, y que éstos fueron los cabecillas en la coronación de espinas

que vinieran y se unieran a la farsa; y entonces dio comienzo el cruel pasatiempo.

Tan pronto como se hubo reunido un grupo bastante grande, los soldados despojaron a Jesús. Le quitaron sus vestiduras exteriores solamente, pues esto era lo único necesario para su propósito. Luego le arrojaron un manto de escarlata sobre sus hombros (4). El manto era probablemente una clámide desechada por uno de los soldados, pues aun los soldados llevaban tales vestiduras de brillantes colores. La clámide se sujetaba con un broche sobre el hombro derecho, y caía sobre el lado izquierdo del cuerpo. El color era una imitación de la púrpura real: una burla a las regias pretensiones de Jesús. La parte más importante de la farsa era la corona, y los soldados buscaron en los alrededores algo que pudiera servir para ese fin. Uno de ellos saltó con una idea. Cerca había un haz de ramas de espino usadas como leña para encender lumbre. Manejándolas con cuidado, trabaron algunas pocas ramas en forma de corona. Sacaron un taburete o banco para servir como de trono, sentaron a Jesús en él, y apretaron la corona de espinas sobre su cabeza (5). En estos momentos su propósito era burlarse

y en las burlas. Otros soldados que estaban libres se colocaron alrededor y disfrutaron del espectáculo, y algunos de ellos probablemente tomaron parte en él.

(4) Mat. 28: 28. Marcos (15: 17) lo llaman una clámide de púrpura. No hay contradicción, pues los antiguos hacían poca distinción entre estos colores.

(5) No podemos estar seguros de si fue una diadema que rodeaba la cabeza, o una corona que la cubría. Se han escrito sabias



de Jesús más bien que infligirle dolor físico. Con todo, era imposible apretar la corona de espinas en su cabeza sin pincharle el cráneo y la frente, causándole dolor. Nada faltaba ya para completar las insignias reales sino un cetro. Pronto un soldado encontró algo aceptable, una caña. Se la colocaron en su mano derecha sin que ofreciera resistencia y le cerraron la mano sobre la caña para que la sostuviera firmemente. Los soldados que dirigían la farsa, dieron entonces un paso hacia atrás, miraron a Jesús con escrupulosidad para ver qué tal estaba, y llegaron a la conclusión de que habían hecho una buena faena al constituirlo rey de burlas. Volviéndose al círculo ancho de soldados que estaban de pie observando, les invitaron a unirse a la chanza.

Comenzó entonces la burla de Jesús. Uno por uno, los soldados se presentaban delante de El, se inclinaban en señal de reverencia, doblaban las rodillas ante El, gritando al hacerlo: «Salud, Rey de los judíos», imitando burlescamente el saludo romano: «Salud, César». Aunque eran soldados romanos, pero eran orientales y conocedores de las costumbres orientales de saludar al monarca con un beso ceremonial. Se acercaban, pues, a Jesús como para besarle; pero en

---

disertaciones sobre la clase de espinas usadas en la coronación de Jesús. Sólo se puede llegar a la conclusión de que ya que los Evangelistas no nos lo dicen, nosotros no lo podemos saber. En la vecindad de Jerusalén crecen variedad de arbustos con espinas, y la corona pudo ser hecha de muchas de aquellas variedades.



lugar de besarle, escupían sobre El. Tomando la caña de sus manos, le golpeaban con su extremo más pesado, metiéndole las espinas dentro de la cabeza; y luego le golpeaban de nuevo con sus manos y puños.

No sabemos cuánto tiempo duró esta escena de bur-las; probablemente hasta que los soldados se cansaron de su cruel diversión o hasta que Pilato mandó a buscar a Jesús. Los términos usados por los Evangelios indican que los actos de crueldad e insulto fueron repetidos frecuentemente. No consta que Cristo profiriera ni una sola palabra. El había previsto y predicho lo que le había de suceder. En Getsemaní había luchado por llevar su voluntad a una completa armonía y conformidad con la voluntad de su Padre. Lo había logrado. Ahora sufría en silencio, sin protesta o recriminación (6).

(6) Se han hecho objeciones contra los relatos evangélicos de la coronación de espinas, sobre la base de que los romanos nunca permitirían que un preso fuera tratado de esa forma. Relatos históricos revelan que los hechos dan la razón por completo a los Evangelistas. Maltratar a los prisioneros, especialmente a aquellos condenados a muerte, era la regla más bien que la excepción.

La coronación y escarnio de Jesús nada tiene que ver con la fiesta persa de los Saceos ni con las Saturnales de los romanos; pero los soldados debían de estar familiarizados con ellas y pudieron derivar de ellas algo de su inspiración.

Un texto del Divino Crisóstomo (*De Regno*, 4, 66) refiere que en la celebración de la fiesta de los Saccos los persas cogían un prisionero condenado a muerte, lo sentaban en un trono real, le vestían con vestiduras de realeza, le permitían ordenar lo que quisiera, beber, descansar, usar las concubinas reales, y nadie se atrevía a impedirle hacer lo que quisiera. Después, era despojado, azotado y colgado. La fiesta romana de las Saturnales se celebraba de parecida manera.

Después o durante la flagelación de Jesús, Pilato subió las escaleras, hacia sus propias habitaciones, para tratar asuntos que requerían su atención oficial. Estos asuntos le habían tomado más tiempo del calculado, ya que los soldados tuvieron tiempo no sólo para los azotes, sino también para la coronación de espinas y la burla de Jesús como rey de los judíos. Terminados sus otros asuntos, Pilato ordenó que Jesús fuera sacado de nuevo a la parte abierta del patio, delante del tribunal. Al salir de sus apartamentos, desde el arranque de la escalera que bajaba hasta el patio pavimentado, Pilato pudo lograr una vista perfecta de cuanto estaba debajo de él. Podía ver los principes de los sacerdotes, escribas y ancianos, juntos con sus seguidores y auxiliares, agrupados en la abovedada entrada de la puerta occidental. Alrededor de ellos y derramándose hacia el interior del patio, estaba la turba de gente común que había venido para deman-

---

Un incidente referido por el judío alejandrino Filón (*In Flaccum*, 5, 6) ilustra la mentalidad de los tiempos. Agripa, quien acababa de ser designado rey en lugar del tetrarca Herodes Antipas, pasaba por Alejandría hacia el interior de Egipto. Para burlarse de Agripa y de las pretensiones judías a la realeza, la turba echó mano a un pobre idiota llamado Carabas y lo llevó al gimnasio. Allí lo colocaron en una plataforma elevada como en un trono, lo vistieron con una estera por manto, colocaron una corona de papiro en su cabeza y una caña en su mano. Algunos de los jóvenes, con palos al hombro, constituyeron un cuerpo de guardia, mientras otros le requerían a que hiciera justicia y aprobara varios asuntos de Estado. Para asegurar que todos supieran a quién se dirigía la burla, le saludaban con el título siríaco de «Marin», que significa Señor.

dar la libertad de un prisionero. Todos estaban en silencio, con gran expectación, esperando lo que iba a suceder. Del otro lado del patio y hacia la derecha de Pilato, un pequeño destacamento de soldados salía hacia el aire libre con Jesús en medio. Al llegar éstos más cerca, Pilato logró una visión clara del estado de Jesús. El había ordenado los azotes, pero es improbable que tuviera conocimiento de la coronación y las burlas. El había esperado ver a Jesús sucio de polvo y ensangrentado; pero lo que vio ahora estaba más allá de lo que podía esperar. Jesús llevaba aún la corona de espinas y el manto de púrpura, como rey de burlas. Pudo ser que Pilato sintiera algún movimiento de simpatía natural, pero no quedó disgustado ante lo que vio. Tenía la suficiente decencia y obstinación aún, para querer librar a Jesús: la lastimosa condición en que le veía podía servirle de ayuda. Encarando a la turba, Pilato declaró: «Ved, os le traigo fuera para que conozcáis que no hallo en él delito alguno» (Juan 19: 4). Luego, mandó a los soldados que subieran a Jesús a lo alto de las escaleras, y le ordenó darse vuelta para que quedara de cara a sus enemigos. Y entonces Pilato gritó en voz alta: «Ved aquí al hombre» (San Juan 19: 5).

De entre los Evangelistas, sólo San Juan, el discípulo amado, consigna estas palabras de Pilato. Nos han llegado hasta nosotros a través de los siglos como palabras de un profeta. Parece que Pilato, como Cai-



fás, fue tomado por Dios como instrumento de profecía y que sus palabras van mucho más allá de cualquier significado que él pretendiera. Fue casi como si dijera a los presentes y a las generaciones por venir: Ved aquí el hombre; ved aquí más que un hombre; ved aquí a aquel cuya venida y cuya presente situación fueron predichas por los profetas, especialmente por Isaías; ved aquí al hombre del cual sólo viene la salvación del mundo.

¿Cuál fue el significado que el mismo Pilato quiso tuvieran estas palabras, «Ved aquí al hombre»? Muchos creen que él quería hacer un llamamiento a la piedad y buen natural de los enemigos de Cristo; que de hecho estaba diciendo: Mirad lo que este hombre ha sufrido. Mirad el estado sangriento y miserable y débil a que ha sido reducido. ¿Podéis vosotros demandar más castigo para víctima tan desdichada?

Quizás hay algo de verdad en esta interpretación. Puede ser que Pilato estimara que el odio y la dureza de los enemigos de Cristo era menor. Nosotros pensamos, sin embargo, que él estaba tratando de remediar la situación y que lo que quería decir era: Mirad a este miserable hombre, esta caricatura de rey. ¿Se le podrá tomar en serio? ¿Puede este hombre ser rival de César o un peligro para la paz de la nación? Mirándole así no podéis tomar en serio vuestra acusación.

En uno y otro caso Pilato no supo valorar a los



enemigos de Cristo y su capacidad de odio. Obtuvo la respuesta que merecía, y la tuvo prontamente. San Juan (19: 6) nos dice que provino de los príncipes de los sacerdotes y sus sirvientes, y vino en una sola palabra repetida una y otra vez: «Crucifícale, crucifícale». El resto de la turba hizo suya esta palabra y la repetía hasta convertirla en ronco estribillo que puso a prueba los oídos del procurador.

Pilato se llenó de rabia por su obstinación creciente: «Tomadlo vosotros y crucificadle», les gritó, «pues yo no hallo delito en El» (Juan 19: 6). Las palabras de Pilato no eran para tomarse al pie de la letra. Su respuesta era irónica y expresaba su desprecio por aquellos que eran capaces de pedir la muerte para un hombre inocente. Lo que realmente Pilato quería decir era: Si vosotros podéis cometer tal maldad, hacedla; pero yo no quiero parte en ella. Desgraciadamente para Pilato, si él no tuviera parte en ella, no podía tal maldad cometerse.

Los judíos entendieron perfectamente lo que Pilato significaba. Entendieron que no les estaba dando permiso para que crucificaran a Jesús. Sintieron que no estaban avanzando mucho y que su víctima aún pudiera escapar de sus manos. Es verosímil que en este momento hubiera una rápida consulta entre los jefes. Pilato rehusaba tomar en serio sus acusaciones, y por tres veces distintas había declarado su fe en la inocencia de Cristo. ¿Qué se podía hacer? ¿Qué medios

podrían ellos tomar para doblegar a su voluntad al obstinado Pilato?

Los enemigos de Jesús decidieron un cambio de táctica. Ellos habían condenado a Jesús en su tribunal por blasfemia, porque se aclamaba Hijo de Dios. Habían cambiado sus acusaciones ante el tribunal romano, y habían acusado a Jesús con cargos de traición. Parecía que iban perdiendo la causa, especialmente desde que los azotes y la coronación de espinas habían hecho tal escarnio de cualesquiera pretensiones reales que Jesús pudiera aún abrigar. Por eso ahora determinaron volver atrás al cargo original, sin retirar, sin embargo, las acusaciones políticas. Después de todo, los romanos hacían gran alarde de mantener las costumbres y las leyes locales, especialmente en asuntos que tocaban a la religión. Dejar a Pilato que se portara como buen romano y juzgara conforme a la ley local. Su interlocutor, sin duda uno de los príncipes de los sacerdotes, gritó a Pilato: «Nosotros Ley tenemos, y según la Ley debe morir, pues se hizo Hijo de Dios» (San Juan 19: 7).

La nueva acusación produjo un efecto mayor de lo que se pudiera esperar. Cogido por sorpresa, Pilato guardó silencio por un pequeño intervalo. Miró más de cerca a Jesús, y como dice San Juan, «temió más» (San Juan 19: 8). Es extraño que San Juan nos diga que «temió más», cuando no nos había dicho que Pilato tuviera miedo alguno. Este pequeño aparte de San

Juan lanza luz sobre lo que había precedido, como también sobre lo que iba a suceder en este momento. San Juan indica que la actuación de Pilato hasta el presente al rehusar condenar a Jesús, había sido motivada al menos en parte por el miedo. Tenía miedo de condenar a un hombre inocente: pero más que eso, y especialmente ahora, temía condenar a uno que pudiera ser más que hombre.

Pilato tenía buenas razones para temer. Era hombre de inteligencia superior a lo normal, y debió de haber comprendido desde el comienzo del juicio que aquel hombre que estaba delante de él, no era un prisionero ordinario que adulara con bajeza a su juez y multiplicara las respuestas a las acusaciones. Jesús había permanecido tan silencioso y tranquilo como si el juicio fuera con otro. Su paciencia y serenidad, su desdén para los repetidos cargos de sus enemigos, su tranquila majestad aun cuando era azotado y coronado de espinas y escarnecido como un pretendiente a un trono, tuvo que hacer honda impresión en Pilato. Y cuando Jesús hablaba, sus palabras no aliviaban en nada los miedos de Pilato, porque El había dicho: «Mi reino no es de este mundo» (San Juan 18: 36). La nota de la esposa de Pilato diciéndole: «No te metas con ese justo», había aumentado su inquietud. Podía haber permanecido indiferente para discutir problemas de filosofía, como lo probaban aquellas palabras «¿Qué es verdad?», pero era hombre de su tiempo, y

en el paganismo de entonces, era común creer en hijos de dioses y diosas, y en sus apariciones en forma humana. Pilato, pues, sintió el frío cortante del miedo de que este hombre, a quien ya había azotado y maltratado y cuya muerte le exigían los judíos, pudiera de verdad ser más que un simple mortal.

Durante este intercambio entre Pilato y los judíos, Jesús y Pilato estaban aún de pie en la escalera que conducía arriba a los departamentos privados del procurador. Pilato, pues, dio vuelta sobre sus talones y entró de nuevo en el palacio, ordenando que Jesús fuera conducido detrás de él. Pilato sintió miedo, pero tuvo vergüenza de su miedo. Se sintió movido a poner la verdad en claro, pero no quiso exhibir su miedo ante los judíos. El mejor camino, pensó, era preguntar a Jesús en privado. Una vez que estuvieron adentro Pilato se volvió a Jesús y le dijo: «¿De dónde eres tú»? Evidentemente quería ocultar su miedo aun a los ojos de Jesús. Su pregunta no se refería meramente al lugar de nacimiento de Cristo. Sin comprometerse a sí mismo con una pregunta directa, intentó llevar a Jesús a una discusión sobre su origen.

En esta ocasión, como en otras ocasiones durante el juicio, Jesús permaneció callado. Simplemente no hizo caso a la pregunta de Pilato. Pilato no merecía respuesta. Su pregunta no era sincera y estaba inspirada probablemente por algo que no pasaba de un vago miedo supersticioso. Además, Pilato había mos-



trado claramente que no iba en busca de la verdad, puesto que había recibido las explicaciones de Cristo con un encogimiento de hombros y con la frase despectiva: «¿Qué es la verdad?»

Pilato se molestó con el silencio de Cristo. Pensó: ¿No comprenderá este hombre la situación en que está metido? ¿No sabe que se juega la crucifixión? ¿No aprecia el hecho de que yo estoy tratando de ayudarle? ¿No comprende que sólo yo tengo poder para decidir en este caso? Pilato tradujo sus pensamientos a estas palabras dirigidas a Jesús: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para soltarte y tengo potestad para crucificarte?» (San Juan 19: 10).

Este jactancioso alarde de poder por parte de Pilato, obtuvo respuesta de Jesús: «No tuvieras potestad alguna contra mí si no te hubiera sido dada de arriba» (San Juan 19: 11), le dijo. Pilato hablaba como si su poder se pudiera usar a placer. Cristo le recordaba que todo poder de un hombre sobre otro hombre viene de arriba. Como magistrado, él tenía que hacer justicia no sólo en nombre de Tiberio, de quien recibía su autoridad, sino también en nombre de Dios, de quien Tiberio recibía su poder. Es posible que las palabras de Jesús tuvieran un sentido más determinado, porque se refirió al poder que Pilato tenía sobre Él. En este caso las palabras de Jesús realmente significaban: Si tú tienes poder para disponer de mi vida, es a causa

de la voluntad permisiva de Dios, y si tú me condenas es porque mi hora ha llegado.

Actuando como juez más bien que como acusado, Cristo prosigue asignando la culpa de lo que está sucediendo: «Por esto quien me entregó a ti, mayor pecado tiene» (San Juan 19: 11). Pilato era culpable porque actuaba en contra de su conciencia. El había repetido que estaba convencido de la inocencia de Cristo; pero no había desestimado el caso y dado libertad a Jesús, como estaba obligado a hacer. Mas había otro, Caifás, cuya culpabilidad era doble. El tenía la misma obligación que Pilato de juzgar con justicia. El tenía la obligación ulterior, como Sumo Sacerdote, de reconocer al Mesías y proclamarlo ante Israel. Caifás no cumplió su deber en los dos casos, y por eso tenía el pecado mayor (7).

---

(7) Algunos opinan que Jesús se refería a Judas. Creemos que no es probable, pues estaba hablando a Pilato, y Pilato probablemente no sabía nada de Judas.

## CRISTO, CONDENADO

Desde este momento el juicio de Jesús avanzó rápidamente hacia su conclusión. Después de hablar con Jesús, Pilato renovó su determinación de soltarle. La cosa ahora era hacerlo de manera que menos se ofendieran los jefes de los judíos. Pilato dejó a Jesús atrás, en los departamentos del procurador en la Antonia y de nuevo salió y bajó a enfrentarse con los acusadores de Jesús que seguían juntos a las puertas del patio. San Juan escribe brevemente en este punto y no refiere la primera parte del diálogo que debió de tener lugar entre Pilato y los acusadores de Cristo. Lo que sigue, sin embargo, pone en claro que los enemigos de Cristo no habían permanecido inactivos mientras Pilato hizo el interrogatorio. Se habían oído algo desfavorable motivado por su acusación de que Cristo pretendía ser el Hijo de Dios. Sospecharon que Pilato

había tomado el asunto en serio y podía estar impresionado favorablemente por las palabras y declaraciones de Cristo. Decidieron otro cambio de táctica. Se jugarían la carta de triunfo aun a riesgo de causar seria ofensa a Pilato. Si fallaba, Jesús iría libre; si lograba éxito, Jesús sería crucificado.

Después de algunos tanteos entre Pilato y los acusadores, probablemente uno de los príncipes de los sacerdotes sería el que pidió silencio y luego en tono solemne y amenazador se dirigió a Pilato: «Si sueltas a éste, no eres amigo del César, pues todo el que se hace rey, se declara contra el César» (Juan 19: 12).

Los judíos abandonaban el cargo de que Cristo pretendía ser el Hijo de Dios, y volvían a su acusación original de que se hacía rey. Ahora añadieron una nota mezclando al Emperador en el caso. El ser «amigo del César» era una nota de gran distinción y un seguro de protección y medro. Pilato difícilmente podía ser amigo del César a no demostrar personal solicitud por los intereses del Emperador en un caso de traición. Para un hombre de la posición de Pilato, no ser «amigo del César» significaba la ruina, quizás aun el destierro o la muerte. Los judíos no dijeron expresamente a Pilato que si soltaba a Jesús lo denunciarían a Tiberio, pero la amenaza iba implícita. Pilato había entendido el peligro desde el principio. En su mente daba vueltas a la situación. Por una parte, todos los inconvenientes y peligros de una denuncia a Tiberio,



quien era particularmente severo en investigar y castigar la traición; por otra parte, la vida de un simple judío, denunciado por los jefes de su propio pueblo, un hombre que, fueran cuales fueran sus cualidades, podía sufrir de alucinaciones de realeza y divinidad.

Pilato tomó su determinación, y esta vez para no cambiar: abandonar a Jesús. Decidió condenarle a muerte de cruz. No hubo más dudas o vacilaciones. En la alternativa entre él con su carrera y la vida de Jesucristo, se escogió a sí mismo con su carrera. Al fin perdió ambas cosas. Hasta el fin de los tiempos, los cristianos expresarán su fe en Jesucristo con palabras que indicarán cómo el Hijo de Dios «padeció bajo el poder de Poncio Pilato».

Frecuentemente se dice de San Juan que es más teólogo que historiador. En este momento, sin embargo, es él, más bien que los otros Evangelistas, a quien tenemos que volvernos para describir esta escena trágica y dramática. Como en todo su Evangelio, uno siente aquí que San Juan estaba presente y que nos hallamos ante la narración de un testigo de vista. Es probable que él siguiera el cortejo desde el palacio de Caifás a la Antonia y que se hubiera mezclado con la turba para observar lo que sucedía. En palabras solemnes y mesuradas que puntualizan el tiempo, el lugar y los actores de esta escena, San Juan dice que «Pilato... sacó afuera a Jesús, y se sentó en el tribunal

en el lugar llamado Litóstrotos, y en arameo Gabbatha. Era la parasceve de la Pascua, la hora cerca de sexta» (19: 13, 14).

El lugar en que tuvo lugar la condenación de Jesús tenía un nombre doble. Algunos lo llamaban Litóstrotos, palabra griega que significa «pavimentado de piedra», «pavimento». Para que el pavimento haya dado su nombre al lugar, tenía que haber sido algo especial. Como hemos dicho, este hecho ayuda a identificar el lugar con el patio de la Antonia. Las excavaciones en este lugar han revelado el enorme patio, pavimentado con grandes planchas de piedra, muchas de ellas de más de tres pies en cuadro y diez y ocho pulgadas de grosor. Este gran pavimento romano debió de haber sido objeto de admiración y comentario a la gente local, y es completamente natural que el pueblo llamara al patio el «pavimento». En ningún otro sitio de Jerusalén se habría de encontrar algo parecido.

La otra palabra que San Juan usa es «gabbatha» (1). No hay relación entre las palabras litóstrotos y gabbatha en cuanto al significado: gabbatha significa un lugar alto. El palacio-fortaleza, Antonia, como hemos

---

(1) La palabra es aramea más bien que hebrea. San Juan sigue la práctica común del tiempo de llamar hebreo al arameo. Los judíos aprendieron el arameo, lengua hermana del hebreo, durante la cautividad de Babilonia, y continuaron en su uso. Para el tiempo de Cristo, el hebreo era lengua muerta usada en servicios religiosos, algo así como el latín se usa hoy en la Iglesia católica.

visto por la descripción del historiador Josefo, estaba construido en la colina más alta de Jerusalén. Es del todo natural que este área se haya llamado «el lugar alto». Era probablemente el nombre más usado, pues el pueblo preferiría, como es natural, una palabra aramea a una griega.

San Juan es igualmente preciso con respecto al tiempo. «Era —dice— la parasceve o preparación de la Pascua». Según el cálculo de algunos, era el día anterior a la Pascua, y no el mismo día de Pascua. Los acusadores de Jesús seguían este cómputo del tiempo, ya que habían rehusado entrar al patio para no incurrir en impureza legal. San Juan añade que era «la hora cerca de sexta». No podemos estar seguros del método de cálculo de horas usado por San Juan, ya que había muchos comunes en varias partes del Imperio Romano en aquella época. La explicación más sencilla es que siguió el método que comenzaba contando las horas desde las seis de la mañana, lo cual significaría que la crucifixión de Jesús tuvo lugar alrededor del mediodía. San Marcos (15: 25) dice que Nuestro Señor fue crucificado a la hora de tercia. Marcos evidentemente siguió el método que dividía el día y la noche en cuatro partes de tres horas cada una. Según este método, la primera división del tiempo se llamaba hora prima (de seis a nueve en nuestro cómputo), la segunda se llamaba tercia (de nueve a doce

en nuestro cómputo). Cada período recibía su nombre de la hora en que comenzaba. Según el cómputo de San Marcos, cuanto aconteciera de nueve a doce de nuestro horario, sería adscrito a la hora tercia. Los antiguos no eran muy precisos en la exactitud del tiempo, de modo que cuando San Juan dice que Nuestro Señor fue condenado alrededor de sexta, pudo muy bien haber sido entre once y doce.

Una vez que se había determinado a condenar a Jesús, Pilato tomó las medidas inmediatas para proceder con todas las formalidades. Ya se había erigido una plataforma sobre el pavimento del patio de la Antonia, y sobre ella descansaba la silla curul. Los casos ordinarios se podían tratar en cualquier parte, pero aquellos de mayor importancia eran decididos formalmente por el juez sentado en esta silla a vista de los presentes. Pilato había sin duda llevado parte del proceso de Jesús sentado de esta forma, pero durante la mayor parte de él había estado moviéndose de aquí para allá ante los judíos y aun había llevado al preso a sus mismas habitaciones para interrogarle personalmente.

Ahora Pilato tomó asiento para hacer formal anuncio de su sentencia. Estaba rodeado de unos pocos asistentes, y por una guardia de soldados. Ordenó que Jesús fuese traído de las habitaciones privadas del procurador, donde lo había dejado después del último



interrogatorio. Jesús salió, llevando aún la vestidura de púrpura y la corona de espinas. Los soldados le condujeron a un sitio junto a Pilato, de cara a la turba de acusadores.

Pilato miró a Jesús y no pudo evitar el pensamiento de cuán paradójica era la situación presente. Aquel hombre estaba siendo condenado por aspirar a ser rey. Mirando afuera hacia la turba que estaba delante de él, Pilato sintió amargo resentimiento contra ellos y contra sus jefes, que lo forzaban a actuar en contra de su juicio y de su conciencia. Este es precisamente la clase de rey que ellos merecían, pensó, y entonces se dio el ruin gusto de ridiculizarlos. «He aquí a vuestro rey», les gritó.

El dardo del ridículo lanzado por Pilato dio en el blanco. Los judíos se pusieron furiosos. Miraron a aquella lastimosa figura de hombre presentada a ellos como su rey, y aullando respondieron a Pilato: «Quita, quita; crucifícale». Casi como una sola voz el grito de repulsa subió de la turba rechazando a Jesucristo por su rey y demandando en cambio que fuera crucificado. Pilato se gozaba de que sus dardos hubieran dado en el blanco, por eso continuó la farsa. En actitud burlesca de admiración, les preguntó: «¿He de crucificar a vuestro rey?», dando notable énfasis a las últimas dos palabras. Entonces la turba quedó en silencio, y la respuesta llegó de parte de los príncipes de los sacerdotes, los representantes de la nación, los portavoces

oficiales de la teocracia judía. «No tenemos rey sino César», declararon.

Estas fueron sus palabras fatales. Los representantes oficiales de los judíos no sólo rechazaban a Cristo como su Mesías y Rey; sino también abandonaron públicamente y ante un representante oficial de Roma, sus esperanzas de un Salvador. Rechazaron el Reino de Dios y su Príncipe para hacerse miembros del reino de este mundo y vasallos de su caudillo. Su elección fue fatal para ellos y para Israel.

Pilato pudo ver que su burla y sus punzantes dardos estaban exasperando la turba hasta el furor. Si seguía con la burla, podía encontrarse con un tumulto. Puesto que ya había tomado la determinación de condenar a muerte a Jesús, no estaba ganando nada excepto la satisfacción momentánea de mofarse del pueblo.

San Mateo (27: 24-25), único que relata el incidente de la nota de la esposa de Pilato, es el único Evangelista que refiere otro episodio que ilustra el estado de perturbación de la conciencia del procurador. San Mateo nos dice que Pilato «tomando agua se lavó las manos en presencia de la muchedumbre, diciendo: Soy inocente de esta sangre, vosotros lo veréis». Independientemente de cualquier costumbre que existiera en aquel tiempo, las palabras de Pilato y sus acciones hicieron completamente clara su intención. Estaba convencido por completo de que Jesús era inocente y

de que la sentencia de muerte que iba a dar contra El era injusta. Pilato no era un hombre religioso, pero tenía algún sentido de justicia. Estaba turbado, y sus miedos supersticiosos se habían despertado a causa de las palabras de Cristo y sus maneras y por la nota que había recibido de su esposa. Quería deshacerse públicamente y de modo dramático de toda responsabilidad en el asunto. Era suficientemente sencillo y suficientemente supersticioso para pensar que podría hacerlo lavándose las manos y declarándose inocente, y con decir a la muchedumbre que cargara con la responsabilidad (2). Las palabras de Pilato a las turbas, «vosotros lo veréis», nos recuerdan las palabras de los principes de los sacerdotes, de los Escribas y de los Fariseos a Judas cuando éste confesaba haber entregado sangre inocente: «¿A nosotros qué? Tú lo verás» (Mat. 27: 4). En el crimen en que todos quedan envueltos cada cual busca ingeniosamente cómo echar la culpa a otro.

Los hombres del pueblo, sin embargo, no tienen tales escrúpulos. Se habían enfurecido con las burlas

---

(2) Prácticas parecidas a la acción de Pilato eran conocidas entre griegos y romanos y también entre judíos. Tal práctica se prescribe en la legislación contenida en el Deuteronomio (21: 1 sig.). Cuando el cadáver de un asesinado era encontrado y el asesino no podía ser descubierto, los ancianos de la ciudad más próxima lavaban sus manos sobre una vaquilla a la cual se mataba diciendo: «Nuestras manos no derramaron esta sangre ni nuestros ojos lo vieron».

de Pilato y su odio había sido encendido hasta el rojo vivo con sus astutos jefes. Entendieron, pues, las vacilaciones y escrúpulos de Pilato y sus deseos de verse descargado de toda responsabilidad. Ellos cargarían con ella, y con gusto, todos ellos. «Todo el pueblo», nos refiere San Mateo, «dijo: Sea su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos». No solamente tomarían sobre sí la responsabilidad de la sangre de Cristo, la tomarían aun en nombre de sus hijos. Jurar por aquello que es lo más querido a uno, no es extraordinario. Hacer caer la responsabilidad de la sangre de un hombre, no sólo sobre sí, sino también sobre los propios hijos, es quizás único en la historia. ¿Quién diría que su imprecación no tuvo efecto? Algunos de aquel populacho y sus hijos debieron de estar presentes en el sitio de Jerusalén por los romanos cuarenta años más tarde. ¿Fue ironía de la suerte, o castigo divino, el que los romanos escasamente encontraron suficiente madera para hacer cruces en que crucificar a los judíos que se habían revelado contra el César? Una mirada a la ciudad desde sus cruces ¿no les recordaría este día, cuarenta años antes, cuando sus padres habían pedido a gritos la crucifixión del Mesías?

Pilato obró con rapidez para llevar a término asunto tan desabrido. Quería verse libre de él y olvidarlo si podía. Sentado en la silla curul como representante oficial del Emperador de Roma, pronunció las últimas fatales palabras de la sentencia: «*Ibis in crucem. Irás*



a la cruz». Era una sentencia sin apelación posible. Jesús quedaba oficialmente condenado a muerte de cruz.

Se han escrito volúmenes sobre el juicio de Cristo ante el Sanedrín y ante el procurador romano. Grandes esfuerzos se han empleado en examinar cada detalle de ambos juicios para tasar la responsabilidad de todos los que participaron. Los relatos evangélicos ponen de manifiesto que Jesucristo fue condenado a muerte como blasfemo por el Sanedrín, el tribunal supremo de los judíos, porque pretendía ser el hijo de Dios en el sentido verdadero y estricto de las palabras. Fue condenado por el procurador romano en un juicio totalmente diverso y en un cargo diverso totalmente también: traición. La razón para llevar a Jesús al tribunal romano fue que los judíos ya no tenían el derecho de vida y muerte, y los enemigos de Cristo no se satisfacían con pena menor que la pena de muerte.

Si tratamos de asignar la responsabilidad moral, los jefes de los judíos, eran mucho más culpables que Pilato. Los Escribas y Fariseos odiaban a Jesús, despreciaban sus enseñanzas, y andaban celosos de su influencia ante el pueblo. Triunfaron formando una alianza con los príncipes de los sacerdotes, y aun con el mismo Sumo Sacerdote, para deshacerse de Jesús por lo que se habían persuadido a sí mismo eran ra-

zones de Estado (Juan 11: 45-53). La traición de Judas puso en sus manos a Jesús y abrió paso a su juicio y condenación. Pilato fue también culpable. Una y otra vez proclamó la inocencia de Cristo, pero perdido el dominio de sí mismo por cobardía ante la amenaza de una denuncia ante el Emperador, condenó a Cristo a muerte. Creemos que Cristo mismo dilucidó la cuestión sobre quién fue más culpable, cuando dijo a Pilato: «Quien me entregó a ti, mayor pecado tiene» (Juan 19: 11).

## EL CAMINO DE LA CRUZ

No había terminado Pilato el juicio de Jesucristo con pronunciar la sentencia de muerte en cruz. Había detalles y formalidades que quedaban por llenar, y Pilato, sentado aún en su silla curul, se ocupó de ellas con sus asistentes. El tiempo de la ejecución no era problema. Era costumbre romana que la ejecución siguiera inmediatamente después de la sentencia. Pilato decretó que Cristo fuera ejecutado aquel mismo día. Dirigiéndose a un amanuense le ordenó escribir el informe oficial del caso para sus propios archivos, y hacer una copia para ser enviada al Emperador con sus informes regulares.

Jesús fue condenado a muerte y ejecutado por los romanos, y por tanto fue ajusticiado a la manera romana. Era costumbre romana preparar una placa en que se escribía el nombre del condenado y la razón de su sentencia a muerte. Esta placa o era colgada del cuello del sentenciado, o llevada en alto delante

de él todo el camino hasta el lugar de la ejecución, de manera que todos supieran quién era y cuál la razón de su condena. Pilato ordenó que se preparara tal placa para Jesús. Era probablemente un tablero pintado de blanco escrito en caracteres negros o rojos. Pilato mismo dictó la leyenda: «Jesús de Nazaret, Rey de los judíos»; y lo hizo escribir en las tres lenguas principales usadas en Palestina en aquel tiempo, hebreo (arameo), griego y latín, de modo que todos pudieran leerlo.

Bajo la misma sentencia de muerte en cruz había dos ladrones. Los Evangelios no nos dan informes referentes a quiénes eran y cuándo habían sido condenados. Puesto que los romanos ajusticiaban inmediatamente después de la sentencia, es probable que habían sido juzgados y condenados aquella misma mañana. Pilato tuvo tiempo para juzgarlos y condenarlos después de haber sido Cristo enviado a Herodes Antipas, y más tarde durante los azotes y la coronación de espinas. Decidió, pues, proceder a la crucifixión de los tres al momento.

Las ejecuciones eran función militar, y Pilato encomendó la ejecución de los tres condenados a un centurión. Como el título indicaba, este oficial mandaba a cien hombres. Parece que el centurión, o «exactor mortis» como era llamado al ejercer esta función, señalaba cuatro soldados para cada uno de los condenados, ya que nos encontramos más tarde con que



las vestiduras de Nuestro Señor fueron divididas entre los cuatro soldados que llevaron a cabo la ejecución. Puesto que las ejecuciones tenían lugar en público y atraían las muchedumbres, y pues los condenados eran conducidos por las calles al lugar de la ejecución, es probable que el centurión ordenó a su contingente en pleno de cien soldados estar preparados para acompañar el cortejo y mantener el orden.

Fuentes contemporáneas proporcionan gran cantidad de detalles sobre crucifixiones, de manera que no es difícil reconstruir con bastante exactitud la escena que tuvo lugar en el pretorio de Pilato después de la condenación de Cristo. San Juan (19: 17) nos informa que Jesús llevó su propia cruz. Escritores contemporáneos llaman cruz a solo una parte de ella, y probablemente así es como habla San Juan. Estamos de acuerdo con la opinión, más comúnmente aceptada, de que Jesús llevó solamente el travesaño. Esta parte pesaba probablemente de treinta y cinco a cuarenta kilos, y la cruz entera noventa kilos o más. Es dudoso que un hombre debilitado por los azotes pudiera sostenerse bajo el peso de toda la cruz. Los soldados encargados de la ejecución de Jesús levantaron el travesaño y lo colocaron de través sobre sus hombros. Para sostenerlo con firmeza, era necesario a Jesús extender sus brazos y agarrarlo. Es posible que sus brazos fueran amarrados con cuerdas al travesaño, como frecuentemente se hacía. La manera común

romana de proceder era azotar al preso antes de marchar al lugar de la ejecución, y aun a veces durante la marcha; pero eso se omitió en el caso de Jesús, pues ya había sido azotado. Era costumbre común en las demás partes, despojar a la víctima de sus vestidos; pero esto no se hacía en Jerusalén por consideración a la modestia judía. De hecho los Evangelios nos dicen expresamente que le fueron devueltos sus vestidos a Jesús. Nada nos dicen los Evangelios de si la corona de espinas fue quitada de su cabeza: pero es muy verosímil que lo fuera, cuando se le quitó el manto de púrpura que se le había puesto para el juego de burlas. La corona de espinas y el juego de burlas habían sido parte de una diversión privada de los soldados y nada tenían que ver con la sentencia oficial que se estaba poniendo en ejecución. El larguero de la cruz era llevado por los soldados o por expectadores a quienes obligaron a entrar en servicio para esta tarea servil. Es del todo inverosímil que el larguero de la cruz se conservara fijado en un lugar permanentemente, como se hacía en Roma. Esto hubiera sido un horror para los judíos. Además, el lugar donde Cristo fue crucificado no era ciertamente un lugar público de ejecución. Algunas veces se ataba una soga alrededor de la cintura del condenado, para que un soldado pudiera arrastrar a la víctima que se resistiese. No sabemos si Cristo fue atado de esta manera.

Los preparativos para la ejecución de los tres con-

denados se hicieron rápidamente. Parte de los deberes de Pilato mientras estaba en Jerusalén era tratar los casos de pena capital, y las penas de muerte no eran inesperadas. Breve tiempo después de pronunciadas las sentencias, todo estaba preparado. Bajo el mando del centurión, la comitiva formaba sobre las vastas planchas de piedra del patio, de cara a los portales del oeste. Los soldados estaban armados por completo y preparados para prevenir intentos de rescate, o demostraciones que pudieran impedir su cometido. Primero marchaba un destacamento de soldados abriendo camino, seguido por el centurión, quien probablemente iba a caballo. Seguían los presos cargando los travesaños de sus cruces, rodeado cada uno por los cuatro soldados a cuyo cargo estaba la ejecución. Otro destacamento de soldados marchaba detrás.

El cortejo pasó en filas por los portales, abriéndose paso entre la multitud de príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos quienes estaban admirados del desenlace favorable de su conspiración. Había sido difícil doblegar a Pilato a sus fines, pero ellos lo habían conseguido. Podemos estar bien seguros de que manifestaron con gruñidos su odio a Jesús mientras pasaba lentamente, encorvado bajo el pesado travesaño de la cruz.

Afuera, en las estrechas calles adoquinadas de la ciudad, el cortejo torció a la izquierda. Si hubiera vuelto a la derecha, pudiera haber salido de la ciudad



por la Puerta del Pez, que distaba solamente unas cien yardas, y que daba acceso a los caminos que conducían desde Jerusalén al norte. Las crucifixiones tenían lugar fuera de la ciudad, y cualquier sitio que estuviera cerca de un camino frecuentado y donde se pudieran exponer las cruces a la vista de todos en un lugar prominente, era satisfactorio. Pero era intento de los romanos también, hacer un desfile de los condenados conduciéndolos a través de las calles de la ciudad. Por eso el centurión escogió el camino más largo, el que llevaba hacia abajo adentrándose en el valle Tiropeón, y subía luego hacia la derecha en dirección oeste a ganar la puerta de Efraín, la cual se abría hacia el camino que conducía al noroeste. Era ésta una sección de la ciudad muy populosa, cuyas calles estaban directamente conectadas con el Templo y con dos grandes puertas de acceso y salida de la ciudad. Se alineaban los bazares a ambos lados de las calles y sobre ellos estaban las viviendas de sus propietarios. Los habitantes de Jerusalén y los peregrinos extranjeros, de cerca y de lejos, se empujaban unos a otros en masas que hacían casi imposible el paso. A lo largo de estas calles estrechas y llenas de gente, no del todo distintas del actual camino de la cruz en Jerusalén, pasó Cristo lentamente soportando el peso de su propia cruz (1).

(1) Somos de opinión que el «camino de la cruz» en Jerusalén sigue aproximadamente al menos, el camino que siguió Jesús desde la fortaleza Antonia al Calvario.



La distancia de la Antonia al Calvario era de quinientos o seiscientos metros; algo más, si tenemos en cuenta la bajada al valle y lo tortuoso de las calles de la ciudad. El cortejo había cubierto la mayor parte de la distancia y estaba cerca de la Puerta de Efraín, cuando se comprobó que Jesús estaba tan débil que no podía ya más llevar el peso de la cruz. No era esto de sorprender, pues la última parte del camino era cuesta arriba, y menos aún teniendo cuenta de los azotes, la coronación de espinas, las bofetadas, la tristeza hasta la muerte de la agonía en el huerto. Los azotes sólo eran suficiente para debilitar y aun matar a un hombre fuerte. Los Evangelios no nos dicen cómo Jesús manifestó esta debilidad, pero la tradición cristiana posterior está probablemente en lo cierto al asumir que tropezó y cayó bajo la carga de la cruz, y quizás varias veces.

El centurión se hizo cargo en seguida de la situación. A él tocaba proveer que todo se hiciera con expedición. Era evidente que Jesús no podía por más tiempo llevar la cruz, pero el centurión vaciló en mandar a uno de los soldados cargar con ella. Llevar la cruz al lugar de la ejecución era parte del castigo del criminal, y se consideraba degradante. Mirando en su derredor, el centurión vio a un paisano que entraba por la puerta, el cual venía del campo de fuera de la ciudad. Los Evangelios lo llaman Simón de Cirene. Había estado evidentemente trabajando en los campos

o jardines al noroeste de la ciudad y regresaba ahora o para hacer compras o porque vivía de la parte de dentro de las murallas. El centurión lo puso en servicio y le ordenó tomar la cruz de Cristo para llevarla hasta el lugar de la ejecución. Los soldados quitaron el travesaño a Jesús y lo colocaron sobre los hombros de Simón, el cual se colocó en fila detrás de Jesús, cuando el cortejo reanudó la marcha (2).

¿Quién era este Simón que llevó la cruz en lugar de Jesús? Los Evangelios no dan sino pocas noticias de él. Dicen que era Cireneo, por tanto él o su familia debieron de haber venido de Cirene, ciudad del norte de Africa, capital de la región que la rodeaba llamada Cirenaica, situada entre Egipto al este y Cartago al oeste. Durante siglos había sido Cirene una ciudad de importancia considerable, pues mantenía amplias relaciones comerciales con otras ciudades del Mediterráneo oriental. La escuela Cirenaica de filosofía, que tomaba su nombre del de la ciudad, enseñaba el hedonismo, o sea que el placer es el bien mayor. Cirenaica se convirtió en provincia romana el año 74 antes de Cristo. Había en Cirene una gran colonia de judíos; y había tantos oriundos de aquella ciudad viviendo en Jerusalén, que tenían en ésta su sinagoga propia (Hechos 2: 10; 6: 9; 11: 20).

---

(2) Es un error pintar a Simón ayudando simplemente a Jesús a llevar la cruz. Simón tomó sobre sí toda la carga y así fue en pos de Jesús.

San Marcos (15: 21) dice de Simón que era padre de Alejandro y Rufo. Puesto que San Marcos escribía para la comunidad cristiana de Roma, parece que estos dos eran conocidos allí y muy probablemente pertenecían a la Iglesia de aquella ciudad. En ese caso, es muy probable que Simón también, se hizo cristiano. Es posible también que este Rufo, hijo de Simón, era a quien aludía San Pablo en su epístola a los Romanos cuando escribía: «Saludad a Rufo, el escogido en el Señor, y a su madre que también es mía» (16: 13). Si estas conjeturas son verdaderas, entonces Simón y su familia fueron generosamente retribuidos por el servicio que rindieron al Divino Maestro. Tanto más que los textos del Evangelio prueban que esta tarea fue impuesta a la fuerza a Simón como un servicio obligatorio. Al menos él cumplió literal y físicamente el aviso de Cristo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame» (Mt. 16: 24).

En este punto San Lucas (23: 27) hace notar que «segúiale gran muchedumbre de pueblo». No es de admirar, pues casi todos miraban una ejecución como un espectáculo, una especie de circo gratis ofrecido como entretenimiento popular. En vez de simpatizar con el condenado los espectadores se burlaban de él e intentaban añadir algo a su tormento. Las autoridades ponían empeño en dar a las ejecuciones la mayor publicidad posible para aterrar a futuros criminales.

No tenemos informes concretos sobre cuán grande era la muchedumbre que siguió a Jesús al Calvario, pero las palabras de San Lucas dan a entender que era considerable. El camino conducía por la sección más movida de la ciudad, era cerca del mediodía y todo el mundo andaba en movimiento, había grandes multitudes de peregrinos en la ciudad, de Judea y todo el próximo Oriente. La Pascua era más grande que Pentecostés, y en esta fiesta, cincuenta días más tarde, nos dice San Lucas (Hechos 2: 9-11) que había en Jerusalén «partos, medos y elamitas, y los pertenecientes a Mesopotamia, a la Judea y a Capadocia, al Ponto y al Asia, a Frigia y a Panfilia, a Egipto y a las partes de la Libia junto a Cirene, y los romanos aquí residentes, así judíos como prosélitos, cretenses y árabes». Rumores de lo que se había desarrollado en el pretorio de Pilato habían circulado por la ciudad de modo que los que tenían interés o los mórbidos curiosos abarrotaban las calles hasta por las mismas afueras de los portales de la Antonia. San Lucas (24: 18) nos dice que la tarde del domingo siguiente Cleofás, uno de los discípulos que tuvieron el encuentro con Jesús resucitado camino de Enmaús, se admiraba de que aun un extranjero en Jerusalén pudiera desconocer los sucesos que habían tenido lugar el viernes precedente.

Podemos estar bien seguros de que algunas personas determinadas estuvieron entre esta muchedumbre



San Marcos (15: 21) dice de Simón que era padre de Alejandro y Rufo. Puesto que San Marcos escribía para la comunidad cristiana de Roma, parece que estos dos eran conocidos allí y muy probablemente pertenecían a la Iglesia de aquella ciudad. En ese caso, es muy probable que Simón también, se hizo cristiano. Es posible también que este Rufo, hijo de Simón, era a quien aludía San Pablo en su epístola a los Romanos cuando escribía: «Saludad a Rufo, el escogido en el Señor, y a su madre que también es mía» (16: 13). Si estas conjeturas son verdaderas, entonces Simón y su familia fueron generosamente retribuidos por el servicio que rindieron al Divino Maestro. Tanto más que los textos del Evangelio prueban que esta tarea fue impuesta a la fuerza a Simón como un servicio obligatorio. Al menos él cumplió literal y físicamente el aviso de Cristo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame» (Mt. 16: 24).

En este punto San Lucas (23: 27) hace notar que «segúiale gran muchedumbre de pueblo». No es de admirar, pues casi todos miraban una ejecución como un espectáculo, una especie de circo gratis ofrecido como entretenimiento popular. En vez de simpatizar con el condenado los espectadores se burlaban de él e intentaban añadir algo a su tormento. Las autoridades ponían empeño en dar a las ejecuciones la mayor publicidad posible para aterrar a futuros criminales.

No tenemos informes concretos sobre cuán grande era la muchedumbre que siguió a Jesús al Calvario, pero las palabras de San Lucas dan a entender que era considerable. El camino conducía por la sección más movida de la ciudad, era cerca del mediodía y todo el mundo andaba en movimiento, había grandes multitudes de peregrinos en la ciudad, de Judea y todo el próximo Oriente. La Pascua era más grande que Pentecostés, y en esta fiesta, cincuenta días más tarde, nos dice San Lucas (Hechos 2: 9-11) que había en Jerusalén «partos, medos y elamitas, y los pertenecientes a Mesopotamia, a la Judea y a Capadocia, al Ponto y al Asia, a Frigia y a Panfilia, a Egipto y a las partes de la Libia junto a Cirene, y los romanos aquí residentes, así judíos como prosélitos, cretenses y árabes». Rumores de lo que se había desarrollado en el pretorio de Pilato habían circulado por la ciudad de modo que los que tenían interés o los mórbidos curiosos abarrotaban las calles hasta por las mismas afueras de los portales de la Antonia. San Lucas (24: 18) nos dice que la tarde del domingo siguiente Cleofás, uno de los discípulos que tuvieron el encuentro con Jesús resucitado camino de Enmaús, se admiraba de que aun un extranjero en Jerusalén pudiera desconocer los sucesos que habían tenido lugar el viernes precedente.

Podemos estar bien seguros de que algunas personas determinadas estuvieron entre esta muchedumbre

en el camino de la cruz. Los representantes del Sane-drín, príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos, estuvieron en el pretorio y más tarde en el Calvario, por eso no hay duda que siguieron el cortejo de cerca. Se puede decir lo mismo de sus auxiliares y simpatizantes, como también de muchos del pueblo que habían subido al pretorio de Pilato en demanda de la libertad de un preso en honor de la Pascua. Todas estas gentes habían con su presencia allegado fuerzas a la petición de muerte contra Cristo, y le acompañaban ahora al sitio donde disfrutarían del espectáculo de su crucifixión.

¿Y los discípulos de Jesús? ¿No estuvo allí ninguno? Como veremos en seguida, San Lucas habla de ciertas mujeres de Jerusalén que sintieran simpatía por Jesús. Pero ¿dónde estaban sus Apóstoles y discípulos? ¿Dónde estaba el pueblo que le había escuchado y aplaudido aun cuando atacaba a sus jefes, los que estaban moviendo todo ahora para que muriera? ¿Dónde estaban las muchedumbres que sólo unos días antes habían echado sus vestidos en tierra delante de El vitoreándole como a Mesías e Hijo de David?

Con seguridad que formaban en estas multitudes algunos que aún seguían completamente consagrados a Jesús a pesar de su miserable estado actual. Eran las mujeres de Galilea, pues las encontramos más tarde en el Calvario (Mat. 27: 55-56; Marc. 15: 40-41; Luc. 23: 49), y la primera la propia Madre de Jesús,



probablemente con San Juan a su lado en esta ocasión como en el Calvario. La creencia de un encuentro de Jesús y María en el camino de la cruz no se apoya en documentos históricos firmes, pero descansa en probabilidades sólidas históricamente (3).

Fuera de que probablemente San Juan formó parte de esta multitud con la Madre de Jesús, no hay prueba ninguna de que otro de los Apóstoles, aun el valiente y jactancioso Pedro, estuviera presente. Es posible estuvieran José de Arimatea y Nicodemo, pues mostraron considerable valor en el Calvario después de la muerte de Cristo.

La gente común, aquellos que habían escuchado a Jesús con admiración y le habían vitoreado como a un héroe y conquistador el domingo precedente, se habían pasado al enemigo. Los sucesos de la noche anterior y de la mañana habían producido un cambio completo en el sentimiento público. Hoy Jesús aparecía ante ellos como un condenado a muerte por la más alta corte de la tierra, y también por el procurador romano. Ahora creían haber sido engañados por este falso profeta de Nazaret, y mostraban su resentimiento uniéndose ruidosamente sus fuerzas a los verdugos de Cristo. Nos ayudará a entender la situación, si recordamos una vez más que Jesús no era muy bien cono-

---

(3) En *Acta Pilati*, que data del siglo iv, se hace la primera mención del encuentro de Jesús y María camino del Calvario. Esta obra, sin embargo, tiene generalmente carácter de leyenda.



cido para mucha gente de Jerusalén, pues había pasado en ella solamente cortos períodos en ocasiones diferentes. (Cfr. Mat. 21: 10-11). Además, como hemos dicho, le tenían por galileo y, por tanto, en este respecto al menos, como inferior a ellos.

San Lucas cuenta también el incidente de las mujeres de Jerusalén, que saliendo al encuentro de Jesús, sintieron compasión de El en el camino de la cruz. No es de admirar que sea San Lucas el que narre este incidente, pues puso de relieve en su Evangelio la parte que tomaron las mujeres. Estas mujeres fueron las primeras en compadecerse de Jesús en su Sagrada Pasión. (Es digno de notarse que no hubo mujer que hablara o hiciera algo en ofensa de Cristo durante su Pasión o en otro momento cualquiera).

San Lucas coloca este suceso inmediatamente después de hablar de Simón de Cirene, por tanto tuvo lugar probablemente cerca de la puerta que conducía hacia afuera de Jerusalén en dirección al Calvario. El travesaño de la cruz había sido quitado de los hombros de Jesús, y colocado sobre los de Simón. Inclinado hacia adelante bajo la pesada carga, Jesús no había podido mirar a su alrededor. Ahora se enderezó, y su mirada pasó vagamente por las filas de los que estaban a los lados de la calle. En medio de la muchedumbre vio un grupo «de mujeres, las cuales le plañían y lamentaban» (23: 27). ¿Quiénes eran estas mujeres? Por desgracia San Lucas no nos da más

detalles. No eran ciertamente las mujeres de Galilea de quienes se dice que estuvieron presentes en el Calvario, pues Jesús se dirigió a este grupo llamándolas «hijas de Jerusalén», queriendo decir «mujeres de Jerusalén». Algunos creen que pudieran ser una organización de piadosas mujeres que intentaban aliviar los sufrimientos de los condenados manifestándoles compasión y dándoles una bebida especial, tal como el vino mezclado con mirra ofrecido a Cristo en el Calvario. Es mucho más probable que estas mujeres conocían a Cristo, y habían recibido su doctrina. Teniéndole respeto y amor como le tenían, no pudieron contenerse sin manifestar exteriormente su aflicción y pena ante la terrible escena que se ofreció a sus ojos cuando pasaba Cristo por allí.

Jesús respetó su compasión, pues se detuvo, se volvió a ellas y les habló. Esta fue la primera vez que Jesús había hablado en un largo tiempo, y sus palabras fueron un premio a la fidelidad y valor de estas mujeres. Aun en la situación cruel y extrema en que se hallaba, Jesús se olvidó de sí mismo y pensó en otros. «No lloréis sobre mí», les dijo, «sino llorad más bien sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos». Luego prosiguió dando la razón de por qué habrían de llorar por ellas mismas y por sus hijos, más bien que por Él. «Porque, mirad, vendrán días en que dirán: Dichosas las estériles y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron». Jesús se refe-

ría a la destrucción de la ciudad de Jerusalén, que ocurriría cuarenta años más tarde, en términos similares a los que había usado otra vez: «Ay de las mujeres que estén en cinta y de las que crien en aquellos días» (Luc. 21: 23). Para los judíos la maternidad contaba entre las más grandes bendiciones de Dios, y la esterilidad como oprobio y maldición. Tan grandes iban a ser los males que caerían sobre la ciudad que el orden natural de las cosas volvería del revés y la infecundidad sería considerada como una bendición.

Jesús continuó: «Entonces comenzarán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros!, y a los collados: ¡Sepultadnos!». Estas palabras son una expresión proverbial de desesperación, y así las encontramos usadas en el profeta Oseas (10: 8) y en el Apocalipsis de San Juan (6: 16). Predicen la desesperación que las calamidades venideras engendrarían en los que las sufran. Tan grandes serán las miserias de aquel tiempo que las gentes mirarán la muerte como una liberación y la buscarán como una bendición.

Cristo pone fin a sus palabras a las mujeres de Jerusalén, añadiendo: «Porque si en el leño verde esto hacen, ¿en el seco qué harán?» (Luc. 23: 31). En el Antiguo Testamento el árbol verde y lleno de frutos era imagen del hombre justo. Aquí el leño verde representa al mismo Cristo; el leño seco, al pueblo de Jerusalén. Si la justicia de Dios alcanza aun al leño verde, Cristo, ¿qué hará al leño seco, el pueblo de Je-



rusalén? La respuesta vino cuarenta años más tarde, en el año 70 después de Cristo, cuando Tito con su ejército devastó la ciudad y su Templo y degolló o vendió como esclavos a sus habitantes. Este sitio y el sitio posterior, según han sido conservados por el historiador judío Josefo, constituyen una de las más terribles páginas de la Historia (4).

Con toda probabilidad, inmediatamente después de las palabras de Jesús a las mujeres de Jerusalén, el cortejo prosiguió despacio su camino a través de la Puerta de Efrain. Esta puerta estaba ligeramente al norte del ángulo donde la muralla norte-sur encontraba la muralla este-oeste. Cerca de allí había una torre que había sido reconstruida para reforzar esta parte de la muralla. Más allá de la puerta el cortejo continuó a lo largo del camino real que salía de la ciu-

---

(4) Las Estaciones del Vía Crucis distribuidas como están hoy día, datan solamente de la Edad Media, y por tanto no pueden citarse como prueba histórica de los hechos que recuerdan. Algunos de estos hechos son ciertos, pues nos los cuentan los Evangelios. La sentencia a muerte, la cruz auestas, el Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz, Jesús encuentra a las pladosas mujeres, Jesús es despojado de sus vestiduras, la crucifixión del Señor, Jesús muere en la cruz, Jesús es bajado de la cruz, Jesús es sepultado. El encuentro de Jesús con su Madre no se narra en los Evangelios, pero es históricamente lógico, pues María estuvo luego en el Calvario. Las caídas bajo la cruz no se encuentran en los Evangelios, pero también son históricamente probables. Como hemos ya apuntado, fue sin duda porque Jesús cayó bajo el peso de la cruz una o varias veces, por lo que fue necesario pasar la carga a Simón. El incidente de la Verónica y el velo, no se menciona en los Evangelios y no tiene fundamento histórico firme.



dad en dirección a Jaffa hacia el noroeste. Como unos cien metros en campo abierto más allá de la puerta, el centurión dio la señal de parada. Desde que habían salido de la ciudad había estado mirando a su derredor en busca de un lugar apto para la ejecución. Un sitio a su derecha tenía todas las condiciones necesarias. Estaba fuera de la ciudad, pero cerca de ella; a lo largo del camino real donde los crucificados podían ser vistos por todos los que pasaban; estaba algo elevado sobre el terreno adjunto de modo que los crucificados quedarían bien expuestos a las miradas de todos. El cortejo se detuvo. Los soldados condujeron a los condenados un poco fuera del camino y comenzaron los preparativos para la horrenda tarea de la crucifixión.

## EL CALVARIO

Los Evangelios nos dicen que Jesús fue crucificado en un lugar llamado Calvario, en hebreo Gólgota. Ambas palabras tienen exactamente el mismo significado: la calavera. Los Evangelios se refieren siempre a este sitio como a un lugar, nunca como a un monte o montaña. El nombre de Calvario o Gólgota se aplicaba a un área más amplia que el punto donde la cruz de Cristo fue levantada, pues San Juan nos dice que «había un huerto en el lugar donde le crucificaron y en el huerto un monumento nuevo» (San Juan 19: 41). Con toda probabilidad Calvario era el nombre de toda el área que quedaba precisamente más allá del ángulo en que se encontraban las murallas y justamente fuera de la puerta por la que Cristo había pasado.

¿Por qué este lugar era llamado Calvario? Ciertamente no porque estuvieran tiradas por allí las calaveras de criminales ajusticiados, como algunos han

aseverado. Jamás hubieran permitido los judíos que los huesos de los ajusticiados estuvieran por allí sin enterrar, pues serían causa de impureza legal. Además, el Calvario no era un lugar destinado fijamente para las ejecuciones, sino que fue elegido para las de este día al azar. Ni tampoco podemos admitir la opinión de algunos de los Padres de la Iglesia quienes creyeron que se dio este nombre porque la calavera de Adán se hallaba enterrada en una gruta que estaba debajo de la roca del Calvario. Tal opinión es pura ficción de la imaginación.

El lugar recibió este nombre porque este área o alguna parte de ella se parecía a una calavera. Aun hoy en Tierra Santa algunos nombres de lugares se derivan frecuentemente de partes del cuerpo humano, tales como cabeza, hombro, panza, etc. De hecho el área donde está situado el Calvario es aún llamado algunas veces *ras* o cabeza. Este lugar elevado era la parte septentrional de la colina que se extiende de norte a sur, en la cual estaba construida la parte oeste de la ciudad. En el punto de que ahora hablamos, la colina declinaba gradualmente en dirección sureste. Alrededor de cien metros delante de la muralla sobresalía hacia el este un pequeño promontorio de roca, o cerro de no grandes dimensiones. Este promontorio tenía toscamente la forma de una calavera y daba su nombre a todo el área que lo circundaba. El Calvario era, pues, sólo una pequeña elevación, que no al-

canzaba probablemente más de quince pies de alto sobre el terreno que lo circundaba por sus lados. La cima de este pequeño cerro tenía suficiente amplitud para la crucifixión de tres hombres, y era suficientemente elevada para mostrarlos al público sin causar inconveniente a los ejecutores. El Calvario era un lugar suburbano de jardines y tumbas, y su tranquilidad solamente era perturbada por el tránsito frecuente de gente por el camino real de Jerusalén a Jaffa, que pasa precisamente al lado del cerro de que hablamos. José de Arimatea tenía allí una heredad campestre en la cual había construido una tumba. Todavía en aquella época aquellos terrenos estaban en período de mayor urbanización, pues sólo doce años más tarde Herodes Agripa juzgó necesario incluirlos dentro de una nueva muralla que él construyó.

Los Evangelios no nos dan exactamente la localización del Calvario. Nos dicen que estaba fuera de las murallas de la ciudad, e implícitamente nos dicen también que estaba junto a un camino real, pues los que pasaban por allí insultaban a Cristo en la cruz (Mat. 27: 39; Marc. 15: 29). La tradición cristiana es del todo explícita en cuanto a la localización del Calvario, y aceptamos esa tradición como de verdadero valor. El Padre Vincent, de la Escuela Bíblica de Jerusalén, el más grande de todos los arqueólogos palestinos, dice bien que «La autenticidad del Calvario y del Santo Sepulcro está dotada de las mejores ga-



rantias de certeza que uno puede esperar en tal materia» (1).

Sabiendo que el Calvario estaba fuera de las murallas, es difícil para el viajero moderno representarse como auténtico el sitio tradicional, puesto que está en medio de la ciudad moderna. La solución de esta dificultad exige un largo y complicado estudio de textos del Antiguo Testamento y del historiador judío Josefo, así como también de varios datos arqueológicos, estudio que aquí estaría fuera de lugar (2).

La solución del problema gira sobre la posición de la segunda muralla construida en tiempo del rey Ezequías (alrededor del 700 antes de Cristo) y restaurada en épocas posteriores. Si incluía dentro de la ciudad el tradicional sitio del Calvario, entonces este sitio ciertamente no es auténtico. Creemos que los textos y los restos arqueológicos prueban que la segunda muralla comenzaba cerca de la actual Puerta de Jaffa y después de recorrer por el norte torcía al este y pasaba al mismo sur del Calvario. En un punto que al presente está dentro de la Iglesia Germánica del Salvador, volvía al norte. Entre las ruinas del Hospicio de Alejandro está el umbral de una antigua puerta, que puede muy bien haber sido parte de la Puerta de Efraín

(1) *Jerusalem*, II, pág. 89.

(2) El estudioso debiera consultar: VINCENT-STEVK, *Jerusalem de l'Ancien Testament*, Première Partie, p. 90 y sig.; PÉRE VINCENT, *Jerusalem Nouvelle*, Tome II, p. 89 y sig.; *Dictionnaire de la Bible*, Supplement, «Jerusalem», col. 926 y sig.

en la segunda muralla. La muralla volvía al este en un punto imposible de determinar, hasta que terminaba en la Antonia. Si la segunda muralla seguía esta línea entonces el sitio tradicional del Calvario estaba decididamente fuera de las murallas de la ciudad.

Si un viajero de pie en el patio que está fuera de la entrada de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, pudiera cerrar los ojos y después abrirlos para ver el Calvario como era en tiempo de Cristo, estaría viendo una escena que no es difícil de reconstruir. Estaría sobre el camino de Jerusalén a Jaffa, o cerca. Detrás de él había un foso protegiendo la muralla y sobre el foso la parte este-oeste de la segunda muralla. Cien metros hacia la derecha, la muralla y el foso torcerían hacia el norte, y unos pocos metros más allá del ángulo habría una puerta y una torre. Mirando directamente a su frente, que sería hacia el norte, nuestro viajero vería, un poco hacia su derecha, un promontorio redondo, en forma de calavera, más bien plano en la cima, que sobresaldría de la parte principal y más lejana de la colina dando el nombre de Calvario, o Calavera, al área. Más allá de este cerro, un poco a la izquierda, vería la abertura de una tumba que había sido excavada en la roca de la colina. Este lugar sería el sitio de la crucifixión, sepultura y resurrección de Cristo.

Es increíble que los primeros cristianos olvidaran

o desconocieran los principales lugares santificados por la presencia de Jesús. Y diríamos que imposible tratándose del punto santificado por su muerte y resurrección. Algunos de los que habían visto y oído a Cristo, algunos que quizás habían sido testigos de su crucifixión y muerte, vivían aún en los días del sitio de Jerusalén en el año 70 después de Jesucristo. Avisados de la inminente catástrofe, la comunidad cristiana escapó a Pella, más allá del Jordán. Cuando se restauró la paz, volvieron a la ciudad parcialmente destruida y continuaron allí su vida bajo una sucesión ininterrumpida de Obispos. La calamidad los alcanzó de nuevo cuando los judíos se levantaron contra el Emperador Adriano en el año 132. Cuando la insurrección fue sometida, Adriano destruyó completamente Jerusalén y sobre sus ruinas construyó una ciudad romana llamada Aelia Capitolina. Sus ingenieros escogieron el Calvario como lugar para el foro y para el capitolio de la nueva ciudad y, para crear una plataforma a nivel, rellenaron aquel área con escombros y desechos. Se erigió una estatua a Júpiter sobre el Santo Sepulcro, y una estatua de Venus sobre el sitio donde Cristo fue crucificado. Su atención estuvo sin duda dirigida a estos lugares por los recuerdos religiosos a que estaban asociados. Adriano hacía poca o ninguna distinción entre cristianos y judíos, y pensaba que su religión era una razón para repetir sus rebeliones contra la autoridad romana. En un esfuer-

zo por borrar los recuerdos religiosos, erigió estatuas idolátricas dentro de las ruinas del Templo y junto al Terebinto de Abraham donde los pladosos judíos veneraban a sus antepasados. Para impedir a los cristianos honrar el lugar en que Cristo nació en Belén, construyó un santuario a Adonis sobre la sagrada cueva.

Los esfuerzos de Adriano produjeron efectos exactamente contrarios. Sus instalaciones conservaron para las futuras generaciones los recuerdos mismos que él quiso eliminar. Cuando vino la paz a la Iglesia, y Constantino decidió en el año 326 de Cristo, construir una basílica en el sitio de la crucifixión y sepultura de Cristo, los cristianos de Jerusalén conocían el lugar adonde encaminar a los ingenieros. Hubiera sido de mucha mayor satisfacción para las generaciones futuras, si Constantino hubiera simplemente descubierto y limpiado aquel área y la hubiera dejado en su estado original. Sus ingenieros cortaron la roca que rodeaba el sepulcro al nivel del vestíbulo y luego construyeron una hermosa basílica, llamada la Anástasis (Resurrección), sobre ella. Al este de la Anástasis había un patio exterior rodeado de magníficos pórticos. El sitio en que Cristo fue crucificado estaba en el ángulo sureste de este patio. Constantino cortó la roca del Calvario en forma de cubo con su cara superior de diez y ocho por quince pies. Más tarde los dos, el



Calvario y el Santo Sepulcro, quedaron incluidos bajo el mismo techo, como lo están hoy.

Parece que debe atribuirse a los persas, para su crédito o descrédito, la invención de la crucifixión. Fue usada por Alejandro Magno y sus sucesores, los Diadocos; pero nunca en Grecia misma. Los sirios la usaron también. Los cartagineses la aprendieron de los persas; y los romanos, de los cartagineses. En tiempo de Cristo la crucifixión era una forma común de castigo en todo el imperio romano. La visión de criminales condenados a muerte en cruz era familiar en las provincias, donde se administraba la justicia a la romana. La crucifixión era desconocida en la ley penal judía, aunque a veces el cuerpo de un ajusticiado era colgado de un árbol, en el cual caso se le consideraba maldito: «Porque es maldito de Dios el que cuelga de un árbol» (Deut. 21: 23). Esto nos puede ayudar a explicar por qué los enemigos de Jesús insistían tanto en que Pilato le crucificara. Juzgaban que podían impedir la propagación de cualquier movimiento a favor de Jesús arguyendo que, habiendo estado colgado en la cruz, Cristo era maldito de Dios (cfr. Gál. 3: 13).

Entre los romanos, la crucifixión era originalmente un castigo infligido a esclavos, y aun se llamaba *supplicium servile*, castigo de esclavos. En Roma el

lugar donde los esclavos eran crucificados estaba convertido en un verdadero bosque de cruces. Poco a poco la crucifixión pasó a ser el castigo no sólo de esclavos, sino de otros culpables de crímenes mayores, como deserción, traición, rebelión, robo de caminos, sedición y piratería. Teóricamente al menos, era ilegal crucificar a un ciudadano romano. Cicerón llegó a lo sumo de su elocuencia, en esta materia. «Porque atar a un ciudadano romano —decía— es una ofensa; que el mismo sea herido, es un crimen; que sea matado, es casi un parricidio; pues ¿qué debo decir cuando es colgado de una cruz? No hay epíteto que pueda apropiadamente describir cosa tan infamante».

Existen pruebas, sin embargo, de que este castigo se infligía a ciudadanos romanos, especialmente a ciudadanos de bajo rango, tales como libertos y ciudadanos de las provincias, y aun a ciudadanos de más alto rango. El historiador Suetonio cuenta que César Galba, cuando estuvo en España, condenó a ser crucificado a un ciudadano romano. Cuando éste apeló al hecho de que era ciudadano romano, Galba ordenó que fuera crucificado en una cruz mucho más alta que las otras y pintada de blanco. Verres, gobernador de Sicilia, crucificó a un romano en la costa que miraba hacia Italia, para mostrar cuán inútil era su apelación a su condición de ciudadano romano. A pesar de Cicerón y de su elocuencia, la práctica continuó. Como hemos visto en el juicio de Cristo, frecuentemente exis-

tía gran diferencia entre la teoría y la práctica en la administración de la fanfarrona justicia romana.

Los romanos usaban muchísimo la crucifixión en las provincias, especialmente en la inquieta y tan pronta a la rebelión, provincia de Judea. Josefo, historiador judío, cuenta muchos casos de crucifixión. Una sedición que brotó a la muerte de Herodes el Grande, fue sofocada por Quintilio Varo, legado de Siria, quien crucificó a dos mil judíos. Tiberio Alejandro, procurador de Judea (46-48 después de Cristo), crucificó a los dos hijos de Judas el Galileo. Ummidio Cuadrato, gobernador de Siria, en una visita oficial a Cesarea, crucificó a los prisioneros que habían sido cogidos por el procurador Cumano (48-52 después de Cristo). Josefo cuenta que el número de los crucificados por el procurador Félix (52-59 después de Cristo) era incalculable. El procurador Gesio Floro (64-66 después de Cristo) hizo azotar delante de su tribunal en Jerusalén, y clavó en cruz a judíos a quienes se les había otorgado la dignidad romana del orden ecuestre.

En el sitio de Jerusalén en el año 70 después de Cristo, los romanos crucificaron hasta quinientos prisioneros por día. Josefo nos dice que «los soldados, fuera de sí por la rabia y el odio, se divirtieron crucificando a sus prisioneros en diferentes posturas; y tan grande fue el número de éstos, que no se encontraba espacio para las cruces, ni cruces para los cuerpos».

Por su origen tanto el nombre latino como el griego



de cruz, significaba simplemente una estaca o palo. De hecho, a veces la víctima era suspendida en una simple estaca o un árbol. Esta estaca, puesta en pie, dio su nombre a todo el instrumento de tortura, el cual consistía de una estaca derecha a la que se aplicaba un travesaño. En la práctica ordinaria, la estaca, o parte principal de la cruz, estaba fija en el suelo y permanecía así plantada; el travesaño era llevado a hombros de la víctima al lugar de la ejecución. Dos clases de cruces se usaban ordinariamente. Una era la *cruz commissa*, en la cual el travesaño era colocado sobre la punta del palo vertical para formar la letra T. La otra era la *cruz immissa*, en la cual el palo vertical subía más arriba del travesaño. No podemos estar seguros de cuál de las dos clases de cruz fue usada para la crucifixión de Jesús; pero nos parece que el peso de las pruebas favorece a la última. En la *cruz immissa* se socavaba una cajuela en la parte superior del palo vertical cerca de su extremo y en ella se encajaba el travesaño. Hay fuertes pruebas entre los escritores antiguos de que se insertaba un gancho o clavija de madera hacia la mitad de la parte inferior del palo vertical de la cruz, de manera que el crucificado se sentara sobre él. Escritores antiguos lo llaman cuerno, pues se asemejaba al cuerno de un rinoceronte. Este gancho hacía más fácil el trabajo de la crucifixión, pues ayudaba a soportar el peso del cuerpo. Aumentaba también los sufrimientos del crucificado, pues



prolongaba su vida, ya que disminuía la tirantez en brazos y manos que provocaba la asfixia. El descansillo para los pies, que tan frecuentemente aparece pintado en reproducciones de la crucifixión de Cristo, era enteramente desconocido de los antiguos.

La altura de la cruz variaba considerablemente. Existían la cruz baja (*cruz humilis*) y la cruz alta (*cruz sublimis*), y ambas se usaban frecuentemente. En la cruz baja los pies del crucificado estaban casi a ras de tierra y frecuentemente el condenado, como parte de su castigo, estaba expuesto de esta forma a los ataques de perros y bestias. En la cruz alta los pies de la víctima estaban a un metro del suelo. La cruz alta era usada en los casos en que se quería que el público contemplara el espectáculo de los ajusticiados o para dar a éstos como un nuevo castigo, o como aviso a otros.

En los escritos antiguos hay referencias al hecho de que la víctima era crucificada desnuda, de hecho era desnudada para los azotes y para que llevara la cruz al lugar de la ejecución. En circunstancias ordinarias al menos, parece que la desnudez era completa, aunque pudieron hacerse concesiones para acomodarse a las costumbres locales. Algunas veces el crucificado era fijado a la cruz por clavos, a veces por sogas. Cuando se usaban clavos, los sufrimientos de la víctima eran más intensos pero más breves. En ambos casos la víctima podía vivir considerable tiempo, aun días.

Tal era el castigo de muerte por crucifixión como era practicada por los romanos. Era una muerte afrentosa, que se infligía originalmente a esclavos y a los peores criminales. Incluía el ser llevado en pública exhibición por las calles principales y después ser expuesto, desnudo en la cruz, a los insultos y abusos de los verdugos y espectadores. Era una muerte dolorosa, que llevaba consigo los azotes y el cargar la cruz, y después largas horas de estar clavado en la cruz, sufriendo por las heridas de los clavos, debilidad, sed, ahogo, calor y frío, contracción de los músculos, y la pérdida gradual gota a gota de sangre. Muchos antiguos consideraron la crucifixión como la forma de muerte más afrentosa y más dolorosa. Nosotros veremos qué razón tuvieron, según estudiamos la crucifixión y muerte de Jesucristo.

Una vez que se escogió el Calvario como lugar de la crucifixión de Jesús y de los ladrones, los soldados romanos comenzaron inmediatamente a actuar. Rodearon el pequeño cerro y tomaron posesión de él de modo que pudieran llevar a cabo su trabajo sin interferencias. La multitud que los había seguido se derramó por el camino y llenó el área de alrededor. Los soldados condujeron a Jesús y a los otros dos ladrones ladera arriba del cerro, y escogieron el sitio en que cada una de las cruces sería levantada.

En este momento, antes de que comenzara el tra-

bajo de la crucifixión, sucedió uno de los pocos incidentes en que se dieron muestras de compasión y dignidad por parte de los hombres durante la Pasión. San Marcos nos informa que «le daban vino mirrado, mas El no lo aceptó» (15: 23) (3). Esta mezcla de vino y mirra era bien conocida y muy del gusto de los antiguos. Pensaban que tenía un efecto narcótico, capaz de embotar los sentidos y así aminorar el dolor. La costumbre de dar tal bebida a los condenados a morir era judía, no romana. Probablemente tenía origen en el Libro de los Proverbios: «Dad licor fermentado al que perece, y vino a los de amargado espíritu. Beba y olvide su miseria, y de sus trabajos no se acuerde más» (31: 6-7). El Talmud nos ha conservado el recuerdo de esta práctica de dar vino, en el cual un grano de incienso había sido disuelto, a aquellos que iban a ser ajusticiados. Según esta fuente, mujeres nobles de Jerusalén preparaban la bebida y la llevaban al lugar de la ejecución. No puede haber gran duda de que eran las mujeres a que Cristo se dirigió como «hijas de Jerusalén», las que le ofrecían ahora esta prueba más de su compasión y devoción. No siéndoles permitido subir al pequeño cerro donde los preparativos de la crucifixión iban adelante, ellas pasaron la bebida a los soldados, quienes la ofrecieron a

---

(3) El Evangelio de San Mateo (27: 34) dice que el vino estaba mezclado con hiel. La palabra usada por San Mateo es un término genérico que se refería a cualquier bebida amarga, y puede aplicarse a la mirra.

Jesús. Para mostrar el aprecio que hacía de este gesto, Jesús tomó la bebida, la aplicó a sus labios, y la gustó; pero rehusó beberla. En su agonía en el huerto de Getsemaní, Jesús había voluntariamente aceptado su Pasión y todos los sufrimientos que llevaba consigo. Su sacrificio había de redimir al mundo, y Él lo ofrecía en la plena posesión de sus facultades de mente y voluntad.

El primer acto de los verdugos fue buscar un sitio para el palo vertical de cada una de las cruces. Era necesario fijarlo introduciéndolo en tierra varios pies, de manera que no se ladeara o cayera con el peso del crucificado. La superficie plana del pequeño cerro era de roca, pero los soldados no tuvieron dificultad en encontrar tres sitios donde pudieran plantar las cruces sólidamente en el suelo. Una vez que las pusieron en alto, acercaron tierra y piedras alrededor de ellas para darles mayor solidez.

Mientras esto se llevaba a cabo, Jesús fue despojado de sus vestiduras. ¿Fue desnudado enteramente? Esta pregunta no se puede responder con certeza. Hay muchos textos antiguos que indican que era costumbre romana crucificar desnudos del todo. Es opinión común de los Padres de la Iglesia que Cristo estaba completamente desnudo. Debe notarse, sin embargo, que los Padres de la Iglesia basan su opinión en interpretaciones místicas y simbólicas más bien que en alguna tradición histórica. Hay fuerte probabilidad de



que se permitió a Jesús conservar alguna clase de paño desde la cintura cuando fue despojado de sus vestiduras. Al interpretar textos antiguos tenemos que tener en cuenta que, tanto en latín como en griego, la palabra «desnudo» puede significar desnudez absoluta o parcial. Esta palabra se podría aplicar, por ejemplo, a uno que estuviera vestido solamente en ropa interior. Además, los judíos tenían un delicado sentido de la modestia y aborrecían la desnudez pública. Una tradición judía posterior, recogida en el Talmud, afirma que el condenado era despojado a pocos pasos de distancia del lugar de la ejecución; si era varón era cubierto por delante, si era mujer era cubierta por delante y por detrás. Débese notar también que, en contra de la costumbre romana, Jesús fue vestido después de los azotes. Puesto que se hizo esta excepción entonces, es probable se hiciera también más tarde en el Calvario.

Una vez que el palo vertical de la cruz había sido colocado firmemente en tierra y la víctima quedó despojada de sus vestiduras, los cuatro soldados señalados para la tarea, procedieron al trabajo de fijar a Cristo en la cruz. El travesaño había sido arrojado sobre el suelo, cerca del palo vertical. Se hizo a Jesús echarse sobre su espalda de modo que sus hombros descansaran hacia el medio del palo y sus brazos quedarán extendidos hacia afuera a lo largo de él. Un soldado calculó el punto exacto en que una de las

manos de Jesús ajustara, y luego hizo un agujero en la madera con una lezna, para que el clavo penetrara más fácilmente. Mientras otro sostenía firmemente la muñeca y mano de Jesús contra la madera, el primero forzó un clavo, con rápidos y certeros golpes de martillo, a través de la mano de Jesús, haciéndolo penetrar en el leño. Entonces uno de los soldados estiró el brazo libre de Jesús en toda su largura por el otro lado del travesaño, y se repitió el mismo proceso con otro clavo (4).

Luego comenzó una de las más difíciles y delicadas partes de la crucifixión. El travesaño, con su víctima clavada a él, había de ser izado y aplicado al palo vertical de la cruz. A no ser que esto se hiciera con cuidado, el crucificado podía ser desgarrado hasta quedar suelto, y habría que clavarlo de nuevo. Dos soldados agarraron los extremos del travesaño y un tercero probablemente agarró a Jesús por la cintura, y todos a una lo alzaron con fuerza hasta que quedó sobre sus pies. Hicieron entonces a Jesús colocarse con su espalda hacia el palo vertical de la cruz. Los dos soldados que habían sostenido el travesaño tomaron horcas de palo o fuertes troncos de madera, los

---

(4) Jesús fue clavado en la cruz, y no atado. Clavar era la práctica más común. Después de la resurrección, Jesús mostró las heridas en sus manos y pies a los discípulos (Luc. 24: 39-40; Juan 20: 20). Los ladrones crucificados con Jesús están pintados frecuentemente atados a sus cruces. No hay pruebas para ello. Todos tres fueron puestos en cruz de la misma manera, con clavos.

colocaron debajo del travesaño, y empujaron hacia arriba. Conforme lo hacían, otro soldado agarró de nuevo a Jesús y lo levantó hasta que quedó montado sobre el gancho colocado en medio del palo vertical, y hasta que el travesaño encajó dentro de la cajuela preparada para él. Una vez que se hizo esto, un soldado empujó los pies de Jesús contra el leño y luego los clavó firmemente a la madera de la cruz (5). No es difícil imaginar el dolor terrible que tantas sacudidas y clavos debieron de causar a Jesús. A excepción del poco alivio que le proporcionara el asiento de madera del palo vertical, todo el peso de su cuerpo cargaba sobre las heridas frescas de sus manos y pies. Y esto era sólo el comienzo del aterrador tormento que había de proseguirse, aumentando cada vez más, durante las tres horas de agonía.

Aunque opinamos que es más probable que Jesús fue crucificado de la manera que hemos descrito, no es del todo seguro. Es posible que el travesaño y el palo vertical estuvieran ya juntos fijados en forma de cruz, y que Cristo fuera clavado a ella en el suelo a la manera con que lo pintan ordinariamente los artistas. Una vez que fue clavado a la cruz, ésta fue levantada y colocada en su sitio.

---

(5) Es más probable que los pies de Jesús estaban fijados a la cruz por sendos clavos. Parece que esta era práctica ordinaria. Hubiera sido muy molesto y difícil clavar con un solo clavo ambos pies.



También es posible que los verdugos primeramente colocaran toda la cruz firmemente en el suelo, y luego alzaran a Jesús hasta ella de tal modo que quedara montado en el gancho que servía de asiento en el palo vertical. Entonces le aseguraran amarrándole con cuerdas, y luego le clavaron en la cruz. Después quitaban las cuerdas. Este método de crucifixión no sería difícil en caso de una cruz baja, pero la cruz en que murió Cristo fue una cruz alta (6).

Que Cristo fue crucificado en una cruz alta (*cruz sublimis*) es claro por un incidente que sucedió después. Cuando Jesús dijo: «tengo sed», un soldado sumergió una esponja en el vino acre y ordinario que los soldados bebían y la aplicó a la boca de Jesús. Para hacer esto tuvo que usar de una lanza (7). Si la cruz no hubiera sido alta, fácilmente podría haber hecho eso con su mano. No sabemos por qué se usó la cruz alta para Jesús. Es posible que Pilato quisiera que el mayor número de gente que fuera posible,

---

(6) San Marcos dice que Jesús fue crucificado a la hora de tercia (15: 25). Comparando este aserto con la afirmación de San Juan (19: 14), se deducirá que Jesús fue crucificado aproximadamente al mediodía. Véase la discusión en el capítulo 16, pág. 268.

(7) El presente texto del Evangelio de San Juan dice que el soldado usó de una caña de hisopo para sostener la esponja. Una caña de esta planta sería muy pequeña y débil para ese propósito. Las palabras griegas para hisopo y lanza son muy parecidas, y por eso aceptamos la teoría de muchos comentadores de que un copista de los primeros tiempos confundió las dos al transcribir el Evangelio de San Juan. La palabra griega usada por Mateo y Marcos podría ser traducida tanto por lanza como por caña.



viera la sarcástica inscripción clavada arriba de la cabeza de Jesús. Era ésta otra vengancilla que podía tomarse en pago de su vil rendición a la voluntad de los jefes judíos.

Mientras Jesús era crucificado, se seguía exactamente el mismo procedimiento para la crucifixión de los ladrones. Todos cuatro Evangelistas hacen notar el hecho de que los dos ladrones fueron crucificados con Jesús, y añaden el detalle de que la cruz de Jesús estaba levantada en el medio, como si El fuera el mayor malhechor de los tres. Los escritores sagrados evidentemente quedaron impresionados por esta humillación arbitraria hecha a Jesús; pero también con el hecho mencionado expresamente por San Marcos (15: 28) de que este incidente era el cumplimiento de una profecía hecha por Isaías (53: 12) muchos siglos antes: «y fue contado entre los inicuos». De la palabra griega usada por los Evangelistas al aludir a ellos, es evidente que los dos no eran ladronzuelos, sino ladrones armados o bandidos.

Tan pronto como Jesús quedó crucificado, fijado firmemente al madero por manos y pies, un soldado levantó una escalera, subió a ella y clavó encima mismo de la cabeza de Jesús la placa para la cual Pilato había dictado la leyenda y que había sido inscrita en hebreo (arameo), latín y griego (8). La multitud hizo

---

(8) La leyenda de la inscripción varía un poco en los relatos de los Evangelios, pero es substancialmente la misma en todos

un pequeño movimiento hacia adelante para lograr verla mejor, y los que pasaban por allí se detuvieron en el camino para levantar la vista y leerla: «Jesús el Nazareno el Rey de los judíos». Los gentiles que la leyeron tuvieron que reír a carcajadas y chancearse entre ellos con tan claro sarcasmo. Era realmente un granito de fina ironía rotular a aquel hombre, colgado de una cruz, Rey de los judíos. Quizás alguno de ellos se mofó de los judíos que estaban cerca. Los sanedritas presentes montaron en cólera. Ya era bastante denigrante que la inscripción hubiera sido llevada en pública procesión al Calvario, pero al menos entonces había pasado más o menos desapercibida entre los movimientos de la multitud. Ahora estaba allí, claramente, en lo alto de la cruz levantada por donde corría un camino, cerca de la puerta de la ciudad, y en tres lenguas para que nadie, que pudiera leer, dejara de leerla. Los príncipes de los sacerdotes acordaron que esto era más de lo que debían o podían tolerar; y organizaron una delegación, formada por algunos de ellos, que volviera al pretorio y pidiera a

---

cuatro. El más próximo al original es probablemente San Juan, testigo de vista. Puede ser que las diferencias sean debidas a pequeña variación de las diferentes lenguas. San Mateo dice que en la inscripción se leía: «Este es Jesús el Rey de los Judíos» (27: 37). Hay una semejanza impresionante entre esta lectura y la leyenda de la inscripción de Atalo, quien fue martirizado en Lyon en el siglo segundo. El historiador Eusebio refiere que fue conducido al anfiteatro precedido por un letrado en que estaba escrito: «Este es Atalo el Cristiano».

Pilato que cambiara la inscripción para que dijera: «El dijo: Rey soy de los judíos». Pilato les escuchó poco tiempo. El les había aguantado todo lo que podía aguantar su estómago, y de cualquier modo sentía placer en que sus dardos hubieran dado en el blanco con la precisión que había esperado y que había pretendido. Con un imperioso movimiento de la mano, les despidió con esta lacónica observación: «Lo que he escrito, escrito está». Los príncipes de los sacerdotes se tuvieron que volver al Calvario a informar a sus compañeros de su fracaso.

Una vez que Jesús fue levantado en la cruz, debió de mirar hacia la escena que se ofrecía debajo y alrededor de El. Debajo mismo de El, en lo más alto del cerro donde las tres cruces estaban plantadas, estaban los soldados que acababan de terminar el trabajo de la crucifixión. Estaban recogiendo sus herramientas y arrojando los vestidos de los crucificados en un pequeño montón para dividirlos más tarde. Dentro de pocos momentos ellos tomarían sus puestos de guardia, como les había señalado el centurión, para asegurar que nadie tratara de rescatar a los crucificados.

En el pequeño espacio que se extendía entre el cerro y el camino real y todo alrededor de los jardines próximos, estaban las multitudes de pueblo. Algunos eran activamente hostiles a Jesús, especialmente aquellos que le habían escuchado gustosos, pero que pensaban ahora que era un engañador. Muchos eran



indiferentes, pero se dejaban arrastrar del sentimiento popular y pretendían congraciarse con los jefes mostrando hostilidad hacia Jesús. Otros estaban allí simplemente por una mórbida curiosidad, y no dudaban de que los tres crucificados recibían su merecido. Reunidos aquí y allí en pequeños grupos estaban los jefes judíos, príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos, los hombres que habían logrado la condenación de Jesús. Estaban complacidos ahora. Se congratulaban mutuamente, miraban admirados a Jesús y se mofaban de El frotándose las manos de gozo por el éxito.

Mirando hacia abajo desde la cruz, Jesús podía ver a otros también: amigos, discípulos y parientes. Muchos de ellos se guardaban a distancia, probablemente por miedo de los soldados; pero luego algunos se acercaron y permanecieron de pie debajo de la cruz. Unos pocos son mencionados expresamente en el Evangelio. La primera entre ellos era María, la Madre de Jesús. Luego estaba la hermana de María, quien era probablemente Salomé, la madre de los Apóstoles Juan y Santiago (si esto es verdad, San Juan era sobrino de la Madre de Jesús). Estaban también presentes María Magdalena y María de Cleofás; ésta era probablemente la misma a quien se menciona como madre de Santiago el Menor y de José. Según una fuente cristiana muy primitiva (Hegesipo, siglo II) Cleofás era hermano de San José, padre putativo de Jesús. Mencionado también como presente estaba el



discípulo amado, a quien no tenemos dificultad en reconocer como el Apóstol San Juan, con José de Arimatea y Nicodemo. Había otros sin duda, ya que San Lucas (23: 49) alude a la presencia de «todos sus conocidos y las mujeres que le habían acompañado desde Galilea», y San Marcos (15: 41), después de nombrar algunos de los que ya han sido mencionados, había de «otras muchas mujeres que habían subido con El a Jerusalén». Podemos estar seguros también de que aquellas a quien Jesús se dirigió como hijas de Jerusalén, estaban allí, quizás unidas ahora con las mujeres de Galilea.

Esta es toda la información que tenemos sobre los amigos que Jesús vio delante de El según miraba hacia abajo desde la cruz. Las narraciones evangélicas, sin embargo, no son en modo alguno completas. Nos parecería extraño que no estuvieran allí los amigos de Betania: María, Marta, Lázaro y Simón el Leproso. No sabemos si alguno de los Apóstoles, además de Juan, se había recobrado de su miedo suficientemente para ir a observar, aun cuando fuera a distancia. Quizás estuvieron también algunos pocos de los sordos y ciegos y los lisiados, a quienes Cristo había ayudado, dando mudo testimonio ahora de su agradecimiento.

Jesús fue crucificado de cara al camino que conducía de la cercana Puerta de Efraín al camino real de Jaffa y Gaza. Al bajar su mirada desde la cruz veía un

río constante de gente en movimiento pasando de largo junto a El al entrar y salir de la ciudad. Había toda clase de gentes: judíos, gentiles, prosélitos y paganos, griegos y romanos; hombres, mujeres y niños. Había soldados, mercaderes, negociantes, peregrinos, oficiales del gobierno. Unos iban a pie, otros montaban burros, caballos o camellos. De vez en cuando alguna litera o carruaje llevando en su interior a persona rica o importante pasaba por allí. Algunos se detenían para echar una mirada, y aun a veces se unían a los judíos para burlarse y ultrajar a Jesús. Otros, acostumbrados a espectáculos de esta clase y desconociendo el tremendo misterio que se desarrollaba al lado del camino, lanzaban una mirada y pasaban adelante con indiferencia. Jesús no habló a ninguno de ellos.

Puesto que Jesús fue crucificado en una cruz alta y sobre un cerro, su cabeza debió de quedar a la altura de las murallas de la ciudad que distaban escasamente cien metros. Como fue crucificado de frente al camino, quedaba mirando hacia el sur. Delante mismo de El estaba el camino real, el acueducto y la muralla de la ciudad, y sobresaliendo por encima de ella, la colina oriental de la ciudad hacia la derecha con sus elegantes residencias dominadas por las grandes torres del palacio de Herodes. Afuera más allá, donde la colina declinaba hacia el sur, y por tanto fuera de su vista, estaba la casa donde había comido la Última Cena con

sus Apóstoles. Algo más cerca, quizás se veía su techo desde el Calvario, estaba el palacio del Sumo Sacerdote Caifás, donde había sido condenado por el Sanedrín. Cuando Jesús miraba a su izquierda podía ver la Puerta de Efraín cerca del ángulo en que las murallas se encontraban; y levantando sus ojos podía ver las torres de la Antonia, y un poco hacia el sur, los pináculos del Templo. Más allá de la ciudad, dibujándose en verde sobre el cielo azul, estaba el Monte de los Olivos.

## LAS ÚLTIMAS SIETE PALABRAS

En la Última Cena y en el camino del Huerto de Getsemani Jesús habló larga y amorosamente con sus Apóstoles. Durante la Sagrada Pasión, sin embargo, habló raras veces y muy breve. En verdad que los silencios de Jesús durante su Pasión fueron tan elocuentes e impresionantes como sus palabras. Durante las tres horas que estuvo clavado en la cruz, Jesús interrumpió este largo silencio hablando siete veces. Estas efusiones de su corazón nos son conocidas como sus últimas Siete Palabras. Hemos tenido la fortuna de que los mismos que estuvieron debajo de la cruz de Jesús pudieron conservar para la posteridad estas sus últimas palabras que en realidad constituyeron un broche de oro a su ministerio público. Todas estas palabras no están contenidas en cada uno de los Evangelios, ni en uno solo de ellos. De hecho Mateo y Marcos refieren una sola palabra de Jesús en la cruz, y Lucas y Juan cada uno relata tres. Por esta razón



no podemos tener absoluta certeza sobre el orden en que cada una de ellas fue pronunciada.

La primera palabra de Jesús desde la cruz, casi ciertamente, fue: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Luc. 23: 34). Sólo San Lucas la recoge. Es extraño que esta palabra falte en algunos pocos de los más antiguos e importantes manuscritos del Evangelio de San Lucas. La única explicación que podemos dar es que algunos de los primeros copistas, aunque eran cristianos, omitieron estas palabras porque se escandalizaban de la indulgencia de Cristo para con sus enemigos. No cabe duda de que este pasaje es auténtico. Está comprobado no sólo por una bien fundada tradición de manuscritos, sino también por el ejemplo de muchos de los primeros cristianos que imitaron el perdón de Cristo para con sus enemigos.

Es difícil de determinar el tiempo exacto en que Cristo pronunció esta primera palabra desde la cruz. Algunos opinan que fue durante el tiempo en que los soldados le estaban clavando a la cruz. Una razón a favor de esta opinión es que San Lucas refiere el incidente inmediatamente después de afirmar que crucificaron a Cristo. Otra es que nuestro Señor usa el tiempo presente, «lo que hacen», en su oración. Ninguna de las dos razones es concluyente. Los Evangelistas son notablemente indiferentes al orden cronológico exacto. Y es improbable que Cristo se refiriera a los soldados

que le clavaban en la cruz. Era demasiado obvio que ellos no sabían lo que estaban haciendo. Ellos ejecutaban órdenes, estaban cumpliendo un deber impuesto por la autoridad. Como paganos o samaritanos, es improbable que hubieran llegado a tener contacto con Cristo anteriormente. Para ellos El era un criminal, condenado legalmente por la más alta autoridad de la región y su deber era cuidar de que la sentencia de la corte se cumpliera. Cristo no se hubiera sentido obligado a pedir perdón para ellos de una manera especial.

Nosotros opinamos que esta palabra primera de las siete, fue pronunciada por Jesús precisamente después de haber sido levantado en la cruz y al mirar aquel mar de caras hostiles vueltas hacia El. Las palabras de Cristo debieron de producir un efecto como eléctrico. Aquellas gentes habían visto crucificar a muchos criminales. Habían visto cómo resistían a sus verdugos e intentaban escaparse. Los habían oído aullar y dar alaridos de dolor. Los habían oído maldecir a sus atormentadores y gruñirles en su impotente rabia escupiéndoles al mismo tiempo.

¡Qué escena tan diferente encontraron sus ojos en el Calvario! En medio de sus sufrimientos Jesús mantenía una calma majestuosa. En el camino del Calvario, El había olvidado sus propios sufrimientos para advertir a las hijas de Jerusalén de los males que caerían sobre la ciudad. En la cruz, levantaba sus

ojos al cielo y con firme y confiado tono se dirigía a Dios como a «Padre». No oraba por sí: no pedía el ser quitado de la cruz o ser liberado de sus sufrimientos. Oraba por aquellos que le habían llevado a aquel estado. Oraba a Dios, su Padre, que fueran perdonados y aun añadía una excusa a favor de ellos, «No saben lo que hacen». Jesús había enseñado el perdón. «Amad a vuestros enemigos», había dicho, «y rogad por los que os persiguen» (Mat. 5: 44). En el Calvario añadía a su enseñanza oral el poder de su ejemplo.

¿Por quién oró Jesús? Oró por aquellos que fueron responsables de su condenación y de su crucifixión. Entre éstos seguramente que en primera fila estaban los jefes de los judíos, los príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos. Era su deber reconocer la afirmación de Cristo de que era el Mesías e Hijo de Dios, examinar sus credenciales, aceptarle y proclamarle como tal. Y con todo hicieron oposición a Jesús a lo largo de su ministerio público. En muchas ocasiones habían conspirado para matarle. Ellos por fin habían puesto en sus manos, lo habían condenado ante su tribunal propio, y habían conseguido llevarlo hasta la muerte amenazando al procurador romano con una denuncia al Emperador.

Habían obrado movidos por odio, envidia y malicia. Eran culpables, necesitaban perdón. Con todo, aun para ellos Cristo alega ignorancia. Fue una ignorancia culpable. Podían y debían haber conocido me-



por las cosas. Pero al menos no tuvieron una plena e inmediata conciencia de la enormidad de lo que hacían. Hablando a los judíos de la crucifixión de Cristo en el recinto del Templo, poco tiempo después, San Pedro decía: «Bien sé que obrasteis por ignorancia, como también vuestros jefes» (Hechos 3: 17; cfr. Hechos 13: 27; I Cor. 2: 8).

En menos extensión y en distintos grados, el pueblo judío que se había unido a sus jefes en la persecución contra Cristo participaba de su culpa. Muchos habían oído las enseñanzas de Cristo y habían sido testigos de sus milagros. Algunos aun pudiera ser que hubieran sido curados por El. Se dejaron llevar extraviados hasta tal punto, que ellos ayudaron a hacer presión sobre Pilato para asegurar la condena de Cristo y habían aceptado para sí y para sus hijos la responsabilidad por la sangre de Jesús. Cristo había dicho anteriormente: «Si yo no viniera y les hablara, no tuvieran pecado; mas ahora no tienen excusas de su pecado... Si yo no hubiera hecho entre ellos obras cuales ningún otro hizo no tuvieran pecado» (Juan 15: 22; 24). Los jefes y los dirigidos igualmente participaban en el pecado; pero para los dirigidos particularmente, la ignorancia, aunque culpable, era una circunstancia atenuante y en la cruz Cristo la recordó en su oración al Padre pidiendo perdón por sus enemigos.

La oración de Cristo debió de incluir también a



Poncio Pilato, puesto que él había tenido una parte en la injusta condena y ejecución de Cristo. En tres ocasiones distintas Pilato declaró a Cristo inocente; pero cuando se tuvo que enfrentar con la amenaza de ser denunciado al Emperador, capituló y condenó a muerte a Jesús. Pilato obró injustamente y contra su conciencia. Sin embargo, el elegato de ignorancia hecho por Cristo se aplicaría a él también pues no reconoció a Cristo como Mesías e Hijo de Dios. Es evidente que admiró a Cristo y lo respetó; aun tuvo un vago miedo supersticioso, por el sueño de su esposa y por las referencias a la pretensión de Cristo de ser Hijo de Dios. Podemos estar seguros, sin embargo, que no estimó en su punto las tremendas consecuencias de la injusta sentencia dada por él contra Nuestro Señor.

Jesús era al mismo tiempo Dios y Hombre. En la cruz estaba ofreciendo un sacrificio por los pecados de la Humanidad. Por tanto en un sentido muy propio todos los pecadores tuvieron parte en clavar a Jesús en la cruz. No es, pues, demasiado decir que la oración de Jesús se extendió a todos los pecadores, pues de los pecadores también se puede decir que «no saben lo que hacen» porque no tienen un pleno conocimiento de la malicia del pecado. Si lo tuvieran, no pecarían.

La oración de Jesús produjo efecto casi inmediatamente. Tuvo que haber hecho una tremenda im-

presión en el pueblo de buena voluntad que lo oyó. Poco tiempo después, uno de los ladrones crucificado con Jesús y a su lado confesó su fe en El. En el momento de la muerte de Cristo, otros se convirtieron, en parte sin duda por las maravillas que ocurrieron en aquella hora. El centurión encargado de la crucifixión, declaró que Jesús era un hombre justo. El pueblo que había salido al Calvario por curiosidad comenzó a golpearse el pecho en señal de arrepentimiento (Luc. 23: 48). Más tarde gran número de gentes se hicieron cristianos (Hechos 2: 41; 4: 4), entre ellos muchos sacerdotes (Hechos 6: 7) y Fariseos (Hechos 15: 5).

Cuando los cuatro soldados designados para la tarea habían levantado a Cristo en la cruz y fijado el título sobre su cabeza, quedaba cumplida la parte más trabajosa de su trabajo. Ahora quedaban libres para dividir entre sí cualesquiera pertenencias que El poseyera cuando le despojaron preparándole para la crucifixión. Esta era costumbre reconocida de aquel tiempo. A su favor tenemos la autoridad de los cuatro Evangelios y también el hecho de que el Emperador Adriano juzgó necesario, cien años más tarde, regular esta costumbre decretando que sólo las pertenencias de menor valor quedaran para los ejecutores. Los verdugos de Cristo encontraron para dividírselos entre

sí solamente los vestidos que llevaba, pero éstos tenían su valor, y procedieron a su distribución. Debió de ser una hiriente escena para Cristo mirar hacia abajo desde la cruz y ver a los soldados dividiéndose sus vestidos como si ya hubiera muerto.

Los vestidos de Cristo probablemente eran sus sandalias, paño de cabeza, vestidura interior, una túnica que cubría todo el cuerpo desde el cuello a los tobillos, un cinturón y un ropaje exterior o manto. Los tres primeros Evangelios nos informan que los soldados dividieron las vestiduras y echaron suertes para determinar qué cogería cada uno. San Juan, quien fue testigo de vista y escribió después de los otros tres Evangelistas, nos aclara el cuadro. Fue fácil hacer una proporcionada división de todas las vestiduras de Cristo con excepción de la túnica, y así lo hicieron los soldados. Pero cuando llegaron a la túnica quedaron perplejos. La túnica tenía un valor no ordinario porque estaba hecha sin costura, tejida de una pieza desde lo alto. Probablemente era de más valor que todos los otros vestidos juntos. Desgraciadamente los Evangelios no nos informan cómo Jesús había adquirido aquella túnica. Conjeturas fundadas indican que de manos de su Santa Madre, o de las piadosas mujeres de Galilea, que le seguían, o de sus amigas de Betania, María y Marta. Unos pocos opinan que era el ropaje con que Herodes le había vestido como rey de burlas. Esto es improbable y contradice a San Marcos (15: 20), quien



afirma que después de la coronación de espinas, los soldados pusieron a Cristo sus vestidos. La dificultad de los soldados consistía en que sería echar a perder la túnica sin costura el cortarla en partes. Uno de ellos hizo una sugestión en que todos convinieron. Echarían suertes, probablemente por alguna especie de dados, y el vencedor tomaría la túnica. Así procedieron a hacerlo. San Juan (19: 24) recuerda que, al hacerlo así, cumplieron sin saberlo una profecía hecha siglos antes referente al Mesías paciente: «Repartieron mis vestiduras entre sí y sobre mi túnica echaron suerte» (Ps. 21: 19).

Los soldados habían terminado la tarea de la crucifixión, y ahora tomaron sus puestos para guardar a los crucificados. Probablemente iba a ser negocio de larga duración, y así se sentaron cerca de las cruces y procedieron a ponerse lo más cómodamente posible. Para pasar el tiempo charlaban, jugaban y pasaban en derredor un jarro de vino claro, avinagrado, llamado posca, bebida favorita de soldados.

Hoy es común el sentimiento de simpatía hacia los condenados. Entre los antiguos era desacostumbrado. Un condenado era tratado como si fuera ya un cadáver, desposeído ya de todo derecho y sentimiento de ser humano. Los verdugos y los espectadores se sentían autorizados para añadir lo que pudieran a los sufrimientos del condenado en las últimas horas de su vida.



Durante las últimas horas de Jesucristo, las burlas e insultos contaron entre los sufrimientos más crueles a los cuales fue sometido. Sus enemigos se debían haber saciado con la vista de los aterradores sufrimientos de Jesús en la cruz. No fue así. No se atrevieron a acercarse a su víctima para golpearle, por eso le hirieron con el veneno de sus lenguas. Su ejemplo fue seguido por otros. De hecho los Evangelios distinguen cuatro clases de burlones: los que pasaban por el camino, los jefes de los judíos, los ladrones crucificados y los soldados (1).

Como hemos visto, Jesús fue crucificado en un altozano que miraba a un camino real, precisamente en las afueras de la ciudad de Jerusalén. La cruz fue levantada tan cerca del camino que los que pasaban podían hablar a los crucificados. Desgraciadamente esto es lo que muchos de ellos hicieron. Los Evangelios hablan de ellos sin dar más detalles, sino que eran gentes que pasaban por allí. Serían probablemente gente que abandonaba la ciudad más bien que los que entraban en ella, ya que sus burlas indican que estaban familiarizados con las acusaciones contra Cristo. Para esta hora todo el suceso había sido sin duda el comentario de la ciudad. Esta gente se detenía por

---

(1) San Lucas menciona (23: 36, 37) aquí que los soldados se burlaron de Jesús. Menciona también que ellos le dieron a beber vinagre. Esto sucedió más tarde, y también pudo ser más tarde cuando los soldados se unieron a las burlas hechas a Jesús.

un momento, probablemente en pequeños grupos, y miraban hacia arriba a los tres hombres colgados de las cruces. No hacían caso de los dos ladrones. Eran bandidos que por fin habían sido capturados y se les había hecho justicia. Pero Jesús de Nazaret, ése era diferente.

El había pretendido ser un profeta, el Mesías mismo. Había hablado de sí mismo como si fuera Hijo de Dios. El mismo domingo precedente había recibido la bienvenida de la ciudad con aclamaciones y gritos de «Hosanna al Hijo de David». Mira a lo que había venido a parar. ¿Qué otra prueba necesitaban de que era un impostor? Mirando hacia arriba, hacia El, movían sus cabezas, señal de burla y de irrisión para los judíos, y le llamaban para atraer su atención a gritos. La palabra que ellos usaban traducida «vah» o «ajá» era una expresión de admiración, pero estas gentes la usaban irónicamente. Se mofaban de su abandono gritando: «Tú, el que destruye el santuario y en tres días le reedifica, sálvate a ti mismo» (Mat. 27: 40). Les era familiar el Templo. Habían frecuentemente visto su ciclópea estructura de piedra, dominando la cumbre oriental de la ciudad, con sus pináculos que se levantaban hacia el cielo. ¡Qué burla tan grande, que este hombre que se había jactado de que podría destruirlo y reconstruirlo en tres días, no se pudiera ayudar a sí mismo, ahora que estaba clavado en la cruz! Ellos habían oído también que el Sanedrín

le había condenado por hacerse Hijo de Dios. Por eso le ridiculizaban diciendo: «Si es que eres Hijo de Dios, baja de la cruz» (Mat. 27: 40).

Algunos se mofaban de Cristo en la cruz y seguían de largo. Otros se burlaban y se quedaban. Entre ellos estaban los jefes de los sacerdotes, escribas y ancianos, los principales enemigos de Jesús. Tenían otras cosas que hacer en este día, que era según su cómputo la víspera de la Pascua. Su Comida Pascual debían comerla aquella misma noche. Ya a esta hora debieran de estar haciendo sus preparativos. Pero no se podían arrancar del Calvario. Permanecían como si hubieran echado raíces en este sitio. Se admiraban de su victoria, y se regocijaban en cada señal de dolor por parte del crucificado. Pero no corrían riesgos, por sutiles que fueran, de que algo pudiera aún salir mal. Ellos habían pensado que tenían a Cristo en sus garras en muchas ocasiones anteriores, y El se les había escapado suavemente de su poder. Eso no sucedería otra vez, porque esta vez ellos esperarían allí vigilando hasta el fin.

Había una diferencia entre las burlas de los que pasaban por allí y las de los jefes de los judíos. Los primeros se dirigían a Jesús directamente. Los últimos se hablaban unos a otros, pero lo suficientemente alto para que Jesús lo oyera. «A otros salvó —decían—, a sí mismo no puede salvarse» (Marc. 15: 31). Al parecer admitían que Jesús había salvado a otros. La



prueba era demasiado grande para poder rechazarla. Pero ahora era evidente que había perdido todo poder que hubiese poseído. Su presente abandono hacía de El objeto de irrisión.

Habiendo ridiculizado los poderes milagrosos de Cristo, los sanedritas se mofaron de sus pretensiones mesiánicas. «Rey es de Israel —continuaron—, baje ahora de la cruz y nos comprometemos a creer en él» (Mat. 27: 42). Dijeron Rey de Israel, forma tradicional, más bien que «Rey de los judíos», la forma usada por Pilato. Estaban tan seguros de que Jesús no podría bajar de la cruz, que prometieron creer en El si lo hiciera. No eran sinceros. En la mañana del domingo siguiente Jesús obraría el milagro aun mayor de su resurrección, y aun así ellos no creerían en El.

Animados por sus propias palabras y por el aparente abandono de Cristo, estos jefes judíos pasaron a blasfemar de su filiación divina. Dirigiéndose todavía unos a otros, decían: «Ha puesto en Dios su confianza: librele ahora si le quiere de verdad; como que dijo: De Dios soy Hijo» (Mat. 27: 43). Estaban convencidos de que Dios había abandonado a Jesús y de que ellos eran los instrumentos de Dios en castigarle. Estaban contentos de sí mismos. Ellos podían esperar con paciencia, hasta el fin de esta buena obra, y después comer la Pascua con conciencia limpia. Además Jesús moriría pronto, y el dominio espiritual que ellos ejercían sobre el pueblo quedaría asegura-



do. Era en verdad un día bueno para ellos, y comienzo de un futuro mejor. ¡Si sólo lo hubieran sabido antes!

San Lucas (23: 36-37) nos dice que los soldados también se unieron en las mofas a Jesús. Dice esto en conexión con un incidente posterior. Es probable que los soldados para sus burlas se inspiraron en los que pasaban y en los jefes de los judíos, quienes sin duda ultrajaron a Jesús por largo tiempo.

Los soldados romanos nada sabían de Jesús y su doctrina. Tuvieron que sorprenderse de verle escarnecido y puesto en ridículo por su propio pueblo y aun por algunos de los miembros más eminentes de su corte suprema. El título que habían clavado en la cruz era para ellos algo paradójico. ¡Imaginar a un rey, aunque fuera de los judíos, en esta triste situación! Imitando el papel de los otros que escarnecían a Jesús, miraron hacia arriba y se burlaban diciendo: «Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Es probable, sin embargo, que pronto se cansaron de este juego, ya que sus burlas no obtenían respuestas de Jesús, y ellos, de manera distinta de los judíos, no tenían personal animosidad contra Cristo.

Como hemos visto, dos ladrones fueron crucificados con Jesús, uno a la derecha y otro a su izquierda. Las tres cruces estaban colocadas cerca unas de otras,

y era fácil la conversación entre los crucificados. Los Evangelios no dicen quiénes eran los dos ladrones. Hay muchas leyendas referentes a ellos entre los escritos de los primeros cristianos, y se les asigna variedad de nombres, los más populares de los cuales son Dimas para el bueno y Gestas para el malo. Ninguno de esos escritos, goza de suficiente fuerza histórica, por eso no tenemos como ciertos sino los detalles suministrados por los Evangelistas.

Inmediatamente salta a la vista que hay una contradicción aparente entre Mateo y Marcos por una parte, y Lucas por la otra. Los primeros dos Evangelistas afirman que los ladrones crucificados con Jesús, lo ultrajaban, entendiéndose por el uso del plural que los dos se unieron en los reproches. Lucas, por otra parte, refiere que uno de ellos le ultrajaba y el otro se lo echaba en cara. Dos soluciones se ofrecen a esta dificultad. Algunos opinan que al principio los dos ultrajaban a Jesús; luego uno de ellos, tocado por la paciencia y bondad de Cristo, y en especial por su oración pidiendo perdón para los que le crucificaban, se convirtió, reprendió al otro, y confesó a Cristo. Otra explicación y la mejor según pensamos, es que Mateo y Marcos usaron un plural genérico para indicar una categoría de personas, más bien que los individuos. Habían mencionado las burlas de los que pasaban y de los príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos. Pasan a mencionar otro tipo de ultrajado-

res, los ladrones, y usan el plural aunque sólo era cuestión de uno solo. Esta no es práctica desacostumbrada.

Los ladrones crucificados con Cristo observaron cuanto tenía lugar. Probablemente estaban contentos de que la mayor parte de la atención de los espectadores se dirigía a Jesús más bien que a ellos. Habían leído el título que estaba arriba de la cabeza de Jesús, y habían oído los reproches y mofas de los que pasaban y de los principes de los sacerdotes, escribas y ancianos. Ellos habían dado vueltas a todo esto en sus mentes, pero con un efecto completamente diferente.

Uno tomó el camino extraordinario de unirse a los enemigos de Cristo ultrajándole y blasfemando de Él. Ordinariamente los condenados, unidos por la misma desgracia de que participan, hacen causa común contra los verdugos y espectadores, maldiciéndoles y ultrajándoles. Pero uno de los ladrones volvió su cabeza hacia Jesús y dijo sarcásticamente: «¿No eres tú el Mesías?» (2). Y puesto que tenía ideas judías sobre el Mesías y había oído a los otros desafiando a Jesús para que bajara de la cruz, añadió burlescamente: «Sálvate a ti mismo»; y luego, como un pensamiento que se le ocurriera en el momento, añadió: «y a nosotros». Jesús no lo hizo ningún caso.

---

(2) Esta lectura es preferible a «Si tú eres el Mesías».

Al otro ladrón sí le hizo caso. Probablemente fue el silencio de Jesús por lo que se sintió obligado a hablar. Habló con ardor al otro ladrón, reprendiéndole por lo que había dicho a Jesús: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio?» (Luc. 23: 40). Dio énfasis probablemente a la palabra «temes». Decía en realidad «tú puedes no amar a Dios, pero en vista de tu muerte inminente y de tu juicio inminente deberías al menos temerle, y no incurrir en la culpa de ultrajar a este compañero del dolor». Los demás podían burlarse de Jesús con un sentimiento de impunidad, pero no uno que estaba ya colgado de la cruz junto a El.

Y luego este ladrón crucificado prosiguió pronunciando unas de las más hermosas palabras que registran los Evangelios: «Nosotros, a la verdad, lo estamos justamente, pues recibimos el justo pago de lo que hicimos; mas éste nada inconveniente ha hecho» (Luc. 23: 41). El había llevado una vida mala. La justicia le había alcanzado, y ahora estaba clavado a la cruz, muriendo. En este momento en vez de ultrajar a Cristo y arrojar insultos a sus verdugos, suavemente abría su corazón y su mente para recibir un efluvio de gracia y luz que llegaba a él desde Aquel que estaba en la cruz próxima. Confesó sus pecados, aceptó sus sufrimientos como castigo justo de su vida depravada, y ante aquella turba que aullaba en burlas, él proclamó abiertamente su fe en la inocencia de Cristo.



El arrepentimiento abrió el corazón y la mente de este ladrón crucificado al don de la fe, y sin tardanza se lanzó a profesar su fe en Jesucristo: «Jesús, acuérdate de mí, cuando vinieres en la gloria de tu realeza» (Luc. 23: 43) (3). Hay evidentemente en estas palabras un comienzo de amor, pues se dirige a Nuestro Señor familiarmente como a Jesús. Y no pedía gran cosa; se lo dejaba a Nuestro Señor. Sencillamente pedía que Jesús le dedicara un pensamiento, no le olvidara del todo cuando viniera en el poder de su reino. Con su recientemente encontrada fe en Cristo, no hizo caso a su situación presente. Había perdido todo interés en ella. Pensó solamente en el futuro. Creyó que Jesús era el Mesías y que volvería en la gloria de su reino Mesiánico. Este reino podía solamente existir en el futuro, pues claramente podía ver que Jesús, lo mismo que él, estaba muriendo en la cruz.

La profesión de fe del ladrón crucificado con Cristo es uno de los hechos más extraordinarios guardados por la historia. Es difícil imaginarse algo tan inverosímil. Cuando este ladrón miraba a Jesús, vio a un hombre que aparentemente era un criminal, condenado por su propio pueblo y las autoridades de Roma, muriendo ya en la cruz, ultrajado y encarnecido por todos menos por unos pocos amigos, incapaces de hacer nada, que formaban un grupo allí cer-

---

(3) Aquí seguimos el texto griego, que es preferible.

cano. Aun así, él profesó su fe de que Jesús era el Mesías y le suplicó que se acordara de él en el tiempo de su glorioso retorno en la realeza de su reino mesiánico.

¿Había este hombre conocido a Cristo antes del Calvario? ¿Había al menos oído hablar de él y de su doctrina? No tenemos información sobre esto. No es necesario presumirla. El ladrón estaba bien al tanto de cuanto estaba sucediendo alrededor de él en este día fatal. Sabía por qué Jesús había sido condenado y crucificado. Podía leerlo en el título clavado sobre su cabeza en la cruz. Lo podía oír en las burlas y chanzas de los espectadores. Él observaba todo esto y más. Podía ver que Jesús no moría como un criminal. Notaba su silencio, paciencia y bondad. Le oyó dirigirse a Dios familiarmente como a su Padre y pedir perdón para los que le habían crucificado. Todo esto ayudó a prepararle para la especialísima gracia divina, única a quien puede atribuirse su repentina conversión de pecador a santo.

Fuera del tiempo empleado en su oración pidiendo perdón para sus enemigos, Jesús había permanecido en silencio durante la crucifixión y durante el tiempo que llevaba colgado en la cruz. No había hecho caso a los que le mofaban y ultrajaban, ni al ladrón crucificado a su lado. Pero las palabras del buen ladrón le conmovieron y lograron una respuesta inmediata. «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en

el paraíso» (Luc. 23: 43). Había un dejo de urgencia y solemnidad en las palabras de Jesús, recalçadas con la expresión «En verdad te digo». El ladrón había pedido algún recuerdo en un futuro indeterminado. No tendría que esperar. El recibiría todo lo que pedía y más, aquel mismo día. Antes que cayera la noche estaría con Jesús en el paraíso. Según todas las apariencias Jesús no tenía nada que ofrecer. Moría clavado a una cruz: aun sus vestiduras le habían sido quitadas y divididas entre los soldados. Con todo en un tono de absoluta confianza y seguridad Jesús promete a este hombre, que está muriendo a su lado, que antes de la caída de la noche será su compañero en el paraíso.

¿Qué significaba Jesús por el paraíso? Esta palabra tenía origen persa y de esta lengua persa pasó al hebreo y griego de la Biblia. Significaba especialmente un jardín cerrado plantado de árboles. Metafóricamente, la palabra vino a significar felicidad, especialmente la felicidad del cielo. En tiempo de Cristo se usaba por la morada del justo después de la muerte, y este es sin duda el sentido de la palabra según la usó Nuestro Señor. Después de morir Cristo, su alma bajó al infierno o limbo como se le llama, y allá también llegó el alma del Buen Ladrón. Solamente después de la Ascensión del Señor las almas de los justos fueron admitidas al cielo. Antes de que el sol se pusiera en aquel primer Viernes Santo, el alma del

ladrón crucificado al lado de Jesucristo en el Calvario fue asociada de nuevo a Jesús en el limbo y oyó anunciar a los justos allí reunidos las buenas nuevas de la redención.

Como ya hemos hecho notar, Jesús, mirando desde la cruz vio a algunos de sus amigos que le observaban. Los Evangelios Sinópticos hablan de ellos más tarde, e indican que permanecieron a corta distancia. San Juan probablemente se refiere también a los mismos aunque refiriéndose a una ocasión diferente, cuando indica que algunas personas estaban tan cerca de la cruz que Jesús podía fácilmente hablarles: «Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena» (19: 25). No era desacostumbrado para los romanos permitir que los parientes más cercanos y amigos de un crucificado se acercaran a la cruz.

María, la Madre de Jesús, estaba allí de pie mirando hacia El. Ella había estado presente a la fiesta de las bodas en Caná en el mismo comienzo de su ministerio público, cuando Jesús había contestado a su petición de un milagro diciendo: «Todavía no ha llegado mi hora» (Juan 2: 4). A pesar de todo, El había obrado el milagro. Durante su público ministerio María había permanecido en segunda línea, viéndole algunas veces. Ella había subido a Jerusalén para la Pascua con los



otros galleos, conociendo en su corazón el destino que esperaba a Jesús. Ella sabía que ahora en verdad, su hora había llegado. Estando allí de pie viéndole morir, recordó las palabras que el santo Simeón le dirigiera en el Templo: «A ti misma una espada te traspasará el alma» (Luc. 2: 35). En verdad que estaba traspasada, y traspasada de nuevo cada vez que levantaba su vista hacia Jesús y veía las sangrientas heridas de sus manos y pies y los ribetes de los azotes cruzando su cuerpo. Traspasada al oír los ultrajes y burlas de sus enemigos y aun de los extraños que pasaban por el camino abajo. Traspasada al verle luchar por levantarse un poco sobre sus manos y sus pies heridos, tratando de evitar el ser sofocado por la constricción de los músculos del pecho causada por el peso de su cuerpo. María veía todo esto, lo aceptaba y se unía a ello. Ella sabía lo que Jesús estaba haciendo. Ella había aceptado todo esto cuando había aceptado la misión de Madre del Salvador con las palabras: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» (Luc. 1: 38).

Mirando hacia abajo, hacia su Madre que estaba de pie debajo mismo de El, Jesús dijo: «Mujer, he ahí a tu hijo». Luego, mirando a Juan, el discípulo amado, dijo: «He ahí a tu Madre». San Juan añade: «Y desde aquella hora la tomó el discípulo en su compañía» (Juan 19: 26-27). Aun en este crítico momento, sufriendo intenso dolor y no lejos de la muerte, Jesús

piensa aún en otros. Como a su Hijo amante, le toca el estado de abandono en que deja a María. Es obvio que San José había ya muerto y que María no tenía otros hijos. Los «hermanos» de Jesús mencionados en los Evangelios, no pudieron ser sino primos. Jesús encarga el cuidado de su Madre al discípulo a quien más amaba. Y no era una carga lo que le daba, sino un gran honor y privilegio. El usar Jesús la palabra «mujer» al dirigirse a María parece nos suena a nosotros como algo duro y formal. En realidad era una forma de dirigirse que indicaba reverencia y solemnidad. Jesús podría muy bien haber dicho nada más que «"mujer"» he ahí a tu hijo». El decir a Juan «He ahí a tu Madre», era llamando la atención al hecho de que daba a Juan el más grande don posible, su propia Madre. Por mucho que la cuidara como la cuidó, Ella podía hacer por él más de lo que él pudiera hacer por Ella.

Juan tomó a la Madre de Jesús en su compañía. Desgraciadamente no sabemos casi ningún detalle. San Juan y su familia eran galileos y se ganaban la vida pescando en el mar de Galilea. El padre, Zebedeo, dirigía el negocio, asistido por sus hijos y por hombres asalariados (Marc. 1: 20). Tenían contactos en Jerusalén, quizás aun tenían una casa allí, pues Juan era sin duda el discípulo conocido del Sumo Sacerdote que obtuvo la admisión de Pedro en el patio (Juan 18: 15). María permaneció en Jerusalén por

algún tiempo, pues la encontramos en el Cenáculo después de la Ascensión con un grupo de Apóstoles y otros discípulos. María y la familia de Juan eran parientes, pero Ella estaba allí no por razón de parentesco de sangre, sino por razón del parentesco espiritual entre Ella y Juan, instituido por Jesús en la cruz. Hay tradiciones contradictorias sobre su vida posterior. Según una de ellas, murió en Jerusalén; según otra, en Efeso. No podemos menos de pensar que Ella ejerció un grande influjo en San Juan, influjo manifestado en su Evangelio, que nos muestra profundos aspectos interiores de la mente y corazón de Jesús.

Es creencia común entre los católicos que San Juan al pie de la cruz representaba la familia humana, y que en él todos nosotros fuimos dados a María como hijos, y Ella a nosotros como Madre. Aunque se ha preguntado si en realidad esta verdad está expresada en este texto, no hay duda sobre la maternidad espiritual de la bienaventurada Virgen. La doctrina de la maternidad espiritual está fundada en el hecho de que María es la Madre del Verbo Encarnado. Por la gracia nosotros somos hijos adoptivos de Dios y por tanto hermanos de Jesucristo e hijos de María. Por el «fiat» que dio al Angel Gabriel, María aceptó la maternidad natural de Jesucristo y también la maternidad de Jesucristo como Salvador de una humanidad redimida, como cabeza del Cuerpo Místico, del

cual nosotros somos miembros. Ella es la Madre de Cristo en el sentido natural de la maternidad; Ella es nuestra Madre como miembros del Cuerpo Místico.

Desde la Edad Media, ha ido creciendo la creencia de que San Juan, al consignar esta palabra de Cristo en la cruz, tenía en su mente algo más que el sentido puramente literal que hemos explicado ya. En el Evangelio de San Juan encontramos que ciertos individuos, aunque son personas reales, son también tipos. Así, Nicodemo es el tipo del alma intelectual que busca, Juan es el tipo del discípulo creyente. Además, si se acepta solamente el sentido estrictamente literal, podríamos entender por qué Juan es dado a María como hijo: para que cuidara de Ella; pero ¿por qué razón María había de ser dada a Juan como madre? El no sólo tenía madre, sino que ésta estaba presente en el Calvario. Es lógico pensar que mientras Salomé era la madre natural de Juan, María fue constituida su Madre espiritual. Se confirma esta interpretación en las enseñanzas de varios Papas recientes. Podemos, pues, decir en verdad que desde el primer momento de la Encarnación, María fue Madre de Cristo y Madre espiritual nuestra, y que esta maternidad espiritual de María fue proclamada solemnemente en esta tercera palabra de Cristo en la cruz.

Todos los tres primeros Evangelios mencionan un fenómeno extraordinario que acompañó la crucifixión



de Cristo. Como dice San Lucas: «Y era ya como la hora sexta, y se produjeron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona, habiendo faltado el sol... (23: 44-45). Los dos textos de Lucas y Marcos indican que Jesús había sido clavado en la cruz antes de la hora sexta, es decir, poco antes del mediodía, y que ya había pasado algún tiempo antes de que las tinieblas se echaran sobre la tierra. Evidentemente los Evangelistas consideran que las tinieblas tenían relación con lo que sucedía en el Calvario, y eran de origen sobrenatural. De ninguna manera es necesario presumir un eclipse de sol. Hubiera sido necesario que Dios perturbara el orden entero del universo, para producir tal eclipse en tiempo de luna llena. Algunos de los antiguos opinaron que Dios suspendió milagrosamente los efectos luminosos de luz del sol; otros que produjo una acumulación especialmente densa de nubes que interrumpió los rayos del sol sobre la tierra. Habiendo vivido en Jerusalén por tres años, nos inclinamos mucho más a aceptar la explicación de algunos modernos comentadores. Por esta época del año un viento caliente, cargado de polvo y arena, sopla desde el este sobre Tierra Santa. Se le llama khamsin, o siroco negro. Frecuentemente la cantidad de polvo en el aire es tan grande que oscurece la luz del sol y cubre la tierra con algo parecido a una niebla oscura. Un milagroso aumento en la intensidad de este fenómeno natural, pudo muy bien haber sido

la causa de las tinieblas que se produjeron al tiempo de la crucifixión. No es necesario aceptar a la letra el relato de los tres Evangelistas de que las tinieblas cubrieron «toda la tierra». Las tinieblas fueron una señal local y probablemente se extendieron solamente hasta el horizonte, o sea a tanta distancia como podían alcanzar a ver los testigos de la crucifixión.

Las tinieblas sobre la tierra fueron seguramente una señal del cielo. Varias explicaciones han sido dadas por los Padres de la Iglesia. Algunos opinan que fue una imagen de las tinieblas que envolverían a la nación judía como castigo por dar muerte a Aquel que era la luz del mundo; otros piensan que fue una protesta de la misma naturaleza contra la injusta ejecución del Señor de la naturaleza. Seguramente que manifestaban, en algún modo, la amenaza de un justo castigo. En los profetas del Antiguo Testamento, el oscurecimiento del sol es una figura usada para describir la manifestación de la justicia de Dios: «Y en aquel día acaecerá, dice el Señor, Yahveh, que haré ponerse el sol al mediodía y entenebrecearé la tierra en pleno día» (Amós 8: 9; cfr. Joel 2: 10; 3: 15; Isaías 13: 10). Como veremos más tarde, las tinieblas fue solamente uno de la serie de sucesos que milagrosamente dieron testimonio de Cristo en la cruz.

Cuando Jesús pronunció su cuarta palabra desde la cruz, se estaba acercando al fin de su vida en la tierra. Esta palabra fue pronunciada como a la hora de

nona, es decir, como a las tres de la tarde. Los espectadores podían ver que Jesús se estaba debilitando rápidamente. La sangre goteaba poco a poco de las heridas en sus manos y pies. De vez en cuando se esforzaba por levantarse hacia arriba, a pesar del dolor de las heridas de los pies, para aliviar la presión que le ahogaba el pecho; pero con menos frecuencia ahora, debido a su debilidad. Por bastante tiempo Jesús había estado sufriendo sin pronunciar palabra. Todo lo que podían oír los que estaban cerca, eran sus lastimeros esfuerzos por llevar aire a sus pulmones constreñidos. Los demás en el Calvario estaban también en silencio. Probablemente muchos estaban aterrorizados por las tinieblas extraordinarias y amenazadoras, que cubrían el lugar como si se hubiera echado la noche antes de tiempo. Algunos de los espectadores se habían cansado del asunto y habían proseguido su camino. Los soldados, retenidos por su deber, estaban sentados cerca de las cruces, vigilando y esperando el fin. Los enemigos de Cristo, implacables aún, vigilaban con odio y decisión nunca abatida. De repente Jesús se levantó en la cruz, llenó de aire sus pulmones y gritó con alta voz: «*Eli, Eli, lama sabachtani?*, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?» (4).

---

(4) Marcos usa la forma *Eloi*, variante del arameo, que era la lengua corriente de la nación en tiempo de Cristo. Nuestro Señor indudablemente usó la forma *Eli*, pues los que estaban allí pretendieron que *El* había llamado a *Elías*. Decir esto hubiera sido más bien un ardíd, si hubiera usado la forma *Eloi*.



Hay algo misterioso, y ante los hechos, algo sorprendente en estas palabras de Cristo desde la cruz. El había siempre gozado de la más grande unión con el Padre, y manifestado la más grande confianza en El. Ahora El habla como si esta unión se hubiera roto, como si el Padre lo hubiera abandonado, como si sus enemigos hubieran tenido razón cuando se burlaban de El, de que Dios le había abandonado. Algunos han interpretado las palabras de Jesús en este sentido, y han llegado a la conclusión de que murió desesperado de su obra y aun de Dios. Todo lo que tenemos que decir para refutar esa opinión es recordar que unos pocos momentos más tarde Jesús se dirigió a Dios con palabras de completa confianza y seguridad: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Luc. 23: 46).

Para entender estas palabras, es importante recordar que son el segundo verso del salmo veintiuno y que Jesús las citó tomándolas del salmo. Aunque pronunció en alta voz solamente el segundo verso, es muy probable que todo el salmo pasó por su mente, y aún que se lo fue repitiendo a sí mismo, de la misma manera que nosotros podemos usar un salmo o una oración litúrgica para expresar nuestros sentimientos. Esto está confirmado por el hecho de que las otras dos palabras de Cristo en la cruz provienen de este salmo. Por esta razón sería un error interpretar las palabras de Cristo desde la cruz o las otras palabras de este salmo, en un sentido demasiado literal, como



si hubieran sido pronunciadas por Cristo de su propia cosecha.

No puede haber duda de que el salmo veintiuno es mesiánico. No es seguro si se trata de una profecía en el sentido directo y literal de la palabra, o si la situación del salmista profetiza la situación de Cristo en la Pasión. En cualquier caso, procede en parte, casi como si fuera un relato histórico de la Pasión. He aquí unos pocos versos de los que dicen más al caso:

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Lejos estás de mi clamor y preces» (verso 2).

«Dios mío, clamo de día y no respondes; de noche, sin hallar reposo» (v. 3).

«Pero yo soy gusano, que no hombre; oprobio humano; mofa de la plebe (v. 7).

«Todos los que me ven se burlan de mí, abren los labios, la cabeza agitan» (v. 8).

«En Dios confía: El le haga libre, pues tanto le ama; venga El a salvarlo» (v. 9).

«Sus fauces abren contra mí feroces, cual leones rapaces y rugientes» (v. 14).

«Como teja secóse mi garganta, y en mis fauces pegado se ha mi lengua. Me has reducido al polvo de la muerte» (v. 16).

«Pues numerosos canes me circundan; banda de malhechores me anda en torno. Mis manos y mis pies han traspasado» (v. 17).

«Y puedo ya contar todos mis huesos. Miranme ellos, y viéndome se gozan» (v. 18).

«Mis ropas ellos se reparten, y acerca de mi túnica echan suertes» (v. 19).

Al citar las primeras palabras del salmo Cristo se aplica todo el salmo entero a si mismo. Esto es particularmente significativo, ya que la primera parte del salmo (2-22) describe los agravios y sufrimientos de Jesús, mientras que la segunda parte (23-32) declara el valor mediatorio de sus sufrimientos. En el salmo el triunfo sigue al sufrimiento; en la vida de Jesús la resurrección y salvación de los hombres siguió a la Pasión.

El hecho de que Cristo usó estas palabras del salmista y que pronunciara en voz alta las primeras palabras, indican que El hizo estos sentimientos suyos propios y que sufrió agudamente el sentimiento de abandono. En verdad poco más le quedaba que sufrir. Había sido rechazado y condenado por los jefes de su pueblo, entregado en manos de extranjeros, abandonado por sus seguidores, burlado por los que le rodeaban y dejado morir públicamente en una cruz. Y si ahora se sentía abandonado de Dios, era solamente en el sentido de que su Padre no le había defendido de todo esto, sino que había permitido que El fuera entregado a la Pasión por la salvación de los hombres. Las palabras de Cristo no eran un reproche, ni una queja, sino una llamada confiada desde las pro-

fundidades de su miseria al Padre en quien tenía suprema confianza.

La cuarta palabra de Jesús en la cruz incitó a sus enemigos a renovar sus escarnios. Algunos se dijeron unos a otros: «A Elías llama éste» (Mat. 27: 47). Los Evangelistas dicen que eran los que allí estaban. ¿Pensaron ellos en realidad que Cristo llamaba a Elías? No es probable. La mayor parte de ellos debían saber que estaba citando las palabras de un salmo, y debieron de oír fácilmente, pues Jesús habló en voz alta. Con deliberación cambiaban Eli por Elías para hacer un chiste del grito de Cristo. Muchos judíos creían que el Mesías había de llevar al principio una vida oculta y oscura, y que Elías vendría para sacarle de ella y darle a conocer. Algunos de los que allí estaban creyeron que era un chiste ocurrente pensar en la venida de Elías a encontrarse con el Mesías en una cruz. Sin duda que se rieron a carcajadas de corazón ante su propio ingenio.

De los relatos evangélicos se deduce que las últimas cuatro palabras de Jesús en la cruz fueron pronunciadas en rápida sucesión y poco antes de su muerte. Pasó poco tiempo entre la queja de abandono y su grito «Tengo sed», ya que los espectadores asociaron las dos palabras en su chanza sobre Elías. Sólo San Juan refiere la quinta palabra de Nuestro Señor: «Sa-

biendo Jesús que ya todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliera la escritura dice: «Tengo sed» (19: 28). Aunque estaba débil en extremo y cerca de la muerte, la mente de Jesús seguía lúcida. Había estado recordando las profecías referentes a El, pues acababa de pronunciar en alto palabras del salmo veintiuno, una de las más explícitas profecías del Antiguo Testamento, y sin dudar se hallaba reflexionando sobre sus palabras si es que no las estaba recitando de nuevo para sí. El sabía que existía otra profecía que aún debía ser cumplida, y para que se cumpliera dijo: «Tengo sed». Dos pasajes de otros tantos salmos se referían a la sed de Cristo: «En mi sed me dieron a beber vinagre» (68: 22). Esta profecía se había de cumplir en breves momentos como respuesta a la confesión de Cristo de que tenía sed. El salmo que Jesús acababa de recordar también se refería a la presente situación: «Como teja secóse mi garganta y en mis fauces pegado se ha mi lengua» (21: 16).

La sed era uno de los más terribles sufrimientos de la crucifixión, y debió de causar a Jesús indecible tormento físico. En cuanto sabemos, no había tenido nada que beber desde la noche anterior. Había perdido considerable sangre en los azotes, y durante tres horas en la cruz la sangre había goteado poco a poco de sus heridas. El sudor causado por la debilidad, como también el estar expuesto al sol, aumentaron su



sed. No es de maravillar que Jesús pronunciara estas palabras de agonía, «Tengo sed».

Como hemos dicho, los soldados tenían un jarro de posca, mezcla de vino agrio o vinagre y agua, para apagar su sed durante las largas horas de espera. (Aun hoy día los árabes de Tierra Santa raramente dejan sus casas para el trabajo o viaje sin su jarra de agua). Las palabras de Cristo «Tengo sed» movieron a compasión a uno de los soldados. Debió de ser un soldado más bien que uno de los espectadores, pues solamente un soldado podría atreverse a tocar el jarro de posca. Fijó la esponja usada como tapón del jarro, en el extremo de una lanza, llenó la esponja de la bebida y se acercó a la cruz (5). Algunos de los que se habían estado burlando de Jesús, llamando su atención gritaron: «Deja —dijeron—, veamos si viene Elías a salvarle» (Mat. 27: 49): Por el Evangelio de San Marcos (15: 36) es evidente que el soldado se llenó de respeto humano y se unió a la burla. A pesar de todo, sin embargo, completó su acto de misericordia. Empujó la esponja contra los labios de Cristo, y Cristo bebió el vinagre.

La bebida que tomó Jesús tenía probablemente el efecto de reavivar ligeramente su decaída fortaleza. Casi inmediatamente, habló de nuevo diciendo: «Consumado está» (Juan 19: 30). Puesto que no está expresado el sujeto del verbo no se nos dice explícitamente

(5) Véase capítulo 18, nota 7.

qué fue lo que estaba consumado. Lo sabemos, sin embargo, por las circunstancias y por la mente de San Juan, único que recoge esta palabra de Jesús en la cruz. Jesús ciertamente se refería al pleno cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento que se referían a El. Las dos palabras precedentes indican que Jesús en esta hora estaba pensando en estas profecías y en su cumplimiento. Sin duda, se refería también al hecho de que El había cumplido todas las profecías que El mismo había hecho concernientes a su Pasión.

El significado de esta palabra de Cristo no debería limitarse al cumplimiento de las profecías. Ahora, pocos momentos antes de su muerte, Jesús vuelve la vista atrás sobre la misión de su vida y ve que ha cumplido, perfecta y completamente, aquello para lo que había venido a este mundo. Esto incluía su muerte, para la que faltaban solamente unos momentos. Sería un error, sin embargo, aplicar estas palabras al cumplimiento de toda la misión de Cristo como Salvador. Faltaba aún la resurrección, el trabajo de su vida de resucitado, el envío del Espíritu Santo, y lo que San Pablo llama la presentación de Cristo en los cielos «en el acatamiento de Dios a favor nuestro» (Heb. 9: 24). Solamente cuando el reino de Dios en la tierra se transforme en el reino de Dios en los cielos, podrá Jesús decir de su misión como Salvador, «consumado está».

Cristo había pronunciado su cuarta palabra desde la cruz con voz fuerte. Ahora, un momento antes de su muerte, gritó de nuevo con gran voz diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Luc. 23: 46). Tal suceso era desacostumbrado, si no ya milagroso. La muerte por crucifixión era un proceso lento de agotamiento que terminaba con un desplome de las fuerzas físicas. El grito de Jesús indicaba que, aun cuando moría, obraba con libertad, que tenía el completo dominio de cuanto le estaba sucediendo. El había dicho bien: «Yo doy mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo mismo por mí mismo la doy» (Juan 10: 18). Las mismísimas últimas palabras de Jesús son también de un salmo (35: 6), excepto que añadió la palabra Padre. El se había sentido abandonado durante la agonía en el huerto y de nuevo en la cruz, pero todavía se dirige con amor filial y confiado a su Padre. En el texto griego de Lucas se indica de intento cierta deliberación. Literalmente traducido, Nuestro Señor dice: «Padre, en tus manos pongo mi alma». Las palabras de Jesús eran una expresión de completa seguridad en su Padre celestial y de absoluta unión con su divina voluntad. Desde entonces, los seguidores de Cristo han encontrado fortaleza y consuelo en el momento de la muerte, al repetir estas últimas palabras que El habló en el Calvario.

Inmediatamente después de su última palabra,

Jesús murió. Aquí también hay una expresión de deliberación, que indica que aun al morir obraba con libertad. Su cabeza no cae sobre su pecho después de la muerte. Jesús inclina su cabeza y luego muere. Como dice San Juan: «Inclinando la cabeza entregó el espíritu» (19: 30).



**DESPUES DE LA MUERTE  
DE JESUS**

## LOS PRODIGIOS

A aquellos que creen que Jesucristo, es el Hijo de Dios, no les extraña que su muerte en el Calvario fuese acompañada de prodigios. El velo del Templo se rasgó, la tierra tembló, las rocas se partieron, y, después de la resurrección de Jesús, se abrieron las tumbas y los muertos salieron y se aparecieron a muchos en la ciudad santa. El centurión, oficial a cuyo cargo estuvo la ejecución de Cristo, declaró: «Verdaderamente Hijo de Dios era éste» (Mat. 27: 54), y las multitudes presentes volvían a sus casas golpeándose el pecho.

En el mismo momento de la muerte de Cristo, «el velo del Santuario se rasgó en dos de arriba abajo» (Mat. 27: 51). Para los israelitas el Templo era no un edificio en el cual se reunía el pueblo para el culto, sino el lugar en que moraba la divinidad. Se llegaba a él por una serie de escaleras, más allá de las cuales había un vestíbulo. Una gran cortina separaba el vestíbulo del Lugar Santo y otra cortina separaba esta

parte del Templo del Santo de los Santos, que se consideraba como la morada de la divinidad, aunque había permanecido vacía desde la pérdida del arca de la alianza. El pueblo se congregaba para el culto en lugares especiales en el frente del Templo, pero no le era permitido entrar en él. Desde fuera, sin embargo, podían ver la cortina que separaba el vestíbulo del Lugar Santo. Josefo nos dice que era «un tapiz de Babilonia, con brocado de lino azul fino, de escarlata también y de púrpura, hermoso con maravillosa destreza» (*Guerras*, 5; 5, 4). El otro velo que separaba el Lugar Santo del Santo de los Santos, que menciona Josefo pero no describe, podía ser visto solamente por los sacerdotes que entraban al Lugar Santo dos veces al día para quemar incienso en el altar de los perfumes, y por el Sumo Sacerdote que entraba al Santo de los Santos una vez al año, en la fiesta de la Expiación, a quemar incienso.

¿Cuál de estas dos cortinas o velos se rasgó en el momento de la muerte de Cristo? No lo sabemos. El texto de los Evangelios no da luz a este respecto, y los comentaristas que se deciden por una u otra, lo hacen por razones de simbolismo. La mayor parte opinan que fue la cortina interior porque esto indicaría mejor que la antigua ley y culto habían quedado abrogados, pues la verdadera expiación era la llevada a cabo por la muerte sacrificial de Cristo en la cruz, con la cual el acceso al Santuario celestial que-

daba abierto a todos. Los que piensan que fue la cortina exterior, distinguen entre nuestro estado presente y el estado del cielo, en el cual los redimidos por Cristo estarán en la presencia de Dios. Para ellos el Santo de los Santos es la imagen del cielo, al cual seremos admitidos al rasgarse el segundo velo después de esta vida. El rasgarse la cortina exterior había sido un suceso mucho más notorio a todos los israelitas presentes. Solamente los sacerdotes hubieran podido ver el rasgarse del velo interior. Hay que admitir, sin embargo, que hubiera sido imposible guardar secreto del prodigio.

En uno y otro caso, tuvo que causar sorpresa la visión de la gran cortina rota por medio, pendiendo en dos partes de sus lazos superiores a ambos lados. Un terremoto podía romper rocas y abrir tumbas, pero no podía rasgar una cortina. Los que contemplaron el suceso, debieron sentir la intervención divina.

Sólo San Mateo (27: 52-53) cuenta otro prodigio que tuvo lugar a la muerte de Jesús: «La tierra tembló y las peñas se hundieron, y los monumentos se abrieron, y muchos cuerpos de los Santos que descansaban resucitaron, y saliendo de los monumentos después de la resurrección de Jesús, entraron en la santa ciudad y se aparecieron a muchos». Por el terremoto, así como por las tinieblas que oscurecieron la tierra, parece que aun la naturaleza inanimada expresó su horror y dolor por la muerte del Señor. Podemos estar seguros



que este suceso fue otro aviso de Cristo a sus enemigos, y una confirmación a sus seguidores de que aun en la cruz, era el Hijo de Dios, el Señor del universo. Los que estaban familiarizados con las Escrituras sabían que el terremoto en el antiguo Testamento era frecuentemente una señal de la majestad de Dios como juez y legislador.

Es probable que el temblor de tierra se limitó a la región de Jerusalén. Desde el siglo cuarto, los escritores cristianos han llamado la atención sobre una hendidura en la roca del Calvario atribuida al terremoto sucedido al tiempo de la muerte de Jesús. De hecho, una abertura en la roca puede verse aún por los que visitan la iglesia del Santo Sepulcro.

Las más espaciosas e importantes tumbas de las cercanías de Jerusalén, estaban excavadas en la roca sólida. El terremoto rajó y abrió algunas de ellas, y en otros casos hizo rodar fuera de su sitio la piedra circular que las cerraba. Mientras que el terremoto abrió las tumbas en el momento de la muerte de Cristo, los muertos no se levantaron hasta después de la resurrección en la mañana de Pascua. San Mateo agrupa todos estos sucesos juntos por su conexión lógica, sin tener en cuenta la sucesión cronológica estricta.

Hay varias opiniones con respecto a la resurrección de los muertos mencionados aquí por San Mateo. Algunos piensan que estos muertos, como Lázaro, re-

sucitaron con cuerpos no gloriosos, y habían de morir de nuevo. Pero San Mateo dice que ellos «aparecieron a muchos», expresión que no usaría refiriéndose a uno en la presente vida. Otros piensan que tomaron cuerpos aparentes, etéreos, como cuando los ángeles se aparecen a los hombres. Esta opinión no armoniza bien con el texto Evangélico, que parece referirse a cuerpos reales. Además, meros fantasmas difícilmente hubieran sido acompañamiento propio de la resurrección de Cristo. La tercera opinión y más comúnmente aceptada, es que estos Santos resucitaron con cuerpos gloriosos después de la resurrección de Cristo y entraron con El en el cielo el día de la Ascensión. El hecho de que aparecieron a muchos indica que fueron conocidos, y por tanto, habían muerto no hacía mucho. Fueron testigos de la resurrección de Cristo y de su triunfo sobre la muerte.

Los primeros frutos de la muerte de Cristo en la cruz fueron el centurión, que sin duda fue el oficial encargado de la ejecución, y algunos soldados. No es muy difícil de entender los sentimientos del centurión. Había visto muchas ejecuciones, pero nunca una como ésta. San Marcos (15: 39) indica que observaba a Jesús de cerca, dice que «estaba de pie frente a El». Conocía lo que había tenido lugar ante Pilato, y había observado las dudas y temores del procurador por el juicio y por las burlas de sus enemigos, sabía que Jesús pretendía ser el Hijo de Dios. Vio la paciencia y dul-

zura de Jesús, le oyó pedir perdón por sus enemigos y prometer el paraíso al ladrón crucificado. Vio que su muerte fue un acto deliberado, acompañado de prodigios de la naturaleza. Todas estas cosas pasaron por su mente mientras permanecía delante de la cruz con la vista en alto. Al morir Jesús no pudo evitar se le escapara un grito: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Marc. 15: 39). Algunos de los soldados se le unieron en esta confesión, y todos se llenaron de temor por la parte que habían tomado en dar muerte a Jesús (1).

Sólo San Lucas cuenta la conversión de la muchedumbre: «Y todas las turbas, allí reunidas para este espectáculo, considerando las cosas que habían acaecido, se volvían golpeando los pechos» (23: 48). La palabra «todas» no se ha de tomar absolutamente al pie de la letra, pues ya sabemos que es una característica del estilo de San Lucas. No se hace alusión a la actitud de los enemigos de Cristo. Endurecidos permanecieron hasta el mismo fin. El cambio en el corazón se realizó

---

(1) San Lucas cita como palabras textuales del centurión éstas: «Realmente este hombre era justo» (23: 47). Algunos opinan que el centurión y los soldados que se adhirieron a él, usaron ambas expresiones. El centurión no tenía un conocimiento exacto de la filiación divina de Cristo. Probablemente pensaba que Jesús era un hombre justo y por tanto era lo que Él pretendía ser, el Hijo de Dios. Puede ser también que San Lucas evitara la expresión «Hijo de Dios» porque pensaba que era un término equívoco en labios de un pagano. No tenemos información auténtica sobre la vida ulterior del centurión.

sólo en el pueblo ordinario, los curiosos espectadores. Por instigación de los enemigos de Cristo, habían vociferado pidiendo su sangre ante el tribunal de Pilato. También en el Calvario, se habían unido a los sacerdotes, escribas y ancianos para hacer burla de Jesús; pero como el centurión, habían observado de cerca a Jesús y habían quedado impresionados. Les había conmovido la paciencia de Jesús y su bondad, y habían quedado aterrorizados por los prodigios que acompañaron su muerte. Ahora que todo había pasado, pensaban de otra manera sobre el asunto, y les pesaba de la parte desempeñada por ellos. Al dejar el Calvario y dirigirse a Jerusalén para entrar en la ciudad por la Puerta de Efraín, golpeaban sus pechos de miedo y de pesar.



## SEPULTURA DE JESUS

Muerto Jesús, la muchedumbre se fue enrareciendo en el Calvario. Los dos ladrones crucificados con El seguían aún vivos, pero había sido Jesús la principal atracción para la muchedumbre. Era práctica romana dejar el cuerpo del crucificado en la cruz hasta que se descompusiera o fuera pasto de los animales. Nadie podía quitarlo o sepultarlo sin la expresa autorización de la autoridad competente. Por otra parte, había una ley judía que obligaba a sepultar el cadáver antes de la puesta del sol, y probablemente los romanos tuvieron poca o ninguna dificultad en permitir esta ley. Los soldados se quedaron para vigilar a los dos ladrones y para ver que nada se hacía con el cuerpo de Jesús sin la autorización debida del procurador.

Conforme se dispersaba la turba, los amigos y parientes de Jesús se reunieron probablemente en un pequeño grupo bajo la cruz, para tomar consejo sobre qué se debería hacer. De no poderse asegurar el per-

miso del procurador para bajar el cuerpo de Jesús y sepultarlo, el cadáver sería arrojado a una fosa común o una zanja reservada para los criminales ajusticiados.

José de Arimatea ofreció la solución al problema. Es mencionado por los cuatro Evangelistas y cada uno de ellos añade algún detalle con que formarnos idea de su personalidad. Como su nombre significaba, José era originario de Arimatea, reconocida hoy como la moderna ciudad de Rentis, al nordeste de Lidida. Era rico y miembro distinguido del Sanedrín, sin duda como uno del grupo de los ancianos. San Lucas dice que era «hombre bueno y justo» y que no había tomado parte en la acción del Sanedrín en contra de Jesús. No sabemos si José no había sido invitado a la reunión que condenó a Jesús, si él deliberadamente se ausentó, o si votó en contra del veredicto. De hecho José era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos. Cuando los Evangelios nos dicen que él «buscaba el reino de Dios» (Luc. 23: 51) quiere decir que lo buscaba en Jesucristo. No sabemos si aún conservaba su fe en Cristo después de los sucesos de aquel día fatal, pero al menos conservó su amor y su respeto por El.

José de Arimatea, pues, ofrecía solucionar el problema que enfrentaban los amigos y parientes de Jesús. Su propia sepultura nueva, cavada recientemente en la sólida roca, estaba en el jardín contiguo al lugar

donde Jesús había sido crucificado. La ofreció, pues, para la sepultura de Jesús. Aún más, se ofreció voluntariamente para llegarse a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Los demás se hubieran voluntariamente ofrecido a hacer lo mismo, pero había poca probabilidad de que pudieran siquiera asegurar una audiencia con el procurador. José, como miembro distinguido del Sanedrín, tenía gran probabilidad de ver a Pilato personalmente y de obtener su petición.

José salió de prisa hacia la fortaleza Antonia para presentar su súplica a Poncio Pilato. Fue admitido inmediatamente. No podemos menos de preguntarnos qué razones daría para explicar su interés en el caso. ¿Admitió abiertamente que era discípulo del hombre a quien Pilato acababa de crucificar? El no había tenido valor para profesar su fe ante los judíos y con toda probabilidad que no lo iba a hacer ante Pilato.

Pudo dar razones de humanidad, de solidaridad nacional, o meramente decir que la crucifixión había tenido lugar en el terreno o cerca de su propiedad y que quería que el cuerpo se sepultara antes de la puesta del sol. De todas formas se necesitaba valor para hacer lo que hizo, y se le debe reconocer su mérito por ello.

Pilato se sorprendió de que Jesús hubiera muerto ya. Quería una prueba oficial y envió a por el centurión que tuvo a cargo la ejecución, para preguntárselo. Cuando el centurión le informó que Jesús había

muerto, Pilato concedió a José su demanda y se lo informó así al centurión. José entonces se apresuró a volver al Calvario para dar la nueva a los demás y comenzar el trabajo de la sepultura.

Antes de relatar el incidente de José de Arimatea, dos de los Evangelistas hacen constar que se estaba haciendo tarde. Para entonces sería la última parte del día, entre las tres y las seis, probablemente hacia las cuatro. Algunos de los jefes de los judíos habían permanecido en el Calvario y estaban ahora sufriendo un ataque agudo de escrúpulos legales. Era el día de Preparación, que era viernes, y no cualquier día de Preparación, sino el viernes anterior al sábado que coincidía con el 15 de Nisán, la gran Fiesta de la Pascua. En cualesquiera circunstancias hubiera sido embarazoso que los cuerpos permanecieran en las cruces después de la puesta del sol; mas hubiera sido particularmente chocante en tal día como este. Y más humillante aún sería que quedara burlada su ley en lugar tan público y ante las muchedumbres de visitantes que estaban en la ciudad para la fiesta. Por más de una razón se habían regocijado cuando vieron morir a Jesús. Pero los dos ladrones no daban señales de irse a morir pronto. Había que hacer algo, ya que la gran fiesta del sábado comenzaría a la puesta del sol, para la cual faltaba solamente dos horas.

Los jefes de los judíos decidieron recurrir a Pilato



para solucionar su dificultad. Si lo vieron personalmente para explicar la situación, no lo sabemos. Para entonces, Pilato probablemente estaba harto de todo el asunto y quería acabarlo y olvidarlo. Dio órdenes de que se quebraran las piernas de los crucificados para acelerarles la muerte. Los Evangelios no nos dicen si este trabajo fue confiado a una tropa especial, o fue dejado a los soldados que habían procedido a la ejecución. Era práctica bastante frecuente infligir este castigo a esclavos y desertores. Cuando las piernas de un crucificado se quebraban, moría rápidamente por asfixia, pues todo el peso del cuerpo obraba sobre los brazos y le constreñía los músculos del pecho, lo cual impedía la respiración.

Los soldados se acercaron a un lado de la cruz adonde estaba crucificado uno de los ladrones, y le golpearon en las piernas con repetidos golpes valiéndose de un palo o estaca de madera. Repitieron el mismo proceso con el otro. Mirando de cerca a Jesús, vieron que no había duda de que estaba muerto y que quebrarle las piernas sería pérdida inútil de energía. Entonces uno de los soldados hizo algo del todo inesperado, en realidad algo misterioso. Quizás tenía duda sincera sobre la muerte de Jesús. De todos modos se afirmó bajo la cruz, tomó puntería, y dirigió su lanza hasta dentro del corazón de Jesús. Si Jesús no hubiera estado muerto, el golpe lo hubiera matado seguramente, ya que la herida fue lo bastante grande para

que más tarde el incrédulo Tomás introdujera en ella su mano (Juan 20: 25, 27). Entonces sucedió la cosa más extraordinaria: de la herida manaron sangre y agua.

¿Fue el flujo de sangre y agua un milagro?, y ¿cuál fue su significado? San Juan no responde ni a una ni a otra pregunta, pero deja bien claro que consideraba importante el suceso, pues ofrece especial testimonio de su verdad, diciendo: «y el que lo ha visto lo ha testificado, y su testimonio es verídico, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis» (19: 35). Al decir «y él sabe que dice verdad» San Juan pone a Jesús por testigo de la verdad de esta narración.

Si fue un milagro el flujo de sangre y agua es asunto médico, y los descubrimientos de la ciencia médica indicarían que no lo fue (1). Es triste decirlo, pero tampoco estamos ciertos del significado recibido por la tradición oral. Se han dado muchas explicaciones, pero todas pueden reducirse más o menos a una interpretación simbólica del significado de la sangre y del agua. En ambos Testamentos Viejo y Nuevo, la sangre es un medio de propiciación: «Y casi todo según la ley se purifica con sangre, y sin efusión de sangre no se obtiene remisión» (Heb. 9: 22). Jesús se refirió a su sangre como «mi sangre de la alianza, que

---

(1) Los aspectos médicos de la crucifixión y muerte de Cristo son tratados en muchos libros. Uno de los mejores es *Un doctor en el Calvario*, por PIERRE BARBET, doctor en Medicina.

por muchos es derramada para remisión de los pecados» (Mat. 26: 28). Por su misma naturaleza el agua es un medio universal de purificación. Como Jesús dijo a Nicodemo: «Quien no naciere de agua y espíritu no puede entrar en el reino de Dios» (Juan 3: 5). Se puede resumir brevemente el significado de la sangre y el agua diciendo que la sangre es el símbolo de la Eucaristía y el agua símbolo del Bautismo.

Juan da la razón por qué él insiste tanto sobre la verdad de lo que relató: «Pues acontecieron estas cosas para que se cumpliese la Escritura» (19: 36). Y después cita dos textos del Antiguo Testamento. El primero es: «No le será quebrantado hueso alguno» (Exod. 12: 46; Núm. 9: 12), que es una parte de la legislación mosaica relativa al cordero Pascual. No era ésta directamente una profecía mesiánica. El cordero Pascual era un tipo de Jesús, el Mesías, el verdadero cordero (Apoc. 5: 6, 12) sacrificado por la salvación de su pueblo (I Cor. 5: 7). El otro texto es del profeta Zacarías: «Verán al que traspasaron» (12: 10). Esta parte de Zacarías es ciertamente una profecía mesiánica. Profetiza que al tiempo del Mesías la nación judía cargará sobre sí el peso de un gran crimen, el crimen de dar muerte al Mesías. Fue cumplida en Jesús de manera admirable, puesto que fue traspasado en el Calvario.

Los Evangelistas escasean los detalles con respecto a la hora del día, pero razonablemente podemos con-

jeturar que era alrededor de las cuatro a cuatro y media, cuando los amigos de Jesús comenzaron el trabajo de bajar su cuerpo de la cruz y prepararlo para la sepultura. En razón de la proximidad de la fiesta del sábado, toda actividad tenía que cesar antes de la puesta del sol, lo cual tendría lugar entre seis y siete. Podemos fácilmente imaginar cómo de vez en cuando lanzarían miradas de ansiedad hacia el sol, que bajaba con demasiada rapidez hacia el horizonte en el poniente.

Los amigos y parientes de Jesús permanecieron en el Calvario hasta después de la sepultura. Los Evangelios solamente mencionan en este lugar a unos pocos, pues su presencia tenía ahora un significado especial. La Madre de Cristo permaneció hasta el fin observando y ayudando con maternal solicitud. Los Evangelios no nos dicen si alguno de los Apóstoles además de Juan, había acumulado suficiente valor para presentarse. José de Arimatea y Nicodemo tuvieron parte prominente y notoria, aunque ambos habían tenido miedo de confesar a Cristo abiertamente durante su ministerio público.

José era el responsable de la sepultura de Cristo, ya que Pilato le había dado a él esta facultad. Podemos estar seguros que en todo lo que hizo mostró respetuosa consideración a los deseos de la Madre de Cristo. Asociado a José estaba un varón llamado Nicodemo, mencionado al principio del Evangelio de



San Juan. Casi al comienzo del ministerio público de Cristo, Nicodemo había venido a El de noche (evidentemente por miedo y respeto humano) para hablar del reino de Dios (3: 1-13). Por razón de los milagros de Cristo, Nicodemo creía que El era «un maestro venido de Dios». Nicodemo era fariseo, doctor de la ley, miembro del Sanedrín, y, como veremos por su contribución a la sepultura de Cristo, era evidentemente rico. A pesar de su timidez en visitar a Jesús de noche, era valiente. En una ocasión en que sus colegas del Sanedrín hablaban de apresar a Jesús, él les preguntó: «¿Por ventura vuestra ley condena al reo si primero no oye su declaración y viene en conocimiento de lo que hizo?» (Juan 7: 50-52). Por esta pregunta fue difamado por los sanedritas, sus colegas. Dos varones tan ricos e importantes como José y Nicodemo debieron de tener sirvientes consigo que les ayudaran en la sepultura de Jesús.

Bajo la dirección de José, comenzó el trabajo inmediatamente. El primer paso fue quitar el cuerpo de la cruz. Comenzaron por quitarle los clavos de los pies. El travesaño, con las manos de Jesús aun clavadas a él, fue sacado de la muesca en que descansaba y bajado con suavidad al suelo. Entonces se sacaron los clavos. Hubo probablemente alguna dificultad para adosar los brazos al cuerpo, pues los músculos tenían que estar ya endurecidos después de

tres horas en la misma posición y porque la rigidez comenzaba a manifestarse.

El lugar patente y a la vista del camino en que Jesús había sido crucificado, no era lo más apropiado para la piadosa tarea de preparar su cuerpo para la sepultura. José con el consentimiento de los demás, dispuso que el cadáver fuera llevado adentro del jardín donde estaba la tumba por él construida, distante solamente como cuarenta metros. Este jardín estaba probablemente cercado con una pared baja de piedra y tenía algunos pocos árboles y arbustos que le daban un ambiente de retiro. Es posible que depositaran el cuerpo en la cámara exterior de la tumba; pero no es verosímil, pues el espacio era tan limitado que todo movimiento hubiera sido difícil, y la economía del tiempo era un elemento de importancia en aquella ocasión. Es más probable que el cuerpo fuera colocado sobre un banco o en la yerba, afuera, pero junto a la puerta de la tumba.

José y Nicodemo habían aprovechado bien el poco tiempo con que contaron para hacer sus preparativos. José había adquirido una sábana de lino y probablemente otros paños de lino también. Nicodemo había traído cien libras de mirra y áloe, cantidad tremenda que indicaba que este acto era el homenaje de un hombre rico. La mirra era una resina aromática; el áloe, una madera olorosa. En aquella época eran usadas profusamente en los enterramientos para demo-

rar la descomposición del cuerpo y evitar malos olores.

El próximo paso fue lavar el cuerpo de Jesús para quitar la sangre que se había secado sobre la piel. La cabeza de Jesús y sus miembros fueron envueltos con lienzo. Es verosímil que la mixtura de mirra y áloe había sido reducida a polvo y que de ese modo fue rociada sobre el cuerpo y los lienzo. Luego, el cuerpo fue envuelto en la sábana de lino cubriéndole desde la cabeza a los pies. Todo quedaba listo ahora para el acto final, la colocación del cadáver en la tumba.

José había tenido un gesto oportuno y generoso al ofrecer su tumba para la sepultura de Jesús. Aunque originario de Arimatea, evidentemente residía ahora en Jerusalén, puesto que se había preparado el lugar de su último descanso tan cerca de la ciudad. Los Evangelios nos dicen que el sepulcro era nuevo y que había sido excavado en roca sólida. No era demasiado difícil cavar una tumba en la roca, pues la piedra en esa región es relativamente blanda hasta que se la expone al aire. La tumba en la cual Jesús fue sepultado estaba excavada horizontalmente sobre el declive de la colina. Se abría y se cerraba haciendo rodar una gran piedra circular, semejante a una piedra de molino, hacia atrás y hacia adelante sobre una cavidad. Exactamente dentro de la excavación había un vestibulo o antecámara. Más allá de este vestibulo y unido con él por una abertura baja cortada en la roca, estaba la cámara sepulcral. Se había abierto un nicho

en un lado de la pared para recibir el cuerpo. El cuerpo de Jesús fue introducido en el vestíbulo y luego pasado adentro a la cámara sepulcral. Fue colocado en el nicho en la pared y rociado abundantemente con la mixtura de mirra y áloe. Todos se retiraron de la tumba. Probablemente fue uno de los servidores de José quien empujó la gran piedra redonda hasta su sitio para cerrar la tumba.

Los tres primeros Evangelios añaden un fino detalle. Las santas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea estaban sentadas afuera, frente al sepulcro, observando todos los detalles y tomando nota precisa, especialmente de cómo y dónde había sido colocado el cuerpo de Jesús. Quedaban agradecidas a José y Nicodemo. Reconocían que había hecho cuanto era posible en aquellas circunstancias. Pero aquellas devotas mujeres se sentían en realidad un poco relegadas. También ellas querían contribuir por su parte a la sepultura de su amigo y maestro. Lo hablaron entre sí y decidieron comprar por sí mismas sus propias especies y ungüentos para honrar el cuerpo de Jesús, y volver al sepulcro después del descanso del sábado.

Para entonces debía ser cerca de las seis. El sol estaba bajo en el poniente. Cuando se hubiera hundido en el horizonte, debería comenzar la quietud y descanso del gran Sábado. Ya se podían apreciar lámparas encendidas en las casas de las cercanías, para



que el trabajo de encenderlas no tuviera que hacerse después de dar comienzo el descanso del sábado. Se sentía ahora una quietud extraña después del ruido y excitación del día. Solamente algunos más rezagados se apresuraban por allí a entrar en la ciudad. El pequeño grupo de los amigos y discípulos de Jesús abandonó el jardín y tomó el camino que entraba por la Puerta de Efraín. Bien podemos imaginar que antes de pasar por la puerta se volvieron para echar una última mirada al Calvario y sólo entonces con tristeza se adentraron en la ciudad.

Aquella noche los enemigos de Jesús se regocijaron. En su calendario, era la noche de la comida Pascual a la vez que el comienzo del sábado. Comieron y bebieron con el sentimiento de haber cumplido un deber, difícil pero necesario, al deshacerse de Jesucristo. Nunca más andaría El pervirtiéndolo al pueblo, nunca más les atormentaría en presencia de las multitudes o se entremetería con su lucrativo negocio en el terreno del Templo. Pero como sucede tan frecuentemente, cuando los hombres malos se regocijan en el triunfo del mal, algunos de ellos comenzaron a verse asaltados de otros pensamientos sobre el futuro. Jesús los había engañado con tretas tan frecuentemente que ellos le tenían miedo aun muerto y en la tumba. Algunos recordaron con desasosiego la profecía de Jesús de que resucitaría tres días después de su muerte. Jesús había profetizado efectivamente su

resurrección en una ocasión a los mismos Escribas y Fariseos (Mat. 12: 40). Ahora alguno sacó a cuento la historia, y un sentimiento de aprehensión los embargó a todos. No creían que Jesús hubiera de resucitar, pero ese no era el caso. Sus discípulos podían robar el cuerpo y extender la noticia entre el pueblo de que había resucitado como lo había predicho.

A pesar del hecho de que era la Pascua y el Sábado, algunos de los sanedritas se reunieron en la mañana temprano para determinar lo que se había de hacer. No fue una reunión formal del Sanedrín. San Mateo hace mención solamente de los príncipes de los sacerdotes y de los Fariseos (27: 62). Era una ironía la presencia de los príncipes de los sacerdotes: eran Saduceos y no creían en la resurrección de los cuerpos. Sin embargo, sabían que el pueblo lo creía, y tuvieron que convenir con los Fariseos en reconocer el peligro. La conclusión de la reunión fue que enviarían una comisión a Pilato para explicarle la situación y requerir su intervención.

A la comisión de los príncipes de los sacerdotes y Fariseos le fue concedida la audiencia con Pilato: «Señor —dijeron con toda obsequiosidad—, hemos recordado que aquel embaucador, viviendo aún, dijo: "Después de tres días resucito". Manda, pues, que quede asegurado el sepulcro hasta el día tercero, no suceda que viniendo sus discípulos lo hurten y digan al pueblo: "Resucitó de entre los muertos", y será el último

engaño peor que el primero» (Mat. 27: 63-64). No necesitaban mencionar a Jesús por su nombre, pero le llamaron «aquel embaucador». Pilato conocía muy bien a quién tenía en su mente. Cuando ellos dijeron: «Será el último engaño peor que el primero», querían decir que la creencia del pueblo en la resurrección de Cristo sería aún peor que la creencia popular de que El era el Mesías.

Pilato quedó sorprendido, probablemente, de que su odio y miedo a Jesús sobreviviera a la crucifixión y muerte. Se encontraba evidentemente en un momento de mal humor. No había esperado que ellos le molestasen en el día festivo. Les respondió sucintamente: «Ahí tenéis guardia, id y aseguradle conforme sabéis» (Mat. 27: 65). Pilato los despreció, a ellos y a sus temores; aun así sintió que no conducía a nada comenzar ahora a hacerles resistencia. Les había soltado cuerda en asunto mucho más importante. Cuando dijo: «Ahí tenéis guardias», se refería a los soldados romanos, como es evidente por la narración de San Mateo (28: 11-15). Es probable que Pilato se refería a la guardia de soldados romanos que estuvo presente en el arresto de Jesús, y que probablemente también había sido puesto a disposición de los jefes judíos para mantener la paz especialmente durante los días de fiesta. Los sanedritas tenían libertad para usar esta guardia si querían.

Los jefes de los judíos reunieron la guardia que

Pilato les había permitido tomar y salieron para el Calvario. Estacionaron la guardia alrededor de la tumba e instruyeron a los soldados que tomaran precauciones extremas contra cualquiera que pudiera intentar el robo del cuerpo de Cristo. Temiendo que algunos discípulos de Jesús pudieran sobornar a los soldados, tomaron otra precaución. Cortando tiras de tela en forma de cintas las extendieron a lo largo de la piedra redonda que cerraba el sepulcro, y luego las fijaron con sellos a la pared de la tumba. Nadie podría ahora abrir la tumba sin romper los sellos, revelándose así cualquier intento de soborno. Los sanedritas supervisaron su trabajo a satisfacción y volvieron a la ciudad. Nunca se les ocurrió que precisamente lo que acababan de hacer, ayudaría a ofrecer sólida prueba de la resurrección de Cristo para la cual faltaban ya pocas horas.



# EL CALVARIO Y LA MISA

(3.<sup>a</sup> edición)

Por MONS. FULTON J. SHEEN

De un modo artificioso y original, pero muy provechoso para la piedad, el autor descubre en cada una de las Siete Palabras del Señor en la Cruz, parte principal de la Santa Misa, y con su fácil estilo va exponiendo el sentido de cada una de esas palabras en el sacrificio de la Cruz y en su repetición que es el sacrificio del Altar. *"Como todos los libros de Fulton Sheen, éste rebosa ideas grandes, panoramas magníficos."* — (SURGE. Vitoria.)

Precio: 20 pesetas.

## JESUS AMIGO NUESTRO

Por JUAN ALONSO ORTIZ, S. J.

En un lenguaje atrayente y con textos de la Sagrada Escritura, el P. Alonso Ortiz ha ido tejiendo una vida de Jesús, poniendo siempre de relieve, en su persona y sus enseñanzas, el aspecto cordial de su amistad. Nos le presenta sobre todo como nuestro amigo paciente en las divinas escenas de la Pasión.

Precio: 20 pesetas en tela.

## EL MUNDO FUTURO

Por ROBERT W. GLEASON, S. J.

Traducido del inglés por JOSÉ L. LÓPEZ, S. J.

"El P. Gleason, con una serenidad admirable, va tratando los temas del más allá sin salir un ápice de la sana doctrina católica, pero sin las truculencias a las que nos tienen acostumbrados ciertos predicadores con sermones aprendidos de memoria. Recomendamos vivamente esta obra a los buenos directores de Ejercicios y Misiones de nuestra patria, en la seguridad de hacerles un favor inestimable." — (ILUSTRACIÓN DEL CLERO. Madrid.)

260 páginas (18 × 13 cms.)

Precio: 35 pesetas.

# EL CIELO

Por LUDWIG HERTLING, S. J.

*Profesor de la Universidad Gregoriana*

Traducido del alemán por JOSÉ L. LÓPEZ, S. J.

"Un libro breve pero profundo de contenido teológico y ascético, en el que el autor, reputado teólogo, expone la doctrina dogmática sobre tan dulce verdad; sus preámbulos filosóficos: espacio y tiempo en el más allá, espiritualización del cuerpo, etc. Sus conclusiones doctrinales: juicio particular, purgatorio, vida sobrenatural, grados de gloria, juicio final, visión de Dios, inhabitación de Dios en el alma, etc.

*"Lo juzgamos utilísimo como lectura espiritual para las almas piadosas y muy apto para los sacerdotes en la preparación de sermones sobre tan sugestivo tema." — (PROVIDENCIA. Madrid.)*

Un tomo de 176 páginas (16 × 11 cms.)

Precio: 20 pesetas.

## LAS SIETE PALABRAS DEL SEÑOR EN LA CRUZ

Por JOSÉ MARÍA ALEJANDRO, S. J.

*De la Universidad P. de Comillas*

Un hermoso folleto de 72 páginas (16 × 21,5 cms.); que contiene el sermón de las Siete Palabras predicado por el A. Profundo teológicamente, con un movimiento oratorio varonil y enérgico, apoyado en un método de vigorosos contrastes, que lo hacen muy apto para las modalidades modernas. Extraordinariamente rico en sugerencias para toda la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Precio: 15 pesetas.

Los pedidos a EDITORIAL «SAL\* TERRAE» - Apartado 77 - SANTANDER (España)



El Padre Ralph Gorman es editor de «The Sign», revista nacional católica que mensualmente publican los Padres Pasionistas. Nacido en Binghampton, New York, se educó en las casas de Estudio de los Pasionistas, Universidad Católica y Escuela Bíblica de Jerusalén. El Padre Gorman pasó tres años en Tierra Santa, donde estudió con los Padres Lagrange, Vincent y otros. Fue también profesor de Sagrada Escritura durante siete años, enseñando la historia de la Pasión.

